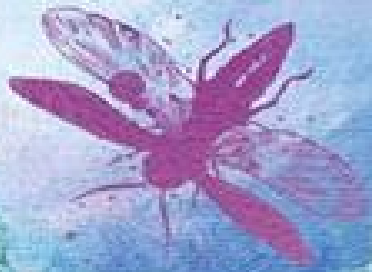
Frente al peligro,
el amor arde más fuerte.



Un lugar SEGURO





CATHERINE COWLES

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Cita

Prólogo. Rhodes

Capítulo uno. Rhodes

Capítulo dos. Anson

Capítulo tres. Rhodes

Capítulo cuatro. Anson

Capítulo cinco. Rhodes

Capítulo seis. Rhodes

Capítulo siete. Anson

Capítulo ocho. Rhodes

Capítulo nueve. Anson

Capítulo diez. Rhodes

Capítulo once. Anson

Capítulo doce. Rhodes

Capítulo trece. Anson

Capítulo catorce. Rhodes

Capítulo quince. Anson

Capítulo dieciséis. Rhodes

Capítulo diecisiete. Anson

Capítulo dieciocho. Rhodes

Capítulo diecinueve. Rhodes

Capítulo veinte. Anson

Capítulo veintiuno. Rhodes

Capítulo veintidós. Anson

Capítulo veintitrés. Rhodes

Capítulo veinticuatro. Anson

Capítulo veinticinco. Anson

Capítulo veintiséis. Rhodes

Capítulo veintisiete. Rhodes

Capítulo veintiocho. Anson

Capítulo veintinueve. Rhodes

Capítulo treinta. Anson

Capítulo treinta y uno. Rhodes

Capítulo treinta y dos. Anson

Capítulo treinta y tres. Rhodes

Capítulo treinta y cuatro. Anson

Capítulo treinta y cinco. Rhodes

Capítulo treinta y seis. Anson

Capítulo treinta y siete. Rhodes

Capítulo treinta y ocho. Anson

Capítulo treinta y nueve. Rhodes

Capítulo cuarenta. Anson

Capítulo cuarenta y uno. Rhodes

Capítulo cuarenta y dos. Anson

Capítulo cuarenta y tres. Rhodes

Capítulo cuarenta y cuatro. Anson

Capítulo cuarenta y cinco. Rhodes

Capítulo cuarenta y seis. Anson

Capítulo cuarenta y siete. Rhodes

Capítulo cuarenta y ocho. Anson

Capítulo cuarenta y nueve. Rhodes

Capítulo cincuenta. Anson

Capítulo cincuenta y uno. Rhodes

Capítulo cincuenta y dos. Rhodes

Epílogo. Rhodes

Agradecimientos

Sigue en contacto

Notas

Créditos

Un lugar seguro

Catherine Cowles







CROSS BOOKS

Para todas aquellas personas que están pasando un duelo.
Es un camino sinuoso, que cambia pero no termina. Recordad tan solo una cosa: no estáis solas. Esas personas os acompañan donde quiera que vayáis. Y la inmensidad de vuestro amor os ayudará a ver el mundo lleno de color.

Prólogo
Rhodes



Pasado. Edad: trece años

—¿Cómo ha sido? —preguntó Fallon, mientras el todoterreno rebotaba al avanzar por ese camino de gravilla, en un susurro y con un tono casi de veneración, como si estuviese hablando sobre un dios o una importante obra de arte de esas que están expuestas en la pared de algún museo.

Aunque no era para nada nuestro caso.

Parecía que no pudiese quitarme esa amplia y cursi sonrisa de la cara mientras la madre de Fallon conducía bajo la oscuridad de la noche y, de vez en cuando, iba mirándonos por el retrovisor como suelen hacer todas las madres. A mí me daba vueltas el estómago, como si estuviese en una de aquellas atracciones de feria que no paran de girar y hacen que acabes empotrada contra la pared. Y entonces sonreí con más ahínco.

—¿Sabes cuando estás en una montaña rusa y te da un vuelco el estómago?

Fallon asintió con los ojos centelleantes y el pelo, ligeramente ondulado, azotándole la cara.

—Pues así. —Me dejé caer contra el respaldo del asiento trasero de aquel todoterreno y suspiré con fuerza.

Fallon se acercó las rodillas al pecho y apoyó la barbilla en ellas.

—Ya sabía yo que a Felix le gustabas. Si es que ¡lo sabía! —señaló en voz baja, no sé si porque no quería que nos oyera su madre o porque simplemente era su delicada forma de hablar.

No pude evitar soltar una risita mientras el estómago me daba otro vuelco de esos. Ojalá le gustase a Felix. Aunque lo que realmente quería yo era que me pidiera salir. A lo mejor podíamos ir al cine. O pasearnos por el pueblo cogidos de la mano.

Todavía notaba el roce de sus labios en los míos durante uno, dos, tres segundos, envueltos por la oscuridad del armario que hay en el sótano de la casa de Owen. Nos pasamos siete minutos ahí metidos y estuvimos hablando casi todo el rato sobre el viaje que hizo Felix a la costa durante las vacaciones y el que hice yo a Nueva York. Pero, entonces, calló, se inclinó hacia delante y...

—¿Te ha metido la lengua? —preguntó Fallon con un hilo de voz, aún rodeadas por la oscuridad del todoterreno.

—¡No! —chillé, y me senté bien.

Nos miramos a los ojos y estallamos de risa.

La señora Colson apartó la vista un segundo de la carretera para mirarnos por el retrovisory preguntó:

—¿Qué mosca os ha picado a vosotras dos?

Con esa pregunta, solo consiguió que riésemos con más ganas. Choqué con Fallon mientras reíamos de no sé muy bien qué. Fallon y yo hablábamos en un idioma propio. Incluso nuestra risa tenía un

sonido que era muy nuestro y de nadie más. Teniendo en cuenta lo bien que se llevaban nuestras familias, más que mi mejor amiga, era como una hermana para mí.

Como mi familia no tenía parientes en Sparrow Falls, los Colson se convirtieron en gente aún más importante. Hicimos migas y creamos el variopinto grupo que ha resultado ser nuestra familia de elección, con quienes pasamos el día de Acción de Gracias y Navidad.

Cuando mis padres abandonaron Nueva York hace seis años para venir a vivir a Sparrow Falls, a mi hermana pequeña y a mí no nos hizo ni pizca de gracia. Ya teníamos la vida hecha en la ciudad, que era donde íbamos al cole y donde compartíamos nuestros secretos con nuestros amigos. Lo último que queríamos era trasladarnos a un pueblo de tres mil habitantes En-Medio-de-la-Nada, Oregón.

Aun así, fui enamorándome poco a poco de este lugar; en gran parte gracias a Fallon. A pesar de ser tan tímida, siempre le mostraba una sonrisa a todo el mundo y hacía que cualquiera se sintiera bienvenido, incluida una niña nueva que acababa de llegar de Nueva York a quien todos miraban extrañados, así que nos hicimos amigas enseguida. Fallon era lo mejor de Sparrow Falls.

Aunque puede que Felix Hernández, con su oscuro pelo, su tez morena y aquellos expresivos ojos color miel, le hiciera la competencia muy de cerca. Me bastaba con pensar en él para que me vinieran sofocos; era como si acabase de salir de casa en mitad de un caluroso día de verano.

Fallon suspiró con anhelo y señaló:

—Con los hermanos que tengo, seguro que nunca me daré ningún beso...

Le dediqué una compasiva sonrisa pero no le llevé la contraria. Fallon tenía tres hermanos mayores: uno consanguíneo (Copeland), uno adoptivo (Shepard) y uno de acogida (Trace). Su madre y su

abuela, Lolli, a menudo acogían a niños que necesitaran un hogar. La mayoría iban y venían, e incluso los había que se quedaban solo unos días. Sin embargo, Cope, Shep y Trace perduraron en el tiempo y se mostraban extremadamente protectores con Fallon.

—¿Quieres darle un beso a alguien? —me interesé.

Por lo general, Fallon solía ser muy reservada con esos temas. Además, como era tan tímida, casi no hablaba con ningún chico de nuestra clase.

A pesar de la oscuridad de la noche, vi cómo se sonrojaba a más no poder.

—Supongo que no... Casi todos los chicos de nuestra edad son unos idiotas.

Se me escapó la risa.

—Eso es verdad. —Puede que yo hubiese pillado al único decente.

La señora Colson frenó, aparcó el todoterreno y se giró para mirarnos.

—Primera parada para la chupipandi de las risas. —Me miró con una expresión amable en el rostro—. Me alegro de que lo hayáis pasado bien.

En los últimos años, la madre de Fallon se había convertido en una especie de madre para mí y juraría que la mujer sabía que, en esa fiesta, había pasado algo. Era por ese radar que tienen las madres. Noté que se me encendían las mejillas y eché mano de todas mis fuerzas para obligarme a no agachar la cabeza.

Fallon se mordió el labio inferior para contener otro estallido de risa y se inclinó hacia mí para decirme:

—Llámame mañana. Podemos ir al río y así me lo cuentas to-do.

—Será lo primero que haga cuando acabe de desayunar.

Mi padre era un fanático de los desayunos domingueros: preparaba un montón de *pancakes* o gofres o incluso crepes, si se le

antojaba. El teléfono y cualquier otro tipo de distracción estaban prohibidos. Era un rato para estar en familia.

Que era una de las razones por las cuales nos había hecho venir a Sparrow Falls. A pesar de que tenía un trabajo muy importante como asesor financiero para un montón de personalidades de renombre en el sector empresarial, papá no quería que nos quedásemos atrapados en ese mundo. Así que se empeñó en que nos mudáramos aquí. Y, por fin, yo ya no estaba enfadada por eso.

Fallon se me echó encima y me abrazó con fuerza.

—No sé yo si dormirás mucho hoy...

Se me escapó la risa de nuevo.

—Seguramente no.

Me desabroché el cinturón y fui bajando del todoterreno.

—Gracias por traerme, señora Colson.

—No hay de qué, Rhodes —me contestó a la vez que se abría la puerta de mi casa.

—Gracias, Nora —le dijo mi madre desde la entrada.

La señora Colson le dedicó una amplia sonrisa a mamá. Como Fallon y yo pasábamos un montón de rato juntas, ya estaban acostumbradas a ese constante intercambio de criaturas.

—¿Te apetece ir a yoga mañana por la tarde?

—Solo si luego podemos pasarnos por la panadería —espetó mamá.

La señora Colson rio y respondió:

—Siempre tienes unas ideas maravillosas.

Salté del coche y aterricé en el suelo de gravilla con las sandalias. La luz de la luna llena bañaba mi casa de un tono plateado. Mamá se enamoró de esta casa de estilo victoriano una vez que vino aquí con papá, y él, cómo no, se aseguró de encontrar la forma de ofrecérsela.

A mí siempre me había acomplejado un poco la estructura del lugar, que tenía una caseta de invitados a unas buenas ocho hectáreas de la principal y que quedaba tan alejada del resto que a duras penas se veía al vecino más cercano. No era como las demás casas que había en Sparrow Falls. El centro del pueblo era increíble y estaba repleto de casas de estilo artesanal. A las afueras del casco urbano, en cambio, había unos ranchos enormes esparcidos por los terrenos.

Aun así, mientras subía por el caminito que me llevaba hasta la entrada, tuve que reconocer que era una casa preciosa. Parecía sacada de un cuento de hadas, con torreones y espadañas. Dejando su intricada belleza de lado, nunca fue un lugar frío; en parte, gracias a los grandes jardines que con tantísimo esmero cuidaba mamá, pero, sobre todo, por el amor que habitaba entre esas paredes.

Cuando ya estuve lo suficientemente cerca de ella, mamá me abrazó con muchísima fuerza y me meció de un lado para otro.

—Mamáááá... —me quejé a pesar de que su pecho acalló mi protesta.

—Déjame disfrutar de este momento —me recriminó—. Mi bebé ha ido a su pri-me-ra fiesta donde también había niños. No me daré ni cuenta de que llegará un día en que te habrás sacado el carné de conducir, tendrás edad para beber y te habrás ido de casa.

Gruñí.

—Tengo trece años, no treinta.

Mamá inspiró exageradamente mientras me soltaba y me pasaba un brazo por los hombros.

—Verás como pestañeo y ya habrá pasado el tiempo.

Me limité a sacudir la cabeza.

—Aún falta mucho. Respira.

Mamá rio.

—Lo intentaré. Venga, he hecho chocolate caliente.

Daba igual que los días ya fueran alcanzando los veinte o los veinticinco grados: yo nunca le diría que no al chocolate caliente de mamá. Lo hacía mezclando cacao en polvo de verdad, azúcar y unos cuantos ingredientes secretos más. Además, por más calor que pudiese hacer de día en el desierto alto del centro de Oregón, las noches eran frías.

—¿Con nubes? —pregunté esperanzada.

Me miró sonriente y respondió:

—¿Me ves cara de tonta?

—Para nada —contesté con otra sonrisa.

Entramos en casa y cruzamos el pasillo en dirección a la cocina sin que mamá me quitase el brazo de los hombros. Unos intricados diseños de ebanistería nos envolvían a ambos lados, aunque ejercían más bien de marco para aquel extraordinario empapelado. Ese pasillo era el sitio perfecto para una escena mágica de hadas cuyas alas liberaban un resplandeciente brillo.

Cuando papá vio lo que había escogido mamá, simplemente negó con la cabeza, sonrió pletórico y señaló:

—Si es que mi chica tiene que convertirlo todo en algo mágico.

Mientras nos íbamos acercando a la cocina, empezó a llegarme el sutil aroma a chocolate caliente y mamá por fin me soltó. Me senté en uno de los taburetes que teníamos en esa inmensa cocina y envolví con ambas manos aquella taza al estilo *Alicia en el País de las Maravillas*, con su deformado cuerpo y aquella asa con florituras.

Cerré los ojos y le di un pequeño sorbo a la bebida. Enseguida noté en la lengua la mezcla perfecta entre el chocolate y el azúcar.

—Exquisito —musité.

Cuando abrí los ojos, me encontré a mamá inspeccionándome. Sus ojos recorrían mi cara, despacio, como si estuviese excavando mi rostro, capa a capa, para poder descubrir qué se escondía debajo. Ahí sentí la apremiante necesidad de salir escopeteada hacia mi cuarto.

Y, entonces, mamá empezó a pestañear a toda velocidad con los ojos centelleantes. El pánico se apoderó de mí.

—¿Mamá?

Agitó la mano en el aire, justo delante de su propia cara.

—Nada, nada. Solo me he puesto sentimental. Mi pequeña se está haciendo mayor.

Hice una mueca y el pánico desapareció.

—Solo ha sido una fiesta.

—¡La primera! —Mamá rodeó su taza, que era idéntica a la mía, también con ambas manos—. ¿Ha habido alguna otra primera vez, esta noche?

Enseguida noté que me ardían las mejillas a más no poder y bajé la vista hacia mi bebida.

Mamá colocó la mano encima de la mía.

—Sabes que puedes contármelo todo —dijo—. Yo también tuve tu edad. También asistí a una primera fiesta, descubrí mi primer *crush*, di mi primer beso...

Me mordí el labio inferior y, de repente, empezó a salirme todo a borbotones:

—Felix me ha besado. Y me gusta. Me gusta muuucho. Es simpático y mono y, cada vez que estoy cerca de él, me siento como si estuviese montada en un tiovivo de esos. Pero cuando se ha marchado no me ha dicho nada. ¿Y si yo no le gusto? ¿Y si no beso bien? ¿Y si...?

La sutil risa de mi madre me sacó de aquella espiral a la que me había arrojado el pánico.

—Rho —me llamó con delicadeza.

Levanté la vista hacia ella.

Mamá me estaba mirando con sus ojos color avellana, los mismos que había heredado yo.

—Sería muy tonto si no le gustaras.

Muy hondo dentro de mí, la esperanza se avivó.

—¿En serio? —pregunté.

Sonrió.

—En serio. Aunque no sé yo cómo tomarme esto... Eres muy joven aún para tener novio.

—Muchas niñas de mi clase ya lo tienen —protesté.

Mamá suspiró y me apretó la mano.

—Si te pide salir, solo os veréis en grupo. Nada de citas a solas.

—Venga ya, mamáááá...

Me miró de tal forma que supe que no me serviría de nada rechistar.

Suspiré.

—Vale. Total, primero tiene que pedirme salir...

Mamá me soltó la mano.

—Tiempo al tiempo. Ya lo verás.

Habría dado cualquier cosa por tener ni que fuera un poquito de su confianza. Aun así, yo seguía hecha un manojo de nervios y un sinfín de emociones más que era incapaz de identificar me invadían. Así que me tomé el chocolate caliente mientras mamá me iba preguntado acerca de la fiesta. Por suerte, no indagó en lo referente a Felix.

—Y Fallon, ¿qué? ¿Le gusta alguien? —se interesó mamá.

Negué con la cabeza. Por más divertida y despreocupada que llegase a ser Fallon conmigo, cuando estábamos con más gente, se cerraba en banda. Era especial y maravillosa, pero escondía todas sus cualidades tras aquel caparazón que había construido para que no se le acercara nadie.

—Pues no...

Mamá repiqueteó con los dedos en la isla.

—Tú solo asegúrate de incluirla en esas quedadas en grupo, aunque ella no quiera salir con nadie en concreto.

Puse los ojos en blanco y respondí:

—Ni que yo fuera a alguna parte sin Fallon.

Mamá rio mientras recogía ambas tazas y las dejaba en el fregadero.

—¿Cómo puede habérseme olvidado?

Bajé del taburete y mamá volvió a abrazarme.

—Te quiero un mundo.

—Y yo te quiero una galaxia.

Mamá sonrió con los labios pegados a mi oscura melena.

—Pues yo te quiero un universo.

La abracé con más fuerza e insistí:

—Pues yo te quiero un multiverso.

Me soltó riendo.

—Supongo que me has ganado. Por ahora —añadió.

Sonreí de oreja a oreja mientas fuimos subiendo por las escaleras y mamá fue apagando las luces a nuestro paso.

—¿Papá y Emilia ya duermen? —me interesé mientras nos acercábamos ya al segundo piso.

—Creo que Emilia sigue despierta, pero ya conoces a papá: se ha acostado hace horas.

Porque casi todos los clientes de papá eran de la costa Este y él seguía trabajando en ese huso horario. A pesar de que se despertaba y se ponía a trabajar mucho antes de que saliera el sol, eso también significaba que, cuando Emilia y yo llegábamos de la escuela, él ya estaba en casa.

Mamá me dio un golpecito en la nariz y anunció:

—Aunque te ha dejado un libro nuevo en la cama.

Sonreí. A mamá y a mí nos unía plantar flores cada año en el jardín, pero papá y yo compartimos el mismo amor por los libros. Papá siempre encontraba nuevas aventuras de las que pudiésemos disfrutar los dos entre las páginas de un buen libro. Acabábamos de terminar *Una arruga en el tiempo* y sabía que se había dedicado a buscar nuestro próximo viaje ficticio. Me moría de ganas de ver con qué había dado.

Llegamos a mi habitación y mamá me plantó un beso en la frente.

—¿Alguna petición para el desayuno? Puede comentárselo al chef.

Me mordí el labio inferior y propuse:

—¿Crepes?

—Conque queremos sacar la artillería pesada...

—Es mi desayuno favorito...

Me dio un último apretón y concluyó:

—Veré qué puedo hacer. Sueña con cosas bonitas.

—Igualmente.

Al meterme en mi cuarto, una ola de agotamiento me azotó de repente. Miré con la frente arrugada la ropa que tenía tirada por ahí. Antes me había vuelto loca buscando el *outfit* perfecto y me había marchado dejando ese caos atrás. Ya lo ordenaría mañana. De lo contrario, mi ropa siempre encontraba el modo de desaparecer; era la forma que tenía mamá de castigarme por no ser cuidadosa.

Me lavé los dientes a toda prisa en el baño que tenía en la habitación y me puse mi pijama de girasoles. Al regresar al cuarto, me encontré a Emilia sentada en mi cama sujetando entre las manos uno de los tops que me había planteado ponerme antes.

—¿Me lo dejas? —me preguntó ilusionada.

Mi hermana pequeña solo tenía un año menos que yo, pero siempre intentaba robarme la ropa y quedar con mis amigas. Fruncí el ceño y le pregunté:

—¿Para qué?

Se encogió de hombros.

—No lo sé... ¿Para ir a El Fresco, igual?

El Refresco era un bar de hamburguesas y deliciosos batidos que le encantaba a todo el mundo, tuviese la edad que tuviese, aunque la mayoría de los locales lo llamaban simplemente «El Fresco».

—Es demasiado elegante para ir a El Fresco —respondí mientras me metía bajo las sábanas.

Emilia apretó los labios.

—¿No debería ser yo quien dijera si es demasiado elegante o no?

Me saltaron las alarmas. Emilia era la adolescente de doce años más tozuda que había conocido jamás y yo estaba demasiado cansada para ponerme a discutir en ese momento con ella.

—Cógelo —respondí mientras alargaba el brazo para apagar la luz de la mesita de noche.

La luz de la luna se colaba a través de las grandes ventanas que conectaban mi cuarto con el balcón e iluminaban el espacio. Y ahí vi que Emilia no tenía intención alguna de moverse.

Gruñí.

—¿Qué pasa, Em? Estoy cansada.

Guardó silencio un momento y se interesó:

—¿Tienes novio?

Me erguí enseguida.

—¿Estabas espiándonos a mamá y a mí?

Emilia apretó la mandíbula, desafiante, pero yo la conocía demasiado bien.

—Tenía sed. Necesitaba ir a por un vaso de agua.

—Pues deberías haber entrado en la cocina y servírtelo como una persona normal en lugar de haberte quedado escondida cual cotilla metomentodo.

Saltó de la cama.

—¡No soy ninguna cotilla metomentodo! Y tanto tú como mamá estabais hablando bien alto.

—Porque no sabíamos que estabas allí.

Hizo una mueca de dolor.

—Uf. Total, tampoco me interesa saber nada sobre tu novio de pacotilla.

Tiró mi top al suelo y salió malhumorada del cuarto antes de pegar un portazo.

Gruñí y me dejé caer sobre la almohada. Malditas hermanas pequeñas... La culpabilidad se me arremolinó en el estómago y me fue pellizcando por dentro. Debería haberla seguido. Pero es que estaba cansadísima... Ya lo arreglaría por la mañana. Le llevaría el top y su pintalabios favorito (que era mío) y todo volvería a estar bien. Pero, ahora, necesitaba dormir.

El olor que permeaba el aire se me coló hasta lo más hondo de la garganta. Tosí y se me empezaron a agitar los párpados. Pestañeé en medio de la oscuridad de mi cuarto. La luna ya no brillaba tanto y había desaparecido tras un muro de nubes. Pero, por más que no hubiese demasiada luz, tuve clarísimo que algo iba mal.

Y entonces lo oí. El ruido de la alarma. Volví a toser y arrugué la frente. Ese olor llegó a mí deprisa y con brusquedad.

Humo.

Me levanté de inmediato e intenté colgar las piernas por el lateral de la cama, pero se me enredaron en las sábanas. Seguí moviendo la parte superior del cuerpo y caí con fuerza con las manos contra la alfombra que había al lado de la cama. El tejido se me clavó en la piel mientras intentaba zafarme de aquel enredo de sábanas y ponerme como buenamente pudiera de pie.

Tosí otra vez y volví a agacharme. Me vinieron a la mente imágenes de aquel bombero que había venido a darnos una charla en clase cuando tenía unos diez u once años. «Agachaos. Si podéis, cubríos la boca».

La habitación de Emilia quedaba al final del pasillo, más cerca de la de mis padres. Cuando nos mudamos aquí hacía seis años, mi hermana tuvo miedo: esta casa era muy distinta al apartamento que teníamos en Manhattan. Como estuvo todo el primer mes sin poder dormir bien y teniendo pesadillas constantes, decidió quedarse con la habitación que estaba más cerca de la de mis padres en lugar de la que estaba al lado de la mía, que era lo que mamá y papá habían previsto inicialmente.

Fui hacia la puerta, pero me detuve en cuanto me acordé de otra recomendación: «Tocad el pomo». Levanté la mano y la acerqué al pomo de latón. Una ola de calor me azotó la mano nada más rozarlo.

El pánico se adueñó de mí mientras los ojos me escocían llenos de lágrimas. No sabía qué hacer. Aquella puerta era la única salida de mi cuarto. Y tampoco disponía de móvil. Tanto mi padre como mi madre se oponían férreamente a que yo tuviera un teléfono en la habitación y, menos aún, un móvil. Y ahora estaba atrapada.

Me mordí el interior de la mejilla con fuerza. El sabor metalizado de la sangre me inundó la boca, pero yo a duras penas lo noté. El humo fue colándose más y más por debajo de la puerta. Se me estaba agotando el tiempo.

—¡Mamá! —grité—. ¡Papá!

Pero nadie respondió. A lo mejor habían salido. A lo mejor algo bloqueaba el paso entre su habitación y la mía. Pero tendría que abrir la puerta para averiguarlo.

Me centré en la herida que me había hecho en el interior de la mejilla; ese dolor era lo que me mantenía en el aquí y el ahora. Me envolví la mano con una camiseta y giré el pomo. Nada más abrir la puerta, un muro de llamas se abrió paso hacia mí.

Retrocedí y, como solté un grito ahogado, no pude parar de toser. Las llamas se alzaban centelleantes delante de mí en lo que habría sido una danza de fuego preciosa de no ser porque era algo tan aterrador. El humo fue apoderándose de mi cuarto como si fuese el monstruo de una pesadilla de antaño.

Me entró más miedo aún y empecé a recular todavía más por aquel espacio hasta que me di de espaldas contra la pared. Los pulmones se me cerraron despiadadamente. Fuera. Tenía que salir fuera.

Fui toqueteando la pared con las manos. Aquella madera, con sus intrincados diseños, me guiarían hasta las ventanas. Fui trastabillando y tropezando hasta que di con el tirador de las puertas acristalas del balcón.

Tardé tres intentos en conseguir que la puerta cediera. Cuando por fin la abrí de par en par, una fresca oleada de aire me azotó la cara. Pero solo consiguió hacerme toser más aún. Me coloqué en el borde y noté cómo las tablas de madera me pelaban las rodillas a través de la sutil tela del pijama.

Me agarré a las barras de madera que sujetaban la barandilla mientras el fuego ardía con más fuerza tras de mí. Era tan abrasador que me daba la impresión de que la piel me crepitaba.

Examiné todo a mi alrededor en busca de una salida, de ayuda. No encontré nada. Tendría que rezar por que algún vecino hubiese visto el fuego a lo lejos y hubiese llamado pidiendo auxilio, pero nadie me garantizaba que fuese el caso. Estábamos en mitad de la noche.

Bajé la vista en un intento por calcular la distancia que había de allí hasta el suelo. Dudaba que fuese a morir si me tiraba, pero seguro que me rompería más de un hueso. Aunque eso era mejor que fallecer chamuscada.

Miré a mi derecha y atisbé una tubería. Parecía vieja, al igual que el resto de la casa. Intenté ponerme de pie como pude, fui hacia allí y apoyé una mano en la superficie. Estaba caliente, pero no ardía. A lo mejor podía ser lo bastante segura como para bajar por el lateral del edificio.

Oí un estallido ensordecedor que provenía del interior y casi salgo volando hacia el otro lado de la barandilla.

YA. Tenía que moverme YA.

Pasé una pierna por encima de la barandilla, prohibiéndome mirar hacia abajo, y luego pasé la otra. Me agaché para agarrarme a la tubería y me aferré a ella con todas mis fuerzas. Estaba pegada a la fachada y los soportes que la sujetaban ahí me servirían para apoyar los pies.

Cerré los ojos con vigor un segundo y me pegué a la tubería. El metal se me clavó en los pies descalzos y noté que el dolor se me extendía por todo el cuerpo, pero lo ignoré.

Me agarré tan fuerte como pude y fui deslizándome lentamente hasta que noté otro soporte metálico con los dedos de los pies.

Dentro de la casa se oían crujidos y gruñidos; era como si el fuego tuviese vida propia. A lo mejor la tenía.

La tubería fue calentándose cada vez más a medida que yo intentaba descender por ella y el miedo se me arremolinó en el estómago. Ya estaba un poco más cerca del suelo, pero no lo suficiente como para saltar. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas. Quería que papá estuviese allí. Él siempre sabía qué hacer. Siempre solíamos hablar del mismo problema una y otra vez hasta que, con su ayuda, yo conseguía dar con una solución. Pero papá no estaba allí. Y no quería pensar en lo que significaba eso.

Por un segundo, pareció que el fuego guardaba silencio. Un silencio aterrador que debería de haberme advertido que era el preámbulo de algo muchísimo peor. Lo único que se oyó fue un silbido muy sutil y, a partir de ahí, nada. Solo llamas.

La agonía me arropó en esa manta de fuego. De no ser porque me podía el dolor, me habría dado cuenta de que estaba cayendo. Y entonces, por suerte, una dichosa oscuridad lo envolvió todo.

Capítulo uno
Rhodes



Edad: veintisiete años

Mi todoterreno iba rebotando a medida que avanzaba por aquella carretera de gravilla y me sacudió la espalda entera al pisar un bache especialmente doloroso. Añadí «arreglar la entrada» a mi lista mental de cosas por hacer. Una tarea más en mi lista de, como mínimo, doscientas pendientes.

Me obligué a no agarrar el volante con tanta fuerza porque ya empezaban a dolerme los nudillos. A la que cambié las manos de sitio, me fijé en las húmedas marcas que habían dejado mis palmas. En algún profundo lugar de aquellas señales de sudor se escondía un enfado evidente.

Y me alegraba de sentir esa emoción. Era muchísimo mejor que el miedo y la ansiedad que me habían carcomido durante semanas mientras iba empaquetando cajas con todo lo que tenía en la casita del pueblo. No fracasaría con esto. Otra vez no.

Tomé una profunda bocanada de aire y ralenticé un poco la velocidad para poder esquivar mejor los baches. Si me centraba única y exclusivamente en la carretera, a lo mejor el pánico no se apoderaría de mí. Al menos, no ahora.

Convertí aquel recorrido en un juego. ¿Hasta qué punto podía mantener el coche recto mientras avanzaba por una carretera tan destartalada? Lo hice bastante bien pero, al final, la carretera llegó a su fin y dio paso a una especie de zona de aparcamiento improvisada.

Detuve el vehículo, pero seguí sin levantar la vista. En lugar de eso, me centré en la sensación de gratitud. En el bollo con pepitas de chocolate que me había comido para desayunar. En el arcoíris de colores en el que se habían convertido las montañas cuando el sol había salido por la mañana. En el mensaje que me había enviado Fallon para darme ánimo. En el hecho de que estaba viva.

Luego, me centré en mi respiración. «Inhalamos en tres, dos, uno...». «Exhalamos en tres, dos, uno...». Al contar, iba respirando a un ritmo estable; era como una ecuación matemática que me salvaba de sufrir un ataque de pánico que me impidiese ver nada.

«Inhalamos en tres, dos, uno...».

Levanté un poco la vista.

«Exhalamos en tres, dos, uno...».

Atisbé un parterre gigantesco. En su día fue un tumulto de colores, lleno de campanillas, lirios y aquileas. Ahora estaba todo... muerto.

Como mamá. Papá. Emilia. Y yo, en cierto modo. La «yo» que era por aquel entonces murió con ellos, cortesía del viejo alambrado de una casa más vieja aún. Una casa que años atrás estuvo llena de vida y de amor, pero que se había pasado los últimos catorce años así, medio quemada.

Ahora, por fin sentía que estaba lista para cambiarlo. Para devolverle la vida a este lugar. Y puede que así, tal vez, solo tal vez, recuperara algunas de las partes de mí que murieron ese noche.

Abrí la puerta del todoterreno y bajé. Enseguida toqué el suelo con las botas y me obligué a levantar aún más la vista. Ahí estaba.

Se me secaron la boca y la garganta a más no poder. Intenté tragar saliva, pero parecía que se me pegaba absolutamente todo. Me ardían los ojos y empecé a contar.

«Inhalamos en tres, dos, uno...».

«Exhalamos en tres, dos, uno...».

Ya había llegado más lejos que la última vez. En ese último intento, no habían pasado ni treinta segundos cuando el pánico se adueñó de mí con tanta ferocidad que tardé días en recuperarme.

Pero de eso hacía ya un año. En todo este tiempo habían cambiado muchas cosas. Yo era más valiente. Más fuerte.

Ya había vivido un infierno. Podía reclamar el lugar que una vez albergó mis recuerdos más bonitos. NO. Un lugar que todavía *albergaba* esos recuerdos. Solo necesitaba sacarlos de entre las ruinas.

Seguí contando desde donde estaba a un rimo estable (uno, dos, tres...) para mantener el pánico a raya y observé fijamente la estructura que se erguía ante mí. Aquella casa con historia de estilo victoriano parecía totalmente normal por un lado; era como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo habitual. Sin embargo, el otro lateral del edificio no era más que ruinas y escombros.

El incendio había empezado en la esquina de la zona sureste de la casa, en algún punto entre el cuarto de mis padres y el de Emilia. No pudieron hacer nada. El único consuelo era que el humo los intoxicó mucho antes de que los abrasara el fuego.

Escondí la mano bajo mi desgastada camiseta y acaricié la arrugada piel de mi costado con los dedos. Era la única marca que demostraba que aquella pesadilla fue real. Una prueba de todo lo que viví.

El incendio. La caída. El mes que me pasé ingresada en el hospital donde mi único confort fue Fallon. Uno de nuestros vecinos se levantó para dejar que el perro saliera a mear en mitad de la noche y vio las llamaradas a lo lejos. Fue un milagro. Vino corriendo hacia mí antes de que llegasen las ambulancias, aunque los bomberos tampoco tardaron en hacer acto de presencia y se apresuraron a extinguir las llamas y a salvar los dos tercios de la casa que aún quedaban en pie.

Yo no me acordaba de nada de eso. Me quedé inconsciente y entumecida. Aunque el entumecimiento duró más bien poco. Por más que los médicos de la UCI me trataran con una medicación muy fuerte, me pasé semanas agonizando. Y las cuestiones físicas eran solo la punta del iceberg.

Mi tía vino inmediatamente, por supuesto; sin embargo, cuando se enteró de que no podría disponer de la herencia de mis padres, de pronto se dio cuenta de que no tenía ni la energía ni los recursos suficientes para cuidar de una niña de trece años. Y no me quedaba nadie más. Así que fue ahí, en aquella estéril habitación de hospital, donde una trabajadora social me informó de que estaba bajo la custodia del Estado.

Por aquel entonces, las lágrimas no hicieron acto de aparición; lo que sí volvió a aparecer fue el entumecimiento. Dejé que el dolor físico se adueñara de mí mientras yo aguantaba unas tortuosas horas de terapia y rehabilitación. Me aferré a eso con todas mis fuerzas para que así el dolor que sentía en el pecho no se me tragara entero.

Necesité ese entumecimiento cuando no supe dónde acabaría. Necesité ese entumecimiento cuando oí a la gente susurrando sobre mis quemaduras y sobre que se me había muerto la familia.

Y justo cuando pensé que me rompería, llegó un milagro.

Uno en forma de una mujer de metro cincuenta y siete llena de nervios: Nora Colson, la madre de Fallon. Una mujer que había perdido a su marido y a su hijo hacía años y que había abierto las puertas de su casa a niños que necesitaran un hogar. Yo había oído a mamá explicar que Nora se ocupaba de los casos más complicados, aquellos que nadie quería porque eran niños que requerían demasiado trabajo, y los padres de acogida y los trabajadores sociales ya iban a tope. Sin embargo, al vivir con ella, lo comprobé con mis propios ojos.

Nora exigió que estuviese con ella y el Estado obedeció. Porque, por más diminuta que fuera Nora, tenía un fuego dentro que hacía que los demás le prestaran siempre atención. Así que me fui a vivir con ella, con Fallon y con el resto de su variopinta familia. Y fui muy afortunada. La más afortunada del mundo.

Oí el crujir de la gravilla y me giré, apartando la vista de la casa a la que una vez llamé «hogar». Un todoterreno enorme y familiar se acercaba por la carretera sin preocuparse siquiera por los baches.

No pude evitar sonreír. Uno de mis hermanos tendría que llevar el coche al taller sí o sí. Apostaba que lo haría o Shep o Trace. Shepard siempre se preocupaba por el bienestar de los demás. Era el guardián absoluto. Aunque Trace se aseguraba de que todo el mundo estuviese a salvo, cosa que hizo también conmigo desde que el Estado me dejó con Nora. Con razón se había convertido en el *sheriff* del condado.

Nora cerró la puerta del vehículo con fuerza y corrió hacia mí con su pelo castaño y un tanto canoso volando al aire tal como

avanzaba.

—Te he dicho que me esperases, pero cuando he ido a tu casa ya te habías marchado.

Al ver las arrugas de preocupación que le adornaban el rostro, sentí cierta culpabilidad. Le cogí la mano y le di un apretón para tranquilizarla.

—Tenía que valerme por mí misma.

Nora me estudió la cara con sus ojos verdes. Aquel gesto resultaba dolorosamente familiar; lo había hecho ya un millón de veces. Mi madre también solía tener la misma costumbre.

—No hay prisa —dijo Nora con delicadeza.

Hice una mueca.

—A ver, el nuevo inquilino se muda a la casita el lunes y Shep se ha propuesto empezar con las obras mañana, o sea que yo diría que un poquito sí hay.

—Puedes volver a vivir conmigo y con Lolli —se apresuró a decir —. Tenemos espacio de sobra.

Fruncí los labios. Nora y su madre tenían espacio de sobra, eso era cierto. La casa donde pasé mi adolescencia era tan grande que hacía falta un mapa para ir de un sitio a otro, pues ocupaba todo el terreno donde la habían construido, rodeada de cientos de hectáreas que se extendían por doquier.

—Creo que ya soy un poco mayor para volver a casa —argumenté.

Ella me abrazó.

—Nunca se es demasiado mayor para eso. Jamás.

El dolor se intensificó en una mezcla de felicidad y tristeza, placer y sufrimiento.

—Te quiero —le susurré.

—Más que estrellas hay en el cielo —me contestó ella con un hilo de voz.

—Basta de sensiblerías —soltó una voz femenina; una que sonaba como la de alguien que solía fumarse ocho paquetes al día y que se tomaba un chupito de whisky después—. Necesito que me ayudéis a colgar el regalo en la caseta de invitados.

Nora me soltó y ambas nos giramos hacia la mujer mayor que estaba de pie en la entrada de mi casa. Lolli llevaba un vestido maxi de flores combinado con más collares y brazaletes de los que podía contar, y se había recogido el pelo en un moño despeinado. En la mano sostenía algo que centelleó bajo la luz del sol: un lienzo cubierto con cientos de piedras brillantes.

—Mamá... —empezó a decir Nora.

—Creo que lo pondré en el pasillo de la entrada —intervino Lolli antes de hacer repiquetear los dedos en los labios—. No. Sobre tu cama. ¿Cómo lo ves, Rho?

Me quedé atónita mirando el resultado del nuevo *hobby* de Lolli: diseños con brillantes. A simple vista, parecía una especie de flor que pudieras encontrar en la selva amazónica. Pero la conocía demasiado bien. Así que entorné la vista y analicé el cuadro más detenidamente.

A mi derecha, Nora ahogó un grito.

—¡Mamá! Dime que no es un pene.

Me atraganté con mi propia risa ahogada justo cuando empecé a visualizar el falo y los testículos. A Lolli no le satisfacían los diseños simples con brillantes. Tenía que crear verdaderas gemas inapropiadas.

La anciana arqueó una ceja.

—No veo por qué hay que avergonzarse del cuerpo humano. Es justamente lo que ha inspirado a los mejores artistas.

Me mordí los labios en un intento por contener una carcajada.

—Igual tienes razón, pero Rho no puede colgar eso en su casa. Y menos donde lo vea la gente —la reprendió Nora.

Lolli se cuadró de hombros y levantó la barbilla.

—¿Les dirías esto a los del Met? ¿O a los del Louvre?

Nora entornó los ojos sin dejar de mirarla y contestó:

—Siento ser yo quien te lo diga, mamá, pero no eres el Miguel Ángel de los diseños con brillantes.

Como sabía que esa conversación estaba a nada de convertirse en una riña de la que no saldríamos jamás, aproveché para moverme. Fui hacia Lolli y le cogí el lienzo de las manos.

—Me encanta mi polla-flor. La colgaré con mucho gusto.

Nora soltó un chillido, pero Lolli se limitó a sonreír pletórica.

—¿Te he dicho ya que eres mi persona favorita?

Reí por lo bajo. Lolli cambiaba de persona favorita a diario, lo cual lo convertía todo en una constante fuente de competición entre aquel batiburrillo de hermanos de acogida.

—Hoy has dicho que era Cope porque te ha enviado entradas para su próximo partido.

Lolli volvió a repiquetear los dedos en los labios.

—Cierto. Supongo que gana él. Ver a esos machotes forzudos estampándose contra las vallas tiene algo...

Nora levantó las manos y anunció:

—Me rindo.

Se me escapó la risa y, Dios, qué bien me sentó. Con aquella minúscula expulsión de aire salió también toda la ansiedad que llevaba semanas cociéndose y acumulándose en mi interior. Podía hacerlo. Porque todo lo malo que había vivido hacía que ahora supiese valorar más lo bueno. Y la vida tenía muchas cosas buenas.

Abracé a Nora.

—Mejor démosle el gusto a Lolli... —dije.

—Pues claro que sí —soltó ella asintiendo una única vez, haciendo tintinear ese montón de collares.

Nora se limitó a sacudir la cabeza y miró hacia la pequeña caseta de invitados que quedaba a la derecha del dilapidado edificio principal.

—¿Ya se han marchado los transportistas?

Asentí.

—Shep los ha dejado entrar esta mañana cuando ha venido para recoger un pedido de leña. Me ha dicho que solo han tardado una hora.

Ahora, el foco de la reprobación de Nora fui yo.

—Tienes que acomodarte. Echar raíces.

Contuve la apremiante necesidad que sentí de moverme o, mejor aún, de salir por patas. Nora siempre me había dicho que tenía que convertir mi casita del pueblo en un lugar más acogedor, pero a mí me parecía una pérdida de tiempo y de dinero. Era de alquiler. Temporal. ¿Para qué invertir nada de eso en arreglarla?

Que tampoco es que el dinero fuera un problema. Mis padres habían dejado hasta el último centavo de sus bienes raíces en un fideicomiso para Emilia y para mí. Como mi hermana también había fallecido, yo era la única beneficiaria. Aun así, yo no lo había tocado hasta ahora. Me entraban náuseas solo de pensarlo. En cierto modo, sacarles provecho a esos fondos hacía que me sintiera como si estuviese regodeándome con la muerte de mi familia.

—Rho... —susurró Nora. La tenía justo delante, y me fijé en las delicadas arrugas que le rodeaban los ojos y la boca: indicios de unas sonrisas habituales y genuinas. El verde iris de sus ojos era todo bondad—. Ellos solo querrían que fueras feliz.

Traté de contener un sollozo y noté cómo me ardía la garganta.

—Ya lo sé. Pero a veces me da la impresión de que, si soy feliz, los traicionaré a más no poder.

Nora me abrazó con más fuerza y ese disparatado lienzo de piedras brillantes quedó oprimido entre nosotras.

—Nunca. Tu felicidad los honra. Porque te enseñaron a encontrar la alegría en lo rutinario.

Inspiré profundamente y dejé ir el aire despacio. Cuando Nora me soltó, levanté la cara hacia el sol. Dejé que los rayos me acariciaran el rostro y me acordé de cómo era bailar con Emilia en un día como el que hacía hoy mientras nos mojaba el aspersor. Me acordé de cómo hundía las manos en la tierra para ayudar a mamá a plantar flores. Me acordé de cómo papá nos perseguía a Em y a mí, pistola de agua en mano. Aquí ocurrieron un sinfín de cosas bonitas. Tenía una infinidad de recuerdos por los que estar agradecida.

Una mano callosa me envolvió la mejilla y volví a fijarme en los ojos verdes de Nora. Centelleaban llenos de orgullo y con una pizca de una emoción más profunda todavía.

—Eso es.

Le cogí la mano a Nora y le di un apretón.

—Venga. Vamos a colgar mi polla-flor.

Capítulo dos
Anson



Dejé unas cuantas botellas de lejía y una docena de mascarillas N-95 en el mostrador de la ferretería. Al oír el ruido, la joven empleada levantó la vista y, con el movimiento, su rubia melena se meció. Alternó la mirada entre mi rostro y todo lo que había colocado ahí encima. Sonrío y siguió masticando chicle antes de preguntar:

—¿Intentas deshacerte de las pruebas de un asesinato?

No reí. No respondí en absoluto. Unos años atrás, le habría seguido el rollo, habría tonteado con ella. Ahora, no. Me parecía todo una pérdida de tiempo y de energía. Y yo no tenía ni una cosa ni la otra.

La chica se sonrojó, volvió a agachar la cabeza y empezó a marcarlo todo en la caja registradora.

Había sido un cabrón.

Pero ser un cabrón era mejor que la otra alternativa. Era mejor que ser alguien que se preocupa. Que ser algo para alguien. Porque ser alguien que se preocupa solo te lleva a una cosa: a la agonía.

—Cincuenta y dos con setenta y cinco —me dijo con un hilo de voz.

—Ponlo en la cuenta de Construcciones Colson.

Lo metió todo en una bolsa de plástico. Era lo mínimo que podía hacer. Por más que intenté centrarme en lo que estaba haciendo, la sutil forma en que abrió los ojos no me pasó desapercibida. Estaba sorprendida y mostraba curiosidad.

La gente había oído hablar de Construcciones Colson. Disfrutábamos de una muy buena reputación gracias al trabajo bien hecho y los precios justos de la empresa. Sin embargo, de quien más habían oído hablar era de su dueño. La reputación de Shepard Colson era todavía mejor que la de la empresa. Era uno de esos chavales que tanto adoraba el pueblo.

Teniendo en cuenta lo muy entrenado que tenía yo ya el cerebro a causa de mi pasado, no pude evitar analizar el porqué. ¿Por qué se empeñaba tantísimo Shep en serlo todo para todo el mundo? ¿En esmerarse constantemente para salvarle el día a alguien? Me apostaba un pastizal a que era porque lo habían abandonado de pequeño.

Saber que te dejaron tirado en las afueras de un parque de bomberos cuando solo tenías un mes de vida podía joderte a nivel emocional. Podía hacer que te diese la impresión de que tenías que ir demostrando tu valía en todo momento. Shep había hecho eso y más.

Pillé las bolsas del mostrador y me deshice de aquella necesidad de seguir indagando y ahondar más en el tema. Mis días para elucubrar habían acabado. Tenían que acabar. Era la única forma que tenía para mantenerme cuerdo.

—Gracias —musité, y me dirigí hacia la puerta.

Nada más llegar a la zona de aparcamiento, empezó a vibrarme el móvil. Me moví para coger el aparato del bolsillo y miré la pantalla. A estas alturas, solo había cinco personas que tuvieran mi número de teléfono, o sea que las posibilidades de quién me estuviese llamando eran limitadas. Aun así, cuando vi en la pantalla el nombre de Shep, el alivio se adueñó de mí.

—Sí.

Oí la risa fácil de Shep desde el otro lado de la línea.

—Sabes que eso no es una forma de saludar como tal, ¿no? —me dijo.

—¿Qué quieres, capullo? —gruñí.

Lo último que debería estar haciendo era tocarle los huevos a Shep. Me había salvado el culo. Me había dado un lugar donde aterrizar cuando todo había salido volando por los aires. Un trabajo. Un propósito que evitó que me diese a la bebida o hiciese algo peor.

Había trabajado en el mundo de la construcción mientras estudiaba en la universidad, así que ya sabía lo básico. Incluso así, trabajar con mis propias manos, construir algo en lugar de cargármelo era algo completamente distinto a mi experiencia en un despacho. Lo necesitaba. Y todo eso se lo debía a mi amigo de la carrera.

—¿A qué viene este mal humor? —quiso saber Shep—. ¿Necesitas un poco de azúcar?

Gruñí.

—He tenido que ir a hacerte la compra —respondí.

Él rio por lo bajo por toda respuesta.

—Siento haberte hecho tener que lidiar con seres humanos, pero debía reunirme con un cliente para explicarle cómo avanzaba la obra y ya te digo yo que no habrías querido ser tú quien estuviera en esa reunión.

Le di al mando de la camioneta, que emitió el pitido correspondiente, y abrí la puerta de los asientos traseros para meter las bolsas dentro.

—¿Qué necesitas? —le pregunté.

Podría no ser nada. A Shep le gustaba hablar con sus trabajadores para comprobar qué hacían y asegurarse de que estuviesen bien. Aun así, no solía llamar en plena jornada laboral. Eso se lo ahorraba para cuando se pasase a tomar una birra y husmear sobre nuestras cosas.

—¿Puedes venir conmigo a la casa victoriana de Rho? Quiero repasar el plan de remodelación antes de que empecemos mañana.

—Claro. ¿Ahora?

—Si te va bien...

Miré el reloj de muñeca. Estábamos a mitad del día y tenía ganas de ponerme a trabajar en ese proyecto desde que Shep me lo contó. Al trabajar con Shep y su equipo, me di cuenta de que yo tenía un don para arreglar edificios devastados por incendios. Cogí ese don y lo perfeccioné gracias a un poco de investigación y a unos cuantos cursos. Ahora, lideraba ese tipo de proyectos.

Iban conmigo. Mi idea de retorcida redención. Aunque no conseguiría saldar mis deudas ni de lejos.

—Voy directo —le dije mientras me sentaba detrás del volante.

—A mí todavía me queda un rato para llegar, pero ve estudiando la zona. Dudo que haya nadie. Rho está acabando de hacer cajas en su casa.

Yo no había visto a la hermana de Shep en la vida. Aunque no era porque él no lo hubiese intentado. Shep siempre hacía todo lo posible para acercarme a su familia. Para él, eran eso: familia. Daba igual que no todos compartiesen el mismo ADN o que los hubiese

que se habían unido a mitad de camino: eran su familia y el lazo que los unía lo era todo para él.

Sin embargo, pensar en ese tipo de lazos familiares hacía que se me cerrasen las costillas y se me encogiesen los pulmones. Empecé a respirar de forma más y más superficial. Y cada inhalación me sentaba como una puñalada.

Me deshice de aquellas sensaciones y las encerré en un sitio al que nunca recurría. Porque, como me adentrase por ese sendero, la oscuridad se me tragaría de un tirón.

—¿Anson? —La voz de Shep me sacó de aquella espiral de pensamientos.

—Perdona, ¿qué?

Guardó silencio un segundo. Aquella breve pausa me indicó que estaba preocupado.

—Te preguntaba si te gustaría venir a cenar luego. Mi madre ha preparado lasaña.

¿Cuándo fue la última vez que comí algo casero? Ya ni me acordaba. Y Dios era testigo de que la cocina y yo no nos llevábamos para nada bien.

—Tranqui.

—No sé yo... —insistió Shep.

«Uf, joder».

—Estoy bien, pero no me apetece ir a cenar.

Llevaba dos años trabajando con Shep y había conseguido apañármelas; solo coincidí muy brevemente con su madre y su abuela en una ocasión, e intercambié cuatro palabras rápidas con el mayor de sus hermanos: Trace. El *sheriff* siempre me miraba como si me estuviera chequeando, y a mí se me disparaban las alarmas; era como si Trace supiera que escondía algo.

Aun así, Shep siempre cumplió con su promesa. No le contó nada acerca de mi pasado ni de mi previo trabajo a absolutamente nadie. Si alguien preguntaba, yo no era más que un amigo de la uni que necesitaba un curro. Un cabrón solitario a quien no le caía en gracia casi nadie, de modo que tampoco hacía falta tomarse mi falta de conversación como algo personal. Funcionaba. Aunque a veces me sintiera solo de cojones.

—Un día de estos, Lolli te convencerá para que vengas —musitó Shep.

Al oírlo mencionar a su abuela, hice una mueca. Me había bastado con los pocos segundos que había pasado al lado de la mujer para convertirme en su mayor fan.

—No es que tenga demasiadas ganas de tener que acabar haciendo de modelo para una de sus... obras de arte.

Shep hizo un sonido que me recordó a cuando alguien tiene náuseas.

—No me hables del tema, por favor —me dijo—. Intentó darme uno de una especie de príncipe elfo descamisado y su queridísima hada.

No reí, aunque ganas no me faltaron.

—Lo tienes colgado en casa, ¿a que sí?

—En el despacho —se quejó—. Detrás de la puerta, para no tener que verlo.

Sonreí mientras pegaba un volantazo para adentrarme por Cascade Avenue: la calle principal que atravesaba el pueblo.

—Mira que llegas a ser buen nieto.

—Sí, bueno... —murmuró Shep—. Venga, ahora nos vemos.

—Hasta ahora.

Colgué sin volver a decir nada. A Shep le tocaba muchísimo los cojones que no saludase ni me despidiese al hablar pero, a lo largo

de los últimos dos años, ya se había acostumbrado.

Me detuve en uno de los tres semáforos que había en el pueblo. Shep me contó que, cuando los pusieron, los vecinos se manifestaron para quejarse. La mitad de los habitantes pensaban que eran necesarios por cuestiones de seguridad, mientras que la otra mitad estaba convencida de que se cargarían Sparrow Falls por completo.

Yo no tenía muy claro que alguien se pudiese cargar un lugar como este. Se respiraba cierta simpleza en el aire. Cierta paz. Desde que perdí a Greta, este fue el único lugar donde sentí que podía respirar.

Me bastó con pensar en su nombre para notar una especie de ardor en la garganta que me fue bajando hasta el estómago. Se me coló una imagen de mi hermana en la mente. Casi no las había de mayor. Solían ser, sobre todo, de pequeños. Correteando por el jardín mientras papá y mamá nos llamaban para que fuéramos a cenar o subiendo a la casita del árbol en un intento por quedarnos más tiempo despiertos en verano.

Alguien pegó un bocinazo detrás de mí y me sacó de aquellos agonizantes pensamientos. Jamás pensé que la felicidad pudiera ser dolorosa. Sin embargo, ahora sabía que sí era posible. La felicidad era la tortura más bonita del mundo porque la vida te lo podía arrebatar todo, y eso era muchísimo peor que no haberlo vivido jamás.

Quité el pie del freno para pisar el gas mientras la mujer de pelo canoso que estaba sentada en la berlina que tenía detrás me fulminaba con la mirada a través del cristal. No pude evitar generarle un perfil con tres simples ojeadas. Coche viejo y un poco destartalado pero limpio como una patena. Una pegatina donde ponía «Jesús es la salvación». Una sillita en los asientos traseros.

Se la veía orgullosa, con una pizca de rectitud en su forma de ser. Seguía las normas, pero también hacía lo correcto y se preocupaba por los demás. Cuidaba de una criatura y hacía todo lo que podía para tener la mejor vida posible. Aun así, también pensaba que los demás tenían que vivir igual que ella y, cuando no lo hacían, se cabreaba. De ahí que me hubiese pitado.

Me obligué a apartar la mirada de la mujer y a centrarla en las tiendas que iba dejando atrás al conducir. La mayoría estaban hechas de ladrillos, lo cual le otorgaba cierto carácter al centro, cosa que no había visto en las afueras de Washington D. C. Aquí, todo tenía una historia, hecho que hizo despertar algo en mí.

Pasé por delante del bar, de una panadería y de la librería. Había tiendas de *souvenirs*, confiterías y una cafetería en el otro lado. Las había de todo tipo por todas partes pero, a excepción del pequeño colmado, podía contar con los dedos de una mano la de veces que había entrado en dichos locales.

Cuanto más bajaras al centro, más te inmiscuías en la red de este lugar y más la gente pensaba que podía hablarte. Hacerte preguntas. Y eso no entraba en mi lista de desenlaces deseados.

No tardé ni diez minutos en llegar a la salida que daba a la casa de estilo victoriano. Mientras giraba hacia la derecha y me adentraba por ese camino de gravilla, no pude no sentirme maravillado por la abrumadora belleza y el poder de lo que me encontré delante.

Una cordillera de cuatro montañas a la derecha, con los picos nevados. A la izquierda, una fila de acantilados que hacían que te entrasen ganas de frenar en seco para poder observarlos un poco más. El color azul grisáceo de las montañas creaba una yuxtaposición perfecta con el centelleo dorado que bañaba los acantilados. Puede que la hermana de Shep hubiese comprado una casa medio chamuscada, pero tenía unas vistas espectaculares.

Cuando apareció la estructura ante mis ojos, fui ralentizando la velocidad y silbé despacio. Aquella casa victoriana era preciosa, pero tenía una parte completamente destrozada. Las paredes habían cedido y en el techo, cubierto por una lona, se apreciaban unas vigas carbonizadas. Muchísima gente se plantearía una reconstrucción total: echarlo todo abajo y volverlo a construir de cero.

Sin embargo, Shep me había dejado claro que esa no era una opción. Su hermana quería restaurar la casa, no volver a construirla de nuevo. De esta manera, seguramente le saldría todo un treinta por ciento más caro.

Se me empezó a despertar un sexto sentido mientras me preguntaba por qué querría hacerlo así.

Capítulo tres
Rhodes



Di un paso atrás y me apoyé en la pequeña isla que había en la cocina de la caseta de invitados (que, por suerte, no había sufrido ningún daño con el incendio) para admirar mi obra de arte, que ahora colgaba encima de la chimenea de la sala de estar. Y solté una carcajada. La polla-flor estaba ahí colgada, con todo su esplendor.

Pero era muchísimo más que una obra de arte inapropiado. Lolli tenía clarísimo lo que estaba haciendo al traérmela precisamente hoy. Sabía que necesitaría algo para reír y acordarme de la familia que me rodeaba.

Con el paso de los años, había encontrado la forma de aceptar que tenía dos familias: la que había perdido y la que había encontrado después. Y había aprendido a estar agradecida por el tiempo que había vivido con ambas. Hoy, Lolli ocupaba el primer puesto en mi lista de cosas por las que estar agradecida.

Y, como si fuese una señal para corroborarlo, justo entonces me sonó el móvil. Lo pillé y vi cómo aparecían el nombre de un chat de

grupo y un icono en la pantalla. Ese nombre cambiaba constantemente y siempre solía ser porque Cope y Kyler no paraban de competir entre sí o tocarle las narices a nuestro hermano mayor, que era todo ley y orden. Cope y Kyler no habían parado de hacer travesuras desde que este se vino a vivir con nosotros a los dieciséis años.

Hoy, el chat se llamaba «Que no se entere mamá». Me entró la risa y deslicé el pulgar por la pantalla:

Cope
Qué tal va la cosa? Lista para liarla parda?

Tecleé a toda prisa:

Como la vez esa en la que te bañaste en aguardiente de melocotón y te pasaste cinco días oliendo a pastel de frutas y a alcohol de noventa grados?

Cope
No digas la palabra melocotón. Sigo traumado
Kye
Yo sí que estoy traumado. Me potaste en el armario. Una vez me vino una tía a pedir que le tatuara un melocotón en el culo y me entraron arcadas

Apareció otro mensaje en pantalla:
Arden ha cambiado el grupo del chat a «Notificaciones Incesantes»

Cope
Relájate, A

A nuestra hermana pequeña, que se unió a la familia a los doce años, le gustaba pasar tiempo a solas y detestaba que la

interrumpiesen; sobre todo, cuando estaba trabajando en alguna nueva obra de arte (que venía a ser casi siempre).

Silencia el chat. Es lo que hago yo cuando Cope se pone tan pesado. Como si no tuviera suficiente ya con los millones de fans que tanto lo adoran

Arden
Un punto a tu favor. Debería haberlo hecho hace años
Cope
Se puede uno divorciar de sus hermanos? Hay alguna orden legal que cubra eso?

Si lo haces, te quedas sin pastel de chocolate y mantequilla de cacahuete la próxima vez que te pases por casa

Cope
Qué castigo más cruel y extraño, Rho

Reí para mis adentros a sabiendas de que había ganado yo esa batalla y volví a guardarme el móvil en el bolsillo. Paseé la vista por aquel pequeño espacio. En gran parte, seguía estando hecho un desastre. A pesar de que yo no tuviera demasiadas cosas, algo sí tenía. Y, ahora mismo, lo que tenía estaba en cajas medio abiertas que había dejado esparcidas por el salón.

Había cogido lo más importante: la cafetera, la cacerola, la sartén, unos cuantos platos y algunos cubiertos. Una tenía que alimentarse. Además, nadie quería verme falta de cafeína mañana por la mañana.

Aun así, lo más importante de todo habían sido unos cuantos libros viejos. Novelas que contenían viajes compartidos con papá: *Las ventajas de ser un marginado*, *Los juegos del hambre*, *Rebeldes* y, por supuesto, *Una arruga en el tiempo*. Me atrajeron como si

tuviesen una fuerza gravitacional propia y acaricié aquellos gastados lomos y esas páginas amarillentas con los dedos.

El fuego y el agua habían dañado un poco la biblioteca, pero lo que más había manchado las cubiertas y los bordes del papel fueron el humo y el hollín. Con el paso del tiempo, como los había releído hasta la saciedad, casi todo eso se había ido desgastando.

Lo único que seguía lleno de polvo y con manchas negras del incendio era la última sección de cada libro. Porque, por más que los leyera todos una y otra vez, nunca conseguía llegar al final. Con ninguno. Los finales tenían algo muy doloroso, muy concluyente, por más felices que fueran.

Dejé caer la mano y recorrí el resto de la estancia con la mirada. Había un montón de cajas. Pero podían esperar.

Porque me moría de ganas de inspeccionar mejor a aquella antigua belleza. Tras haber superado la primera oleada de recuerdos, me di cuenta de lo mucho que la había echado de menos: a ella y a sus intrincados ribetes y a su techo puntiagudo. Había echado de menos esa sensación a hogar que no me aportaba ningún otro espacio físico, ni siquiera el rancho de los Colson.

Me alejé de la estantería y fui hacia la puerta principal. Al ver aquel lateral chamuscado por primera vez, inhalé con fuerza, pero no me detuve y eché a andar hacia la casa. La mitad que se había quemado era la que más cerca quedaba de mi caseta de invitados, así que tendría que acostumbrarme a las vistas.

Durante los pocos años en los que me obligaron a ir a terapia, mi psicólogo por aquel entonces me repitió una y otra vez que tenía que enfrentarme a lo ocurrido. Hasta que, al final, un día Nora se mosqueó muchísimo y le gritó al hombre que ya me enfrentaría a eso cuando estuviese lista y que dejase de ser un cabrón insistente.

Esa fue mi última sesión con él. Aun así, aquel estallido de Nora hizo que me sintiera más querida de lo que realmente pude expresar.

Y Nora tenía razón. Debía hacerlo a mi propio ritmo. Puede que hubiese tardado catorce años, pero ahora estaba aquí. Y me sentía preparada.

Fui caminando por la gravilla con mis botas desgastadas, levantando polvo al andar. En lugar de mirar hacia la casa, me centré en los parterres secos que había en el jardín. Enseguida empecé a imaginarme un montón de cosas y visualicé aquellas jardineras llenas de vida, con amapolas y altramuces. Quería que hubiese una exposición de colores allá donde pudiera haberla.

Rodeé la casa por detrás y atisbé la cocina. Miré a través de las ventanas y vi que el humo había dañado sutilmente la zona, aunque no demasiado. Alrededor de aquella inmensa isla seguía habiendo los mismos cuatro taburetes de siempre: aquellos donde nos sentamos mamá y yo la noche en que ocurrió todo. Fue ahí donde le hablé de mi primer beso.

Dios, si es que parecía que hiciese una eternidad de eso... Un torpe roce de labios en el oscuro armario del sótano de Owen Mead. De vez en cuando, aún veía a Felix por el pueblo. Seguía siendo igual de tierno que cuando éramos pequeños, pero tampoco era algo que yo fuera a experimentar de primera mano.

En su día, el chico lo intentó. Intentó ser mi amigo e incluso más. Me vino a ver al hospital. Fue al funeral que Fallon, Nora y Lolli organizaron para que yo pudiera despedirme de mi familia. Pero nunca me abrí con él. Al final, Felix dejó de intentarlo. Aunque ahora se paraba para saludarme cada vez que me veía y siempre me dedicaba una cálida y amable sonrisa.

Tomé una profunda bocanada de aire y me acerqué a la casa. Juro que todavía olía a humo. Aunque fuera solo un poco. Eso sí que no

lo echaría de menos jamás.

Alargué el brazo para coger el pomo de una de las puertas de cristal que había en la parte trasera y simplemente dejé la mano apoyada ahí un momento. Mi tía contrató una empresa que procuró hacer todo cuanto pudo por tapar el lugar con tablones y cubrir el techo con una lona de alta resistencia. Aun así, cuando se dio cuenta de que tendría que pagar las reformas de su propio bolsillo, dejó de ayudar. Y a pesar de que el departamento del *sheriff* local se vio obligado a desalojar a quien, en ocasiones, intentara okupar temporalmente el lugar, la casa permaneció vacía casi todos esos años.

Expulsé el aire de un tirón y bajé la palanca. Fue un movimiento un tanto errático, porque el pomo llevaba muchísimo tiempo en la misma posición, pero estaba abierto. Yo misma le había dado las llaves a Shep para que no tuviera que esperarme.

Abrí la puerta despacio. Esta vez, el hedor a humo que permeaba el aire fue innegable. ¿Cómo podía ser, después de tantos años? No tenía ni idea. A lo mejor se había adherido a las paredes.

Shep me aseguró que uno de sus trabajadores hacía maravillas con los lugares que el fuego había devorado. Me juró y perjuró que volverían a dejar la casa como estaba y me ayudarían a que yo pudiese recuperar mi hogar. No obstante, a medida que me iba adentrando más y más, no tenía muy claro cómo lo conseguirían.

Las paredes que me quedaban a la derecha estaban impregnadas de hollín, que dibujaba unos círculos oscuros en el empapelado que tan feliz hizo a mamá años atrás. Todos esos patrones ahumados parecían hipnotizarme, tirando de mí para que siguiera perdiéndome por la casa en dirección a la zona que más asolada había quedado.

Fui caminando por el pasillo, fijándome muy bien en cada centímetro que había quedado dañado y preguntándome cómo

podía ser que hubiese algunas partes que, por diminutas que fueran, hubieran logrado esquivar mágicamente el incendio al igual que había hecho yo. Para mí que fue algún minúsculo milagro, uno incomprensible.

Cuando llegué a la entrada, giré a la izquierda y me sentí igual que si un boxeador profesional acabase de pegarme un puñetazo justo debajo de las costillas. La biblioteca. El lugar favorito de papá, donde se refugiaba los fines de semana para leer novelas policíacas. Quedaba clarísimo en qué punto los bomberos habían conseguido extinguir el fuego. Aquella sala tenía exactamente las mismas pintas que, en ocasiones, creía que tenía mi corazón: una mitad estaba hecha añicos, mientras que la otra seguía con vida.

Noté cierta presión detrás de los ojos y tragué saliva con fuerza para contener las lágrimas mientras observaba las zonas chamuscadas. Todos los *thrillers*, tan venerados en su día, habían quedado reducidos a cenizas. Me mordí el interior de la mejilla. Le devolvería la biblioteca a papá. Y estaba segura de que, de alguna forma, él vería cómo volvía a llenar las estanterías con John Grisham, Stieg Larsson, Truman Capote y Patricia Highsmith, junto con novelas que solíamos leer juntos y salvando todo lo que pudiera a la vez.

Me giré y miré por las escaleras que daban arriba. El rellano del segundo piso estaba medio quemado, pero las escaleras, a pesar de estar cubiertas de hollín, parecían bastante sólidas. Subí un peldaño para ver si aguantaba. Sin problemas.

Subí unos cuantos más porque sentí la apremiante necesidad de ver algo más. Noté cierta brisa que hizo que se oyera un escalofriante aullido en la casa. Sabía que era por las paredes incendiadas y las ventanas rotas; aun así, un escalofrío me recorrió entera por igual.

Sin embargo, nada de eso me impidió que siguiera subiendo. Me dije a mí misma que solo subiría un par de peldaños más; lo justo para poder echar un vistazo rápido al cuarto donde aún habitaban todos mis sueños de adolescente. A lo mejor lo que quería era ver a la niña que fui. A la niña que pensaba que un simple beso le cambiaría la vida. Y, a lo mejor, en cierto modo, se la cambió.

—¿Qué narices haces ahí arriba? —berreó una voz grave.

En los últimos diez minutos, aquí no había habido nadie a excepción de yo y de aquel escalofriante aullido. Solo estábamos yo y los fantasmas. Tantísimo silencio que no estaba preparada para nada más. Me di la vuelta de inmediato y apoyé el pie en el peldaño roto que había justo encima a la vez que vi aparecer a un hombre de pelo rubio oscuro.

Me dio tiempo a atisbar cómo el pánico se adueñaba de sus ojos azul grisáceos y cómo su morena tez empalidecía mientras yo iba haciendo aspavientos con los brazos. Y entonces caí.

Capítulo cuatro
Anson



Había visto a la chica husmeando por el exterior de la casa, mirando a través de las puertas de cristal traseras y, al final, había presenciado cómo había tenido las narices de entrar. Había llamado a Shep, pero no me había cogido el maldito teléfono, y yo no tenía ningunas ganas de llamar a los polis por culpa de esa entrometida. Seguro que solo sentía curiosidad.

Aunque merodear por una obra era una forma infalible de hacerse daño o algo peor, que era justamente lo que estaba a punto de pasar. La mujer abrió los ojos de par en par al oír mi pregunta y descubrí sus increíbles iris color avellana. La estupefacción hizo que le centelleara la mirada y esa tonalidad verde adoptó un tono dorado que pareció darles vida propia. Pero entonces pisó un escalón roto.

La estupefacción se convirtió en miedo y la chica empezó a hacer aspavientos con los brazos. Solté una retahíla de maldiciones mientras intentaba predecir cómo caería. Solo había subido diez

peldaños, pero, si caía en una mala postura, podía hacerse muchísimo daño.

El pelo color caoba envolvió parte de su cara mientras ella intentaba recuperar el equilibrio. Fue inútil. Chocó contra la barandilla, debilitada ya por el fuego y el humo, y esta se partió.

Me moví por instinto y fui directo hacia ella. La chica cayó con fuerza contra mí. Era pequeña, pero la fuerza del impacto me dejó sin aliento.

O a lo mejor lo que me robó el aliento fue el ardor que le atisbé en aquellos ojos color avellana. Unos ojos color avellana que se clavaron en los míos, iracundos.

La mujer me empujó a la altura del pecho y se zafó de mi abrazo.

—¿Qué narices crees que haces?

Su rabia me llevó a arquear un poco las cejas y mi tan practicada máscara se cayó muy sutilmente.

—¿Que qué hago yo? La que está merodeando por una obra eres tú. Esto es una propiedad privada. Debería de haber llamado a la poli para que te detuvieran. O peor: podrías haberte desnucado.

Resopló y, con ello, unos cuantos pelos se posaron en su cara.

—Ya sé que es una propiedad privada, pedazo de zoquete.

Me latió un músculo en la mandíbula mientras intentaba controlar el cabreo.

—Entonces, ¿por qué diablos estás aquí?

—Porque soy la dueña —respondió, y me fulminó con una mirada arrogante.

«Hostia, menuda cagada».

Estudié a la chica que tenía delante con otros ojos y la analicé de nuevo. Tenía el pelo castaño y un poco despeinado, como si los mechones tuviesen que hacer de las suyas por más que alguien intentara atusarlos. La piel mostraba un bronceado dorado y parecía

más suave que cualquier cosa que hubiese tocado yo en mucho tiempo. A pesar de ser pequeña, tenía unas buenas curvas. Unas que hicieron que ciertas imágenes de la hermana pequeña de mi mejor amigo me inundaran la mente; unos pensamientos sobre los que no tenía ningún derecho.

«Eso de *menuda cagada* se queda corto».

—¿Ya no tienes nada que decirme? —espetó Rhodes.

Volví a mirarla a la cara y me fijé en lo desafiante que era su mirada. Fue algo que respeté sin más, pero tampoco pensaba dejarla ganar esta batalla.

—Da igual. No deberías estar aquí. Puedes ser la dueña, pero pasearte por la propiedad en el estado en que se encuentra es una insensatez, una estupidez.

Rhodes se quedó boquiabierta.

—¿Acabas de llamarme estúpida? ¿Y tú quién narices eres?

—Yo no te he llamado estúpida. He dicho que lo que has hecho era una estupidez. Una insensatez. Llámalo como quieras. —Yo no necesitaba ni una cosa ni la otra en mi vida, eso seguro.

Alguien carraspeó y ambos nos giramos. Shep estaba ahí, con sus pintas de niño bueno y la gorra aún puesta, pero con cara de estar pasándoselo en grande.

—Veo que ya os habéis conocido.

—¿Conocido? —repitió Rhodes.

A Shep se le ensanchó mucho más la sonrisa.

—Rho, te presento a mi amigo y a tu experto en reparaciones post incendios: Anson. Anson, te presento a mi hermana Rho.

Rhodes se giró hacia mí de nuevo.

—¿Tú eres Anson? ¿Su mejor amigo de la universidad? ¿Ese con el que acabó encarcelado por correr desnudos por el campus? ¿Ese tal Anson?

Fulminé a Shep con la mirada. Al tío le encantaba contar esa historia.

—En realidad, los de seguridad del campus no pueden encarcelarte.

Rhodes puso los ojos en blanco.

—Vale. «De-te-ni-dos» por correr desnudos por el campus.

Me encogí de hombros.

—Es importante llamar las cosas por su nombre. —Joder, vamos si sabía eso yo.

Rhodes se giró hacia su hermano.

—Tu mejor amigo casi me mata.

—Te has casi matado tú solita —espeté, y me giré hacia Shep para fulminarlo, cabreado—. Estaba subiendo por esas malditas escaleras; podrían haber cedido en cualquier momento. He intentado avisarla.

—Son MIS escaleras —resopló Rhodes—. Y no habría tropezado si tú no hubieses sido tan sigiloso.

—Tampoco es que estuviese calladísimo; además, tenías la puerta abierta de par en par.

Lo cual, básicamente, era una invitación para que cualquiera que quisiera pasarse por ahí y ver el lugar o verla a ella se metiera en la casa. Era una insensatez. Y ella, una insensata.

Shep, que ya no parecía divertido en absoluto, fulminó a Rhodes con el mismo cabreo con el que un padre miraría a su hijo.

—Te dije que no podías venir aquí. No es seguro.

Rhodes se sonrojó.

—Solo quería verlo un poco... —Calló un segundo y aquel silencio vino cargado de una energía que no supe identificar—. Lo necesitaba.

Aquella dureza que le había atisbado a Shep en el rostro desapareció. Le pasó un brazo a Rhodes por los hombros y le plantó

un beso en el pelo.

—Vale. Pero ya no más. Prométemelo. Podrías hacerte daño de verdad.

—Te lo prometo —gruñó ella.

Shep la soltó y la empujó con dulzura hacia la cocina y hacia las puertas de cristal.

—Venga. Voy a echarle una ojeada rápida con Anson y luego salimos y te contamos cuál es el plan.

Rhodes desvió la vista rápidamente hacia mí. Ya no parecía tan cabreada como antes, pero no estaba contenta ni de lejos. Aun así, obedeció a Shep sin rechistar.

Cuando ya hubo desaparecido, Shep soltó un grave silbido.

—Por Dios, Anson, nunca había visto que se cabrease tan deprisa con alguien.

Me obligué a apartar la mirada del punto donde se encontraba antes Rhodes y que ahora había quedado vacío y la desvié hacia su hermano. «Su hermano», me recordé a mí mismo.

—Pensaba que era un caso de allanamiento. Como alguien se hubiese hecho daño, se te habría caído el pelo.

—Pues llama a la poli, que es quien se ocupa de los allanamientos de morada.

Moví la mandíbula de un lado a otro.

—Ya sabes lo que pienso de la poli.

Shep negó con la cabeza.

—Aquí tenemos un departamento de *sheriff* pequeño; esto no es el FBI. Que es mi hermano, macho.

Me encogí de hombros. Daba igual quién fuera el *sheriff*. Como si era santa Teresa de Calcuta. Yo ya no quería tener nada que ver con las autoridades.

—Pensé que podía gestionarlo solo.

—Bueno, pues la próxima vez hazme un favor.

Me limité a esperar a que me dijera cuál era dicho favor.

Shep no me decepcionó al responder:

—No lo hagas.

No me molesté en decirle que tomaba nota de ello porque eso habría sido mentir.

—¿Quieres echarle un vistazo al sitio o no? —le pregunté.

Shep gruñó y giró la cara para mirar detrás de él.

—Mejor déjame que hable primero con Rho y me asegure de que está bien.

Al oír sus palabras, se despertó mi sexto sentido. No porque Shep no fuera de esas personas que se preocupan por cómo están los demás (sí que lo era), sino porque allí había gato encerrado. Contuve las ganas de interrogarlo. No necesitaba saberlo. No quería. Cuanta menos información tuviera yo, mejor.

—Asegúrate de que cierre la puerta de la entrada a la finca y las puertas de su casa con llave. Ya no vive en el pueblo. Tiene que andarse con cuidado. —Miré a Shep fijamente para darle más énfasis a mis palabras.

Él asintió una única vez y contestó:

—Lo haré.

—Bien —musité.

Fui hacia una de las zonas de la planta principal donde más estragos había causado el incendio e intenté no preocuparme por si Rhodes tomaría las precauciones necesarias o no. Porque ya sabía lo que les pasaba a las personas (y, en especial, a las mujeres) si no lo hacían.

Capítulo cinco
Rhodes



Mientras iba de la casa principal a la caseta de invitados, tomé una profunda bocanada de aire. El aroma a pino real americano sustituyó el olor rancio y a humo que antes me había inundado las fosas nasales. Los resquicios de pánico y de evocadores recuerdos que aún me quedaban fueron desapareciendo con cada inhalación.

Lo que no desapareció fue mi enfado. Todavía veía la expresión fanfarrona de Anson. Ni rastro de una sonrisa. De hecho, justo al contrario: parecía que tener que lidiar conmigo lo cabrease a más no poder.

Había oído a hablar a Shep de su amigo de la universidad en un sinfín de ocasiones, pero el chico de las anécdotas que me había contado de sus años en la Universidad de Oregón no se asemejaba en nada al hombre al que había conocido yo hoy.

El Anson a quien Shep me había descrito era un tipo de trato fácil y casi pícaro. La persona a quien había conocido hoy era fría y

emanaba una dureza que no pegaba con esa descripción. Por más que me hubiese salvado el pellejo en un sentido bastante literal.

Al darme cuenta de mi reacción, dibujé una mueca. Yo no iba por ahí arrancándole la cabeza al personal aunque se lo tuviera merecido. Sin embargo, Anson me había pillado con la vulnerabilidad a flor de piel y a mí no me gustaba que nadie viese esa faceta mía. Nunca.

Me vibró el móvil, que llevaba en el bolsillo trasero y lo cogí agradecida por la distracción. Mi júbilo desapareció en cuanto vi el nombre de mi ex en la pantalla. No, *ex* no es el término correcto, aunque ¿cómo llamas a alguien con quien has tenido las cuatro citas reglamentarias para ver qué tal y que ahora no te deja en paz?

Davis
Y si cenamos esta noche?

Miré el teléfono con la frente arrugada. No cenaríamos ni esta noche ni mañana ni el año que viene. Eché la culpa al ictus que debió de darme cuando acepté tener más de una cita con él. Debió de ser por eso o por el recuerdo que tenía de Davis cuando íbamos al instituto: un tipo gracioso y a quien le gustaba ir de excursión y hacer escalada; un poco picaflor, pero no un cabrón de manual. Ahora, el chaval era un pretencioso insoportable.

Al oír a alguien caminar por la gravilla me giré y volví a guardarme el móvil en el bolsillo. Shep se me acercó con un único objetivo en mente. A pesar de que la visera de la gorra le tapara los ojos, vi que estaba preocupado. Se me revolvió el estómago. No me gustaba nada ser la causante de la preocupación de Shep. Con bastante cargaba él ya.

Me abrazó antes de que me diese tiempo a decir nada.

—¿Estás bien? —se interesó.

Suspiré largo y tendido.

—Sí.

Shep me soltó, pero continuó observándome la cara con la mirada en busca de alguna mentira.

—En serio. Dejando de lado que el cascarrabias de tu mejor amigo me haya dado un susto de infarto.

Shep hizo una mueca pero me miró fijamente.

—No deberías de haber estado merodeando por aquí. Ya te dije que no era seguro.

Sentí una pizca de culpabilidad. He aquí el Shep preocupado, una vez más, el Shep redentor.

—Ya lo sé. Es solo que... necesitaba echar una ojeada sin que hubiese nadie alrededor.

Me froté los vaqueros con las manos. A lo que me refería en realidad era a que necesitaba entrar en la casa cuando nadie pudiera verme. Por si me desmoronaba.

La tensión que se acumulaba en los hombros de Shep cedió un poco.

—Rho...

—He aguantado. Estoy bien.

Shep se agachó muy ligeramente para obligarme a mirarlo a sus ojos color miel.

—No pasaría nada porque soltaras algo de eso que te vas guardando para tus adentros. Que lo compartieras con quienes nos preocupamos por ti para que no te pese tanto.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Ya lo hago. Lo he hablado con Nora. Y con Fallon.

—Lo justo y necesario —insistió Shep.

—¿Estás mejor tú? Porque no veo que vayas esparciendo tus traumas por ahí.

A Shep le cambió la expresión y enseguida me sentí fatal. Él puso cara de póquer.

—Yo no escondo nada. No tengo que cargar con tanto peso como tú, Arden, Trace y Kye.

Tenía razón: nosotros cuatro cargábamos con una buena mochila y unas cuantas heridas, tanto a nivel emocional como físico. Pero Shep también tenía lo suyo, aunque no quisiera enfrentarse a ello. Aun así, a fin de cuentas, éramos todos muy afortunados de haber acabado donde habíamos acabado. Los Colson nos dieron, a todos los niños a quienes adoptaron a largo plazo, aquella sensación de seguridad y estabilidad que tan desesperadamente necesitábamos.

Le di un puntapié a la gravilla con la bota y señalé:

—No es una competición.

Shep suspiró.

—Claro que no. Solo quería que supieras que, si lo necesitas, puedes hablar conmigo.

Sentí que se me encogían los pulmones. Dios mío, si es que Shep tenía un corazón gigante.

—Ya lo sé.

—Bien. —Se quitó la gorra y se la puso del revés para poder observar mejor la casa—. Tardaremos un poco en avanzar por las zonas dañadas, pero, en cuanto hayamos asegurado esos puntos, ya podrás entrar y coger todo lo que quieras. O puedo hacerlo yo por ti.

Noté que me pesaba la lengua; me costó tragar saliva y me costó todavía más respirar. Casi no tenía nada de mi familia: solo unas cuantas fotos, algunos de mis libros favoritos de la biblioteca y una manta de mamá que solía estar en el salón y que Nora insistió en que me llevase. Sin embargo, cuando los bomberos se ofrecieron para entrar y coger algo más, yo me negué.

Por aquel entonces, no estaba preparada. Era como si ver sus cosas, nuestras pertenencias, le diese aún más realismo a la situación.

Ahora, en cambio, sí que quería todas esas cosas. Quería recordarlos. Honrarlos.

—Gracias —susurré.

Vi algo que se movía y me fijé en que la gigantesca figura de Anson salía del edificio y se dirigía hacia la camioneta. El sol le iluminó el pelo, de un rubio oscuro, e hizo que le centellearan algunos mechones más claros. Ese color de pelo no pegaba con su tormentosa personalidad, pero sí con sus ojos azul grisáceos, esos que me recordaban al océano cuando está removido porque ha habido un huracán.

—¿Irá bien con él? —me preguntó Shep, sacándome de mis cavilaciones.

Volví a centrar la mirada en mi hermano.

—¿Qué le ocurre? No es exactamente como me había imaginado al tío que te convenció para que cogieras el sofá y lo utilizaras para tirarte en él como si fuera un trineo en plena tormenta de nieve.

A Shep le cambió la expresión una milésima de segundo. No duró nada, pero yo me fijé de sobra como para que me picara la curiosidad. Shep apartó la vista de mí, pero no clavó la mirada en Anson, sino en algún punto del horizonte, entre Castle Rock y las montañas.

—Ha vivido ciertas experiencias que lo han cambiado. Ya sabes cómo es esto...

Vaya si lo sabía. Era imposible que perder a la familia de la forma en que la había perdido yo no me hubiese cambiado. Ahora era una persona distinta a la que fui por aquel entonces. No solo porque hubiese crecido, sino porque sabía que las cosas podían torcerse.

Sabía que tenías que estar siempre agradecida por todo, porque, en esta vida, no había nada garantizado.

Le estudié el rostro a Shep. Tenía los labios fruncidos: una clara señal de preocupación. Al verlo así, se me revolvieron las tripas.

—¿Qué ocurrió?

Shep movió la cabeza y volvió a mirarme.

—Es cosa suya... Pero tampoco te odiaría si le dieses un poco de banda ancha.

El enfado regresó a mí. Shep era un libro abierto. Me lo contaba todo. Se lo contaba todo a cualquier persona que considerara familia. Sin embargo, se estaba callando algo por Anson, de modo que sabía que, fuera lo que fuese, no era ninguna nimiedad.

Me asaltaron un millón de dudas. Porque, por más que no me gustara que la gente se entrometiera en mi pasado, yo sí era un poco cotilla.

—No lo ha tenido fácil —continuó Shep con delicadeza.

Se me pusieron los pelos de punta al oír el tono casi implorante que acompañó sus palabras.

—Lo siento. Mientras no vuelva a ir de *ninja* por ahí y a asustarme de ese modo, seré una buena chica con él.

Shep encorvó los labios.

—Ya le diré que haga más ruido al andar.

Repiqueteé con los dedos en el muslo.

—Igual puedo comprarle un cascabel —sugerí—. En plan, como los que llevan los gatos en el collar para que los pájaros los oigan venir.

A Shep se le escapó una risa ahogada.

—A Anson le encantaría, fijo.

Me mordí el labio para evitar sonreír pletórica al imaginarme al idiota taciturno ese con un collar para gatos: uno rosa y con

brillibrilli.

Se oyó un bocinazo doble y una ráfaga de luces a la que una berlina se adentró en la finca. Ante el ruido y el polvo que levantó el coche al acercarse, Anson arrugó la frente; un gesto que a mí no me pasó desapercibido. Y solo consiguió que tuviese que esmerarme más por reprimir una sonrisa.

Ese coche azul se detuvo a unos cuantos metros de nosotros y mi mejor amiga salió al cabo de dos segundos de reloj. Fallon vino directa hacia mí y, a pesar de que era muchísimo más pequeña y esbelta que yo, me abrazó con tanta fuerza que casi me levanta. En realidad, más que un abrazo, fue una embestida.

—Siento llegar tarde. Se me ha alargado la visita a domicilio. ¿Estás bien? ¿Qué tal ha ido? ¿Te hace falta algo? Ya sabes que puedes venirte a mi casa si quieres. Me sobra una habitación. Podemos poner una cama allí y...

—Estoy bien —la corté—. De verdad.

Fallon me soltó y me escrutó con la mirada, al igual que Shep.

Levanté las manos y anuncié:

—No me voy a venir abajo. Estoy bien. Y, si no, me iré a vivir contigo mientras estén arreglando la casa.

Shep le pellizcó la mejilla a Fallon en una señal de compasión hacia mí.

—¿Y yo qué? ¿No existo?

Fallon puso los ojos en blanco.

—A ti te he visto esta mañana en la panadería.

—Pero puedes seguir saludándome igualmente —contestó él pasándole un brazo por el cuello y frotándole los nudillos en el pelo.

Fallon chilló y le dio un golpe.

—¡Aparta, neandertal!

—¿Qué? ¿No te gusta este peinado? —le preguntó él con un tono risueño.

Fallon lo fulminó con la mirada mientras se pasaba una mano por la melena y le respondió:

—La última vez que me hiciste esto, tardé una hora en desenredarme el pelo.

Por más molesta que estuviese ahora Fallon con Shepard, yo noté cierta calidez en el pecho. Me encantaba ver lo unidos que estaban y cómo se cuidaban mutuamente, de esa forma vacilona.

Se oyeron unos tonos de llamada. Shep cogió el móvil y miró la pantalla.

—Ay, joder. Tengo que irme. Ha habido un problema en la otra obra. ¿Nos vemos para cenar?

Las cenas de Nora eran tan legendarias como frecuentes. Seguía una política de puertas abiertas: todo el mundo era bienvenido. Además, parecía que la comida fuese interminable.

—Síííí —confirmé.

Fallon miró a su hermano con la frente arrugada y respondió:

—Si consigo desenredarme el pelo antes...

Él le dedicó un gesto burlón y la interrumpió:

—Confío en ti.

Fallon le sacó la lengua.

Shep se limitó a reír y echó a correr hacia su camioneta.

Fallon ni siquiera esperó a que se hubiese sentado detrás del volante. Sencillamente me agarró del brazo, me guio hacia los escalones que había en el porche y me obligó a sentarme.

—Ahora en serio: ¿cómo estás?

El sol de última hora de la tarde le aportaba un brillo dorado a la propiedad y nos envolvía como si de una manta se tratase.

—Estoy bien, de verdad. Cuando he llegado, no lo tenía del todo claro, pero Lolli me ha traído una polla-flor y me ha ayudado.

Fallon enarcó las cejas sin mesura.

—Has dicho... ¿una polla-flor?

Se me escapó la risa.

—Su nueva obra de arte con brillantitos. La tengo colgada en la repisa de la chimenea.

Fallon agachó la cabeza y hundió la cara en las manos.

—No me digas que vas a poner... —Bajó la voz y me miró rápidamente antes de susurrar—: Un pene encima de la chimenea, ¿en serio?

Le dediqué una amplia sonrisa.

—Como dice Lolli: es solo el cuerpo humano.

—Ya nunca podré mirar hacia allí. Lo sabes, ¿no?

Se me escapó la risa de nuevo mientras me imaginaba a Fallon entrando en mi nueva casa, viendo aquel cuadro y poniéndose más roja que un tomate al momento.

—Seguro que también te habrá hecho uno a ti —señalé.

Se puso colorada como la que más.

—Ni se te ocurra sugerírselo, por favor. Lo hará y entonces me veré obligada a encontrar un sitio donde colgarlo y me moriré de vergüenza cada vez que lo vea.

—Shep tiene el suyo detrás de la puerta del despacho.

Fallon hundió la cara en las manos de nuevo y gruñó.

Aparté la vista de mi amiga y la desvié hacia el movimiento que acababa de atisbar con el rabillo del ojo. Al menos, me dije que había visto algo que se movía y que por eso lo estaba buscando. Anson tenía la puerta de la caja de la camioneta bajada y estaba agachado mirando unos papeles. ¿Planos, quizá? Mientras los estudiaba, sujetaba un lápiz entre los labios.

—¿Chico nuevo en la oficina? —preguntó Fallon.

Aparté la vista de él enseguida y carraspeé antes de contestar:

—Es Anson.

Fallon abrió los ojos como naranjas.

—¿El mejor amigo de la uni que ha sido como un fantasma desde que se vino a vivir aquí? ¿Ese Anson?

—El mismísimo.

Nora y Lolli habían intentado convencerlo de que fuera a cenar o que se uniese a alguna otra reunión familiar en incontables ocasiones. Sin embargo, Shep siempre aparecía con la misma respuesta: no. Al principio, había dado excusas, pero al final Shep ya se limitaba a negar con la cabeza cada vez que Nora o Lolli le preguntaban si Anson iría a cenar.

Fallon se mordisqueó la comisura del labio.

—A ver, mal tampoco no está...

—*Nop* —dije juntando los labios en la letra *p*—. Pero se lo carga todo con su carácter.

Fallon se atragantó con la risa.

—¿Qué te parece? En serio.

Me recosté en los peldaños del porche y dejé que el sol me acariciara la piel.

—No es un tipo amable y cálido, nada más.

Fallon se quedó mirándome un segundo y añadió:

—En unos días ya lo habrás cambiado.

Le devolví la mirada y arqueé una ceja.

—Venga ya... Vi cómo hacías que el ranchero más irascible del mundo se convirtiera en alguien supertierno en el vivero. Esto no es nada.

—¿Conque irascible, eh? Estamos sacando la artillería pesada...

Fallon me sonrió.

—Yo solo digo las cosas como son. Siempre sabes cómo hacer que los demás vean el lado positivo de las cosas. Seguro que Anson no será una excepción.

No iba desencaminada. Yo nunca le había encontrado el sentido a hacer sentir peor a los demás por culpa de los golpes que nos da la vida a nosotros. Ni siquiera si alguien tenía un mal día. Si uno de los clientes venía al vivero con un humor de perros, yo me lo tomaba como un juego. ¿Cómo podía conseguir sonsacarle una sonrisa?

Me puse en pie y me alisé los vaqueros.

—Tienes razón.

Fallon se levantó detrás de mí.

—Como siempre. Pero ¿por qué será que no me gusta nada ese repentino brillo que tienes en la mirada?

—Solo voy a invitar al chaval a cenar —dije por toda respuesta.

Fallon tragó saliva con fuerza mientras alternaba la vista entre el chico y yo una y otra vez.

—Me da a mí que ahora mismo está muy ocupado.

—Serán dos minutos.

—Yo mejor te espero aquí, porque me está entrando ansiedad y eso que no pinto nada en todo esto.

Me salió una risa nasal.

—Ve a ver la polla-flor. Igual te ayuda.

—Mira que eres mala... —musitó Fallon.

—Y me adoras —dije echando a andar decidida hacia Anson.

—¡Voy a poner un anuncio, a ver si encuentro a una nueva mejor amiga y hermana!

—¡Pobre de ti! —contesté girando la cara para mirarla por encima del hombro.

Fallon se limitó a resoplar y se dejó caer de nuevo en las escaleras del porche, aunque vi perfectamente que no paraba de doblar los

dedos en una serie de nudos la mar de rebuscados. Era empática como la que más. Sentía exactamente todo lo que sentían aquellos que la rodeaban y puede que incluso lo sintiera más aún. No tenía ni idea de cómo podía ser que siguiera trabajando en los servicios de protección a menores, con todo lo que se veía ahí. Lo que sí sabía era que cualquier niño que se cruzara en su camino era muy afortunado.

Mientras continuaba andando por la entrada de gravilla, me di el gusto de darle un buen repaso a Anson. Estaba inclinado sobre la caja de la camioneta, estudiando bien aquellos documentos y, ahora, tenía el lápiz detrás de la oreja. Tal y como estaba colocado, la camiseta se le tensaba a la altura de los hombros y permitía apreciar a la perfección su gran anchura, y el delicado algodón también dejaba a la vista los marcados músculos de sus costados.

Por el amor de Dios, si es que debería ser ilegal. Era como si tuviese abdominales dentro de los abdominales a ambos lados. Era absurdo.

Tragué saliva para deshacerme del sutil enfado que sentí al verlo tan sumamente musculado y me obligué a sonreír mientras me acercaba a él.

Anson no levantó la vista.

Aunque sospechaba que era consciente de que estaba allí. Me aclaré la voz.

Siguió sin levantar los ojos del papel.

—¿Necesitas algo, insensata?

Me ardieron las mejillas.

—Siento que hayamos empezado con mal pie.

Anson fue irguiéndose despacio. Por alguna razón, al hacer aquel movimiento me recordó a una pantera cuando se despierta de la

siesta y se prepara para ir a cazar. Me observó un segundo con su tormentosa mirada.

—¿Te refieres al pie con el que has tropezado y casi te desnucas?

El ardor que me había subido a las mejillas me bajó por el cuello y noté que me costaba respirar con normalidad.

—Tienes razón. No debería haber estado allí. No voy a volver a entrar hasta que Shep lo haya despejado todo.

Anson se limitó a soltar un sonido gutural.

—Oye, en los próximos meses, vamos a cruzarnos mucho por aquí. Igual podríamos empezar de cero. —Le tendí la mano—. Soy Rhodes, pero todo el mundo me llama Rho.

Se quedó mirando mi mano como si fuese una serpiente venenosa a punto de atacar.

—No hace falta que vayamos de buen rollo. Yo he venido a trabajar. Tú no te metas donde no te llaman y yo no te tocaré las narices.

Su grosería me dejó boquiabierta. Sin embargo, antes de que pudiese decir nada, Anson volvió a centrarse en los planos.

Volví a bajar la mano lentamente a un costado mientras lo miraba atónita.

—Menuda simpatía... —musité, e inicié el camino de regreso a mi nueva casa.

Qué largos iban a ser aquellos meses...

Capítulo seis
Rhodes



Oí música, risas y voces antes de llegar al último escalón. Calidez y congoja, unas sensaciones ya familiares, se abrieron paso en mi interior: eran la gratitud que sentía hacia la familia a la cual pertenecía ahora mezclada con una pizca de añoranza por la que había perdido. Sin embargo, con el paso de los años, al final me di cuenta de que haber sufrido una pérdida tan grande también hizo que valorase todavía más lo que encontré después.

Alargué el brazo para coger el pomo de la puerta de esa gigantesca casa rural y lo giré. Estaba abierto, como siempre. Trace y Shep continuamente les echaban la bronca a Nora y Lolli por no cerrar con llave. Ellas nunca les hacían caso.

—Parece que hayáis montado una fiesta —señalé.

—¡Tía Rho! —gritó una vocecita. Tenía más pinta de torbellino inquieto que de una niña de seis años, y se empotró contra mí con tanta fuerza que incluso trastabillé un poco hacia atrás.

—Cuidado, Keels —gritó Trace desde la cocina.

La niña levantó la vista para mirarme sonriente.

—Te echaba de menos—dijo.

Le aparté aquellos oscuros mechones de pelo de la cara; se parecía muchísimo a su padre. Por esos ojos verdes y por la sonrisa, a pesar del hueco que tenía entre las palas.

—Y yo a ti. ¿En qué lío te has metido ya?

La criatura sonrió con más brío todavía.

—¡En ninguno!

Trace rio por lo bajo.

—Ha escondido globos de agua en el establo y me ha dejado empapado.

Keely soltó una risita que era todo alegría e inocencia.

—Me ha dicho que no le daría. Pero se ha equivocado.

Le pasé un brazo por sus delgados hombros y la guie hacia la isla de la cocina, donde encontré a Fallon inclinada justo al lado de Lolli, tomándose una copa de vino.

—Nunca provoques a una mujer —amonesté a Trace.

Él me sonrió socarrón.

—Ya me ha quedado claro. —Me examinó rápidamente con la mirada. Fue un gesto parecido al que había hecho Shep antes, pero yo sabía que, a pesar de ser breve, Trace vio más que el otro. A lo mejor era porque llevaba años en un puesto de autoridad o por cómo había crecido antes de llegar con los Colson, pero Trace se daba cuenta de mucho más que el resto y también sabía descifrar de qué se trataba mucho más deprisa—. ¿Ha ido todo bien?

Asentí.

—Todo correcto.

Keely levantó la cabeza para mirarme.

—¿Te has mudado?

—Síííí. Solo me falta ordenarlo todo.

Pegó unos cuantos saltitos.

—Yo quiero venir a verlo. Papá dice que hay mucho jardín. Que podrías tener caballos, como la tía Arden. ¿Tendrás caballos? ¿los tendrás?

Tiré de una de las coletas de Keely.

—O sea que te chiflan los caballos...

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —gruñó Trace.

Su hija llevaba años suplicándole que le comprase un caballo, pero tenía que contentarse con montar los del rancho o los de Arden.

—Ya estoy preparada, papi. Te lo prometo. Ya soy superresponsable.

Trace arrugó los labios en un intento por contener la risa que casi se le escapa.

—Ahora no tenemos espacio para ser dueños de un caballo —le dijo.

Nora agarró la batidora con fuerza y supe que estaba conteniendo las ganas de ofrecerles su establo. Si fuera por Nora, Keely sería una niña mimadísima. Sin embargo, para Trace era importante que su hija creciera sabiendo qué son las reglas y las responsabilidades que ello conlleva. Tampoco es que fuera inflexible porque quería que su hija pudiera vivir una infancia sin preocupaciones, algo que él no había tenido, pero seguía manteniéndose firme.

Keely le sonrió.

—En el jardín nos cabe un *pony* seguro.

Él rodeó la isla, cogió a su hija y la levantó en el aire mientras le hacía cosquillas debajo del brazo.

—Anda, ¿no me digas? Entonces igual tendrías que despedirte de tu columpio...

La niña soltó una carcajada y chilló:

—¡Papi!

—Siento llegar tarde —se excusó Shep a la vez que la puerta se cerraba tras él.

—¡Tío Shep! —gritó Keely—. Sálvame del monstruo de las cosquillas.

Shep dibujó una sonrisa de oreja a oreja y agarró a la pequeña en brazos.

—Yo te salvo, princesa soldado. ¿Lo derrotamos juntos?

Keely rio y asintió enérgicamente con la cabeza.

Shep pilló un trapo de la encimera y fue golpeando a Trace.

Este retrocedió unos cuantos pasos, pilló una uva de la tabla de embutidos que había preparado Nora y se la tiró a Shep, que la desvió como si nada.

—Nunca ganarás. La princesa soldado está a salvo de tus garras —dijo Shep, que soltó una risa exageradamente malvada.

Keely chilló ilusionada mientras Shep la llevaba al salón al trote.

«Ha nacido para esto», pensé mientras los miraba. Shep era el tipo de hombre que había nacido para formar una familia. Y, aun así, no la había encontrado. En Sparrow Falls había un montón de mujeres interesadas en él y, por más que Shep fuera como un hermano para mí, podía atestiguar, de un modo un tanto cínico, que Shep era atractivo. Si a eso le sumábamos el hecho de que su empresa de construcciones había alzado el vuelo y había crecido con el paso de los años, la cantidad de mujeres que tenían la vista puesta en él era aún mayor.

Pero Shep se aseguraba de elegir bien a sus parejas. Iba despacio al principio, pero las dejaba enseguida. Bastaba con un solo indicio que le diese a entender que no era la persona a quien buscaba para que Shep se largase. ¿El problema? Que la perfección es un producto de la imaginación. Si de verdad quería casarse y formar

una familia, tendría que contentarse con alguien que fuese humano, como el resto de nosotros.

Nora miró a Trace con segundas y le ordenó:

—Recoge esa uva, jovencito.

Él sonrió tímido.

—¿No vas a reñir a Shep por lo del trapo? Podría haberme sacado un ojo.

Nora se limitó a sacudir la cabeza.

—Juro que, en vuestro lecho de muerte, vosotros dos seguiréis teniendo trece años.

Aunque yo sabía que, en el caso de Trace, Nora se tomaba eso con orgullo. Cuando Trace vino a vivir con ella y Lolli, ya era muchísimo más maduro que un niño de su edad y cargaba con muchas más responsabilidades que las típicas de un crío de doce años. Así que Nora siempre se alegraba al ver que Trace había logrado encontrar esta sensación de diversión despreocupada, incluso a estas alturas de la película.

—¿Y Arden? —se interesó Lolli, dejando la copa de vino—. Quiero que me cuente cómo va su última obra.

Shep dejó a Keely en el suelo, casi jadeante.

—Sigue trabajando en la obra en cuestión —contó él—. No he conseguido convencerla para que viniera.

Nora arrugó la frente.

—Tiene que comer.

—Le he dicho que le llevaré un plato luego.

Nora negó con la cabeza y se quejó:

—Con eso no basta. Tiene que darse un respiro y pasar más tiempo con la familia.

Lolli le dio unos golpecitos en la mano a Nora.

—No seas tan alarmista. Ya sabes cómo somos los artistas cuando estamos metidos en un nuevo proyecto. Está creando algo mágico.

Shep frunció los labios y comentó:

—A mí me ha parecido más bien un montón de chatarra.

—Uf —soltó Lolli—. Es que tú no tienes visión de artista.

—¿Como la que tuviste tú con la polla-flor? —preguntó alguien con voz grave desde la entrada.

Nos giramos todos para ver cómo entraba Kyler, acortando la distancia mientras andaba con sus desgastadas botas de motero. De no conocerlo como lo conocíamos nosotros, si lo vieras venir por la calle, seguramente cruzarías de acera. Parecía una mezcla de hombre de las montañas y Dios de los tatuajes, con los brazos cubiertos de una tinta que ya empezaba a subirle por el cuello.

—¿Qué es una polla-flor? —quiso saber Keely con un tono de voz extremadamente angelical.

Trace fulminó a Kyler con la mirada.

—Muchas gracias.

Kye hizo una mueca.

—No la he visto, macho. Es diminuta.

Lolli le dio unas palmaditas a Trace en el brazo y lo calmó:

—Venga, ya está. El cuerpo humano no tiene nada de malo. —Se giró hacia Keely y le contó—: Está hablando de un cuadro que he hecho para la nueva casa de Rho.

Al oírlo, a Keely se le iluminó la expresión.

—¿Puedes hacerme una polla-flor a mí también?

—¡No! —respondieron Trace y Nora al unísono.

Los demás nos echamos a reír.

—¿Me ayudáis a poner la mesa? —preguntó Nora, que parecía exasperada.

—Voy —contesté mientras abría el cajón de los cubiertos.

Me envolvió con un brazo, me acercó a ella y me dio un beso en el pelo.

—¿Qué tal va la adaptación a la nueva casa?

Éramos todos muy afectuosos y generosos con los abrazos. Al único a quien no le iba todo esto era a Kyler. A lo mejor porque acabó uniéndose a nuestra familia más tarde, cuando ya tenía dieciséis años, y porque había sufrido un montón. Parecía que mantuviese a todo el mundo a una distancia bien prudencial.

Kyler se acercó a la isla, pilló una uva y se la metió en la boca. Entonces, bajó la vista para mirar a Fallon y se interesó:

—¿Cómo ha ido esa visita a domicilio?

Ella se sonrojó muy sutilmente, pero apretó los labios.

—Sin contratiempos.

A Kyler se le marcó bien el antebrazo, se le puso muy tenso cual cobra antes de atacar.

—¿Nada más? —insistió.

Ella se encogió de hombros.

—El padre ha sido un poco cabrón.

Kye se dislocó la mandíbula hacia un lado y hacia el otro.

—¿Por?—preguntó.

A ella, el desafío le centelleó en la mirada.

—Nada que no pudiera gestionar yo.

—Fallon...

—Ha ido bien —lo cortó.

Mi amiga era la única persona con quien Kyler se había abierto tras venirse a vivir con Nora y con Lolli. A lo mejor fue por la amabilidad que irradiaba Fallon o porque era alguien a quien él podía proteger, pero se habían vuelto uña y carne. A estas alturas, yo seguía sin entender la mitad de las cosas que se decían el uno al otro. Era como si hablasen en su propio idioma.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó Lolli a Kye, ahorrándonos los tira y afloja previos a la cena.

—Un diseño bastante decente en el pecho y uno tribal en una pantorrilla. —Puso los ojos en blanco al mencionar el segundo—. Esta primavera cumplen dieciocho muchos idiotas.

Lolli rio.

—Yo también me tatué al cumplir los dieciocho.

Kye arqueó las cejas ante semejante información.

—«Rebelde», justo en el...

—Muuuy bien —terció Trace mientras cogía a Keely en brazos—. Creo que ya basta de corrupción por hoy.

Keely miró a su padre.

—¿Qué es *corrucsión*?—preguntó.

—Pues significa que tu tío y tu *superabu* son unas malas influencias.

Keely soltó una risita.

—No, qué va —dijo—. Son los más mejores.

—Escucha a la cría —le recriminó Lolli mientras volvía a coger la copa de vino—. Igual te enseña a vivir un poco.

—No empieces, Lolls.

Ella se limitó a mirar a Trace con segundas y a contestar:

—No te vendría mal salir un poco por el pueblo. Ve a tomarte una cerveza. O... baila un poco.

Keely dio unos golpecitos en el pecho de su padre.

—Eso, papi. ¡Bailar es superguay!

Shep se atragantó con su propia risa.

—Hace que no baila tu padre una eternidad. A lo mejor por eso está siempre tan gruñón.

La niña lo miró con la frente arrugada.

—¿Echas de menos bailar? Yo me pondría gruñona si no pudiese bailar.

Trace le cubrió las orejas a su hija y espetó:

—Os odio a todos.

—¡Odiar no está bien, papi! —gritó la niña exageradamente fuerte.

Nora negó con la cabeza mientras llevaba a la mesa una bandeja de horno gigantesca llena de lasaña

—Fallon, ¿traes la ensalada? —le preguntó a su hija. Miró a Shep con un esperanzado centelleo en los ojos—. ¿Podrá venir Anson?

A él se le tensó un poco la expresión y respondió:

—Hoy no.

Nora dejó caer los hombros y yo me cabreé con ese idiota taciturno. A Nora se le encogía el corazón con solo imaginarse a alguien solo, sin estar rodeado de gente. Pero eso, a Anson, le importaría un bledo. Se quedaría enfurruñado en una esquina, marginado.

—Chisssssst. —Lolli llevó su copa a la mesa y abrió una botella de vino tinto—. Hay que hacer que el chaval deje de cerrarse tanto en banda. Es demasiado guapo para estar perdiendo el tiempo a solas.

Se me escapó un resoplido sin que pudiera evitarlo.

Lolli me miró con segundas.

—No me digas que no te has fijado en los músculos que tiene o en esa mirada tan penetrante.

—Su carácter sigue siendo pésimo —gruñí.

—Mientras tenga la boca ocupada haciendo *otras* cosas, el carácter da igual —contestó ella, con una sonrisa sibilina.

Keely hizo una mueca.

—¿Y qué más iba a hacer con la boca? Es de mala educación hablar mientras comes. Lo dice papá.

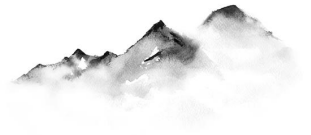
Trace se pellizcó el puente de la nariz.

—Por el amor de Dios, ¿podéis cortaros un poco antes de que expulsen a mi hija de primero?

A Kye se le escapó la risa y Fallon soltó una más discreta. Al cabo de pocos segundos, todos nos echamos a reír. Aun así, yo no pude evitar acordarme de la frialdad que le había atisbado a Anson en la mirada. No parecía que hubiese estado siempre ahí. Era una especie de frialdad que debió de empezar a acompañarlo tras suceder algo terrible.

Capítulo siete

Anson



Me recosté en la silla de jardín de madera y apoyé los pies en la barandilla del porche. El sol se ponía en el horizonte y solo se divisaba una fina línea de luz que le proporcionaba un centelleo dorado al terreno que nos rodeaba.

Si algo había que reconocer era que los atardeceres en Sparrow Falls eran preciosos. Además, la pequeña cabaña que había alquilado a mitad de camino de una de las muchas montañas que había por la zona me ofrecía una panorámica espléndida.

Aunque hoy no vino acompañada de esa paz habitual. Cierta crispación se había adueñado de mí a pesar de que me hubiese pasado el día currando. Normalmente, confiaba en que mi nuevo trabajo me dejaría tan agotado que caería rendido por la noche.

Lo necesitaba. Y, los días que libraba, iba a correr. Años atrás me pasaba horas y horas en el gimnasio para mantenerme en forma. Ahora, en cambio, corría por la montaña en un intento por huir de mis fantasmas.

Me entraron ganas de coger el móvil y escribir a Shep para asegurarme de que Rhodes hubiese cerrado bien esa maldita puerta. Pero no quería ni pensarlo.

Me latió un músculo en la mejilla y me obligué a pillar una botella de cristal que, de tan fría que estaba, mostraba signos de condensación. Me la acerqué a la boca y le di un buen trago. No tuvo el efecto inmediato que esperaba, pero no me quedaba otra.

Descansé la vista en el cuaderno que tenía apoyado en el regazo. Aquellos cuadros blancos y negros me devolvieron la mirada. La mitad estaban completados, pero, hoy, ese pasatiempo no me enganchaba tanto como de costumbre. Y eso intensificó el tic de la mejilla.

Últimamente, era el único juego de palabras con el que conseguía entretenerme para así darle a mi cerebro aquella vía de escape que tanto necesitaba sin pensar en nada más. Las letras bailotearon y empezaron a moverse ante mí. Podía mirar la pista, pero, cuando ya había conseguido hacer la mitad, prefería avanzar sin tener que recurrir a eso. Así me suponía un mayor reto.

Fui visualizando las letras del abecedario mentalmente como si fuera una de esas pantallas de las estaciones de tren. En ella iba apareciendo una posibilidad tras otra hasta que, al final, una me sirvió. Garabateé las letras en el papel.

El sonido de unos neumáticos al rodar por la gravilla hizo que dejase el pasatiempo y el boli en aquella desgastada mesita auxiliar. Bajé el brazo para pillar la pistola Glock que tenía allí escondida y mantuve la mano ahí hasta que vi la familiar camioneta plateada de Shep.

Me relajé muy sutilmente, pero no me moví. Shep detuvo el vehículo justo delante de mi cabaña y salió del coche con una especie de plato en la mano.

—Te he traído las sobras.

Me lo quedé mirando mientras él subía los peldaños que daban al porche.

—Puedo alimentarme solito.

Shep me pasó el plato.

—Como te alimentes de otro plato congelado más, te dará un infarto y la palmarás en el curro.

Se sentó en la silla situada junto a la mía sin esperar a que se lo ofreciera siquiera. Tenía que cortarla y utilizar la madera para la hoguera.

Aparté un poco el papel de aluminio de uno de los laterales del plato y enseguida olí el aroma a ajo, tomates, salchicha y queso. Quité todo el envoltorio. La madre de Shep siempre pensaba en todo. Justo al lado del trozo de lasaña y de la ensalada, había un tenedor de plástico. Y debajo de aquel plato de cartón, una servilleta. No fingí desinterés alguno; simplemente me puse a comer.

Shep levantó los pies y los apoyó en la barandilla.

—Si hubieses venido a cenar, también te habría tocado pan de ajo y helado de *brownie*.

Me limité a soltar un gruñido. Los helados de *brownie* tampoco eran para tanto como para tener que lidiar con el equipo de fútbol que era la familia de Shep. Prefería comer sobras que haber de aguantar a la gente. Siempre.

Shep bajó la vista hacia el crucigrama y meneó la cabeza.

—Nunca entenderé cómo puedes hacer las cosas estas con boli.

Le di un sorbo a la cerveza de jengibre y me lo tragué.

—Los lápices son para los novatos.

Puso los ojos en blanco.

—A veces se me olvida lo flipado que puedes llegar a ser, cabrón.

Y no se equivocaba. Aunque en su día fui mucho peor. Estaba convencido de que tenía la respuesta para todo. Y me equivoqué de cojones y de la peor forma. Una forma que me llevó a perder a la persona que más me importaba.

Me deshice de aquellos pensamientos y recuerdos, y los enterré bajo montones y montones de negación y autoflagelación.

—¿Ya le has dicho a Rhodes que cierre bien todas las puertas, incluida la de la entrada?

Shep enarcó las cejas y me miró.

—Sabe cuidarse solita.

El cabreo se fue pegando a mí al igual que las malditas plantas esas que se me enganchaban en los zapatos cuando hacía *trail* por la montaña.

—Claramente no, porque la última vez que la vi casi se desnuca por hacer una estupidez.

Movió la mandíbula y respondió:

—Ya sabe que la lio.

—Bien. —Aunque eso no era suficiente. Empecé a visualizarla viviendo sola en aquella inmensa propiedad—. Pero esa casa está muy a las afueras. Debe tomar unas precauciones distintas a las de cuando vivía en el pueblo. Ese tipo de propiedades suelen ser blancos fáciles porque no hay vecinos que puedan oír nada. Y empezará a correr la voz de que ahí vive una chica sola.

Shep guardó silencio un buen rato, pero noté que me miraba fijamente.

—¿Estás bien?

«Mierda».

Esto era lo último que necesitaba. Y más hoy. A saber por qué, pero bastante alterados estaban ya mis fantasmas. No hacía falta que Shep los avivara aún más.

—Sí —contesté escueto.

—En algún momento tendrás que hablar del tema —me recomendó con delicadeza—. Si no lo haces, se te comerá vivo.

—Shep... —gruñí.

—Ya han pasado más de dos años y ni siquiera pronuncias su nombre.

La lasaña que me había comido me pesó cual ladrillo en el estómago.

—Ahora no es el momento.

—¿Y cuándo lo será? —insistió él—. Tú dímelo que pediré hora, demonios. Porque no quiero seguir viendo cómo mi mejor amigo se va apagando, hostia.

Cerré la boca de golpe. Joder... Una fea sensación de culpabilidad y rabia se me coló en las venas como si fuesen las crueles olas de un mar tormentoso. Tragué saliva con fuerza y con cierta dificultad.

—No puedo seguir por ahí. Me matará.

Nos envolvió un silencio que solo el crujir de las hojas rompía de vez en cuando. Al fin, Shep pronunció unas palabras que yo sabía que había elegido meticulosamente:

—Me da miedo que, como no hables del tema, al final te acabe matando de verdad.

No le respondí nada. Porque yo ya sabía la verdad. Como abriese la puerta que daba al lugar donde yo lo había mantenido todo encerrado, eso acabaría definitivamente conmigo.

Le di otro sorbo a la bebida con la jodida esperanza de que me calmara el estómago.

—Ya he pensado en un plan para la casa victoriana.

Shep me miró largo y tendido, y luego suspiró.

—Cuéntame —dijo.

Sentí una muy sutil sensación de alivio en el pecho.

—Empezaremos por la biblioteca e iremos avanzando por la parte este de la vivienda. Tenemos que estabilizar los cimientos empezando por abajo y luego iremos subiendo poco a poco.

Cosa que Shep ya sabía. Habíamos hecho suficientes obras de remodelación de lugares que habían sufrido un incendio como para que supiera cuáles eran los pasos básicos que debían seguirse, pero es que yo necesitaba hablar de cualquier cosa menos del tema que había intentado abordar él.

—De acuerdo. Mañana llamo a todo el equipo. ¿Qué quieres que hagan?

Ya no me dolía tanto respirar y ya no tenía la sensación de que un alambre de púas me estuviera oprimiendo.

—Vamos a despejar la zona inferior. He comprado mascarillas N-95 para todos. El basurero debería llegar entre las doce y la una del mediodía.

Shep asintió con la vista clavada en el horizonte y anunció:

—Me aseguraré de que todo el mundo esté allí a la una.

—Gracias —respondí.

Aunque lo que yo sentía era muchísimo más que agradecimiento porque consiguiera reunir a todo el equipo allí. Le estaba agradecido por un sinfín de cosas intangibles que no podía mencionar. Y esperaba con todas mis fuerzas que él lo supiera.

Unas ramas me azotaron los brazos y la cara. Los golpes me dolían y me desgarraban la piel. Noté cierta humedad en la mejilla. Sangre.

Pero me daba igual. Seguí forzando mi cuerpo y noté cómo me ardían los músculos y me quemaban los pulmones. Fui avanzando por ese camino de tierra con fuertes pisadas. De vez en cuando, alguna piedra o alguna raíz se me clavaba en el zapato: el calzado

que llevaba no estaba pensado para ir a correr por las montañas, sino para estar en un despacho.

Frené y derrapé al llegar a una zona despejada. Había un roble enorme justo en medio. Tenía un tronco ancho y nudoso de donde nacían unas curvadas ramas que se separaban en mil direcciones. Sin embargo, yo era incapaz de fijarme en nada de eso.

Estaba jadeando apresuradamente, pero si me di cuenta de ello fue solo porque noté cómo se me agitaba el pecho. Además del rugido de la sangre en los oídos, era incapaz de oír nada más.

Contra el tronco del árbol descansaba el cuerpo de una chica. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado y su rubia melena le cubría la cara. Aun así, bajo aquel montón de pelo atisbé lo que parecía una cuerda.

Se me retorcieron las tripas, pero me obligué a seguir caminando con esos mocasines absurdamente caros que me compré para una maldita firma de libros. A cada paso que daba, la cuerda que notaba alrededor del cuello se iba estrechando cada vez más; era como si pudiera sentir lo mismo que había experimentado esa chica. Aunque no era el caso ni por asomo.

La chica tenía los pies descalzos, pero no se los había manchado. El hombre la había asesinado en alguna otra parte y la había llevado allí. Solo para poder jugar a ese maldito juego conmigo.

Me agaché con la respiración entrecortada. Necesitaba guantes, a mi equipo... Pero no esperé nada eso. No podía. Tenía que saberlo.

Bajaría al infierno a rezar para que fuera otra persona. Cualquier persona menos mi hermana. ¿Qué decía eso de mí? Pues que no era mejor que ese tipo. Que era un monstruo. Porque fuera quien fuese esa mujer, seguía siendo la hija, la hermana, la amiga de alguien. Tal vez incluso fuese la mujer o la madre de alguien.

Bajé el brazo con la mano temblorosa, como si no fuera más que un novato que está delante de un cadáver por primera vez. Le aparté los mechones de la cara.

Y todo mi mundo se vino abajo.

Me levanté de un salto con la respiración agitada y las sábanas pegadas al pecho, que tenía empapado en sudor. La brisa se colaba a través de la ventana abierta y me trajo el fresco aire de la montaña. Aun así, ni siquiera eso consiguió extinguir el maldito fuego que me corría por las venas.

Seguía visualizando aquellas imágenes con suma nitidez. Parecían demasiado reales. Porque lo fueron.

La cara de Greta, desprovista de color alguno. Su propia sangre manchándole el cuerpo.

Me quité las sábanas de encima y salté de la cama. Necesitaba respirar. Caminé decidido y descalzo mientras cruzaba el altillo e iba bajando las escaleras peldaño a peldaño. Abrí la puerta de la entrada de par en par.

Por lo general, no me atrevería a salir a fuera sin llevar un arma encima. Era una estupidez como una catedral porque había un asesino en serie por ahí suelto que pensaba que joderme la vida era divertido que flipas. Alguien a quien nunca habían pillado.

Pero esta noche me importó un bledo. Casi deseaba que el tío en cuestión estuviese ahí fuera. Ojalá también me matara a mí. Al menos así dejaría de vivir en esa tortuosa espiral.

Eso era lo que quería él. No pretendía matarme: deseaba verme sufrir. Aunque uno nunca sabía cuándo un psicópata se cansaría de esperar y necesitaría más. Necesitaría ver cómo se te iba apagando la mirada o cómo te ibas desangrando.

Oí a un búho ulular por ahí justo cuando el frío de la madrugada me azotó con todo su esplendor. A pesar de que estuviésemos en abril, las noches en las montañas todavía podían ser gélidas. Y lo agradecía. A lo mejor el frío conseguía ganar el pulso a los recuerdos.

Permanecí con la vista puesta en el paisaje que tenía delante; en esos bosques que se perdían entre campos y tierras de ranchos. No me aportó ni pizca de la paz que solía aportarme.

Por eso, no podía hablar del pasado. Porque cuando se me aferraba con fuerza, podía adueñarse de mí y anularme por completo.

Capítulo ocho
Rhodes



Una cacofonía del piar de los pájaros llenó el aire en cuanto abrí la puerta de mi todoterreno. Con una sonrisa en los labios, bajé del coche y la cerré tras de mí. Me encantaba tener el primer turno en el vivero. Gracias a todas las plantas que nos rodeaban, ese lugar podía servir también de reserva de aves.

Tres pájaros volaban en lo alto y se posaron en unos matorrales que quedaban cerca de la entrada. Siguieron piando sin cesar mientras el sol de primera hora brillaba en el horizonte. El aire todavía era fresco, pero yo llevaba mi sudadera gruesa del Vivero Brotes y Bayas para estar bien calentita. La tenía desde el penúltimo curso de instituto. Estaba en perfecto estado: me la había puesto las veces suficientes para que se hubiese dado y desgastado pero seguía siendo suave y cómoda.

Otro pájaro pio de forma especialmente estridente e hice una mueca.

—Igual es un poco temprano para eso, ¿no crees? —le pregunté.

Tuve la sensación de que aquella ave me juzgaba con la mirada.

Reí y me separé del vehículo para echar a andar hacia el invernadero principal. Teníamos varios por aquí. No nos andábamos con chiquitas. La familia de Duncan llevaba generaciones al mando de Brotes y Bayas y cada año ampliaban un poco el lugar. Ahora, lo habían convertido en un sitio impresionante, donde también había una pequeña cafetería para que los clientes pudiesen desayunar, comer o tomar un café.

Giré el pomo del invernadero y abrí la puerta. No me sorprendió lo más mínimo que Duncan se me hubiese adelantado, por más que yo misma me hubiese plantado aquí quince minutos antes de que empezara el turno.

—¿Dunc, estás aquí? —lo llamé.

Alguien se irguió en medio de la segunda fila. Unos cuantos años mayor que yo, Duncan estaba fornido y tenía la piel morena, lo cual evidenciaba la de horas que se pasaba bajo el sol.

—Buenos días —me saludó.

—¿Qué tal las peques? —le pregunté mientras inclinaba la cabeza para examinar las plántulas que tenía él delante.

Duncan sonrió.

—Aguantan bien. —Se le desdibujó un poco la sonrisa en cuanto se fijó en mi rostro. Carraspeó y se interesó—: ¿Cómo te fue ayer?

Alisé los labios para evitar que se me escapara cualquier atisbo de enfado. El problema de vivir en un sitio tan pequeño era que todo el mundo conocía tu pasado. Tu vida. Por más que se preocuparan de buena fe, a veces era agobiante.

—Bien —respondí finalmente, y sonreí—. Lolli me regaló una polla-flor para decorar mi nueva casa, así que ¿cómo no iba a irme bien?

Duncan enarcó tantísimo las cejas que casi le rozaron la línea del pelo y empezó a toser.

—¿Has dicho que te regaló una polla-flor?

Saqué el móvil y le di unos cuantos golpecitos a la pantalla hasta entrar en la galería de fotos. Giré el móvil y se la enseñé a Duncan. Se sonrojó enseguida y empezó a sacudir la cabeza.

Yo no pude evitar echarme a reír.

—Podríamos pedirle que montase una exposición aquí. Le encantaría.

Duncan se frotó la mejilla, cubierta por una incipiente barba.

—Tampoco hace falta que me detengan por corromper a menores.

—Anoche, mientras cenábamos, Keely le pidió si le regalaría una polla-flor a ella también. A Trace no le hizo gracia.

Duncan rio.

—Me lo imagino... —contestó—. Hablando de hermanos: todavía nos faltan algunas cosas para el encargo de Shep.

—Vale. ¿Tienes la lista? —Bloqueé el móvil y volví a guardármelo en el bolsillo. Shep estaba acabando una nueva obra que era impresionante cerca de las laderas y, como era un perfeccionista, también tenía que ocuparse de las cuestiones paisajísticas.

Duncan se sacó un trozo de papel del bolsillo trasero de los pantalones y me lo pasó.

—Saqué bastantes cosas anoche y las dejé en la zona de carga y descarga, pero no quería arriesgarme con algunas flores. ¿Crees que puedes ocuparte tú del resto?

Estudié la lista con los labios fruncidos. Tardé un montón de años en descifrar la caligrafía de Duncan. Ya había tachado, tranquilamente, un setenta por ciento de lo que salía allí. Lo único que quedaba eran plantas que tal vez algún ciervo querría utilizar de tentempié.

—Hecho. Luego, me pongo a regar. Ah, y deberíamos mover las peonías a la parte de delante; las hay que ya van floreciendo.

Duncan me miró fijamente y me preguntó:

—¿Cuándo piensas aceptar el puesto de gerente?

Dibujé una mueca.

—¿A las nunca menos cuarto?—contesté.

Movió la cabeza.

—Conoces tan bien como yo casi todas las plantas que tenemos aquí. Tienes un instinto maravilloso y se te da genial tratar con los clientes; además, cobrarías casi el doble.

Me daba igual lo que fuese a cobrar. Mantenía un estilo de vida sencillo y tampoco es que tuviese gustos especialmente extravagantes. Y, por si fuera poco, ahora que vivía en un sitio que ya compraron mis padres en su día y donde no tenía que pagar alquiler, la necesidad era aún menor.

—No me hacen falta más dolores de cabeza, Dunc.

Musitó algo por lo bajo que no conseguí oír.

Sentí una pizca de culpabilidad en el estómago. Si me convertía en gerente, tendría un estrés que ahora mismo no me convenía porque la gente dependería de mí para más cosas, no solo para que trabajase equis horas a la semana. A pesar de que llevaba trabajando en Brotes y Bayas desde que iba al instituto, no me sentía atraída para algo más. Me gustaba la vida que tenía ya. Ganaba un sueldo que me permitía cubrir mis necesidades y disponía de tiempo para divertirme haciendo otras cosas al terminar el turno. Valoraba muchísimo ambas cosas porque sabía que nada duraba para siempre. Así que lo aprovechaba todo al máximo y disfrutaba de su simple belleza.

—Si cambias de opinión, dímelo —manifestó Duncan.

—Lo haré. Te lo prometo.

No esperé a que dijera nada más. Fui directa hacia la puerta del invernadero y salí a que me diera el aire de primera hora de la

mañana. Tomé una profunda bocanada y me relajé un poco.

Miré la lista y me apresuré a trazar un plan. Pillé una de las carretillas que teníamos en la fila que quedaba cerca del aparcamiento de gravilla y me puse manos a la obra. En solo veinte minutos, lo saqué todo y me fui a la zona de carga y descarga; una vez allí, vi que se aproximaba una camioneta. Pero no era la plateada de Shep con remolque incorporado. Era una negra que pegaba perfectamente con la personalidad del hombre que estaba al volante.

Me tensé, me armé de valor y me acordé de lo que me había contado Shep. A Anson le había pasado algo. Y ese «algo» lo había convertido en la sombra de quien fue antaño. Lo dejó atrapado por el frío. Y a lo mejor esa frialdad era su armadura, esa que utilizaba para mantener a todo el mundo alejado de él.

Anson giró el vehículo para poder dar marcha atrás ahí mismo. Intenté centrarme en los pitidos que emitía la camioneta en lugar de en los nervios que notaba en mi interior. En cuanto hubo aparcado, di un paso hacia delante y abrí el cerrojo de la caja.

Lo oí andar por la gravilla.

—No deberías haber hecho eso.

Desvié la vista hacia un lado mientras abría la puerta trasera. Anson llevaba una gorra que le protegía los ojos de los rayos del sol, pero este seguía iluminándole las zonas más claras de esa barba de dos días rubia, gruesa y alborotada.

—¿El qué?

—Situarte detrás de la camioneta sin saber si había acabado de retroceder ya o no.

Puse los ojos en blanco.

—He visto que ya no tenías la marcha atrás puesta.

Fijó su mirada en mi cara con sus ojos azul grisáceos.

—No cuesta nada volver a ponerla.

—Buenos días para ti también, Anson. ¿Qué tal has dormido? —respondí, dedicándole una exagerada sonrisa con la que casi parecí un payaso desquiciado.

Algo atravesó su tormentosa mirada, pero desapareció tan deprisa que me planteé si no habrían sido imaginaciones mías. Se giró hacia el montón de plantas.

—¿Son todas nuestras?

Asentí.

—No creo que tardemos mucho en cargarlas.

Anson asintió una única vez y fue a por las plantas más pesadas. Se agachó y cogió un brote de álamo temblón como si nada. Se le tensó la camiseta a lo largo de su musculado pecho y se le marcaron los bíceps.

Me apresuré a apartar la mirada y fui a por algunos setos. Trabajamos en silencio; sin embargo, fue eso mismo lo que me incomodó un poco al cabo de unos minutos.

—¿Creéis que terminaréis hoy? —le pregunté en un desesperado intento por encontrar algo de ruido que rompiese ese silencio.

Si Anson no hablaba, me pondría a cantar. Y dudaba que a él le apeteciera oírme.

—Seguramente.

Y punto. Una palabra y a por el otro seto.

En lugar de molestarme, su respuesta hizo que se me escapara una sutil risita.

Anson detuvo sus ligeros pasos antes de llegar al remolque.

—¿Qué?

Le sonreí.

—Que eres muy hablador.

Con la vista puesta en mí, frunció la frente y fue hacia el remolque.

—Bueno... —Segundo intento—. ¿Qué te parece Sparrow Falls?

Podía convertir esto en un juego. Ver qué tenía que hacer para que Anson hablase.

—Bien —respondió, y fue a por una lila.

Me mordí el labio para no reír.

—¿Alguna vez contestas con más de una palabra?

—No.

Ahí sí se me escapó la risa. No pude evitarlo.

—Vale. Juguemos a algo, pues. ¿Lagos u océanos?

Anson frenó en seco y se giró despacio hacia mí para preguntarme:

—¿A qué juegas?

Me encogí de hombros.

—Eres el mejor amigo de mi hermano. Vas a pasarte un buen tiempo trabajando en mi casa. ¿No crees que estaría bien que nos conociéramos un poco? ¿Que nos hiciésemos un poco amigos, tal vez?

«Amigos» era la palabra errónea.

El azul de sus ojos desapareció y en su lugar quedó solamente el gris.

—Lo de hacer amigos no va conmigo. Y tampoco las niñatas estúpidas que juegan a estas cosas. Tú déjame hacer mi trabajo y apártate de en medio.

Una bofetada me hubiese dolido menos. Pero no permití que se diera cuenta.

—Seré estúpida, pero ser estúpida es muchísimo mejor que ser un cabrón.

Dicho eso, procedí a regar las plantas en la zona norte del invernadero. Que Anson cargase el maldito remolque él solo.

—Gracias por ocuparte tú —me dijo Nancy mientras me pasaba una correa—. No quería llamarte hasta dentro de una semana, como mínimo. Me habría gustado poder darte la oportunidad de acomodarte en tu nueva casa, pero a situaciones desesperadas, medidas desesperadas.

Cogí aquella gruesa correa de color verde mientras el perro me miraba con ojos tristes. Era un mestizo y la mezcla de razas era un misterio para todo el mundo. Era bajito y fornido, con unas patitas cortas aunque algo rechonchas y una cabeza exageradamente grande en comparación con el resto del cuerpo. Tenía el pelaje negro y sin brillo, pero eso cambiaría con un mes de buena alimentación.

—No pasa nada. La temporada gatuna siempre es una locura —contesté.

Me agaché para quedar a la altura del perro, pero aún no le acerqué la mano. Primero, quería que se acostumbrase a mi olor.

Nancy se apartó de la cara unos mechones de su encrespado pelo.

—Dímelo a mí... Ahora mismo tengo dos camadas.

Levanté la vista para mirarla y me fijé en las oscuras bolsas que tenía bajo los ojos.

—¿Duermes?

—Ken y yo nos vamos turnando, así que en total dormiré unas cinco o seis horas.

—Eres una santa —la consolé con una sonrisa—, pero también te mereces un día en el *spa*.

La exagerada risa de Nancy llenó el aire a nuestro alrededor.

—Tampoco me opondría a ello, pero bien entrado el verano o igual en otoño.

Aun así, no iría jamás. Porque le daría la sensación de que, al hacer una escapada, estaría decepcionando a los animales que la necesitaban. El refugio de animales Colas y Bigotes era su orgullo y alegría, su propósito. Y no confiaba en nadie como para dejar a otra persona al mando mientras ella estuviese fuera.

Volví a desviar la vista hacia el animal y este movió las orejas.

—¿Qué me cuentas del perro?

Nancy suspiró.

—Lo abandonaron cerca de Castle Rock. Se porta bien con las mujeres, pero los hombres no le caen especialmente bien.

Una punzada de dolor me caló hasta los huesos. Eso solo podía significar que algún hombre no lo había tratado correctamente. Cabrón.

—¿Tiene nombre? —quise saber.

—Pensé que podía dejarte el honor de que se lo pusieras tú mientras lo vas conociendo.

El perro se movió un poco y echó a andar hacia mí.

—Hola, compi —canturreé.

Al oír mi suave voz, se me acercó todavía más.

Cogí la bolsa de premios que guardaba en el coche y que me había metido en el bolsillo trasero.

—¿Qué te parece el hígado? A mí me parece asqueroso, pero tiene un olor superfuerte y a los perritos suele encantarles.

Nada más quitarle el precinto al paquete, el animal empezó a olisquear frenéticamente. Reí y saqué un premio de la bolsa. Me lo coloqué en la palma y aguardé.

El perro alargó el cuello tanto como pudo y se zampó el premio de inmediato.

—¡Qué bueno eres! —lo alabé y cogí otro premio.

Ahora, el perro se me acercó un poco más para poder comérselo con más facilidad. Pasado el cuarto premio, levanté la mano despacio para poder rascarle debajo del hocico. Apoyó la cara en mi mano y dio unas cuantas pataditas con la pata trasera.

—Conque te gusta que te rasquen aquí, ¿eh?

El animal empezó a menear la cola.

—Hay que ver la buena mano que tienes para los animales —señaló Nancy con una sonrisa—. Como siempre.

Otra pizca de dolor se me coló en el cuerpo. No fue nada fuerte; solo el ego de la agonía. Al mes de haberme ido a vivir con los Colson, Lolli me arrastró con ella para que fuésemos a recoger una gata que alguien había encontrado rebuscando por un contenedor de basura detrás de El Fresco.

La gata en cuestión tenía un pelaje grueso e irregular y pulgas. Tuvimos que bañarla dos veces, cosa que no le gustó demasiado y nos lo hizo saber a base de arañazos. Y yo en ningún momento quise formar parte de todo eso. Aún sentía que me ahogaba en la pena, pero al cuidar de aquella gata feroz y sarnosa y ayudarla para que se curase y volviese a ganar confianza en la gente también sanó algo en mí.

Desde entonces, no había dejado de cuidar animales. Nada me hacía sentir más orgullosa que devolverlos a una familia que los cuidaría para siempre a sabiendas de que por fin tendrían la vida que se merecían.

—Bueno, este es un amor —tarareé mientras el perro me empotraba todo su cuerpo a un costado—. ¿Quieres venirte a casa conmigo?

El cachorro me miró con sus enormes ojos, cuyas profundidades escondían una incerteza apabullante; sin embargo, en cuanto me

puse de pie, se apresuró a seguirme hasta el todoterreno. Abrí la puerta trasera y subió en el acto. Como recompensa, lo rasqué un poquito detrás de la oreja.

Cuando cerré la puerta, Nancy me abrazó.

—Gracias—dijo.

—No hay de qué —respondí, y la abracé con más fuerza—. Te contaré cómo avanza y le haré un montón de fotos para la página web.

Nos gustaba subir fotos de los animales nada más acogerlos para que fuese corriendo la voz. Cuando algún bichito ya estaba casi preparado para irse a su nuevo hogar permanente, empezábamos a aceptar nuevas solicitudes. Aun así, me daba la impresión de que este cachorrito necesitaría quedarse conmigo, por lo menos, unas semanas.

Solté a Nancy y me senté detrás del volante. El perrito sacó la cabeza por encima de la especie de separador que tenía montado para que los animales permanecieran en los asientos traseros. Reí y le di otro premio.

—¿Te gusta ir en coche?

Le colgaba la lengua de la boca y jadeaba feliz.

—Me lo tomaré como una buena señal.

Giré la llave de contacto y me alejé de la casa de Nancy, que quedaba a las afueras del pueblo. Durante el trayecto, bajé la ventanilla de atrás lo justo y necesario para que mi nuevo cachorro pudiese sacar la cabeza si quería.

Tardó dos segundos y medio. Esas gigantescas orejas que tan atentas habían estado antes, ahora se le agitaban al viento. Se me escapó la risa sin que pudiese contenerla. Ay, la simple felicidad que se siente al notar el viento en las orejas...

—Ir en coche: hecho.

Una cosa menos que tenía que enseñarle.

Al cabo de poco, llegamos a la salida que se dirigía hacia mi casa. «Mi casa». Esa expresión me sonaba tan extraña... A pesar de que siempre me sentí bienvenida en la casa de los Colson, nunca me dio la sensación de que fuese mi hogar. Y, desde entonces, tuve miedo de buscar uno.

El perro volvió a meter la cabeza dentro del coche y cambió de posición para poder mirar por la ventanilla delantera.

—Vamos a tener que hacer cosas difíciles los dos, pero juntos lo conseguiremos.

Sin apartar una mano del volante, levanté la otra y rasqué a mi perro de acogida por debajo del hocico. Este golpeó el asiento con la patita a modo de respuesta.

Mientras seguía conduciendo, vi que había varios vehículos cerca de la casa principal. La mayoría eran camionetas de distintos estilos y modelos, y las reconocí casi a todas. Aun así, se me siguieron removiendo un poco las tripas. Era oficial: las obras habían empezado.

Era algo positivo. Algo necesario. Y, sobre todo: ya era hora.

Aparqué fuera de la caseta de invitados y salté del coche. Abrí la puerta trasera y pillé la correa. El animal dio un brinco y levantó el hocico para oler el aire con brío. Y, entonces, así, de la nada, se puso a ladrar y a aullar repetidamente; parecían más bien los sonidos de un Cancerbero que los de un perro.

Me giré para descubrir por qué estaba tan enfadado y vi una oscura barba rubia que sobresalía de debajo de las sombras de una gorra. Anson se detuvo en el acto al observar al perro que tenía yo al lado.

—No sabía que tuvieses un perro.

—No es mío —respondí bien consciente de nuestra última interacción.

Anson se limitó a enarcar una ceja. ¿Cómo no? Este hombre planteaba preguntas sin pronunciar ni una palabra.

—Los acojo para una organización local. No le gustan demasiado los hombres.

Para sorpresa mía, Anson se agachó y encogió los hombros para hacerse tan pequeño como fuese posible.

—¿Tienes premios?

Me saqué la bolsa del bolsillo y se la lancé sin decir nada. A la que vio a Anson recibiéndola, mi nuevo perro se puso a gruñir con más ganas todavía, pero Anson simplemente hizo como si nada. Abrió la bolsa y se puso unos cuantos premios en la palma de la mano.

El perro siguió gruñendo por lo bajo, pero empezó a olisquear el ambiente.

Anson depositó uno de los premios en el suelo, delante de las patas. El perro dejó de gruñir el tiempo justo para engullirlo.

—Suéltale un poco la correa —me aconsejó Anson sin levantar la mirada.

Alterné la vista entre el perro y ese idiota taciturno.

—¿Estás seguro?

Puede que tuviese a Anson en mi lista de personas de mierda, pero tampoco quería que mi nuevo perro de acogida lo mutilase.

—Suéltalo un poco, insensata —insistió.

Al oír ese apodo, fruncí el ceño pero le di unos cuantos centímetros más de cuerda al perro. Así tendría algo más de libertad, pero no la suficiente como para poder arrancarle un pedazo de cara a Anson.

Justo cuando lo solté un poco, Anson le lanzó los premios. Uno. Dos. Tres. El perro no podía comérselos y atacar a Anson a la vez. Y

eligió los premios.

—Buen chico —le dijo Anson en voz baja mientras le tiraba un par de premios más.

El perro dejó de gruñir y Anson chasqueó la lengua y le lanzó dos premios más.

—¿Tienes un mando?

Fruncí el ceño y pregunté:

—¿Tipo el del garaje?

—No —respondió Anson que seguía sin levantar la vista—. Un pulsador de adiestramiento. El sonido que emiten indica buen comportamiento. Es más rápido darle a un botón que buscar un premio. Cuando oyen ese sonido, saben que lo han hecho bastante bien y que van a darles una recompensa.

Con todos los perros a los que había acogido, hice una formación básica, pero constaba sobre todo en cómo conseguir que se acostumbrasen a ciertos estímulos y cómo asegurarte de que sabían cómo hacer sus necesidades.

Anson le enseñó un premio al perro y luego lo levantó en el aire. El cachorro plantó el culo en el suelo de inmediato. Anson chasqueó la lengua y le lanzó el premio.

Sin decir absolutamente nada, Anson fue colocando los premios uno detrás de otro para que quedasen cada vez más cerca de él. El perro se comió los dos primeros sin problema, pero entonces empezó a mostrarse un poco más aprensivo. Avanzaba rápidamente solo para retroceder después. No obstante, Anson se limitó a quedarse donde estaba y dejó que el animal fuese avanzando a su manera.

Poco a poco, el cachorro se le fue acercando. Se comió un premio y luego otro. Al final, Anson alargó el brazo y le mostró la palma de la mano donde tenía dos premios. El animal alternó la vista entre

Anson y los premios. En un abrir y cerrar de ojos, se zampó un premio y se echó atrás enseguida.

Anson chasqueó la lengua de nuevo y volvió a lanzar un premio a unos cuantos centímetros de donde estaba. El perro se lo comió y regresó corriendo a mi lado. Anson se levantó con calma para asegurarse de no hacer ningún movimiento brusco.

Me lo quedé mirando como si fuese alguien completamente distinto al ser humano a quien había conocido antes.

—¿Qué ha sido eso?

Anson se me quedó mirando, pero de su boca no salió ninguna palabra.

—Desde que te conocí, siempre has sido un capullo malhumorado. Con él, en cambio...

—No me gusta la gente. Los perros me encantan.

Dicho esto, volvió manos a la obra, con los demás.

Bajé la vista para mirar a mi nuevo amigo.

—¿Qué narices ha sido eso?

El perro se limitó a mirarme con la lengua fuera.

Sacudí la cabeza.

—Venga, a dentro. Con tantos premios, espero de verdad que no vomites...

Le enseñé la diminuta caseta de invitados al perro y dejé que olisqueara el lugar, satisfecho. Luego, mientras se acomodaba en la cama para perros que tenía al lado de la chimenea, fui preparándole la comida y otras cosas esenciales. Tenía un poco de todo a mano, pero cada animal disponía de su comida, sus medicinas y demás parafernalias propias.

Cuando lo hube entrado todo, el cachorro estaba roncando tan fuerte que me sorprendió que no temblaran las paredes. Como

estaba durmiendo como un tronco volví a salir y le di al mando del coche para abrir la puerta trasera del todoterreno.

Mientras esta iba subiendo, empecé a ver varias plantas de colores vivos. A pesar de que yo nunca decoraba los interiores de las casas, para alegría de Nora, siempre hacía míos el jardín, el porche y la terraza. Hundir las manos en la tierra y dar vida a una variedad de colores y texturas hacía que me sintiera más cerca de mamá, a pesar de que ella ya no estuviese aquí.

Me inquietaba ver los parterres y los pequeños porches que había alrededor de la caseta de invitados vacíos. Así que solo había una solución: llenarlos.

Saqué las bolsas de tierra del coche y las llevé hacia un montón de tiestos de distintas medidas, formas y colores. Acto seguido, me puse a plantar las flores más sencillas, así como las más llamativas. Cuando lo hube sacado todo del coche y lo tuve al lado de la casa, ya se me había pegado el pelo a la nuca. Definitivamente, había llegado la primavera.

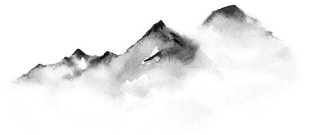
Me agaché, me recogí los mechones en un despeinadísimo moño y me lo até con una goma de pelo. Me había tenido que comprar unas especiales porque tenía el cabello tan grueso que las normales siempre se me rompían.

Cuando me puse de pie, vi una reluciente berlina plateada que venía hacia mí a toda pastilla. En el capó centelleaba el logo de BMW y enseguida reconocí una matrícula familiar.

Entré en tensión de los pies a la cabeza.

—Ay, mierda.

Capítulo nueve
Anson



El centelleo de aquel plateado metálico bajo la brillante luz del sol de la tarde me llamó la atención cuando me giré y vi ese BMW dirigiéndose muy deprisa a la caseta de invitados. Hacia Rhodes. Y algo hizo que se me revolvieran las tripas.

¿A quién quería engañar? Todo lo que tenía que ver con ella hacía que se me removieran las tripas. Era demasiado guapa. Demasiado lista. Demasiado amable. E incluso acogía perros, joder.

—Cabrón... —musitó Saul a mi lado mientras garabateaba algo en el pisapapeles antes de pasármelo.

Firmé abajo del todo sin molestarme en leer la letra pequeña. Saul se ocupaba de los residuos de todos nuestros proyectos. Nunca nos la jugaría.

—¿Conoces al tipo ese? —le pregunté.

Él gruñó.

—Creció aquí. Siempre fue un poco arrogante, pero luego se marchó a Silicon Valley, se hizo multimillonario y volvió creyéndose

Dios. Imbécil...

Me quedé mirando al hombre alto y esbelto que salía del coche. No pude evitar hacerle un traje rápidamente. A juzgar por cómo llevaba ese pelo moreno peinado, ese hombre quería que todo estuviese en su sitio. Lo mismo ocurría con los pantalones y la camisa de botones que vestía, meticulosamente planchados. Necesitaba tenerlo todo bajo control. Obligar a que todo lo que le rodeaba se sometiese a él.

Entre la cara marca del vehículo, los mocasines Gucci y el reloj de oro que yo diría que era un Rolex, intuía que la imagen también lo era todo para él. Quería lo mejor de lo mejor, y no iba a aceptar nada que no fuese así.

Tenía la sensación de que Saul estaba en lo cierto. Era un imbécil de manual.

Mientras ese cabrón se dirigía a Rhodes, la incomodidad fue adueñándose de mí, porque él parecía estar única y exclusivamente centrado en ella y porque Rhodes había entrado en tensión. Habitualmente, solía estar relajada y se le notaba también en la musculatura. Ahora, era justo lo contrario. Tenía los hombros elevados, lo cual hacía que se notara lo muy tensa que estaba. También se apreciaba su mandíbula bien marcada, cosa que me indicaba que estaba apretando los dientes. Rhodes no quería que el tío ese estuviera aquí.

—¿Se conocen? —quise saber mientras le devolvía el portapapeles a Saul.

Arqueó sutilmente las cejas, sorprendido. Nunca le había hecho ninguna pregunta aparte de la hora de recogida.

—Cuando uno lleva el tiempo suficiente viviendo en este pueblo, todo el mundo se conoce. Todo el mundo menos los ermitaños que se aíslan en cabañas en las montañas y que no hablan con nadie.

No respondí a su pullita; simplemente me quedé mirándolo.

Saul rio.

—Por lo que he oído por ahí, se ve que estuvieron saliendo un tiempo. Rho lo dejó hace unas semanas. A Davis no le hizo demasiada gracia.

Volví a desviar la vista hacia ellos. No me imaginaba a Rhodes yendo a por un cabrón como ese. La habría visto más saliendo con alguien bonachón sumamente positivo, del rollo Cuerpo de Paz, o con algún tío atormentado a quien Rho pensase que podía curar. No con alguien a quien lo que más le importaba era su propia imagen. Aunque, como ahora me había alejado de ese mundo, tal vez me estuviese equivocando.

El cabrón en cuestión sonrió a Rhodes con unos dientes sumamente blancos y con un empalagoso intento de encanto en la cara. Ella le dedicó una mueca por toda respuesta. El tipo se le acercó e invadió su espacio personal. Rho intentó retroceder, pero no podía recular más.

«Joder...».

Eché a andar sin darme cuenta. Fui hacia ellos decidido y haciendo saltar la gravilla con las botas. Enseguida empecé a oír partes de la conversación.

—Deja que mi diseñadora de interiores te asesore. Ya cubriré yo los gastos. Con una casa de este calibre, querrás asegurarte de que el diseño sea el adecuado —dijo el imbécil ese.

Rhodes lo miró con la frente fruncida.

—No necesito a ninguna diseñadora de interiores. Shep me está ayudando con todo.

El cabrón rio por lo bajo.

—La empresa de Shep es buena, no te lo negaré, pero no tiene el gusto refinado que hay que tener para...

—Rhodes —intervine yo—. Necesito que me des tu opinión con una cosa.

Al oír mi voz, Davis se giró y preguntó:

—¿Y este quién es?

A Rhodes se le relajaron ligeramente los hombros y echó a andar hacia mí mientras respondía:

—Anson trabaja con Shep. Se ocupa de la restauración.

Davis entornó los ojos.

—¿Tú no deberías de estar aconsejándole que edificara desde cero? Es absurdo intentar arreglar una estructura que quedó tan dañada por el incendio.

A Rhodes se le tensó un músculo en la mejilla, pero no dijo nada.

—Es un edificio histórico. A eso no se le puede poner precio —contesté con frialdad—. Pero hay gente que no sabe apreciar la belleza que se esconde bajo el deterioro.

Davis emitió una risa nasal.

—Menuda pérdida de tiempo y de dinero —comentó.

Pasé de él y volví a centrarme en Rhodes para insistirle:

—¿Tienes un minuto?

—Claro —se apresuró a responder, y se limpió la tierra de las manos al frotárselas en los *shorts*, que revelaban unas morenas piernas de fibrosos músculos. Unas piernas a las que yo NO tenía que estar mirando.

—Estamos hablando —soltó Davis.

Rhodes se giró hacia él y le espetó:

—No. Tú estabas haciendo un monólogo.

El tipo cerró la boca de golpe y el cabreo le incendió la mirada.

Rhodes suspiró.

—Te agradezco la oferta, pero no necesito tu ayuda. Que tengas un buen día.

Davis movió un poco la mandíbula.

—Todo esto te queda grande —refunfuñó.

Y entonces se dio la vuelta, volvió a subirse en su BMW y los neumáticos del coche empezaron a escupir gravilla mientras el tío giraba en un pequeño círculo y se largaba.

Cuando hubo desaparecido envuelto por una nube de polvo, a Rhodes se le hundieron los hombros.

—Perdona... —musitó.

—No tienes que disculparte por nada.

Levantó la cabeza y clavó sus ojos verdes y dorados en los míos antes de preguntarme:

—¿Qué querías?

—Nada. Me he dado cuenta de que estabas incómoda y pretendía ofrecerte una escapatoria.

Rhodes continuó mirándome con expresión confundida.

—Siempre tan impredecible, ¿eh, Anson?

Pronunció mi nombre con una ternura que hizo que se me tensara el cuerpo entero. Todo mi interior me pedía que me acercara más a ella y, a la vez, el cerebro me ordenaba a gritos que cortara de raíz, que me largara y la alejase de mí.

—No me gusta ver a mujeres intimidadas. Ya está —sentencié.

Me di la vuelta y me alejé antes de que ella pudiese decir nada más o de que pudiese envolver mi nombre con su voz como si fuese un abrazo de verdad.

Debía mantenerme distanciado de Rhodes. Esa chica tenía algo que conseguía colarse en el entumecimiento en el que llevaba viviendo a propósito desde hacía dos años. Lo cual era igual de peligroso que ella en sí.

—¿Has mandado a ese cabrón a tomar viento? —me preguntó alguien desde la mesa improvisada que habíamos colocado delante

de la casa.

Miré al trabajador que me había lanzado la pregunta. Silas ponía todo su empeño y determinación en el trabajo, cosa que nos venía de perlas en todos los proyectos. Además, dejando de lado que iba de flor en flor con tanta rapidez que a mí incluso me mareaba, era buen tío.

—Creo que se ha ocupado él solito de eso —musité.

Se me acercó otro trabajador, botella de agua en mano. Owen no tenía la misma ética de trabajo que Silas. Era conocido por sus legendarias pausas y se había ganado la reputación de actuar apresuradamente y sin pensar antes en las consecuencias que podían derivarse de ello.

—Volverá. A los ricachones como ese no les gusta que les digan que no.

—Pues más vale que se vaya acostumbrando —solté entre dientes.

—Shep no le pasará ni una —señaló Silas—. Se asegurará de que le quede claro. O hará que se lo haga saber Trace.

Fue mencionar su nombre y la camioneta plateada de Shep apareció por aquel camino lleno de baches. Teníamos que arreglarlo antes de que alguien rompiera un eje.

Shep aparcó en medio de varios vehículos más y bajó enseguida. Miró hacia la caseta de invitados mientras se nos acercaba.

—¿Habéis visto un BMW plateado por aquí?—preguntó.

Carlos, otro trabajador, se acercó con una sonrisa en los labios.

—El ricachón vino y se largó.

La preocupación se adueñó del rostro de Shep, que soltó una maldición.

—Tranquilo —lo calmó Silas—. Anson lo ha puesto de patitas en la calle.

Shep desvió su atención hacia mí a modo de silenciosa pregunta.

Yo pasé el peso de un pie al otro y respondí:

—No ha sido nada. Solo me he asegurado de que Rhodes estuviera bien y el tío se ha pirado.

—Se ha largado como si le hubiese entrado canguelo o como si se acabase de tragar un limón —aclaró Silas.

Shep ladeó la cabeza y me ordenó:

—Acompáñame. Tengo que comentarle algo a Rho.

Lo último que quería yo era acercarme aún más a Rhodes. A su esplendor, a su color. Solo conseguía recordarme lo gris que se había vuelto mi mundo.

Aun así, seguí a Shep hasta que estuvimos lo suficientemente alejados de los demás. Agachó la cabeza y, en voz baja, me preguntó:

—¿He de preocuparme?

Reflexioné un poco. Esa pregunta tenía muchas trampas. Y no quería caer en ninguna de ellas. Pero se lo debía a Shep. En realidad, se lo debía todo.

—¿Cuánto tiempo estuvieron saliendo?

—Un mes o así. Nada serio. Quedaban una o dos veces a la semana.

Hice las cuentas. O sea que, como máximo, se habían visto en ocho ocasiones. Seguramente se habrían acostado, lo cual podía ser un detonante para alguien que necesitaba tenerlo todo controlado o con tendencias obsesivas. Tenía clarísimo que Davis entraba en la primera definición, pero esperaba que no formarse parte también de la segunda.

—¿Cuánto hace que lo dejó Rhodes?

Shep se frotó la mandíbula.

—Fue justo antes del cumpleaños de Lolli, así que hará unas tres semanas y media.

Me saltaron las alarmas. ¿Davis había vuelto casi un mes después de que hubiesen roto una relación que en realidad nunca llegó a ser sólida? No era buena señal.

—Seguramente estaría bien que te mantuvieras alerta —dije con cautela—. Pero, ahora, Rhodes tiene a mucha gente por aquí. El tío sabrá que puede quedar en evidencia delante de otras personas, como hoy. Y a los tipos como él no les va mucho eso.

Shep gruñó.

—Lo único que le importa es su imagen. Creo que, en parte, por eso sigue yendo a por Rho. Lo dejó ella a él.

Al pensar en eso, se me alivió un poco la tensión que me carcomía por dentro. El ego era muchísimo mejor que la obsesión. Un ego herido podía sanarse. La obsesión, ya no tanto. Y, a veces, no sabías a qué te estabas enfrentando hasta que ya era demasiado tarde.

Capítulo diez
Rhodes



Me senté en el taburete que había detrás de la caja registradora y dejé el bocadillo de huevo en el mostrador. El perro levantó la vista parar mirarme con ojitos de cordero. Hacía una semana que lo había acogido y aún no tenía nombre. No acababa de encontrar ninguno que le pegase y se merecía uno que fuese adecuado.

Aunque sí que lo había ido adiestrando. Encontré un pulsador de esos que comentó Anson en la tienda de mascotas del pueblo. Al buscar información sobre técnicas de adiestramiento, aprendí muchísimas cosas. Y lo que era aún mejor: funcionaban.

De vez en cuando, pillaba a Anson observando nuestras sesiones de adiestramiento desde lejos. Pero nunca se acercaba. Nunca me decía nada. Y, si yo me aventuraba a aproximarme a la reforma, él casualmente desaparecía.

Debió de hablar en serio cuando afirmó que era hombre de perros, y no de personas.

Me agaché para rascarle la cabeza a Perro. Tenía todo cuanto necesitaba en Brotes y Bayas: una cama detrás del mostrador junto con un bol con agua, varios juguetes y una manta muy suave. Y yo tenía muchísima suerte de que mi jefe me dejase traer a los animales de acogida al trabajo.

Le quité el envoltorio al bocadillo; le di un buen mordisco al pan de galleta con huevo y un poco de *cheddar* fuerte y casi gemí. Había que darles las gracias a los dioses de la comida por la cafetería que teníamos allí mismo. Hoy había empezado temprano y anoche, a la hora de cerrar, nos llegó un pedido nuevo de setos.

Me sonó el móvil y bajé la vista. Ya habían vuelto a cambiar el nombre del chat que teníamos con mis hermanos: «Los 7 hermanos letales».

Reí por lo bajo mientras cogía el dispositivo.

Cope
Quién me ha enviado la cesta de melocotones al entreno?

Me mordí el labio para no soltar una carcajada.

Quieres que te mande la receta de la tarta de Nora?

Fallon
Yo tengo una receta de mermelada que te puede venir bien

Cope
Sois unos capullos. Cuando la recepcionista me la ha dado, casi le poto encima

Kye
No hay nada como echar la pota para que las tías se enamoren de ti. No has visto la tarjeta?

Cope
Serás cabrón... Prepárate

Al cabo de un segundo, al hilo de los mensajes se le sumó una foto. Arriba del todo había una nota en la que se leía:

Para nuestro melocotoncito. Vigila no te salgan moratones en el partido de esta noche.

Procuré no reírme y volví a dejar el móvil. No había nada como un poco de vacile entre hermanos para mantener el ego a raya. Y, con la atención que recibía Cope, no le venía mal.

Sacudí la cabeza, arqueé la espalda y noté cómo me escocían los músculos justo ahí. Igual me había pasado un poquito. Pero no era nada que no se pudiera arreglar con un par de ibuprofenos y un baño caliente y reconfortante.

Un ligero movimiento me llamó la atención. Una figura familiar caminaba en silencio entre las filas de plantas, en dirección al mostrador. Todo en esa mujer gritaba «¡No me mires!». Llevaba ropa neutra (unos vaqueros y una camiseta beis); tenía el pelo grueso y reluciente, aunque solía recogérselo en una trenza para esconder su brillo, y caminaba a toda prisa pero en silencio, como si hubiese practicado para no hacer ruido alguno.

Le dediqué una amplia sonrisa.

—Buenos días, Thea.

Ella también esbozó una sonrisa a modo de respuesta, aunque la suya fue más titubeante, menos firme. A lo mejor lo único que sucedía era que ya no estaba acostumbrada a ese gesto.

—Hola —saludó.

—¿Qué ponemos hoy? —le pregunté.

Se mordió la comisura del labio y se giró para mirar hacia atrás antes de responder:

—Quería saber si tenéis algunas peonías que estéis a punto de poner en la sección de descuentos.

Noté cierta punzada de dolor bien hondo. A Thea le encantaban las plantas, igual que a mí, pero lo que ofrecíamos en Brotes y Bayas no era justamente barato. Porque buscábamos productos de calidad. El incremento de precio que había hecho Duncan era justo: lo suficiente para garantizar un equilibrio sano, pero no tanto para que los clientes lo notasen demasiado. Sin embargo, si tenías que vigilar con los gastos, no resultaría fácil comprar asiduamente en nuestra tienda.

No sabía demasiado sobre Thea. Siempre mantenía conversaciones superficiales y se centraba en las plantas. Me daba la impresión de que, como le insistiera demasiado, saldría por patas. Pero sabía que trabajaba en la panadería local, La Mezcla, vivía a las afueras del pueblo y le encantaban las plantas, desde las comestibles hasta las que simplemente te alegran el día.

Repiqueteé con los dedos en el mostrador y asentí.

—Creo que tenemos unas cuantas que rebajaremos pronto. Vamos a echarles una ojeada.

Era mentira. Las peonías eran de los pocos productos que nunca acababan rebajados a no ser que estuviesen a punto de marchitarse, pero ya cubriría yo la diferencia. Bajé del taburete y le di una palmadita en la cabeza a Perro.

—Pórtate bien —le dije.

Dejó caer la lengua a un lado.

Thea miró por encima del mostrador y se le iluminó la expresión.

—¿Es nuevo?

Asentí y le contesté:

—Todavía no sé qué nombre ponerle.

El anhelo se le coló en el rostro.

—Ya le llegará el más adecuado —dijo.

—Eso pienso yo, pero mi abuela no para de tocarme las narices porque no puede llamarlo de ninguna forma.

Ella sonrió con delicadeza y comentó:

—Mientras lo queráis, el nombre es lo de menos.

—Cierto. —Miré a Thea—. ¿Dónde quieres plantarlas? —le pregunté.

Ese era el único tema que podía sacarle sin que se pusiera a la defensiva.

A ella se le ensanchó la sonrisa.

—En las macetas que tengo en la ventana de la habitación. Consideré que sería bonito mirar hacia fuera y ver un mar de peonías.

—Sería como estar en el paraíso. ¿Te gusta algún color en concreto?

—Lo que tengas me irá bien, pero si tuvieseis algún rosa melocotón me encantaría.

—A ver... —Paseé la vista por las hileras de flores hasta que di con la sección de ese color; no faltaba nada para que acabase de florecer del todo—. ¡Perfecto! Duncan las pondrá en la sección de rebajas a lo largo del día o tal vez mañana, pero te puedo aplicar ya el descuento.

Thea se mordió la comisura del labio con la vista puesta en las plantas.

—¿Estás segura? Porque a mí me parece que están espléndidas...

—En comparación con las demás, no —contesté, y señalé el resto de la fila. La mayoría solo tenían una flor o dos; todo lo demás aún eran capullos.

Thea guardó silencio un minuto y luego negó con la cabeza.

—No pasa nada. Esperaré a que realmente estén en oferta.

Casi suelto un taco sin querer en lugar de guardármelo para mis adentros.

—De veras que...

Negó con la cabeza de nuevo y me cortó:

—Es muy amable por tu parte, en serio, pero no quiero que hagas nada que esté mal por mí.

Me mordí la mejilla para evitar llevarle la contraria. Las flores bonitas eran una fuente de satisfacción la mar de simple. Una satisfacción que todo el mundo merecía sentir. Y me dolía que Thea no fuera a tenerlas. Me la quedé mirando un segundo y le pregunté:

—¿Trabajas a tiempo completo en la panadería?

Me miró confundida.

—No, aún estoy a media jornada, pero me dan bastantes horas y Sutton tiene la esperanza de poder ampliar el negocio pronto.

Yo no sabía demasiado acerca de la nueva dueña de la panadería, solo que le mostraba una amplia sonrisa a todo el mundo y que su hijo era el niño más adorable que había visto en la vida. Sin embargo, a pesar de haber comprobado que iba haciendo muchísimos cambios, resultaba evidente que tenía un buen ojo y un buen instinto para los negocios.

Repiqueteé con los dedos en el muslo.

—¿Te interesaría trabajar a media jornada aquí también? —le ofrecí a Thea—. Sé que no tendrías los mismos beneficios que si estuvieses a tiempo completo en alguna otra parte, pero cada verano contratamos a más personal. Además, te aprovecharías de los descuentos para empleados en todos los artículos.

Thea separó los labios e inhaló con fuerza pero en silencio.

—¿En serio estáis buscando más personal?

—Mira el periódico local. Creo que el anuncio de Duncan saldrá el miércoles. Aunque puedo darte la hoja de solicitud hoy mismo.

Se puso de puntillas, como si fuese a saltar. Conozco a Thea desde hace casi dos años y nunca la había visto tan ilusionada.

—¿Sabes cuánto cobraría?

Asentí sonriente.

—Un mínimo de veinte por hora más las horas extras. Y el descuento es del cuarenta por ciento.

Thea se quedó literalmente boquiabierta.

—¿Cuarenta por ciento ¡en todo!?

Sonreí pletórica.

—Es una ganga, ¿eh? A Duncan le gusta que el personal conozca de primera mano todo lo que vende. El descuento es una especie de aliciente.

A Thea se le pusieron los ojos un poco acuosos.

—Con ese descuento, trabajaría gratis.

Reí.

—Bueno, tampoco hace falta eso. Venga, voy a buscarte la solicitud.

Me siguió por el invernadero hasta llegar al mostrador. A medida que nos íbamos acercando, fui flaqueando al andar. En el mostrador había algo distinto.

—No puede ser —musité.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, preocupada.

Eché a correr hacia el mostrador y me encontré el envoltorio del bocadillo en el suelo y al cachorro relamiéndose la boca.

—¡Perro!

El animal agachó la cabeza de inmediato hasta esconderla entre las patas.

—No me pongas carita de arrepentido y me hagas sentir mal a mí, que te has zampado mi desayuno.

Oí una delicada risa detrás de mí mientras Thea observaba la escena.

—A lo mejor deberías llamarlo Galleta. Está claro que le gusta ese tipo de pan.

Al oír eso, Perro levantó la cabeza.

—Creo que también le gusta el nombre. ¿Quieres que te llamemos Galleta?

Ladró a modo de respuesta.

—O eso o quiere otro bocadillo —señaló Thea.

Meneé la cabeza.

—Seguro que le sienta mal —contesté.

Thea hizo una mueca.

—Qué palo tener que limpiar todo esto... —dijo.

—Ni que lo jures.

Abrí el cajón del casillero y cogí la carpeta donde guardábamos las hojas de solicitud de empleo. Pillé una y un boli, y se lo pasé todo a Thea. Era una única hoja en la que se pedía información básica, experiencia y razones por las cuales la persona en cuestión estaba interesada en trabajar en Brotes y Bayas; sin embargo, Thea la estudió como si fuese la prueba de acceso a la universidad.

Tragó saliva con fuerza mientras agarraba con firmeza el boli.

—¿Crees que...? A ver... ¿Duncan podría pagarme en efectivo?

Analicé atentamente a Thea. Ya me habían hecho esta pregunta antes, pero lo habitual era que me la plantease alguien sin permiso para trabajar en Estados Unidos. Mientras dicha persona fuese buena trabajando, Duncan siempre encontraba la forma de resolver la situación y le pagaba en efectivo semanalmente. Aunque dudaba que fuese el caso de Thea. ¿Por qué necesitaría hacerlo así? No tenía pinta de ser la típica que va evadiendo impuestos.

—Duncan suele saber cómo gestionar estas situaciones —le comenté al fin.

Ella dejó de coger el boli con tanta fuerza y empezó a rellenar la hoja.

—Genial. Gracias —me contestó.

Terminó en menos de cinco minutos y me pasó la solicitud. Escaneé la hoja rápidamente. No había puesto ni número de teléfono, ni el correo electrónico ni la dirección. Entre eso y que quería cobrar en efectivo, se me empezaron a revolver las tripas.

—El teléfono y el *e-mail* nos hacen falta para que podamos ponernos en contacto contigo para la entrevista —le expliqué con delicadeza.

Thea se humedeció los labios.

—No tengo. No soy muy de tecnologías... Pero puedo pasarme mañana o pasado y ver si a Duncan le interesa contratarme.

Ni teléfono ni correo electrónico. No sabía que existiese alguna persona que pudiera vivir sin ninguna de esas cosas. Incluso Lolli, que no paraba de hablar de lo perjudicial que era la tecnología, tenía móvil y también *e-mail*, a pesar de que el correo solo lo utilizaba para pedir marihuana y piedrecitas para sus obras.

—Claro —respondí—. No hay problema.

—Gracias, Rho —me dijo sonrojada—. Eres muy buena persona.

Abrí la boca para contestarle algo, lo que fuera, pero Thea ya se había dado la vuelta, dispuesta a marcharse. Me quedé viendo cómo atravesaba las hileras de plantas hasta cruzar la puerta. De todos modos, cuando desapareció de mi vista, no pude dejar de preguntarme de qué narices se estaba escondiendo.

Mientras ralentizaba para frenar en el último semáforo del pueblo, hice rotar los hombros en un intento por relajar un poco la tensión

que tenía acumulada en esa zona. Por la tarde, nos habíamos pasado horas cambiando muestras con Duncan. Entre eso y que a primera hora había hecho pesas, tenía el cuerpo reventado. Ahora sí que necesitaba ese baño de agua caliente y los ibuprofenos.

El semáforo se puso en verde y yo levanté el pie del freno. Eché una rápida ojeada al nuevo letrero de La Mezcla, que habían repintado hacía nada, y deseé con todas mis fuerzas que siguiera abierto. En ese momento, habría hecho cualquier cosa con tal de poder zamparme un bocadillo de espinacas, alcachofas y queso fundido.

Galleta sacó la cabeza por encima del separador y me la apoyó en el hombro. Por muy simple que fuese ese gesto, hizo que se me removiera todo por dentro. Cada vez se sentía más y más cómodo fuera de su zona de confort.

Le rasqué la mandíbula mientras seguía conduciendo hacia casa en mi todoterreno.

—Tendremos que contentarnos con un invento casero de queso fundido para mí y un poco de pienso para ti.

Juraría que vi cómo Galleta me fulminaba con la mirada a través del retrovisor.

—No me mires así, que tú ya te has comido un bocadillo hoy. Hemos estado de suerte de que no te haya dado diarrea en medio del vivero; llega a pasarte y Dunc no te vuelve a dejar entrar nunca más.

Galleta dejó escapar un bufido y yo no pude evitar reír.

En cuestión de minutos, ya estaba girando hacia mi camino de entrada. MI entrada. La de MI casa. Seguía pareciéndome un poco surrealista. Aquella incómoda sensación volvió a adueñarse de mí: era como si tuviese la piel supertensa y me picase todo el cuerpo.

Me obligué a tomar una profunda bocanada de aire.

Inhalamos en uno, dos...

Mientras respiraba, me fijé en aquellas increíbles vistas. Las formaciones rocosas. Las montañas. El lugar que tanto adoró mi familia.

Exhalamos en uno, dos...

Intenté soltar esa pizca de pánico al expulsar el aire. En parte temía que, si alguna vez volvía a echar raíces de verdad, llegaría una tragedia y me lo arrebataría todo. Pero no podía permitir que ese horrible miedo se saliese con la suya. Significaría que el incendio había ganado la batalla. Y no pensaba tolerar que eso ocurriese.

Al llegar a la zona de aparcamiento provisional que había delante de la casa de estilo victoriano, detuve el coche. Owen bebía agua de una botella, y Silas y Carlos guardaban el material en las cajas de las camionetas. Bajé la ventanilla y les sonreí al preguntarles:

—Qué cantidad de trabajo, ¿eh?

Silas me devolvió la sonrisa.

—Ya estamos, por hoy. ¿Quieres venirte de copas conmigo?

Sacudí la cabeza y se me escapó la risa.

—Si me fuera de copas contigo, tendría que aguantar que me fulminasen con la mirada TODAS tus adoradas fans.

Silas fingió clavarse una daga en el corazón.

—Me acabas de matar. Ya sabes que las enviaría a todas a tomar viento por ti, princesa.

Carlos rio en silencio y le pegó una colleja en la nuca.

—¿Quieres que Shep te mate o qué? —le preguntó.

Silas se limitó a reír y a responder:

—Uno tiene que intentarlo...

Owen fulminó a Silas con la mirada.

—También podrías intentar hacer algo nuevo y dejarla en paz de una puta vez —dijo.

«Ay, Dios». No tenía ni idea de por qué Owen pensaba que tenía que ir de hermano protector conmigo, cuando ya tenía otros cuatro. A lo mejor era porque fuimos compañeros de clase desde que me vine a vivir a Sparrow Falls y porque llevaba trabajando para Shep desde que acabamos el instituto.

Aunque, cuando algo tenía que ver con las payasadas de Silas, tampoco es que hiciera falta. Llevábamos una eternidad con ese tira y afloja. Y cada vez parecía crispar más y más a Owen.

Que tampoco es que nada de eso fuera nuevo. Silas llevaba siendo un ligón desde la adolescencia y pasaba de una chica a otra en un abrir y cerrar de ojos. No era el tipo de tío que promete más, pero aun así conseguía dejar una retahíla de corazones rotos a su paso.

Owen también había tenido bastantes ligues, pero no tantos como el otro ni de lejos. Le costaba comprometerse con cualquier cosa. Iba entrando y saliendo del equipo de Shep con tanta rapidez que me daba vueltas la cabeza. Y todo el mundo lo conocía por el humor que gastaba.

El único de los tres que había sentado la cabeza era Carlos. Estaba casado y tenía una hija adorable que se llamaba Gabby. Tal vez algún día les contagiaría ese estado a los otros dos. Y, a juzgar por cómo los estaba mirando ahora a ambos, luego les echaría un buen rapapolvo.

—Tranquilo, colega —dijo Silas mirando a Owen con la frente fruncida.

Owen rio, pero aquel sonido no me pareció demasiado genuino.

—Solo te estaba tocando los cojones.

Silas permaneció impertérrito.

Carlos rompió ese incómodo silencio al acercarse a mí y darle unos golpecitos a la ventana, que seguía bajada.

—¿Todo bien por el mundo de las plantas? —Antes de que pudiese responder, Galleta gruñó por lo bajini y Carlos dio un paso atrás—. ¿Estás segura de que estarás cómoda con ese en casa?

Le rasqué el hocico a Galleta para que dejase de gruñir tanto.

—Es que no le gusta demasiado el género masculino —señalé.

Carlos rio y comentó:

—Mi mujer diría que es listo.

—Eh, esto ha salido de tu boca, no de la mía. Buenas noches, chicos —contesté, y me despedí con la mano mientras levantaba el pie del freno.

Continué con la ventanilla bajada mientras me dirigía hacia la caseta de invitados. No vi la camioneta de Shep por ninguna parte y, además de las que ya había visto, la única que estaba aparcada al lado de la casa victoriana era una negra que me resultaba familiar. No pude evitar quedármela mirando más de lo necesario.

Anson se había convertido en un fantasma esta semana. A duras penas habíamos coincidido, aunque sí había notado su presencia. Cuando estaba cerca, era como si el ambiente cambiase.

Aparté la mirada de la camioneta y me centré en la curva del camino que rodeaba la casa principal y me guiaba hasta la caseta de invitados. Detuve el coche delante de mi refugio temporal y apagué el motor. Galleta soltó un profundo aullido.

Estiré el brazo hacia atrás y le rasqué debajo del hocico.

—¿Estás contento de volver a casa? Hoy has visto a mucha gente.

Y, hasta ahora, Galleta se había comportado de forma ejemplar. Había soltado algún que otro gruñido cuando se habían acercado hombres al mostrador; sin embargo, como había el mueble de por medio, Galleta se había sentido seguro a la vez que se iba acostumbrando al género masculino.

Bajé del todoterreno y fui hacia la puerta trasera. La abrí y enseguida le solté la correa a Galleta. En cuanto brincó, cerré de un portazo y lo guie hacia la caseta.

Me dolían los músculos al andar. Igual tendría que ducharme antes de cenar. Me rugió el estómago a modo de protesta. Por lo visto, iba a ser que no.

Fui subiendo las escaleras que daban al porche y, cuando descubrí algo en la alfombrilla, ralenticé el ritmo. Lo miré con los ojos entornados y me agaché.

En cuanto vi la imagen, me quedé sin aliento. Era una foto chamuscada por los laterales y un poco arrugada a causa del calor. Aun así, todavía se podía apreciar qué mostraba.

Mi familia. Feliz. Sin preocupaciones y de pícnic en un riachuelo que se localizaba no muy lejos de aquí. En la foto, me centelleaba la mirada y tenía la boca abierta porque estaba medio riendo medio gritando mientras mi padre me hacía cosquillas en un costado. Mamá estaba abrazando a Emilia, estrujándola bien fuerte para hacerla reír.

Yo no quería que nos hiciéramos esa foto. Por eso papá me estaba haciendo cosquillas, para sacarme una sonrisa. ¿Por qué me porté tan mal ese día? ¿Por qué no valoré lo que tenía justo delante de las narices? ¿Por qué no me empapé de cada minuto que viví con ellos?

Se me fue acelerando la respiración más y más, y me costaba exhalar. Me ardían tanto los pulmones que era como si estuviese inhalando humo, como aquella noche. Esa sensación, esa que tan enraizada estaba dentro de mí, no hizo más que avivar el pánico.

Galleta gimió mientras yo me esmeraba en hacer llegar el oxígeno a los pulmones como buenamente podía. Unos puntos negros empezaron a nublarme la vista y ahí supe que me iba a desmayar.

Capítulo once

Anson



La había estado mirando desde que vi su coche entrando por el caminito. Fue como si tuviese un maldito radar para Rhodes. Uno que no conseguía apagar por más que lo intentase.

Así que me quedé observando, cual canalla y a través de aquella ventana manchada de hollín, cómo se detenía a hablar con Owen, Silas y Carlos. Me fijé en que Silas le dedicaba sus más encantadoras sonrisas, pero no le sirvieron de nada. Rhodes pasó de él de tal forma que supe que lo había hecho un sinfín de veces ya. Y, a pesar de que Silas se lo tomó con filosofía, Owen parecía cabreado de cojones mientras regresaban hacia las camionetas.

Aunque yo no dejé de mirarla.

Seguí a Rhodes con la vista y observé cómo aparcaba delante de la caseta de invitados. Cómo salía del todoterreno y ayudaba al perro a abandonar el asiento trasero. Hasta el maldito chucho la miraba con idolatría.

No había persona en el mundo que se cruzara con Rhodes y no pareciera fascinado con ella. Lo cual no hacía sino cabrearme cada vez más porque yo también me había convertido en uno más del montón.

Apreté los dientes, pero no aparté la mirada.

Rhodes disminuyó la marcha al llegar a la puerta principal y no cogió las llaves ni nada parecido. Simplemente se quedó con la vista puesta en el suelo.

Levanté la mano y froté el cristal con la palma. Casi no pude quitar nada de hollín.

Rhodes se agachó y recogió algo. Cierta incomodidad, ese sexto sentido que tenía, se adueñó de mí. Eché a andar hacia la puerta lateral de la casa antes de que tuviera razones incluso para hacerlo.

En cuanto salí, me quité la mascarilla N-95 que me había puesto para protegerme los pulmones de cualquier toxina que pudiese quedar aún del incendio y mantuve la vista clavada en Rhodes. Se le agitaron los hombros, pero eran unos movimientos superficiales.

Estaba respirando entrecortadamente con el pecho en lugar de hacerlo con el diafragma. Empalideció y tembló muy sutilmente.

«Mierda».

Aceleré el ritmo. No sabía qué le estaba pasando, pero no era nada bueno.

Llegué al porche de la entrada en el mismo instante en que a ella le cedían las rodillas. Me lancé hacia delante para cogerla antes de que su cuerpo impactase contra los tablones de madera.

Pero fue como si Rhodes no se hubiese ni dado cuenta. Tenía la respiración tan acelerada que era evidente que no le estaba llegando todo el oxígeno que necesitaba. Como no empezara a respirar más lentamente, acabaría desmayándose.

Fui sentándome despacio en el porche, apoyándome en la barandilla, sin soltar a Rhodes en ningún momento. El perro no paraba de mirarnos. Pensé que se pondría a gruñir o que se me echaría encima, pero, en lugar de eso, soltó un agudo sonido. Sabía que algo no iba bien.

—Rhodes —la llamé con la voz áspera.

Sonó a orden y esperaba que así pudiera controlar el pánico que sentía ella.

Giró la cara hacia mí, pero tenía los ojos vidriosos y la mirada perdida. Sabía que, en el fondo, no me estaba viendo.

Le coloqué una mano en la mejilla. Tenía la piel increíblemente suave, justo al contrario que mis ásperas y callosas palmas.

—Mírame —le ordené.

Rhodes pestañeó sin acabar de centrar la vista, pero vi que estaba intentando salir de aquel trance. Intentando luchar.

—Tienes que calmar la respiración —le dije.

Pero su respiración siguió exactamente igual. O peor, incluso.

Solté una sarta de maldiciones. Como no la ralentizara, perdería el conocimiento sí o sí. Le hundí los dedos en el pelo y tiré con delicadeza. Así tendría otra sensación en la que centrarse, otra que no fuera el pánico.

Rhodes volvió a pestañear y fue moviendo la mirada mientras asimilaba ese tirón de pelo.

—Muy bien —la animé—. ¿Lo notas? Señal de que estás aquí. Siente la madera que tienes debajo. Percibe mi presencia.

Rhodes se movió como si empezara a notar cosas a su alrededor de las que no tenía referencia hasta ahora.

Seguí tirándole sutilmente del pelo y soltándoselo de forma reiterada.

—Ya lo tienes. Quiero que me sigas. Respira en cuatro. —Le di uno, dos, tres, cuatro apretones en el brazo—. Aguanta la respiración siete segundos. —Conté hasta siete de la misma manera —. Y ahora exhala en ocho. Poco a poco. No sueltes todo el aire a la vez. —Volví a llevar la cuenta por ella con la mano.

Rhodes no aguantó los ocho segundos, pero al menos se le ralentizó un poco la respiración. Volví a empezar desde cero y la hice respirar de la misma forma cuatro veces más hasta que al final tuvo la vista puesta en mí.

Pestañeó unas cuantas veces y finalmente me vio.

—¿Anson?—Estaba confundida y parecía que no supiera cómo había acabado así ni qué había ocurrido.

Le aparté la mano del pelo y enseguida eché en falta la sensación de sus sedosos mechones.

—Tenemos que dejar de coincidir así, insensata.

—Me... ¿Qué ha pasado? —quiso saber mientras el perro le lamía la mano.

—Eso dímelo tú. Te he visto a través de la ventana. Has recogido algo y te ha dado un ataque de pánico.

Rhodes levantó la vista hacia mí.

—¿Cómo sabes que ha sido un ataque de pánico?—preguntó.

Casi se me escapa la verdadera razón, pero me di cuenta justo a tiempo y me limité a emitir un sonido gutural y a responder:

—Sé detectar las señales.

Me miró con la frente arrugada, como si supiera que había algo más.

—¿Qué era lo que has recogido? —insistí, alejándola de mí y acercándola, al mismo tiempo, con el fin de que me diera la información que necesitaba.

Al oír eso, Rhodes giró la cabeza, se apartó de mí con un empujón y miró a nuestro alrededor. Detuvo la mirada a varios centímetros de nosotros. Se agachó y cogió algo.

—Pensaba que igual habían sido imaginaciones mías...

Bajé la vista hacia el papel. No, era una foto. Tenía los laterales encorvados y la imagen estaba arrugada. También había algunos puntos manchados de hollín. Aun así, todavía pude distinguir las personas que aparecían en ella.

La mujer me resultaba un tanto familiar. Lucía una melena oscura y alocada y su tez era morena. Pero me quedé helado al ver sus ojos. Se parecían tanto a esos que llevaban una semana adueñándose de todos mis pensamientos... Eran de color verde musgo con unas motas de dorado fuego.

Me apresuré a observar el resto de la foto hasta que di con una niña. En la instantánea, no debería de tener más de doce años, pero seguía pareciendo igual de desenfrenada y de insensata. Eran unas cualidades tan fuertes que hacían que Rhodes fuese muchísimo más real que cualquier persona a quien yo hubiera conocido jamás.

—Es mi familia —susurró.

Se me encogió el estómago. Sabía que Rhodes había acabado con los Colson porque la habían acogido, pero desconocía los motivos. Cuando alguien terminaba en una casa de acogida, no solía ser por nada bueno, pero nunca me permití pensar en por qué Rhodes había acabado con ellos. Porque directamente había preferido no pensar en Rhodes.

Cada vez que pensaba en algo relacionado con ella, acababa teniendo que pagar un precio demasiado alto a nivel mental. De modo que hice todo cuanto pude por no abrirme con ella. Tenía que obligarme a que no me importara. En absoluto.

Me había alejado de ella. No había querido ver su dolor. Y eso me había convertido en un cabrón de manual. Pero ahora ya no podía ignorarlo. Y menos al contemplar a Rhodes mirando aquella foto distorsionada con sus ojos color miel llenos de agonía.

—¿Qué les ocurrió?

La pregunta se me escapó antes de que pudiese reprimirla. Ahora que la observaba de verdad, me invadió una desesperada necesidad por saber más. Por entender todas las piezas del rompecabezas que convertían a Rhodes en la mujer que tenía frente a mí.

Sus cautivadores ojos color miel centellearon sorprendidos.

—¿Shep no te ha contado nada? —me preguntó.

Otra pizca de incomodidad se me coló en las venas.

—No.

Rhodes tragó saliva con fuerza y desvió la vista hacia la casa victoriana.

—Esta era mi casa. —Paseó los ojos por la estructura como si estuviese rellenando de memoria las partes quemadas—. Hasta que dejó de serlo. —Se mordió el labio inferior y a mí me costó un mundo no liberarle la carne de entre los dientes—. No sobrevivieron al incendio.

«Hostia puta».

No, necesitaba una expresión muchísimo más fuerte que «hostia puta». Pero no tenía claro que existiera.

Todo cambió. Fue como una de esas rebuscadas imágenes que se aprecian en algunos cuadros: crees que lo has entendido, pero entonces te cambia la visión y lo ves todo con una claridad apabullante.

Por qué pidió que rehabilitáramos el lugar en lugar de echarlo abajo y reconstruirlo desde cero. Por qué Rhodes tenía esa necesidad de entrar en la casa cuando no hubiese nadie a su

alrededor. Por qué Shep iba con pies de plomo con ella y siempre se aseguraba de que estuviese bien. Al estar aquí, Rhodes se estaba enfrentando a sus miedos.

Me dio un vuelco el estómago.

—¿Dónde estabas cuando se incendió la casa?

No la compadecí ni le dije que lo sentía. Porque no serviría de nada. No la reconfortaría. No haría que se sintiera mejor. Nada podía lograr algo así. Y menos cuando nos enfrentamos a una pérdida de ese calibre.

—En mi cuarto —contestó Rhodes sin apartar la vista de la casa.

Otra retahíla de tacos empezó a bailotear por mi mente.

—Conseguiste escapar —señalé.

No tenía ni idea de por qué lo había dicho: claro que había escapado; de lo contrario, ahora no estaría aquí. Sin embargo, aquellas palabras encontraron la forma de convencerme de ello.

Asintió de forma superficial.

—Intenté bajar por una tubería que había en mi balcón. Lo estaba consiguiendo hasta que el fuego hizo estallar una ventana y yo también salí volando.

Me quedé paralizado de los pies a la cabeza. La única parte del cuerpo que reaccionó fueron mis ojos y examiné a Rhodes en busca del indicio de alguna herida. Y entonces la vi. Una cicatriz muy pero que muy sutil que le sobresalía por debajo de los *shorts* y que le llegaba a medio muslo. Esos *shorts* que llevaban provocándome toda la semana. Me había centrado tanto en intentar ignorar las tonificadas piernas de Rhodes que no me fijé en algo que, en otra ocasión, jamás me habría pasado por alto.

Había tenido indicios de su agonía por todas partes y yo no me había dado cuenta porque me había absorbido mi propia mierda. Ya no tenía esa zona del muslo roja: ahora era un caleidoscopio de tez

morena y pálida; parecía que le hubiesen decorado la piel a pinceladas.

—No intento esconderlas —soltó Rhodes con frialdad.

De inmediato, aparté la vista de su pierna y la miré a los ojos. Los míos se habían quedado prendados de los suyos, color miel; justo lo que yo había intentado evitar. Pero no retiré la mirada.

—Bien.

Hasta yo me sorprendí de lo áspera que me había sonado la voz. Parecía que me acabase de fumar del tirón medio paquete de tabaco y después me hubiese tomado un trago de whisky.

A Rhodes le centelleó la mirada, pasmada.

—No deberías esconder nada, insensata. Y mucho menos algo que demuestra lo fuerte que eres.

Se me quedó mirando largo y tendido. Hubo algo entre nosotros. Una especie de acuerdo silencioso. Al final, Rhodes se levantó. La seguí y alargué el brazo para sujetarla por si trastabillaba.

—Estoy bien —afirmó.

No le contesté que era mentira, aunque lo fuera. Bajé la vista hacia la foto y la interrogué:

—¿Quién te la ha dejado?

Rhodes arrugó la frente.

—¿A qué te refieres?

Moví un poco la mandíbula antes de responder:

—Supongo que no la habrás dejado tú ahí para encontrarla tú misma. O sea que alguien habrá tenido que dejártela.

Volvió a desviar la vista hacia la casa y reflexionó:

—Habrá sido algún trabajador. La mayoría de ellos crecieron aquí y saben lo que sucedió. Deben de haber pensado que me gustaría tenerla, pero no habrán querido dármela en persona. Tampoco es

que sean muy empáticos con las emociones. Les tienen un miedo atroz a las lágrimas.

Rhodes estaba intentando sonar distendida, pero a mí había algo que no me cuadraba. La zona del edificio que estábamos reparando ahora estaba íntegramente chamuscada. Absolutamente todas las fotos se habían convertido en ceniza. De modo que alguien había tenido que estar husmeando por aquí antes de que nos pusiéramos manos a la obra. Después de que empezáramos a trabajar a las nueve, yo no había visto ni a un alma en la caseta de invitados. Aunque habíamos estado tan ocupados que a lo mejor me había pasado desapercibido.

Rhodes me miró con los ojos entornados.

—¿Qué?

—Nada. Tú métete en casa y cena. ¿Crees que puedes aguantar de pie el tiempo suficiente para hacer todo eso?

En lugar de enfadarse conmigo, Rhodes simplemente sonrió. Y lo hizo con una sonrisa exageradamente amplia, dadas las circunstancias.

—¿Qué haces?

—Me tienes aprecio.

Se me tensó el cuerpo entero.

—¿Qué dices?

Rhodes sonrió con más brío todavía y ese brillo dorado que le bailaba en los ojos no hizo sino que iluminarla todavía más.

—La verdad.

—Pero ¿qué tienes, cinco años? —espeté.

Rio y aquel sonido se me clavó en algún punto cercano al corazón, calándome hondo y esparciéndose por todo mi cuerpo. Fue como el hormigueo que notas cuando se te queda una parte del cuerpo dormida y al final recuperas la sensación. Lo odiaba, joder.

—Anson —su lengua envolvió mi nombre cual lánguida caricia—, si me odiases, me habrías dejado sola en pleno ataque de pánico. Te habría dado igual que estuviese pasándolo mal. Pero no lo has hecho. Me has ayudado. Quieres que los demás te vean como un capullo, pero en el fondo no lo eres.

El hormigueo en cuestión se intensificó hasta volverse prácticamente doloroso.

—No me conoces —grazné.

Algo le atravesó la expresión a Rhodes.

—No, pero me gustaría —confesó—. Porque creo que serías un buen amigo.

«Amigo».

Me entraron unas ganas inmensas de reírme. Yo no podía ser el «amigo» de Rhodes. Por muchas razones. Un «amigo» no pensaba en empotrarla contra la pared y follársela sin más, que incluso le costase respirar. Un «amigo» no se imaginaba agarrándole el pelo mientras le introducía el miembro en la boca. Un «amigo» no se imaginaba cómo sería tenerla abierta de piernas entre sus sábanas mientras se lo comía hasta hacerla gritar.

—¿Anson? —dijo Rhodes, fulminando mi espiral de pensamientos.

—Entra, insensata.

La voz volvió a sonarme áspera, pero ahora no fue acompañada de dolor. Sino de necesidad.

Arrugó la frente.

—¿Estás...?

—Dentro —le ordené sin dureza porque fui incapaz de seguir alejándola de esa forma. Y menos ahora que sabía por lo que había pasado.

Rhodes, que parecía que supiese que yo había llegado al límite, asintió y tiró del perro hacia la puerta. Sin embargo, mientras metía

la llave en el cerrojo, se giró.

—Gracias, Anson.

Oírla pronunciar mi nombre fue la tortura más bonita del mundo.

No respondí. No confiaba en lo que fuera a salirme de la boca.

Finalmente, Rhodes se dio la vuelta de nuevo, abrió la puerta y entró con su fiel compañero. Yo me quedé ahí fuera un momento, incapaz de moverme. Oír un fuerte ladrido procedente del interior por fin me hizo reaccionar. Lo último que necesitaba era quedarme aquí plantado y que Rhodes decidiera volver a salir.

Me marché decidido del porche y fui hacia el camino de la entrada. Me saqué las llaves de un bolsillo y el móvil del otro. Mientras abría la camioneta, le di a unos cuantos iconos de la pantalla del teléfono. Entré en mi lista de favoritos. Era bochornosamente corta. Shep estaba en el primer puesto porque era con quien más hablaba. A él le seguía mi amigo, Lawson, que se había negado a dejarme desaparecer de su vida: me hizo chantaje para que estuviéramos en contacto un par de veces al mes diciéndome que, como no aceptara, vendría a Sparrow Falls en persona para comprobar cómo seguía. Y, finalmente, un contacto de la oficina. Hacía más de un año que no lo utilizaba.

Le di al nombre de Shep. Respondió al segundo tono.

—¿Qué pasa?

—Por Dios... —musité.

—Tú no llamas a no ser que algo vaya mal —objetó Shep—. Eso, a no ser que, de repente, hayas desarrollado cierta afición por las charlas sin fundamento.

—Vete a cagar —murmuré.

—El que me ha llamado has sido tú —replicó.

Cierto. Me disloqué un poco la mandíbula y le pregunté:

—¿Por qué no me habías contado que la casa pertenecía a la familia de Rhodes?

Shep guardó silencio un minuto.

—Tampoco es que lo ocultara. Simplemente pensé que no te interesaría saberlo.

Equivocado no iba. Tampoco es que yo me hubiese mostrado muy entusiasmado por enterarme de penurias ajenas. Había estado demasiado perdido en las mías. No podía soportar más dolor. Dios, ya iba siendo hora que dejara de mirarme al maldito ombligo.

—Sí, pues igual me habría ahorrado meterme donde no me llaman.

—¿Qué has hecho? —quiso saber Shep.

—Yo no he hecho nada. Pero alguien ha dejado una foto de Rhodes con su familia en el porche de la caseta de invitados. Y le ha dado un ataque de pánico.

—Mierda... —musitó Shep—. ¿Dónde está ahora? ¿Se encuentra bien? Ya vengo.

—Respira —le ordené.

—Acabas de decirme que le ha dado un ataque de pánico a mi hermana —gruñó.

—Está bien —lo tranquilicé. Aunque no fuera el caso (al menos, no del todo), sabía que Rhodes estaría bien. Era demasiado valiente como para no estarlo—. La he guiado para que hiciera unos cuantos ejercicios de respiración y lo ha superado. —Me ahorré contarle que la había cogido en brazos. Que la había abrazado. A pesar de que tenía ese recuerdo grabado a fuego en el cerebro.

Oí un motor que arrancaba al otro lado de la línea.

—Gracias, tío. Ya sé que...

—Te importa. No iba a dejarla ahí sola.

Aunque no era del todo cierto. No había echado a correr hacia la caseta solo porque sentía que se lo debiera a Shep. Había salido escopeteado porque no podía ni imaginarme a Rhodes sufriendo o en peligro. Lo cual significaba que estaba jodido.

Me apresuré a cambiar el rumbo de la conversación.

—Tienes que hablar con el personal. Se acabaron los regalos sorpresa.

—Lo haré —confirmó Shep—. Estoy seguro de que pensaban que estaban haciendo lo correcto, pero... Rho no se encuentra preparada para esto, joder.

Un millón de preguntas me asaltaron la mente. Mi cerebro de perfilador quería que recopilásemos toda la información de aquella historia, pero yo no tenía derecho a obtener gran parte de los datos. Solo podía conseguir la información necesaria a base de juego limpio.

—Fue un fallo eléctrico, ¿no?

—Sí... —contestó Shep, y oí de fondo el intermitente de su coche —. Un bombero encontró cables desgastados mientras lo limpiaban todo. Una lámpara antigua que nunca deberían haber enchufado.

Apreté la mandíbula y se tensaron los músculos de alrededor. Una maldita lámpara. Una pieza de decoración que alguien había comprado porque pensaba que le aportaría más carácter al lugar. Algo que jamás habrían hecho si hubiesen sabido de lo que era capaz.

Carraspeé.

—Me ha explicado que se hizo daño en el incendio.

Shep volvió a guardar silencio. No sabía si era porque se había quedado sorprendido o porque se estaba tomando un tiempo para elegir cuidadosamente las palabras.

—Se pasó un mes en el hospital. Trasplantes cutáneos, rehabilitación..., cosas de esas. Nunca dejó de luchar a pesar del dolor. Es la persona más fuerte que conozco.

Sentí que un puño invisible me estrujaba y me retorcía el corazón.

—¿Cuántos años tenía? —quise saber.

—Trece, recién cumplidos.

Qué joven, hostia. Demasiado joven para tener que hacerle frente a una pérdida y a un trauma de ese tipo. Pero yo sabía mejor que muchos que, con el dolor, el universo no se andaba con chiquitas. Podía soltarte una buena bofetada sin que lo esperases. Y llevarse a quienes menos se lo merecían con su ira.

Capítulo doce
Rhodes



Un cuerpo peludo y cálido se me pegó a la pierna mientras yo estaba sentada en un taburete del mostrador de Brotes y Bayas y con la espalda encorvada. Bajé la vista y me lo encontré suplicándome con los ojos.

—Galleta —lo advertí—, los bocadillos de huevo son para los humanos.

Soltó un breve aunque fuerte ladrido.

Lo miré con los ojos entornados y lo reñí:

—Las cosas no se piden así.

Galleta sentó el culo en el suelo y dejó que le cayera la lengua por la boca abierta.

—De este modo mucho mejor. —Arranqué un trozo de beicon que sobresalía de mi desayuno—. Al suelo.

Galleta apoyó inmediatamente la tripa en el cemento.

Solté el pedazo de beicon y el animal lo pilló sin problema.

—Vas a malcriar al perro —me advirtió una voz grave.

Al oír ese sonido, Galleta se levantó en el acto y empezó a gruñir y a ladrar. Puso las patas en el mostrador para intentar saber quién había al otro lado.

Trace simplemente arqueó una ceja. La estrella de *sheriff* le centelleó mientras él se giraba para ver mejor.

—Al menos ahora tienes un sistema de alerta temprana. ¿Te has planteado quedártelo?

—Lo tengo en acogida. Debo entrenarlo hasta que esté listo para irse con una familia definitivamente.

Trace se apoyó en el mostrador sin apartar los ojos de Galleta, que por fin había dejado de gruñir pero seguía sin alejarse.

—¿Y tú no quieres convertirte en su familia permanente?

Noté cierta incomodidad en mi interior, pero hice todo cuanto pude para que no se me notara. Bastante observador era ya Trace.

—Me gusta ayudarlos en el proceso. Si tuviera una mascota en casa, a lo mejor no se llevarían bien con los animales de acogida. Y eso podría dar lugar a un montón de problemas.

—Hummm —masculló Trace.

—Bueno —solté mientras pensaba en algo, lo que fuera, para quitarme el analítico escrutinio de Trace de encima—. ¿Has hablado con Arden últimamente?

Era la peor hermana del mundo. Recurrir a hablar de Arden era un golpe bastante bajo, pero todo el mundo se preocupaba constantemente por ella. A lo mejor era porque era la más pequeña o tal vez por lo que le había pasado.

Trace entró en tensión.

—¿Ha ocurrido algo? ¿La está molestando algui...?

Me apresuré a negar con la cabeza.

—No, no —lo corté—. Nada de eso. —«Mierda». Debería de haber sabido que al más protector de nuestros hermanos le saltarían todas

las alarmas—. Es solo que yo hace tiempo que no la veo. Tendría que pasarme por ahí. Igual le llevo una planta.

Trace se relajó, y la tensión le desapareció de los hombros.

—Ya sabes que, como no vayas tú allí, no la vas a ver.

Eso igual era exagerar un poco, pero era cierto que Arden a duras penas salía de la casa de huéspedes que había en la gigantesca propiedad de Cope. Hacía como de guardiana del lugar mientras él estaba en Seattle jugando a hockey, pero era más bien una tapadera. Una forma de darle un lugar donde pudiese estar a salvo y en silencio para crear.

Aunque sí que venía a algunas cenas familiares o iba al pueblo a por material. Poco más.

—He fallado un poco en eso de hacer de hermana... —musité.

Trace alargó el brazo y me dio un apretón en el hombro.

—Para nada. Pero en lo que sí estás fallando es en contarnos lo que te ocurre.

Ahora, quien entró en tensión fui yo.

Trace me miró fijamente, con segundas, y anunció:

—Has tenido un ataque de pánico.

Suspiré. ¿Quién iba a pensar que Anson, un hombre al que le costaba pronunciar dos frases seguidas, sería tan bocazas? Aunque tampoco sabía si se lo había contado él. Anson podía habérselo explicado a Shep, y este informar a quienquiera que él creyese que *tenía* que saberlo.

—Como puedes comprobar, estoy bien. Me pilló por sorpresa, ya está. Pero tengo que ir acostumbrándome a ver fotos y recuerdos. De aquí a nada ya podré volver a entrar en la casa y revisarlo todo.

La preocupación inundó el rostro de Trace.

—No tienes por qué hacer todo esto, Rho.

Cruzamos nuestras miradas y me obligué a no apartar la mía.

—Ya lo sé. Pero quiero hacerlo. Los echo de menos —respondí.

Que me adoptaran los Colson fue precioso. Había niños de acogida a quienes no les gustaba pensar que formarían parte de una nueva familia, pero yo agradecí estar rodeada de su cariño y amor. A pesar de que nunca llamé «mamá» a Nora, sabía que, en todo lo relevante, siempre ejercería de esa figura para mí. No me costó hacerme a la idea de que Cope, Shep, Trace y Arden eran mis hermanos, e incluso Kye, que vino a vivir con nosotros más tarde. Además, a Fallon siempre la había visto ya como a una hermana.

Sin embargo, eso no significaba que no echase de menos a mi familia. La aflicción de su ausencia me acompañaba a diario. Habíamos compartido cosas que nunca viviría con nadie más.

La compasión se adueñó del rostro de Trace.

—Es normal. Pero no querrían que te pusieras a ti misma en situaciones que pueden ir en detrimento de tu salud mental.

Me agarré al borde del mostrador y dejé que se me clavara en las palmas de las manos.

—Quiero recordarlos —confesé.

Los había mantenido encerrados en un cajón durante muchísimo tiempo porque no quería tener que enfrentarme a la realidad de que se habían marchado para siempre. Pero ahora ya estaba lista. No quería seguir fingiendo que nunca habían existido.

Bastante culpable me sentía ya por eso. Sin embargo, sabía que no les gustaría verme así. Querrían que fuese a mi ritmo. De pequeña, cuando me sentía abrumada, papá se ponía en cuclillas para mirarme a los ojos y me decía: «Una llega hasta donde llega».

Trace suspiró.

—Vale. Pero no quiero que lo hagas sola. Y tampoco que la gente te vaya dejando fotos en el maldito porche. Es como un ataque furtivo. Shep hablará con el personal.

Gruñí.

—No hace falta que diga na-da. Ya soy mayorcita. Puedo ocuparme yo.

—Puede, pero también formas parte de una familia que se preocupa por ti. No estás sola.

Saberlo hacía que la aflicción que sentía fuese la más bonita del mundo. Ser consciente de que me había tocado este increíble y variopinto grupo de personas porque había perdido a mi familia. Tomé una profunda bocanada de aire y dejé que el aroma de las flores del invernadero me inundase los sentidos. Era una forma de enraizarme y recordarme que debía estar agradecida de estar aquí ahora mismo.

—Gracias, T. —le dije con un hilo de voz.

—Para eso estamos. —Volvió a analizarme otra vez con una de sus características miradas—. Si vuelven a dejarte cualquier otra mierda en la puerta, me avisas.

—Sí, sí... —musité.

—Hablo en serio, Rho. No quiero que haya nadie husmeando por ahí.

Al pensar en eso, sentí un escalofrío, pero enseguida me deshice de aquella sensación.

—Debe de haber sido algún trabajador que intentaba ser amable.

Trace gruñó.

—Da igual. Infórmame de todos modos.

—Vale —le prometí—. Te lo diré.

—Gracias. —Trace dio un par de golpes en el mostrador—. Luego, hablamos. Tú no te alejes del perro.

Puse los ojos en blanco, pero me despedí de él con la mano. Me agaché y rasqué a Galleta entre las orejas.

—Es un poquito sobreprotector, ¿a que sí?

Oí unos pasos, levanté la vista y descubrí que Duncan se estaba acercando.

—He visto que Trace ha venido vestido con el uniforme. ¿Todo bien? —se interesó con la frente ligeramente arrugada.

—Perfectamente. Solo venía a hacer de hermano mayor y a comprobar cómo estaba.

Duncan no parecía convencido.

—Pues no suele hacerlo cuando está de turno. ¿Estás segura de que va todo bien?

Me entraron unas ganas apremiantes de gritar, pero me contuve.

—Solo se están preocupando un poquito más ahora que he vuelto a vivir en la casa victoriana. —No era capaz de llamarle «mi casa». Todavía no.

—Rho. —Duncan adoptó una expresión totalmente compasiva. Alargó el brazo hacia el otro lado del mostrador y me agarró la mano. Aquel gesto me dejó tan perpleja que tuve que contener las ganas de apartarla de golpe. Duncan y yo nos llevábamos bien, pero no compartíamos muestras físicas de afecto. Nos abrazábamos una vez cada mil años y punto. Me apretó la mano—. Tal vez sea demasiado. Quizá deberías quedarte en la casita del pueblo.

Me zafé de su agarre y escondí la mano bajo el mostrador.

—Ya hay otro inquilino.

—Puedes quedarte en un montón de sitios más. Ya sabes que eres bienvenida a mi caseta de invitados siempre que lo desees. Y puedes quedarte el tiempo que haga falta.

Duncan fue muy amable con esa oferta, pero, por alguna razón, me molestó.

—Estoy bien donde estoy. Es donde quiero estar.

A pesar de que abrió la boca, volvió a cerrarla enseguida y suspiró.

—De acuerdo. Pero que sepas que mi oferta no tiene fecha de caducidad.

—Gracias —contesté con la voz tensa.

Duncan pasó el peso de un pie al otro.

—Tu amiga ha venido antes, mientras estabas en la pausa.

Mi cara fue todo un poema.

—¿Mi amiga?

—Thea.

Al oír su nombre, me animé.

—¿La has entrevistado? ¿Qué te parece? Es muy simpática y sabe un montón de plantas.

Duncan rio.

—Le he ofrecido el trabajo y ha aceptado.

—¡Qué maravilla! Muchísimas gracias. Será un fichaje buenísimo.

Duncan se frotó la mejilla con la mano.

—Sabe más que mucha de la gente que tenemos ahora en plantilla. —Guardó silencio un momento y preguntó—: ¿Tú sabes por qué quiere que le pague en efectivo?

Negué con la cabeza.

—Ni idea.

—Qué raro... Me dijo que informara a los del Servicio de Impuestos Internos e incluso me dio su número de seguridad social y todo; lo único que me pidió fue que no dejase nada digitalizado.

Fruncí el ceño.

—Algo me comentó sobre que no le gustaba demasiado la tecnología. No tiene ni móvil ni correo electrónico.

Duncan silbó con discreción.

—No me imagino sin móvil —señaló.

Ahora, quien rio fui yo.

—Dirás que no te imaginas sin poder jugar al *Candy Crush* en los descansos.

Se sonrojó.

—Pues sí. Por cierto, yo ya casi he terminado.

—¡Que vaya bien! —le dije mientras salía por la puerta.

Me terminé el bocadillo rápidamente y cedí en un par de ocasiones ante los ojitos de súplica que me puso Galleta.

—No tengo remedio... —musité mientras bajaba del taburete.

Galleta se relamió la boca por toda repuesta.

Me paseé por los pasillos de plantas y fui fijándome en cómo estaban todas. Presté especial atención a las siembras porque podían crecer en la dirección equivocada fácilmente (y deprisa), pero estaban perfectas. Juraría que habían crecido un par de centímetros y medio desde ayer.

—Eh, Rho! —me saludó una voz de hombre.

Me erguí y me giré hacia dicha persona. La misma piel morena, ojos color miel y amable sonrisa de siempre. Aquella sonrisa que constantemente me recordaría a una época más simple, cuando pensé que un beso era la respuesta a todos mis sueños y esperanzas.

—Hola, Felix. ¿Cómo va todo?

Ensanchó la sonrisa.

—Bien. He venido a por unas cuantas cosas para mi madre. Se ha empeñado en que este año quiere pasarle la mano por la cara con las macetas a la vecina, la señora Cathy.

No pude evitar reír.

—Bueno, teniendo en cuenta todo lo que he sacado antes para ella, no debería de tener problema alguno. Está ya en la zona de carga y descarga, pero puedo cobrarte aquí.

—Genial, gracias.

Lo guie hacia el mostrador. Al oír que nos acercábamos, Galleta se levantó. Nada más ver a Felix, gruñó por lo bajo.

—Calma, Galleta. Es un amigo.

Felix miró al animal.

—¿Nuevo perro de acogida?

Asentí mientras buscaba la factura de la señora Hernández.

—Los hombres no le caen demasiado bien, pero estamos trabajando en ello.

—Lo conseguirás —me aseguró Felix.

Saqué un papel del archivador.

—Eso espero. Serán seiscientos treinta y seis dólares con trece centavos.

—Por el amor de Dios... —musitó—. Vaya si se ha empeñado.

Contuve la risa.

—Espero que hayas venido con la camioneta —le dije.

Felix me pasó la tarjeta de crédito y manifestó:

—Creo que por eso me ha pedido que le hiciese este «recadito de nada» a mí.

—Siempre ha sido muy lista.

Noté que Felix me miraba mientras yo marcaba el total en el datáfono sin levantar la vista.

Se movió un poco y las botas le chirriaron contra el suelo de cemento.

—He oído que has vuelto a casa de tus padres.

—Es un pueblo pequeño —murmuré—. No existen los secretos.

Felix rio y aquel sonido me resultó cálido y agradable.

—Me alegro por ti —me dijo—. Sé que tiene que ser una mezcla de emociones, pero creo que está bien que por fin puedas volver a casa.

Levanté la vista y lo miré a los ojos.

—Gracias.

Estaba bastante convencida de que Felix era la primera persona en decirme que se alegraba por mí. Y, Dios: me di cuenta de que lo necesitaba mucho más de lo que pensaba.

Le devolví la tarjeta de crédito y, al aceptarla, añadió:

—Si necesitas que te eche un cable con lo que haga falta, tú solo dímelo.

—Lo haré.

Vi cómo salía del invernadero y sus palabras se quedaron danzando en mi mente:

«Está bien que por fin puedas volver a casa».

Sí que estaba bien. Solo tenía que superar lo más duro para llegar a sentirme bien. Ataques de pánico y demás.

Capítulo trece
Anson



—¿Seguro que tenemos que echar este pladur abajo? —preguntó Owen alzando la voz para que lo oyera a pesar de llevar la mascarilla puesta.

Asentí una única vez.

—Debe desaparecer todo —dije.

—Joder, tío —se quejó—. Mañana tardaremos todo el día. El fuego no le hizo absolutamente nada.

El cabreo se adueñó de mí. Con Owen siempre pasaba lo mismo: quería terminar pronto y pensaba que sabía más que el resto. Yo ni de coña querría tenerlo trabajando en mi casa sin supervisión.

Pillé mi pata de cabra y la coloqué entre la junturas del pladur. Ejercí presión un par de veces, solté el tablero y lo eché a un lado para dejar la estructura a la vista. Estaba cubierta de hollín y Dios sabe de qué más a causa del incendio. Dejar algo así podría derivar en graves problemas de salud para los inquilinos de la vivienda. Por

no hablar de que teníamos que asegurarnos de que la estructura no hubiese sufrido ningún daño.

Silas silbó discretamente mientras se agachaba para examinar dicha estructura.

—No me creo que el humo llegase hasta el otro lado de la casa...

—Solo es humo —gruñó Owen.

—Si no se limpia bien, el humo puede poner en riesgo la salud de las personas —espeté.

—Ya ves tú... Son las cinco. Yo me piro —soltó.

Owen se dirigió hacia la puerta sin pedir permiso siquiera.

Parte del problema que suponía que la empresa de Shep estuviese aceptando tantos encargos era eso: que él no siempre estaba aquí y Owen no seguía las reglas a no ser que Shep lo obligara.

Silas se levantó y me comentó:

—No te preocupes por él. Solo tiene una resaca del copón; nada más.

Me importaba un bledo lo que le pasase. Lo que sí me importaba era que Owen hiciese su trabajo.

—Mañana quiero que te pongas con el tratamiento. El pladur, que lo eche Owen abajo.

Silas enarcó las cejas.

—Se va a cabrear.

—Me la pela —solté—. Me ha demostrado una y otra vez que no puedo confiar en él.

Silas suspiró.

—Cierto... ¿Necesitas algo más antes de que me marche?

Negué con la cabeza.

—Nos vemos mañana.

—Claro, tío.

Cruzó la puerta mientras se despedía con la mano con poco entusiasmo.

Tras revisarlo todo otra vez, salí por la puerta trasera, la cerré con llave y me quité la mascarilla. Ahora que todo el pueblo se había enterado de que estábamos arreglando la casa, nos arriesgábamos a que viniese más gente a cotillear. Cerrar con llave estaba bien, pero tal vez debería hablar con Shep y sugerirle que instalara algunas cámaras.

El viento suave me trajo una risa ligera y alegre. Era un sonido tan puro que escucharlo era casi doloroso. Aun así, no pude evitar buscar de dónde procedía.

Rhodes estaba sentada con sus tonificadas piernas en el otro lado de un macetero azul mientras su perro, que llevaba algo en la boca, iba corriendo hacia ella y luego se alejaba. Rhodes volvió a echar la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada; el pelo, color caoba, le caía por la espalda y me entraron ganas de hundirle los dedos entre los mechones mientras le besaba los labios y me tragaba esa sonrisa entera.

Fui hacia ella sin pensarlo dos veces, como si Rhodes me tuviese en algún tipo de trance; como si su risa fuese el canto de una sirena.

—¡Galleta! —gritó con los ojos brillantes.

El perro no paraba de bailar a su alrededor y, a medida que me fui acercando, me di cuenta de que tenía una pala en la boca.

Rhodes fue a por él, pero el animal siguió corriendo y escapándose. Aquella actitud solo hizo que se riese más aún.

Y dale con ese maldito sonido. No me lo quitaría nunca de la cabeza.

Al levantarse, reparó en mí.

—Anson.

No dije nada. No pude. No confiaba en las palabras que pudieran salir de mi boca.

Era tan jodidamente preciosa, con su cabello ondulado y su tez morena, que no podía ser bueno. Con aquellas curvas que se le insinuaban bajo los *shorts* y el top. Y con sus ojos de color avellana. Esos ojos de bruja que te hechizaban con sus doradas llamas.

Arrugó la frente.

—¿Todo bien? —preguntó.

Me obligué a dejar de mirarle la cara y me fijé en todo lo que tenía Rhodes a su alrededor: las macetas, las flores. Fruncí el ceño y comenté:

—Todo muy colorido.

Volvió a soltar una carcajada, aunque más fuerte, más desenfrenada. Me sentó como si acabase de atropellarme un tren de carga y casi trastabillo hacia atrás.

Ella me sonrió y fue como si acabase de pegarme otro golpe de forma instantánea.

—Dice el rey anticolor.

Me quedé *in albis*.

—¿El rey anticolor?

Ensanchó su sonrisa mientras señalaba detrás de mí y decía:

—Camioneta negra sin una simple pegativa siquiera.

Claro que no tenía pegatinas en el coche. Esas cosas solo servían para que la gente pudiera intuir cómo eras.

Rhodes dibujó un círculo en el aire y continuó:

—Camiseta gris. —Bajó la mano—. Vaqueros oscuros. Intuyo que tendrán algo de azul, pero casi ni se ve. —Luego, me señaló los zapatos—. Hasta tus botas son negras. ¿Qué te han hecho a ti los colores?

—Recordarme lo que perdí.

Las palabras se me escaparon antes de que pudiera contenerlas. Le eché la culpa a esos ojos de color avellana de los cuales era rehén.

La diversión desapareció del rostro de Rhodes de inmediato. Me preparé para que me bombardeara a preguntas, pero no lo hizo. En lugar de eso, me aguantó la mirada; no se achicó ante el dolor que estaba seguro que podía observar en mi rostro.

—Lo siento. Por lo que hayas perdido.

Había muchísima gente a quien le incomodaba la agonía. No soportaban ver a los demás sufriendo porque les recordaba a lo que tenían en juego en sus vidas. Ellos también podían perderlo todo en un abrir y cerrar de ojos.

Rhodes inhaló sin apartar sus hipnóticos ojos de mí.

—Sé que cuesta que te agobien distintos recuerdos. Es más fácil encerrarlo todo. Pero a veces basta con dar el primer paso.

El dolor se me clavó más hondo en el pecho, donde seguía latiendo el recuerdo de mi hermana. La vitalidad de Greta. Su risa. Le habría encantado Rhodes nada más conocerla.

Esta dio unos golpecitos en el suelo, justo a su lado.

—Igual puedes empezar con un tiesto de flores. —Me sonrió socarrona—. Hasta te dejaré que hagas el más aburrido. El que menos color tenga.

Estudié el tiesto que tenía ella entre las piernas. Era de un fuerte azul añil. No era el más colorido de todos, pero sus abigarrados tonos seguían siendo más de a lo que yo estaba acostumbrado. En mi vida, todo era una cuestión de necesidad y punto. Nada de comodidades o lujos adicionales. A lo mejor formaba parte de mi castigo autoinfligido.

A pesar de que era consciente de todo eso, fui incapaz de rechazar la oferta de Rhodes porque no quería cargarme la

esperanza que le centelleaba en la mirada.

—Quieres que te ayude a plantar flores —señalé.

Volvió a sonreír pletórica. Un golpe de luz, vida y belleza.

—Sí. Para tu porche.

Entré en tensión.

—Es tu maceta. Tus flores.

—¿Sabes lo que es un regalo, Anson?

La fulminé con la mirada.

—Yo no necesito regalos.

Rhodes puso los ojos en blanco.

—Son flores, no un brazalete de diamantes. Tengo tantas que no sé ni qué hacer con ellas.

No respondí. Sencillamente me quedé mirándola, atrapado entre la batalla que estaban librando el riesgo y la recompensa.

—Deja de ser tan gruñón y siéntate. Serán cinco minutos.

La exasperación que le noté en la voz me llevó a obedecer. Me senté en el suelo de hierba desnivelado, pero cometí un error fatídico.

Estaba demasiado cerca de ella.

Tanto que podía percibir cómo se le mezclaba la crema solar con el sutil aroma a los guisantes de olor. Sabía cómo eran esas flores porque solían ser de las favoritas de mi madre. Sin embargo, por más flores que hubiese a nuestro alrededor, ningunas eran guisantes de olor. Lo cual quería decir que la fragancia provenía del perfume de Rhodes o peor: de su crema hidratante. Al imaginármela embadurnándose piernas, brazos y... Me deshice de aquellos pensamientos y me moví, incómodo.

Oí una discreta risa tras de mí y levanté la cabeza de inmediato.

Rhodes estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Cualquiera diría que están a punto de torturarte, no que estés a punto de plantar flores —señaló.

—¿Qué dices? —gruñí.

Rhodes pilló el móvil que tenía al lado, sobre la hierba, sonó un ruido familiar.

—Una foto vale más que mil palabras —afirmó enseñándome la pantalla.

Hice una mueca. Parecía que acabase de tragarme un limón. «Por Dios...». Debía serenarme.

—Ha sido un día largo —argumenté.

—Ajá... —Rhodes no parecía convencida en absoluto—. Igual estas amapolas te alegran un poco. Son de mis favoritas.

Desvié la vista hacia las macetas de plástico que tenía ella al lado y me fijé en la sarta de colores.

—Son rosas.

Rhodes arqueó una ceja, como si estuviese retándome.

—¿No eres lo bastante hombre como para tener un toque rosa en el porche?

Apreté los dientes.

—Va, adelante con ellas y punto pelota.

El perro se me acercó con parsimonia y me dejó la pala al lado, como si estuviese dándome la razón.

—Bien hecho, Galleta —lo animó Rhodes, y le ofreció un premio.

—¿Galleta? —pregunté.

—Son su perdición.

—No deberías darle comida para humanos.

Rhodes miró al perro de reojo.

—¿Lo has oído, Galleta? Dice que no debería darte más beicon.

Juro que el maldito perro lo entendió absolutamente todo. Giró la cabeza de repente y me fulminó con una mirada acusatoria en los

ojos.

—Pónmelo más en contra, no te cortes.

A Rhodes se le escapó una risita. Reía de muchas formas distintas y yo estaba empezando a desarrollar cierta adicción por descubrirlas todas. Cruzamos nuestras miradas y me fijé en que le brillaban sus ojos color avellana.

—Galleta tiene que saber a lo que se enfrenta; es lo justo.

Sacudí la cabeza.

—Tú mejor no le dejes probar lo que es bueno. A ver si se acostumbra...

—Lo bueno, en cantidades moderadas, no le hace daño a nadie.

Si no lo pierdes, no.

Como si se hubiese percatado de cómo me había cambiado el humor, Rhodes volvió a centrarse en las flores.

—Ya te he preparado la maceta con gravilla en el fondo y una tierra rica y de buena calidad. Ahora solo tenemos que hacer hueco para estas pequeñajas.

Cogí la pequeña pala que había dejado Galleta y pregunté:

—¿Cuántos huecos hacen falta?

—Tres —contestó Rhodes.

Fui removiendo la tierra para hacer espacio para las amapolas.

Rhodes se inclinó para comprobar cómo lo estaba haciendo. Más que observarla, la noté. Noté cómo cambiaba el ambiente a nuestro alrededor y el aroma a guisantes de olor se coló por mis fosas nasales.

—Se te da bastante bien —comentó.

—Lo habré hecho en una ocasión o dos.

Cuando mi madre me había insistido. De haber sabido que, al igual que Greta, también la perdería a ella y a papá, lo habría hecho

más a menudo. Mi madre no había fallecido, pero no quería saber nada de mí, así que era más o menos lo mismo.

Rhodes no insistió con más preguntas. Simplemente colocó una de las amapolas en el agujero que había hecho yo. Con cuidado, la apretó bien y la cubrió con algo de tierra sobrante.

—¿No te pones guantes? —le pregunté.

Mi madre solía ponérselos religiosamente porque no quería ensuciarse los dedos.

Rhodes negó con la cabeza.

—Con los guantes no puedo sentir todo lo que tengo que sentir.

Arrugué la frente mientras miraba cómo ella plantaba las otras dos flores.

—¿Y qué tienes que sentir? —me interesé.

Se encogió de hombros y aquel gesto hizo que unos indomables mechones de su pelo le rozaran el rostro.

—La elasticidad de la tierra. Si hay o no resistencia. Si la planta podrá crecer donde la estoy colocando... —Se le dibujó una sutil sonrisa en los labios—. Igual te parece un poco delulu, pero te juro que la tierra me habla. Tiene cierta energía. Y nunca quiero perderme lo que me dice.

Rhodes levantó la cabeza, se apartó el pelo de la cara y se manchó un poco la piel con la tierra.

Sin darme cuenta siquiera, alcé la mano y le pasé el pulgar por la mejilla.

—Es delulu de cojones. Pero te pega.

Nuestras miradas se encontraron y aquellas doradas llamas le centellearon en sus profundidades de color verde musgo. A Rhodes se le entrecortó la respiración y se le agitó el pecho a la vez que separaba los labios.

«Mierda. Mierda. Mierda».

Aparté la mano de golpe, como si me acabase de quemar. Creo que jamás me había levantado tan deprisa; ni siquiera cuando un sospechoso empezó a dispararle a mi equipo de forma inesperada.

—Debo irme.

Esperaba que Rhodes fuese a rechistar o que yo fuera a verle cierto dolor en la mirada; sin embargo, me encontré con algo totalmente distinto. Comprensión. Me sonrió como si nada hubiese pasado y señaló el tiesto con la cabeza.

—No te olvides tus amapolas. Necesitan que les dé siempre el sol. Riégalas una vez por semana, más o menos. Puedes meter un dedo en la tierra para comprobar si está seca.

No perdí el tiempo llevándole la contraria. No confiaba en mi autocontrol. Me agaché, cogí la maceta y me fui directo hacia la furgoneta sin darle las gracias siquiera. Joder, si es que era un cabrón. Aunque eso ya lo sabíamos.

Le di un sorbo a mi cerveza de jengibre y fulminé con la mirada las flores rosas que tenía en el porche. Al verlas ahí me di cuenta de la falta de color que había en el resto de la cabaña. Ya venía amueblada; yo solo tuve que poner las sábanas. Por lo visto, todo lo que había comprado era de tonalidades grises. Incluida la maldita silla de jardín en la que estaba sentado.

Me obligué a apartar la mirada de aquellas acusatorias plantas y volví a centrarme en el crucigrama. Palabra de cuatro letras para describir a una joven criada. ¿En serio? Tampoco había que estrujarse los sesos para llegar a *moza*.

Me moví sentado en la silla y dejé la botella. No paraba de ver la cara de Rho; había pasado por momentos muy oscuros, pero esa chica era todo luz. ¿Qué le permitía a la gente seguir brillando tanto?

Fuera lo que fuese, estaba claro que yo no lo tenía. Aunque eso no hizo sino aumentar mi curiosidad.

Y también hizo que me diera cuenta de por qué los demás la llamaban Rho. Rhodes, por bonito que fuese, era un nombre demasiado formal. Demasiado elegante. Rho era más cercano. Más ella.

Dejé el crucigrama y el boli en el suelo con un gruñido y alargué el brazo para coger el portátil que tenía en la mesita de al lado. Lo abrí y puse la contraseña para acceder a mi red privada virtual. En la oficina teníamos a algunos de los mejores *hackers* del país en nómina y, con los años, yo había aprendido algunas cosillas. Deseaba con todas mis fuerzas haber hecho caso a sus advertencias en su día, pero ahora sí me lo tomaba en serio.

Cada vez que te metías en internet, dejabas una huella. Y ahora yo me aseguraba de que jamás pudiesen seguirme el rastro.

Entré en el buscador y tecleé «incendio, edificio histórico, Sparrow Falls, Oregón». Aparecieron un montón de artículos en pantalla y no tardé nada en dar con uno que encajaba.

La familia Stirling muere en un incendio

Se me activaron las neuronas y esa clase de lectura rápida que adopté como parte de mi formación dio sus frutos. La gente no era consciente de la exhausta investigación que había que llevar a cabo para configurar el perfil de alguien. Había que leer informes sobre escenas de crímenes y expedientes, por no hablar de los informes psicológicos. La cosa no siempre iba de perseguir a los malos por callejones oscuros. De hecho, eso no ocurría casi nunca. Porque el malo solía ser quien menos esperabas.

Unas cuantas frases me llamaron la atención:

La hija de trece años se encuentra en estado crítico.

El fuego empezó a causa de un fallo en el cableado.

Las víctimas murieron por inhalación de humo.

Había sutiles guiños a la suerte que tuvieron de que al menos nadie se quemara vivo. Todo resultaba bastante típico. Los accidentes existían. Pero había algo que no me acababa de encajar. ¿Por qué no había saltado el detector de humos? Al menos, así, los padres habrían tenido tiempo de llamar a alguien.

Aquella especie de alarma se adueñó de mí. Abrí otra ventana en el buscador y tecleé estos términos: «incendio, Sparrow Falls, Oregón».

Aparecieron un sinfín de resultados. Limité la búsqueda a cinco años antes y cinco después del incendio que se llevó a la familia de Rho. Muchos artículos se centraban en un incendio forestal que hubo al año siguiente. Añadí «incendio forestal» a la lista de términos de búsqueda negativos.

«Bingo».

Fijé la vista en los nuevos resultados. Hice clic en un artículo que me llamó la atención.

La serie de catastróficos incendios en el centro del pueblo continúa sin resolverse

Leí el artículo en diagonal rápidamente. Unos cuantos meses antes del suceso en casa de Rho, había habido media docena de incendios que habían durado unas cuantas semanas. Siempre ocurrían por la noche y nunca nadie consiguió dar con el responsable.

Hacía catorce años no era demasiado habitual tener cámaras de seguridad, y menos en lugares tan pequeños como este. Era

imposible que los dueños de tiendas y restaurantes se las hubiesen podido permitir.

Regresé a la página de búsqueda y volví a pasear la vista por los resultados. Me detuve de repente al llegar a otro artículo del periódico local. Al entrar, me dio un vuelco el estómago.

Incendio en el instituto. Posible broma

Leí el artículo tan deprisa como pude y recopilé unos cuantos datos importantes. Comenzó en el vestuario de las chicas mientras había varios equipos entrenando. No tardaron en controlarlo, pero parecía que la causa habían sido unos petardos que alguien había encendido y había tirado en la papelera que había cerca de uno de los bancos.

Las alarmas que me habían asaltado antes ahora empezaron a sonar sin pausa. Aquí había algo que no cuadraba. ¿Y si a los bomberos se les había escapado algo al extinguir el incendio en casa de Rho? ¿Y si no se trató de ningún accidente? ¿Y si alguien prendió fuego a la casa a propósito?

Capítulo catorce
Rhodes



Pillé el saco de tierra del todoterreno Gator de la empresa y lo puse en el montón de artículos rebajados. Me dolían los muslos, los brazos y la espalda a causa del esfuerzo, pero era un dolor agradable; ese que te recuerda de todo lo que es capaz tu cuerpo. Y, para mí, sentir dicho dolor era sinónimo de que estaba viva.

Me perdí en la repetición de la tarea. Fui yendo de un lado para otro, agachándome y volviéndome a levantar. Sin embargo, mientras lo hacía, no paraba de imaginarme un solo rostro. Uno con un pelo rubio oscuro y una gruesa barba desaliñada. Con unos cautivadores ojos azul grisáceos. Y volvía a oír la voz de Anson: «Recordarme lo que perdí».

Sentí una fuerte punzada en el pecho. Entendía bien esa sensación. Te cavaba un hoyo tan hondo que nunca nada podría rellenarlo. Y te quedabas con esa herida abierta que hacía que fueras por el mundo con una sensación de vacío anclada en tu pecho

por siempre jamás. Porque te faltaba una parte fundamental de quién eras.

¿Qué le faltaría a Anson?

Llevaba haciéndome preguntas similares desde el día anterior. Cuando me fui a trabajar por la mañana, había visto la camioneta negra del rey anticolor, pero ni rastro del hombre en cuestión. A veces, pensaba que era medio fantasma. O a lo mejor es que se le daba de perlas evitarme.

Porque habíamos compartido un... momento. Y me dio la sensación de que Anson no se permitía compartir algo así con nadie. Me daba la impresión de que ni siquiera se permitía bajar la guardia cuando estaba con Shep, y eso que mi hermano era su mejor amigo. Me sentía mal por Anson; vivir así tenía que ser muy solitario.

Oí un pitido que me sacó de aquellos pensamientos obsesivos relacionados con él. Levanté la vista y observé a Thea dar marcha atrás con el Gator cargado de bolsas de tierra.

—¡Ya no hay más! —gritó para que la oyera a pesar del pitido.

—Gracias al dios de las plantas —respondí levantando las manos al cielo.

Thea rio mientras bajaba del vehículo.

—Me da a mí que Duncan nos debe una prima de riesgo por esto.

—Una cerveza por lo menos, ni que sea —musité.

En Brotes y Bayas, el trabajo era siempre físico, pero lo de hoy había sido de otro nivel. Por fin, nos habían entregado un pedido que llevaba retraso y también habíamos recibido otro que había llegado con antelación; eso, sumado a dos entregas que ya estábamos esperando.

Sonreí a Thea.

—¿Te he dicho ya lo contenta que estoy de tenerte trabajando aquí?

Rio por lo bajo y se cargó un saco de tierra en el hombro.

—Así no me hace falta ser socia de ningún gimnasio pijo.

Arqueé una ceja.

—¿Eras socia de alguno? —pregunté.

Thea dejó caer la bolsa en una pila cada vez más grande.

—Uy, qué va. Aunque no me importaría relajarme en algún *jacuzzi* después de un día como hoy.

—Total —respondí, y solté un gruñido—. Creo que voy a tener que hablar con mi hermano para ver si podría instalar alguno en mi casa.

Thea fue hacia la parte trasera del Gator para pillar otro saco de tierra.

—¿Los vende o algo por el estilo? —se interesó.

Negué con la cabeza.

—Es contratista. Es el dueño de Construcciones Colson.

Abrió un poco los ojos.

—Conozco algunas de sus obras. Son maravillosas —comentó.

Sonreí pletórica y orgullosa. Shep se había esmerado muchísimo para hacer crecer su negocio. Y, a pesar de que no se sacó la carrera de Arquitectura, sus diseños eran verdaderamente increíbles. A menudo, dibujaba él mismo los planos, lo completaba todo con una infinidad de artículos de alta tecnología y, además, le pedía a un amigo arquitecto que los revisara y les diera el visto bueno. Era una pasada ver que la gente valoraba todo lo que hacía mi hermano.

—Shep es increíble. Ahora mismo está trabajando en un proyecto de restauración de un edificio histórico para mí, pero creo que igual tendré que hacer algunas mejoras en el jardín.

Thea dejó el siguiente saco en la pila.

—Si esas mejoras incluyen un *jacuzzi*, eres un genio.

Reí.

—Te prometo que, si lo hago, te invitaré.

De repente, a Thea se le desdibujó un poco la sonrisa, como si la idea de venir a mi casa la incomodara. No tenía amigos cercanos y, a juzgar por lo que intuía yo, debía de ser duro.

—Rho —me llamó alguien.

Me giré y contuve las ganas de gruñir al ver a Davis acercándoseme. Con sus pantalones de vestir y sus mocasines Gucci, parecía totalmente fuera de lugar. Estaba convencida de que, nada más meterse en el coche, se quitaría la suciedad de sus carísimos zapatos cual desquiciado.

No tenía nada que ver con el chico a quien conocí en el instituto. Ese a quien le encantaba ir con botas de montaña y vaqueros Carhartt. Ahora, parecía que solo le importasen los ordenadores, el dinero y el estatus social.

No entendía por qué acepté tener una cita con él hacía un par de meses. Debería de haber visto lo mucho que había cambiado y salir por patas. Pero es que Nora no paraba de preguntarme, con unas cuestiones cuidadosamente formuladas, si me interesaba alguien. Y sugirió que me metiese en una de esas aplicaciones de citas. No pretendía ser insistente, pero sí deseaba que todos sus «hijos» fuesen felices y tuviesen a alguien que cuidara de ellos. Y yo notaba cierta presión.

—Hey, Davis —lo saludé intentando mantener la cordialidad—. ¿Has venido a buscar alguna planta?

Frunció el ceño, como si las flores le parecieran una ofensa.

—No, pero tengo que hablar contigo. Lejos del rudo ese.

«¿Rudo? ¿Desde cuándo Davis hablaba así?».

—¿Te refieres a Anson?

Debo admitir que presenciar cómo Anson puso a Davis en su sitio fue bastante divertido.

Davis entornó los ojos.

—Además, ¿quién es? No lo he visto en la vida. Espero que Shepard no haya contratado a un tío cualquiera de a pie. Debería dejarme que le verificara los antecedentes.

El enfado fue adueñándose de mí. He aquí otra cosa que había empezado a hacer Davis desde hacía dos años: llamaba a todo el mundo por su nombre completo a pesar de que los demás prefirieran clarísimamente un apodo.

—Anson es el mejor amigo de la universidad de *Shep*. Así que dudo que haga falta verificar sus antecedentes.

Al enterarse de eso, Davis entró en tensión.

—¿Y cómo puede ser que no lo haya conocido hasta ahora? He preguntado por ahí y parece que casi nadie sabe demasiado sobre él.

El enfado fue aumentando hasta convertirse en cabreo.

—¿Qué más te da? No tiene nada que ver contigo.

—Pero está cerca *de ti*. Eso es lo que me importa —soltó entre dientes.

¡Sí, hombre! Esto ya era lo último que me faltaba. Una especie de competencia inútil entre Davis (un hombre con el que yo no quería tener nada que ver) y Anson (un hombre que no quería tener nada que ver conmigo).

Noté cierto ardor en un costado y desvié la vista hacia la izquierda, donde advertí a Thea acercándose a nosotros unos pocos metros. Estaba pálida y tenía los puños apretados junto a su cuerpo.

—¿Quieres que llame a Duncan?

«Mierda».

Empecé a unir unas cuantas piezas más del rompecabezas que era Thea y me entraron ganas de pegarle una patada en los huevos a Davis por haberla alterado.

—Disculpa —espetó este—, pero esta conversación es privada.

Esperaba que Thea fuera a acobardarse o a echarse atrás, pero me sorprendió. Se le sonrojaron las mejillas y se cuadró de hombros.

—Pues igual no deberías haberla iniciado en público, en el tra-ba-jo de Rho. O igual no deberías haberla iniciado y punto, porque yo diría que a ti no te incumbe nada de eso.

Davis se la quedó mirando boquiabierto un segundo. Luego, desvió la vista hacia mí.

—¿Con esta clase de gente es con la que quieres pasar el tiempo? Está clarísimo que no saben lo que son los límites y que tienden a sufrir arrebatos inapropiados.

Thea volvió a cerrar los puños con fuerza pegados a su cuerpo.

—Yo diría que quien no sabe lo que son los límites aquí eres tú, colega —le dijo.

—¿Cómo te...?

—Davis —lo corté—. Ya no estamos saliendo. Jamás tuvimos nada serio ni exclusivo. No necesito que te entrometas en mi vida ni que cuestiones con quién quedo o dejo de quedar. Creo que será mejor para los dos que nos demos un poco de espacio durante un tiempo. Espero que encuentres a una persona que te haga feliz.

—¿Cuestionar con quién quedas? —repitió entre dientes.

Dios, ¿acaso no había oído nada más?

—Deberías irte —le aconsejé. La voz me sonó firme y calmada, pero la persistencia de Davis hizo que se me colase una pizca de inseguridad. Dado el tiempo que habíamos estado quedando, me pareció absolutamente desproporcionada.

Puso los ojos en blanco.

—En unas semanas estarás rogándome que te perdone.

Por suerte, se dio media vuelta y se marchó malhumorado, igual que un crío que tiene un berrinche.

Suspiré y se me hundieron los hombros a la vez que me dejaba caer contra el montón de sacos de tierra.

—Lo siento. Te prometo que no suelo ser un imán para los dramas.

Thea seguía con la vista puesta en Davis. Al final, se obligó a apartar los ojos de él y los fijó en mí.

—Tienes que vigilar.

—Es pesado, pero inofensivo —le aseguré—. Lo que pasa es que está acostumbrado a que las mujeres caigan rendidas a sus pies.

Thea movió la cabeza y el pelo le cayó por encima de los hombros.

—Eso no lo sabes. Tú solo prométeme que te andarás con cuidado.

El pánico que le atisbé en la mirada hizo que me apresurara a calmarla:

—Por supuesto. Si vuelve a molestarme, hablaré con mi hermano.

Thea arrugó la frente.

—¿El contratista? —preguntó.

Reí.

—No, aunque Shep lo acojonaría muchísimo, si se lo pidiera. Tengo tres hermanos más. El mayor, Trace, es el *sheriff*, y estaría encantado de darle un toque a Davis.

Al oír la palabra *sheriff*, Thea entró en tensión de los pies a la cabeza. Aun así, se giró para coger otro saco de tierra y se esmeró en ganarle el pulso a su reacción.

—Sois un montón de hermanos... —comentó.

Me quedó claro que no quería seguir hablando del tema. Por alguna razón, hablar de eso era como despertar sus peores miedos, y yo ya sabía lo que era sentirse así. Me impulsé para levantarme de la montaña de sacos y cogí otro.

—Cuatro chicos y dos chicas —le aclaré—. Al menos, desde que cumplí los trece.

Thea se quedó helada a medio camino de dejar el saco en el suelo. Vi que tenía un sinfín de preguntas en la mirada, pero no planteó ninguna en voz alta.

Le agradecí que no quisiera insistir. No me entusiasmaba hablar de esa época. Pero pensé que, si me abría con Thea, tal vez, a la larga, ella acabaría sintiéndose lo suficientemente cómoda conmigo como para contarme de qué huía.

—Mis padres y mi hermana murieron en un incendio cuando yo tenía trece años. No tenía más familiares con vida; al menos, no que quisieran quedarse conmigo. Me acogió la familia de mi mejor amiga, que ya tenían a otros niños en acogida.

Thea depositó el saco de tierra junto a los otros con absoluta empatía en el rostro.

—Lo siento muchísimo, Rho. No puedo ni imaginarme lo difícil que debió de ser...

—Pues sí. Pero tuve la maravillosa suerte de formar parte de los Colson. Me dieron una familia justo cuando más la necesitaba y ha sido así desde entonces. Muchos niños de acogida no tienen tanta suerte.

Thea se sobresaltó y abrió los ojos en el mismo instante en que alguien me agarró por detrás y me pellizcó el costado.

Chillé y me giré para encontrarme con la sonrisa de medio lado de Shep, que llevaba la gorra puesta.

—Estabas perdida en otro universo —me dijo riendo.

Le propiné un golpe en el pecho.

—Dar estos sustos al personal es de mala educación.

—Solo lo hago para que sigas alerta. —Shep apartó la vista de mí y la desvió hacia Thea, que había retrocedido un poco. Le examinó

la cara y detuvo el recorrido de sus ojos en los labios de Thea un segundo más del necesario—. Hola, soy Shep.

Thea tragó saliva con fuerza y se le movió visiblemente la nuez.

—Hola.

Lo dijo sin calidez ni amabilidad alguna en la voz. El tono con el que pronunció esa palabra fue sumamente frío.

Shep arrugó la frente confundido.

—Soy el hermano de Rho —aclaró.

Thea asintió y se giró para seguir trabajando sin volver a mediar palabra, ignorándolo por completo.

«Qué incómodo...».

Tuve que contener las ganas de reír. Shep estaba acostumbrado a que las mujeres de Sparrow Falls le prestaran atención o que, como mínimo, se mostraran receptivas ante su personalidad amable y cariñosa. En esta ocasión, no fue el caso.

—Thea acaba de empezar a trabajar con nosotros y yo no paro de darle las gracias al universo porque Duncan la haya contratado.

—Mola. ¿De dónde vienes? —se interesó Shep, sin dejar de mirarla.

Thea se detuvo una milésima de segundo ante aquella pregunta.

—De la región central —le respondió ella en voz baja.

Shep frunció todavía más el ceño. Abrió la boca como si fuera a preguntarle algo más, pero lo agarré del brazo para distraerlo.

—¿A qué has venido? —le pregunté en un intento por rescatar a Thea.

Al final, Shep me miró.

—He decidido poner algunas plantas más en el jardín trasero de Hillhurst.

—¿Para la valla de atrás?

Asintió.

—Tenías razón: nos hacen falta más arbustos y gramíneas.

Reí.

—Espera —le dije—. Voy a por el móvil, que quiero grabar eso que has dicho de que tengo razón.

—Anda, calla —se quejó Shep, y me empujó con delicadeza—. Duncan ya está preparándolo todo; solo me he pasado a saludar.

Lo abracé con fuerza.

—Me alegro de que hayas venido —le dije.

Él me despeinó.

—Tengo que asegurarme de que no te metes en ningún lío —me recordó.

Me zafé de su abrazo.

—Pues buena suerte —contesté.

Rio.

—Mejor voy a girar la camioneta. Nos vemos luego en la victoriana.

—Perfecto.

Shep desvió la vista hacia Thea.

—Encantado de conocerte.

Ella soltó un «hummm» por lo bajo y asintió muy brevemente una única vez, pero no llegó a pronunciar ni una sola palabra.

Shep arrugó la frente de nuevo y yo tuve que morderme el interior de la mejilla para no echarme a reír. Alguien le estaba poniendo el mundo patas arriba.

Capítulo quince

Anson



Al oír ruido fuera de la casa victoriana, miré por la ventana y observé el aparcamiento. Solo eran un par de trabajadores dándole a la sinhueso durante la pausa. Shep aún no había llegado.

—Tío. —Una voz me sacó de mis cavilaciones—. ¿Qué te pasa hoy? —me preguntó Silas.

Rocié una mezcla de productos químicos en la estructura del marco para ayudar a contrarrestar el olor a humo que seguía notándose, por más años que hubiesen transcurrido.

—Solo tengo que comentarle una cosa a Shep.

Silas frunció el ceño y se detuvo.

—¿Va todo bien?

Asentí emitiendo un sonido gutural. Aunque nada iba bien. Había descubierto que alrededor de la época en que se incendió la casa victoriana hubo cinco incendios más, y eso me tenía de los nervios. Eran demasiados incendios para un pueblo tan pequeño como Sparrow Falls.

—Seguro que solo quiere lamerle un poco más el culo a Shep —gruñó Owen desde la otra punta de la estancia.

Lo pronunció lo suficientemente alto como para asegurarse de que yo lo oyera, lo cual ya era decir mucho porque íbamos todos con mascarillas N-95. Lo miré con los ojos entornados. Ya había dejado claro que no le gustaba que estuviese yo al cargo ni que le tocase a él echar paredes secas abajo. Pero la cosa empezaba a cansar y mucho.

—Deja de comportarte como un crío de dos años a quien le acaban de quitar el chupete —espeté—. ¿No quieres hacer lo que te toca? Pues lárgate de este curro. Seguramente iríamos más deprisa con la restauración.

Owen se irguió y, a pesar de que llevaba la mascarilla, vi lo mucho que le habían subido los colores.

—¿Ahora ni opinar puedo? Nos estás haciendo perder el puto tiempo trabajando en zonas que no hace falta que toquemos.

Apreté los dientes. Llevábamos todo el día con la misma discusión.

—Antes de echar abajo la próxima pared, quítate la mascarilla y huele la maldita estructura. Luego, ya me dices si todavía piensas que no tenemos que hacer nada.

—Me la suda... —murmuró Owen mientras volvía a lo suyo.

Carlos movió la cabeza mientras apartaba un trozo de pared. Bajó la voz y comentó:

—Las reparaciones no son lo suyo. Le va más lo de construir algo desde cero.

—Pues que se largue —solté.

Joder, si es que era un capullo. Estaba a la que saltaba por todo lo que había descubierto anoche. Probablemente era yo quien tenía que largarse en ese momento.

Al oír unos neumáticos removiendo la gravilla del exterior, levanté la vista y vi la camioneta plateada de Shep acercándose. ¡Por fin!

—Ya vengo —les dije a Silas y a Carlos.

Silas levantó la barbilla a modo de respuesta y siguió trabajando.

Crucé la casa vigilando mucho dónde pisaba. En casi todo el recorrido que tenía que hacer, los suelos estaban levantados y se veía la estructura inferior. Habíamos puesto unos tablones para poder atravesar la zona, pero aun así teníamos que andarnos con cuidado.

Cuando llegué fuera, me quité de un tirón la mascarilla y tomé una profunda bocanada del aire fresco de las montañas, al que se coló un sutil olor a humo, seguramente por las obras. Shep saltó de la camioneta a la vez que yo iba decidido hacia él.

—¿Cómo va todo? —me preguntó mientras me acercaba.

—Va. Iríamos muchísimo más rápido si Owen dejara de quejarse y lloriquear constantemente.

Shep hizo una mueca.

—A veces es muy bueno. Otras, un estorbo. No lo entiendo.

—Está obsesionado con tener el control —musité.

Shep enarcó una ceja a modo de pregunta.

En ocasiones, odiaba no poder controlar mi faceta de perfilador. Esa que lo analizaba todo y a todo el mundo.

—Hace bien las tareas que siente que controla. Cuando tiene autonomía. Pero no sabe lo suficiente para hacer algo así en un tema de restauración. Y no para de montar numeritos.

Shep frunció el ceño con la vista puesta en la casa, como si pudiese observar a Owen a través de las paredes.

—Puedo ponerlo en otro proyecto. Tenemos gente de sobra.

—Igual sería un error. Debe aprender a hacer cosas que no le gusten.

—Eso también es verdad —musitó Shep antes de mirarme—. ¿Algo más?

Siempre que me atormentaba algo, él se daba cuenta. Yo no solía merodear por ahí ni empezar conversación alguna. Me gustaba trabajar en silencio. Lo encontraba casi un acto de meditación. Con este trabajo, podía deshacerme de mis fantasmas a base de golpes.

—¿Rhodes practicó algún deporte de primavera en el instituto? Antes del incendio, quiero decir.

Shep pestañeó repetidamente, confundido.

—Eh... Sí. Ella y Fallon jugaban a *lacrosse* cuando tenían doce o trece años. Eran malísimas.

Al oír eso, me entraron ganas de sonreír. Me la imaginaba perfectamente: sonriendo como la que más y poniendo todo de su parte, pero siendo un desastre total en el campo. Sin embargo, el hecho de que estuviese a menudo en aquel vestuario cuando se declaró ese incendio hizo que se me evaporara el humor de inmediato.

—¿Y en esa época pasaba también mucho rato por el centro del pueblo? —insistí.

Shep se puso tenso.

—¿A qué vienen estas preguntas?

—Contesta —lo presioné.

No quería que se formase una idea antes de que me respondiera.

Arrugó la frente con los ojos puestos en mí.

—No lo sé... De pequeños, todos íbamos al centro. Casi siempre acabábamos allí o en el río. Tampoco es que haya mucho que hacer por aquí. —Le cambió muy sutilmente la expresión, como si estuviese intentando acordarse de algo.

—¿Qué? —pregunté.

—Rho y Fallon. Estuvieron haciendo un voluntariado. Todos los alumnos de los primeros años de instituto tienen que completar ciertas horas de voluntariado. Esa primavera, echaron un cable a los de paisajismo y estuvieron replantando las jardineras que hay en los pasos de peatones.

Me dieron ganas de soltar un sinfín de maldiciones. Había visto esas jardineras en todas las intersecciones. Hacía solo unas semanas, varios trabajadores lo estaban preparando todo para la primavera.

—¿A qué viene ese interés? —soltó Shep.

—Aparte de este —señalé la casa—, en esa época hubo más incendios.

Shep frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Del que hubo en el vestuario de chicas del instituto.

—Ah, sí —asintió—. La bromita de los petardos. El director se cabreó que flipas.

No le llevé la contraria. Todavía no.

—También se produjeron varios incendios por el centro y nunca llegaron a resolverse.

—Vale... —confirmó Shep.

—Y luego hubo el incendio del baño y el de donde comienza el sendero del río.

Shep movió un poco la mandíbula mientras iba conectándolo todo mentalmente.

—Todos eran sitios a los que solía ir Rho.

—Exacto.

—Pero ahí también se reunía más gente. Fallon y seguramente una decena de personas más.

—Pero a ellos ni se les incendió la casa ni su familia falleció.

Shep me miró fijamente un buen rato, con dureza.

—No nos pasemos. A veces, se producen incendios, y este fue un accidente.

—Puede —musité—. Pero me gustaría ver los informes.

Mi amigo me miró y pestañeó.

—Y quieres que te los consiga yo —dedujo—. ¿Cómo narices se supone que tengo que hacerlo? Porque como no le cuente a Trace que eres un exagente del FBI con una corazonada de la hostia...

Al pensar en que parte de mi historia (por pequeña que fuera) saliera a la luz, noté cierta presión en el pecho y me costó respirar.

—Algo se te ocurrirá. Sé creativo.

—Trace no se va a tragar que, de repente, me haya convertido en una especie de versión delictiva de *Una mente maravillosa*.

—Dile que hay algo del incendio de la casa que no cuadra. Que has investigado un poco. Eso sí es creíble.

Tenía unas ganas inmensas de salir por patas. Quería alejarme de todo lo que tuviera que ver con gente desquiciada y malvada. Y si alguien se había dedicado a prender fuego a lugares que Rho frecuentaba, entraba clarísimamente en esa descripción.

Shep soltó un taco.

—Haré lo que pueda, pero que sepas que, así, él también empezará a husmear. Y vendrá más por aquí.

Me tragué la aversión que sentí al imaginarme teniendo una autoridad cerca (me traía demasiados recuerdos). Porque si alguien había tenido a Rho por objetivo, era justo lo que ella necesitaba.

Al salir a fuera, donde me recibió la brisa de última hora de la tarde, me quité la mascarilla por última vez en todo el día. Dios, cuánto odiaba estas cosas.

Los demás hicieron lo propio y echaron a andar hacia sus respectivos vehículos. Sin embargo, Owen se quedó rezagado y no se dirigió hacia su destartalada furgoneta.

Al final, desvié la vista hacia él. Estrujó la mascarilla con una mano y bajó la vista a la gravilla.

—Tenías razón.

Permanecí en silencio. Simplemente le dejé que soltara lo que tuviera en mente.

—Con la puta estructura. Sí que olía a humo —gruñó Owen.

Últimamente, eran pocas las veces en las que me entraban ganas de reír, pero esa fue una de ellas.

Finalmente, Owen levantó la vista.

—Siento haber sido un capullo. Odio estas cosas tan meticulosas. Por eso, también se me dan como el culo los acabados.

—Lo entiendo —le dije dándole un poco de banda ancha—. Mola muchísimo más ver que se avanza a pasos agigantados a diario.

—Sí... —Volvió a mirar hacia la casa—. Es que me pongo nervioso cuando estoy demasiado rato en un mismo sitio.

Fruncí el ceño mientras pensaba en varias señales más que había detectado en Owen. A lo mejor padecía TDAH, lo cual supondría que le costara más hacer una misma tarea durante un buen rato.

—Mañana te iré cambiando las tareas cada dos horas. Igual no te gustará todo lo que te proponga, pero por lo menos no tendrás que pasarte la jornada haciendo siempre lo mismo.

Owen me miró de nuevo.

—Guay. Gracias.

—No hay de qué.

—Carlos y yo nos vamos al bar. ¿Te vienes?

Negué con la cabeza.

—Hoy no. Pero gracias.

Owen sonrió dejando los dientes al descubierto.

—¿Por qué no me sorprende? Mira que estás comprometido con la vida de solitario, jefe.

Lo miré con la frente arrugada y él rio.

—Hasta mañana —me dijo despidiéndose con la mano mientras echaba a andar hacia su camioneta.

No me molesté en responder. No tenía claro qué era peor: si la versión niñato de Owen o la amable.

Oí una risa y rodeé el edificio hasta contemplar la caseta. Pero, en cuanto la vi, me quedé helado.

Rho había montado un aspersor en aquella especie de césped desigual, seguramente para ayudar a que las semillas se enraizasen bien, pero Galleta claramente tenía otros planes. Aquel desproporcionado perro ladraba alegre mientras atacaba los chorros de agua.

—¡Galleta! —gritó Rhodes sin animadversión alguna en la voz—. ¡Ven!

El animal corrió hacia ella, pero enseguida se apartó. Rhodes se abalanzó sobre el perro para intentar agarrarlo por el collar, pero no acertó y acabó aterrizando donde estaba el aspersor.

Chilló en cuanto la empapó el agua, que seguro que estaba fría, y empezó a reír todavía más.

—Es justo lo que querías, ¿a que sí?

Rho se levantó para perseguir al animal. Se pusieron a jugar a una especie de pillapilla cuyas reglas solo conocían ellos dos. Rho llevaba su alocada melena castaña oscura suelta y tenía el top y los *shorts* pegados al cuerpo. Pero parecía... feliz.

Un sentimiento desconocido se me coló en el pecho; un sentimiento que no acababa de agradecer. Pero no pude evitar que me arrastrara y me acercara más a esa luz y a ese caos.

Al darse cuenta de mi presencia, Galleta ladró y echó a correr hacia mí. Se detuvo a pocos centímetros y se sacudió. Jamás habría pensado que un perro cuyas dimensiones tampoco eran para tanto tuviese tantísima agua en el pelaje, pero me bañó en cuestión de segundos.

Rho se llevó la mano a la boca y ahogó un grito que se convirtió de inmediato en una risa cuando me estudió con la mirada.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunté entre dientes.

Ella dibujó una amplia sonrisa.

—Eso nunca —respondió.

La miré con la frente arrugada y los ojos entornados.

—Si entrenaras a tu perro para que obedeciera a las órdenes, esto nunca habría pasado.

—Anda, ¿en serio?

—Sí —contesté.

En un movimiento tan ágil que no me pasó desapercibido, Rho se agachó, cogió el aspersor y lo apuntó directamente hacia mí.

—¿Qué te parece esto? ¿Podría haber hecho algo para evitarlo?

Galleta se echó a ladrar y a saltar en el aire. Le encantaba este nuevo juego.

El agua helada me empapó de los pies a la cabeza y eché a correr sin pensarlo siquiera.

Rho chilló a la que fui a por ella, la agarré por la cintura y la situé delante del chorro del aspersor.

—¡Está congelada! —gritó.

—¿¡No me digas!?

—¡Me rindo! ¡Me rindo!

La aparté de delante del agua, pero seguí sujetándola con firmeza.

Rho se retiró el pelo mojado de la cara y clavó sus ojos de color avellana en los míos. Se le entrecortó la respiración y bajó la mirada hasta mis labios.

Con cada inhalación y exhalación, se le agitaba el pecho, que terminó empotrado contra mi torso. Tantísimo que noté cierto calor a pesar de que hubiésemos acabado los dos empapados de agua helada.

Debía soltarla. Alejarme. Pero no podía. Todo cuanto pude hacer fue quedarme con la mirada clavada en sus hechizantes ojos.

—No tienes ni idea de a qué estás jugando, insensata.

Este juego podía acabar destrozándonos a ambos.

Capítulo dieciséis
Rhodes



La voz de Anson era todo coraje y advertencias, pero emanaba una emoción que hizo que se me pusieran los pelos de punta. No aparté los ojos de su mirada glacial.

—Pues a mí me parece divertido.

Bajó la vista a mi boca. Lo tenía tan cerca que incluso podía saborearlo en el aire que nos separaba.

Oí un ladrido y Galleta saltó contra nosotros. Él también quería divertirse.

Anson trastabilló un poco hacia atrás. Noté la falta de su calor corporal enseguida y el aire que me rodeaba se volvió más frío.

—Hay que ver la fuerza que tiene... —musitó.

Galleta debería de pesar unos veinte kilos, pero era muy fuerte.

—Perdona... —dije con las mejillas sonrojadas.

Dios, ¿había estado a punto de besarlo? Algo me decía que la cosa no habría acabado demasiado bien.

Eché a andar hacia la caseta.

—Ven. Shep dejó algo de ropa de deporte por si le apetecía ir a correr. Puedes ponerte algo suyo.

—No necesito...

Fulminé a Anson con la mirada y le pregunté:

—¿En serio quieres subirte a la camioneta empapado y cargarte el cuero?

Giró la cabeza para mirar hacia el vehículo mientras los pocos trabajadores que quedaban iban marchándose camino abajo.

—No —murmuró.

Casi me rio. «Hay que ver lo que les gustan esas cosas a los hombres».

—Ni que te hubiese pedido que caminases por el filo de un abismo. Dudo que vayas a morirte por entrar en mi casa.

Anson no dijo ni mu; simplemente se limitó a arrugar la frente mientras se dirigía hacia la puerta. Entró sin preguntarme nada, pero se quitó las botas en el porche. Lo seguí e hice lo mismo con las chanclas, mientras le sujetaba la puerta a Galleta, que se había sacudido y casi se había desprendido de toda el agua.

Anson fue hacia el final del pasillo y se detuvo cerca del salón, que daba a la cocina abierta. Se quedó mirando boquiabierto la chimenea.

—¿Eso es una polla?

Parecía tan aturdido que no pude evitar soltar una carcajada.

—Es mi polla-flor, ya que preguntas.

Giró la cabeza de golpe hacia mí.

—¿Por qué?

Se me dibujó una sonrisa genuina en los labios.

—Me lo hizo Lolli.

Aquella expresión aturdida se convirtió en una más comprensiva.

—Me cae bien —comentó.

—Bueno, ya somos dos, pero ándate con cuidado: quiere que tengas la boca ocupada haciendo otras cosas que no impliquen hablar.

El mismísimo miedo le inundó el rostro a Anson y yo no pude evitar volver a reír. Él se estremeció y manifestó:

—Y también es aterradora.

—Tenerle algo de miedo a Lolli siempre viene bien.

Anson soltó un sutil sonido gutural por toda respuesta.

—Dame un segundo. Voy a buscarte la ropa.

Fui hacia el armario que tenía en el pasillo, lleno de ropa de casa y donde Shep había dejado unos cuantos pares de pantalones cortos y camisetas. Saqué uno de cada y regresé al salón-cocina.

Anson estaba inspeccionando todo lo que le rodeaba, fijándose bien en los detalles, y me dijo sin levantar la vista:

—Cero tú.

Fruncí el ceño con fuerza y pregunté:

—¿Cómo dices?

Giró la cara hacia mí, despacio.

—Este lugar. No hay estallidos de color. Ni plantas. Ni nada que sea... tú.

Tragué saliva con fuerza. Antes pensaba que a Trace se le daba bien analizar los detalles, pero lo suyo no era nada en comparación con Anson.

—Aún me estoy aclimatando.

Se me quedó mirando fijamente mientras le pasaba la ropa. En su mirada pude intuir un «Y una mierda» y me esmeré por evitar que se me sonrojaran las mejillas.

Carraspeé.

—Hay un baño en el pasillo. Yo voy a cambiarme a mi cuarto.

Me di la vuelta y me alejé de él —pies, para qué os quiero—, para así no tener que mirar a esos ojos azul grisáceos que tantas preguntas me hacían. Galleta me siguió enseguida. Cerré la puerta y me apresuré a quitarme la ropa, empapada, y a buscar una muda nueva.

Sin embargo, mientras lo hacía, no pude evitar pasear la vista por mi habitación. Llevaba cinco años ciñéndome a la misma decoración: funda nórdica verde palo, una manta a los pies de la cama, y unas mesitas de noche que había comprado de rebajas en una tienda de muebles del pueblo que iban a conjunto con la cómoda de la cual saqué los pantalones de chándal y un top.

Anson tenía razón. Nada de esto era especialmente un guiño a mi personalidad. Ni siquiera el estampado de la pared. Era una bonita foto de una azucena en blanco y negro, pero no tenía alma. ¿Por qué iba a tenerla si era algo que había pillado de un expositor en Target, donde había cientos más?

Me planteé cambiarlo y transformarlo en un espacio más mío, y el corazón empezó a latirme más deprisa y se me aceleró la respiración. Se me humedecieron las manos y se me revolvieron las tripas. Cerré los ojos.

«Inhalamos en tres, dos, uno...».

«Exhalamos en tres, dos, uno...».

Repetí el mismo proceso una y otra vez hasta que me dio la sensación de que tenía algo más de control sobre mi propio cuerpo.

«¿Qué narices ha sido eso?».

Los primeros indicios de un ataque de pánico. ¿Agobiarme por la decoración de un espacio para que me pegase más? Menuda tontería.

Me apresuré a ponerme aquellos suaves pantalones de chándal y ese sencillo top y acabé de completar el atuendo con mis calcetines

gruesos favoritos. Rasqué un poquito a Galleta antes de salir pasillo abajo. En parte, esperaba que Anson ya se hubiese marchado; sin embargo, me lo encontré en la cocina.

—Eres un cotilla, ¿lo sabes, no? —señalé.

Él me miró y arqueó una ceja.

—Primero, no le quitas la vista al salón y ahora te paseas por mi cocina.

Anson se encogió de hombros y aquel gesto hizo que la camiseta se le tensara por su ancho pecho. Iba descalzo, lo cual le proporcionó un aire más sexi del que debería haberle dado. «¿Serían ahora mi fetiche los pies o qué?».

Cogió un ejemplar de *La Princesita* y preguntó:

—¿Lees?

—Es uno de mis favoritos.

Anson asintió lentamente y toqueteó el marcapáginas hecho de flores prensadas.

—Casi ya lo has terminado.

Me adentré un poco más en la cocina y fui hacia la olla de cocción lenta que había dejado en el fuego antes de salir.

—Lo he terminado esta mañana antes de ir a trabajar.

Arrugó la frente.

—Aún te quedan tres capítulos —dijo.

Noté que me ardían las mejillas.

—No me gusta leer los finales —confesé.

Anson me miró con la boca abierta, realmente sorprendido.

—¿No terminas los libros? ¿Nunca?

Volví a notar cierta incomodidad.

—No me gustan los finales. Aunque sean felices. Me gusta pensar que la historia puede seguir eternamente.

Me estudió largo y tendido mientras seguía jugueteando con el marcapáginas.

—Menuda pérdida de tiempo dedicarle tanto rato a una lectura y quedarte sin la recompensa final.

—¿Y no crees que es mejor disfrutar mientras lo lees y ya está? ¿Disfrutar de cada momento por lo que realmente es?

Anson soltó una especie de «hummm» gutural a modo de respuesta sin apartar sus ojos de mí. Atisbé algo en su mirada que me dijo que acababa de atar demasiados cabos, lo cual no hizo sino incrementar mi nerviosismo. Así que decidí centrarme en la olla.

—Huele bien —afirmó apiadándose de mi persona—. ¿Qué es?

Según el temporizador, todavía le faltaban cinco minutos.

—Tacos de pollo.

Anson volvió a soltar uno de sus sonidos guturales.

—¿Quieres? —le pregunté antes de que me diese tiempo a contenerme.

Se puso tenso y justo se dio cuenta de que acababa de retroceder hasta quedarse encerrado en una esquina.

—Tranquil...

—Son solo tacos, no es ninguna tortura ni te estoy pidiendo que te cases conmigo. Además, podrás comer acompañado de la polla-flor de Lolli. A no ser que tengas algo en contra de los tacos y de las polla-flores —lo reté.

Anson frunció muy sutilmente los labios. Fue un gesto tan discreto que podría habérseme escapado de no ser porque estaba muy centrada en su cara. Desvió la vista hacia la olla y anunció:

—Sí que me gustan los tacos.

—Me alegra saber que no eres un monstruo. Coge unos platos. Están en el armario que hay encima de...

Pero Anson ya había abierto el armario exacto.

—Sí que estabas husmeando, ¿no? —lo acusé.

Negó con la cabeza y dejó los dos platos en la encimera.

—Era bastante probable que estuviesen ahí. Entre el horno y la nevera. Está clarísimo que esta zona de la encimera es justo donde lo preparas todo mientras cocinas, así que...

Me lo quedé mirando mientras alargaba el brazo para abrir la nevera.

—¿Eres algo así como un clarividente de casas?

Anson soltó una risa (o algo que se le asemejaba) áspera y oxidada.

—¿Clarividente de casas?

Abrí la nevera y miré dentro para sacar lo que necesitaba. Salsa, *cheddar* del fuerte y lechuga.

—Es que parece que sepas un montón sobre mi casa sin que yo te haya contado nada. A lo mejor es porque te ganas la vida construyéndolas.

—A lo mejor —respondió a pesar de que no le noté humor alguno en la voz.

Le pasé el queso y el rallador.

—¿Crees que puedes encargarte tú de esto? —le pregunté.

Anson me miró con la frente arrugada.

—Entre tú y tu hermano, siempre pensáis que soy incapaz de alimentarme.

Reí sin hacer ruido.

—Shep cree que es responsabilidad suya cuidar de todos los que orbitan a su alrededor. Yo, en cambio, solo quiero asegurarme de que no te mutiles con el rallador de queso. No tengo claro si lo cubriría el seguro.

Resopló discretamente y se puso a rallar el queso.

Yo lavé la lechuga y empecé a cortarla. A pesar de que reinase el silencio, tener a alguien más en casa estaba bien. La energía que desprendía otro ser humano era reconfortante.

—¿Suficiente? —me preguntó Anson.

Lo miré y asentí.

—Puedes ponerlo en un bol. Seguramente ya sepas dónde los guardo, también.

Anson abrió el armario correcto a la primera.

—Friki... —murmuré.

Sacó un par de boles, puso el queso en uno y me dejó el otro justo al lado de la tabla de cortar. Me rozó el brazo con el suyo (cosas que pasan en una cocina minúscula) y aquel delicadísimo roce de piel hizo que me envolviera un agradable escalofrío.

Anson pilló el tarro de salsa y lo miró con la frente arrugada para preguntar:

—¿Qué marca es?

Me quedé helada.

—¿Marca?

Él asintió y continuó:

—No la había visto nunca.

Dejé el cuchillo en la tabla de cortar y me giré para mirarlo atónita.

—Anson Bartholomew Cattigan.

Se le volvieron a encorvar los labios; ahora, con algo más de ganas.

—Sabes que no me llamo así, ¿verdad?

—Bueno, no sé cuál es tu nombre completo, pero necesitaba tres nombres para marcar el énfasis.

—Es Anson Sutter Hunt.

Ahora me tocó a mí mirarlo con la frente arrugada.

—Vaya, pues sí que es bonito... Pero la cuestión no es esa. La cuestión es que en esta casa NO se come salsa del súper.

Me sonrió de medio lado. ¡De medio lado! No fue una sonrisa normal, sino algo mejor; una delicada curva de sus labios bajo aquella desaliñada barba. ¿Cómo sería notar esa barba mientras te besaba Anson? ¿Cómo sería notarla si...? *Nop, nop, nop*. No íbamos a ir por ahí.

Le quité el tarro de salsa de las manos y lo abrí.

—Está hecha con tomates, pimientos y cebollas del huerto de Nora. Y una mezcla de especias que Lolli lleva años perfeccionando.

Anson alargó el brazo y metió un dedo en el tarro.

Me quedé boquiabierta.

—No —dije incrédula.

Él se llevó el dedo a la boca y yo cerré el pico de inmediato. Anson enarcó las cejas.

—Joder, insensata. Está riquísima.

Tragué saliva con fuerza y le aparté la mirada de la boca.

—Ya te lo he dicho.

Sonó el temporizador y me salvó de tener que dejarme en ridículo. Me puse a sacar las tortillas del calentador de comida y las dejé en los platos para que pudiésemos prepararnos los tacos.

—¿Quieres una cerveza?

—No bebo.

Miré a Anson mientras le pasaba el plato.

—Ah. También tengo Coca-Cola. Agua, leche, zumo de naranja...

—Coca-Cola mismo —musitó mientras cogía el plato.

Pillé un refresco para él y una Corona para mí y entonces me detuve. Sin embargo, antes de que pudiese retractarme, Anson me cortó:

—Tú bebe tranquila. No me pillará ninguna borrachera ni nada por el estilo.

Me mordí el labio inferior pero cogí la birra.

—No quería ser borde ni maleducada —aclaré.

Anson levantó la tapa de la olla y manifestó:

—Se me fue un poco en su día. Empiné demasiado el codo, así que decidí cortarlo de raíz. Así no hay riesgo.

Me hizo un gesto para que me sirviera antes que él.

Cogí un tenedor de servir, desmenucé el pollo y me puse un poco en ambas tortillas.

—Hay que ser muy fuerte para eso —evidencié.

Anson se limitó a encogerse de hombros y se sirvió.

—Por lo general, tampoco lo echo de menos. Las ocasiones en las que bebería son justamente las que me llevaron a dejarlo. Así que bebo cerveza de jengibre.

Lo miré largo y tendido mientras me acomodaba en un taburete de la isla. Quería saber muchísimas cosas sobre él y, a la vez, no tenía el valor para preguntarle nada.

—Es fácil intentar anestesiarte así cuando pasas por algo doloroso.

Se sentó a mi lado y abrió la Coca-Cola.

—Cualquiera diría que hablas por experiencia.

Me puse queso, lechuga y salsa en los tacos, y lo utilicé de excusa para evitar mirarlo a los ojos.

—No me di a las sustancias ni nada por el estilo, pero sí tuve que desconectar de todo después de que muriese mi familia. No podía ver fotos ni mirar nada que me los recordara. Tuve que hacer como si nunca hubiesen existido.

Era la primera vez que lo confesaba en voz alta; que reconocía que me había pasado años borrando a mi familia de mi mente.

Anson guardó silencio. Y ese mismo silencio nos envolvió como si tuviese vida propia.

Al final, me obligué a mirarlo. Esperaba verlo asqueado o juzgándome, tal vez; en lugar de eso, me encontré con una comprensiva mirada en sus ojos azul grisáceos.

—A veces, la única forma de seguir con vida es fingir que algo nunca ha sucedido. A la larga, podrás ir recuperándolo poco a poco; pero, como te abras a los recuerdos de golpe, podrías ahogarte en la aflicción.

Tenía una pregunta en la punta de la lengua: qué había perdido. A quién. Pero no quería cargarme el regalo que me estaba haciendo Anson ahora mismo. Su comprensión. La sensación de que no estaba sola.

Me había pasado los últimos catorce años rodeada de gente. En casa de los Colson nunca reinaba el silencio. Siempre había gente en todos los rincones. Sin embargo, una parte de mí siempre se sentía sola. Como si nadie llegase a entender realmente por todo lo que había pasado yo.

Aun así, el dolor que atisbé en la mirada de Anson me expresó que él me entendía. El hecho de que pudiese hablar de lo que más avergonzada me hacía sentir y que él me entendiese era uno de los mejores regalos de la vida.

Le di un sorbo a la cerveza e intenté carraspear.

—Todavía me siento bastante culpable por ello. —Por eso y porque los últimos segundos que compartí con Emilia nos los pasamos peleándonos por una maldita camiseta.

Anson me estudió largo y tendido.

—¿La casa es eso? ¿Una redención? —preguntó.

Me tomé un minuto para pensar bien la respuesta. Para ser sincera conmigo misma, a pesar de que no me gustase la

contestación. Al final, negué con la cabeza y confesé:

—Es mi forma de encontrar la paz.

Esa era la verdad. Restaurar la casa victoriana era mi forma de dar descanso absoluto a mi familia definitivamente, aunque también era la forma de permitir que me acompañasen siempre. Era intentar tener un hogar de verdad.

Anson asintió despacio.

—No hay mayor regalo que la paz.

Eran unas palabras simples pero con mucho peso. Porque acababa de pronunciarlas un hombre que, claramente, aún no la había encontrado; al menos, no a largo plazo.

Le di un mordisco a mi tortilla en un intento por aunar la valentía para hacerle la siguiente pregunta:

—¿Tú te sientes en paz en algún lugar?

Anson se quedó tieso, con el taco a medio camino, y me miró fijamente.

—A veces. Cuando me centro en algún proyecto y me pierdo en el trabajo físico que conlleva. O a ratos, envuelto por el silencio de la cabaña. Sparrow Falls posee algo que me ayuda.

Todas las palabras que pronunció me parecieron un tesoro. Porque sabía que no le contaba estas cosas a cualquiera. Ni siquiera a Shep, seguramente.

—Me alegro. Aférrate a todo eso —le susurré.

Anson gruñó en lo que me tomé como una forma de darme la razón y empezó a cenar. Lo interpreté como una señal de que la conversación había llegado a su fin. Comimos en silencio, pero seguía sintiéndome cómoda. Tanto por la circunstancia de que Anson estuviese aquí como por el hecho de saber que a él también le venía bien tener compañía. No podía ni imaginarme cuán solitario tenía que ser vivir tan alejado de los demás. También, al haberlo visto

despojado de su escudo, con un poco más de verdad... Me mataba que viviese así.

Cuando terminó de comer, Anson se dispuso a limpiarlo todo.

—No hace falta —le dije.

Me cortó negando con la cabeza.

—Tú has cocinado. Ya friego yo.

Lo expresó con un tono de voz tan áspero que tuve que morderme el labio inferior para no reír.

—Ha sido un trabajo en equipo. ¿Qué te parece si fregamos los dos?

Anson me miró con una ceja arqueada.

—He rallado el queso.

—Cuenta igual —argumenté.

Oí un sutil gemido que provenía de la entrada de la cocina. Galleta me estaba mirando con ojitos de cordero degollado.

—Ay, bueeeno... —Cogí un trozo de pollo que me habría sobrado del plato—. Siéntate —le ordené.

Galleta plantó el culo en el suelo y yo le tiré el pollo. Lo pilló en el aire y salió escopeteado hacia su cama.

Cuando me giré, Anson estaba sacudiendo la cabeza.

—Vas a malcriar al perro.

—Se merece un poco de mimos —lo defendí.

Anson musitó algo por lo bajo que no conseguí oír.

—Pásame los platos, anda —refunfuñé.

Nos pusimos manos a la obra. Anson enjuagaba los platos y luego me los pasaba para que yo los metiera en el lavavajillas. Verle las manos llenas de espuma mientras fregaba los cacharros tenía... algo. Sus dedos eran largos y fuertes y se doblaban y se flexionaban, y los músculos del antebrazo se le iban tensando con cada movimiento.

Me obligué a apartar la mirada mientras cogía el último plato y lo colocaba en el lavavajillas. Al levantarme, casi choqué con él porque no me había dado cuenta de que seguía delante del fregadero.

—Perdona, no...

Dejé la frase a medias porque se me cortó la respiración. Lo tenía muy cerca. Tanto que podía oler el sutil olor del sudor que le impregnaba la piel tras todo un día de trabajo mezclado con los aromas del serrín y la salvia.

Le cambió la mirada y el azul desapareció de sus ojos, que adoptaron un tono totalmente gris.

—Gracias por la cena.

Bajé la vista de los ojos de Anson hasta su boca; aquellos labios envueltos por la barba. El anhelo que sentía por saber cómo sería notarlos contra los míos era muy fuerte. Esa necesidad aumentó: a qué sabría Anson.

—Insensata —gruñó.

Volví a mirarlo a los ojos. Le centelleó la mirada y el azul le ganó la batalla al gris.

—Para.

—Me...

Me cortó con una simple mirada.

—No es eso —dijo—. No estoy abierto a ninguna relación.

Noté una punzada de dolor que me caló bien hondo y la agonía del rechazo me llevó a retroceder un poco. No obstante, Anson me agarró por el brazo con cuidado pero con firmeza, aunque el ardor de sus dedos me abrasó la piel por igual.

—No eres tú —dijo entre dientes—. No me planteo ningún tipo de relación en general. Ni de amistad ni de nada. No quiero ser una carga para nadie porque mi vida es un puto caos. Pero no paras de mirarme con esos brillantes ojos verdes y dorados como pidiéndome

que te bese y me estás matando. Y da igual que me muera de ganas de ahogarme en tu sabor. O que me muera de ganas de saber cómo sería hundirme en esa dulce calidez. No puedo. Y no lo haré.

Y entonces se marchó. Salió de mi cocina decidido antes de que me diese tiempo a decir nada.

El portazo que pegó me sacó de aquel trance.

Noté un escalofrío en la piel, como si aún sintiera la energía que había dejado Anson a su paso. Todavía notaba sus dedos en el brazo. Y oía el eco de sus palabras en mi mente.

Tenía demasiado calor y noté cómo se me tensó la piel por todo el cuerpo. Apreté los muslos por instinto en un intento por aliviar un poco aquella sensación... Una sensación que había provocado Anson y que se había negado a remediar.

Estaba jodidísima. Y no en el buen sentido de la palabra.

Me rebotaban los pies contra los tablones de madera de la casa victoriana mientras yo corría pasillo abajo y llamaba a mis padres y a Emilia a gritos. Me ardía la garganta a causa del humo, que me estaba ahogando, pero yo seguía gritando más y más fuerte. No se oyó nada.

Ya casi estaba en el cuarto de mis padres. Me encontraba muy cerca. Estarían allí. Y me protegerían.

Pero, en cuanto di un paso más, el tablón cedió con un aterrador crujido. Empecé a caer de repente y las llamas bailotearon a mi alrededor y se me tragaron entera.

Me levanté de golpe, tosiendo, escupiendo y respirando con pesadez. Galleta gimió a mi lado, con las patitas de delante

apoyadas en el colchón.

—No pasa nada. Estoy bien —lo tranquilicé mientras le acariciaba la cabeza. O a lo mejor estaba tranquilizándome a mí misma.

Intenté calmar mi respiración, inhalando y exhalando más pausadamente, pero al hacerlo olí algo. El miedo se me coló en las venas y me quedé petrificada ahí mismo mientras giraba la cabeza de golpe para mirar por la ventana, que estaba abierta.

Humo.

Salté de la cama, pillé el móvil y salí corriendo de la habitación, con Galleta al lado. En la caseta de invitados no había saltado ningún detector de humo, y les había cambiado las pilas a todos nada más mudarme aquí. Tenía que venir de fuera. ¿Un incendio forestal, tal vez?

Até la correa al collar de Galleta deprisa y salí al exterior.

Se me escapó un grito ahogado y me llevé la mano a la boca. La casa. MI casa. Estaba envuelta en llamas.

Capítulo diecisiete

Anson



Me tumbé bocarriba y clavé la vista en el techo. Por lo visto, esta noche no encontraba la posición. Ya solía costarme dormir de por sí, pero tampoco tendía a resultarme tan complicado.

Gruñí frustrado y le pegué un puñetazo a la almohada. No paraba de visualizar la cara de Rho. Era como una tortura convertida en una presentación de diapositivas. La primera imagen fue de sus preciosos ojos color avellana llenos de dolor. Pero la segunda fue todavía peor. El deseo hizo que las motas doradas de su mirada le centellearan mientras la necesidad provocó una separación de sus labios.

—Mierda.

No debería haberme quedado a cenar. Debería haber rechazado la oferta y haberme largado de un fuerte portazo de inmediato. Pero no lo hice. Y Rho encontró la forma de atravesar todos los muros que tanto me había esmerado en levantar a lo largo de los últimos dos años.

Me sonó el móvil desde la mesita de noche. Se me heló la sangre al primer tono. Casi no me llamaba nunca nadie y muchísimo menos a las tres de la madrugada.

Pillé el aparato y lo arranqué del cargador. Al descubrir el nombre de Shep en la pantalla, el pánico fue a más mientras yo intentaba darle a «aceptar» como buenamente podía.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Necesito que vayas a casa de Rho —me ordenó con la voz tensa. Estaba intentando contener la emoción que fuera que intentaba escapársele.

—Cuéntame —le exigí a pesar de que ya estaba moviéndome y vistiéndome con unos pantalones de chándal y una camiseta.

—Se ha prendido fuego en la casa victoriana.

—Dime que Rho está bien —gruñí.

—Está bien —me aseguró Shep—. No ha afectado a la caseta. Los bomberos ya lo han extinguido. Estaba bastante concentrado en la zona de la casa que ya se quemó en su día, así que no ha ido a más.

Frené mientras estiraba el brazo para coger las llaves. No era nada fácil que algo que ya se había quemado volviese a arder. No tenía ni pies ni cabeza. E hizo que se me revolvieran las tripas.

—Llego en diez minutos.

Colgué antes de que Shep pudiese responder. Me puse las bambas y eché a correr hacia la furgoneta.

Tardé ocho minutos en recorrer el trayecto hasta la casa de Rho; ese que, de normal, me llevaba quince. Había camiones de bomberos por todas partes, junto con coches del departamento del *sheriff* y la ya habitual camioneta plateada de Shep. Aparqué a su lado, salté y cerré la puerta de mi vehículo de un portazo tras de mí.

Atravesé el camino de gravilla con grandes zancadas e ignoré a todos los bomberos y policías en busca de una única persona. En

cuanto la vi, solté todo el aire que tenía dentro.

Rho se había cubierto con una manta que le caía por los hombros y sujetaba la correa de Galleta con una mano. Estaba muy pálida y escudriñaba todo cuanto la rodeaba. Pero, en realidad, no estaba viendo nada. Era como si estuviese en trance.

Eché a andar hacia ella por instinto. Absolutamente nada podría haberme mantenido alejado. Me detuve justo frente a Rho, pero siguió sin reaccionar. Levanté una mano y le di un delicado apretón en el cuello.

—Mírame, insensata.

Pestañeó varias veces y al final centró la vista en mí.

—¿Anson?

—Aquí estás. —Le busqué aquella mirada color avellana y que ahora estaba muchísimo más apagada que de costumbre—. ¿Te encuentras bien?

Rho asintió.

—Sí. Pero... ¿qué haces aquí?

—Lo he llamado yo —terció Shep.

Bajé la mano de inmediato y me giré hacia mi amigo.

Shep me miró con los ojos entornados, pero enseguida se centró en Rho.

—He pensado que nos vendría bien tener a nuestro experto en reconstrucciones de edificios dañados por incendios.

Rho frunció el ceño.

—Es de madrugada. No deberías haberlo despertado.

—Claro que sí —solté yo.

Ella me miró y sus ojos recuperaron cierta vivacidad.

—Es absurdo. Ahora mismo, tampoco puedes hacer nada —dijo Rho, y se le hundieron los hombros—. A lo mejor esta casa está embrujada.

Shep se le aproximó, le envolvió los hombros con un brazo y la acercó a él.

—No está embrujada. Vamos a descubrir qué ocurre y a solucionarlo.

Apreté los dientes mientras una sensación de calor me envolvía la piel. Pero no era calor por el fuego, porque ya habían extinguido el incendio. Tenía toda la pinta de ser celos. Porque una parte de mí quería que fuese yo quien estuviese abrazando a Rho. A pesar de que sabía que no podía.

Y entonces apareció otra camioneta, salieron Nora y Lolli a toda prisa y echaron a correr hacia las escaleras del porche. Envolvieron a Rho y la abrazaron antes de guiarla dentro, junto con Galleta.

En cuanto cerraron la puerta, Shep se me acercó.

—Trace está esperando a que el jefe de los bomberos le diga algo. Vamos.

No dije nada. Lo seguí y fuimos hacia aquel musculado *sheriff* y los policías que lo rodeaban. Trace tenía algo que siempre me ponía de los nervios. Tenía el tipo de agudeza que la Unidad de Análisis del Comportamiento andaba buscando constantemente. Lo cual significaba que, cuando estaba cerca de él, no podía bajar la guardia lo más mínimo ni un solo segundo.

Trace desvió la mirada hacia nosotros mientras nos acercábamos y, al fijarse en mí, entornó los ojos.

—Anson —me saludó, a pesar de que lo hizo con una especie de tono inquisidor.

—Me gustaría que le echase una ojeada a la casa cuando acaben los bomberos —le contó Shep.

A Trace se le movió un músculo de la mandíbula.

—No sé si podrá. Todavía no sabemos nada.

Volvieron a saltarme las alarmas. Nuestro equipo se había asegurado de ir limpiándolo todo con cuidado y la última persona que estuvo en la casa victoriana anoche fui yo. Sabía que no se había dejado nada nadie. Además, como la electricidad del edificio no estaba conectada, solo podíamos encontrarnos ante un hecho: un incendio premeditado.

—Venga ya... —dijo Shep algo molesto.

—No se pueden plantear gilipolleces con algo así —escupió Trace entre dientes—. Tenemos que seguir el procedimiento oficial.

Shep abrió la boca para rebatírselo, pero levanté una mano para detenerlo e intervine:

—Esperemos a ver qué dice el jefe de los bomberos. Total, nadie se va a acercar a la casa hasta que den el visto bueno.

Al final, Shep asintió con un único movimiento de cabeza.

Trace volvió a mirarme. Su escrutinio reflejó todo aquello que yo no quería que me preguntara.

—Colson —lo llamó un hombre que parecía tener unos cincuenta largos y que se nos estaba acercando a grandes zancadas.

Trace se giró hacia él.

—¿Qué ha encontrado, jefe?

El hombre señaló con la cabeza un tipo más joven que tenía al lado y que iba vestido con todo el equipo de protección. Este saludó con un gesto de cabeza.

—Está clarísimo. Ha sido provocado. Toda la parte este de la casa apesta a gasolina. Hemos encontrado materiales inflamables fuera, donde alguien le habría prendido fuego.

Shep soltó una retahíla de tacos, pero Trace guardó un silencio absoluto. El único indicio que delató cómo se sentía realmente fue el espasmo que le dio en la mandíbula. Trace desvió la vista hacia el jefe de los bomberos para preguntarle:

—¿Cuándo puedo traer a mi equipo para inspeccionar la escena?

—Tan pronto como quiera. Parecía peor de lo que es en realidad. Se ha concentrado en la habitación de la esquina noroeste. El fuego tampoco ha encontrado mucha cosa por quemar, ni siquiera con el combustible de más —respondió el jefe de los bomberos.

Trace asintió con la cabeza y se giró hacia uno de sus oficiales.

—Quiero que los de criminalística del condado se planten aquí ya.

El chico, más joven que él, se apresuró a asentir con la cabeza y pilló el móvil.

—¿Le importa que le eche un vistazo rápidamente? —pregunté, e intenté, con todas mis fuerzas, mantener un tono informal aunque respetuoso.

El jefe de los bomberos se giró hacia mí, me miró con los ojos entornados y me preguntó:

—¿Y usted quién narices es?

Shep respondió:

—Greg Nelson, le presento a Anson Hunt, mi especialista en reparaciones de edificios dañados por incendios. —Se giró hacia mí —. Nelson es nuestro jefe de bomberos.

Shep sabía que yo ya habría atado cabos, pero aun así decidió presentarnos.

—No va a poder hacer absolutamente nada hasta que los hombres de Trace hayan acabado de investigar la escena —comentó Nelson.

—Y mujeres —terció una oficial que había en el círculo.

Nelson la miró.

—Tranquila, Beth. Ya sé que tienes más huevos que todos ellos.

Beth sonrió.

—Y anda que no se te olvida —señaló ella.

Trace pasó de aquel tira y afloja entre ambos y se centró en mí para preguntarme:

—¿Qué esperas encontrar?

No respondí inmediatamente. Tenía que andarme con cuidado y elegir las palabras adecuadas. Shep habló por mí:

—Anson sabe de incendios. Lleva años estudiándolos. Puede que detecte algo que nos sirva.

Trace siguió sin apartar su firme mirada de mí mientras su hermano hablaba.

—Si entras, vienes conmigo. Y no se te ocurra hacer absolutamente nada sin mi permiso.

Asentí con la cabeza.

—¿Tienes EPI de sobra?

—En mi todoterreno —contestó Trace.

Había visto al tipo siendo amable y divertido, pero resultaba evidente que yo no le caía con especial gracia. Y no pasaba nada. De hecho, era incluso bueno. A mí no me hacía falta el lastre que suponen los amigos.

Seguí a Trace hacia su vehículo, con Shep al lado. En cuestión de segundos, todos nos hubimos puesto aquella ropa de *Tyvek* y unas mascarillas N-95. Con esas pintas, parecía que fuésemos a entrar en un lugar donde se han derramado sustancias químicas (que, en muchos sentidos, era el caso). A ninguno le convenía inhalar emanaciones de gas; además, nunca se sabía qué toxinas podían intoxicar el aire tras un incendio.

Trace alargó el brazo para abrir una de las puertas traseras que daban a la cocina con la mano cubierta por un guante. Se detuvo en el umbral y nos ordenó:

—Quedaos detrás de mí.

Aún había un par de bomberos por la casa. Estaban revisando, por tercera vez, que no se hubiesen dejado ninguna ascua.

Trace nos guio por el pasillo hacia la biblioteca. Caminé por el espacio con la frente arrugada. Había algo que no encajaba. Se me despertó el sexto sentido, pero Trace siguió caminando.

Se detuvo en la entrada de lo que, en un su día, fue un despacho. La temperatura cambió; por más que ya hubiesen extinguido el fuego, aquí hacía muchísimo más calor.

—Hasta aquí. No avanzaremos más hasta que mis hombres hayan supervisado la zona.

No dije nada, simplemente me coloqué a su lado para ver mejor. El cuarto había quedado tan chamuscado que estaba irreconocible; fue como si alguien hubiese echado unos troncos ya quemados al fuego y los hubiese convertido en ceniza.

—Tendremos que reconstruirlo todo —señaló Shep en voz baja.

Si hubiésemos avanzado más en el proceso de restauración, habría sido aún peor. Aunque a lo mejor alguien no quería que avanzáramos. Al pensar en eso, regresé a la biblioteca.

La zona había quedado parcialmente chamuscada en el último incendio, pero este no le había afectado. Me bajé la mascarilla para inhalar. Gas. Y estaba por todas partes.

Volví a colocarme la mascarilla y estudié la estancia mientras intentaba dar con lo que me había hecho saltar las alarmas. Empecé a moverme por el espacio. Todavía quedaban algunos libros que seguían en relativamente buen estado en las estanterías. Y unos cuantos adornos, también. Incluso había un cuadro en la pared que parecía que solo hubiese perdido un poco el color debido a la exposición al humo.

—¿Qué narices haces? —musitó Trace.

Shep empujó delicadamente a su hermano para que diese un paso atrás.

—Tú dale un minuto.

Me detuve delante de una estantería. No era de esas empotradas, pero sí de buena calidad. Si no me fallaba el instinto, diría que se trataba de caoba, o incluso de caoba africana, tal vez. En el tercio inferior había armarios y la parte superior era todo estanterías.

La puerta del último armario estaba abierta. Anduve hacia allí y, a medida que me fui acercando, se me fue avivando todavía más el sexto sentido. Me puse en cuclillas y eché un vistazo dentro. Pero estaba demasiado oscuro.

—¿Linterna? —pregunté.

Oí unos pasos y, entonces, Trace me pasó una.

—Toma.

La cogí e iluminé el interior. Encontré lo que parecía un montón de papeles, pero no tenían pinta de haber sufrido daño alguno.

Noté cierta incomodidad en mi interior.

—¿Puedo sacar lo que hay dentro?

—Sí —respondió Trace—. Tengo una bolsa de pruebas.

Alargué el brazo con el guante puesto y saqué todo eso de allí. Me levanté y dejé la linterna con la luz hacia arriba en una estantería que parecía firme para que pudiéramos ver mejor. Me encontré con un sinfín de recortes de periódicos, todos sobre del incendio. Tampoco eran nuevos. Con los años, los bordes se habían quedado amarillentos.

De soslayo, reparé en algo rojo que me llamó la atención. Tinta. «No es sangre», me dije a mí mismo. Alguien había marcado parte del texto del artículo:

La hija de trece años de los Stirling sigue en estado crítico. Todavía no se sabe si sobrevivirá.

Habían señalado ambas frases dos veces, pero habían subrayado el «sobrevivirá» tres.

Fui hojeando artículo tras artículo, todos con la misma cantinela. Al llegar al último, me entraron náuseas. Habían vuelto a subrayar el «sobrevivirá», pero este artículo contenía una foto. Claramente, la identidad de la pequeña Rhodes había quedado desprotegida.

Se trataba de una foto familiar que seguramente se tomaron para alguna postal de Navidad o algo por el estilo. Aparecían todos posando en el campo que había detrás de la casa victoriana, envueltos por las montañas. Sin embargo, alguien había rodeado un montón de veces la cara de Rho en rojo. Lo había hecho tantas veces que, en algunas partes, incluso se había roto el papel. Y, debajo, había escrito lo siguiente:

IGUAL NO MERECÍAS SOBREVIVIR.

Capítulo dieciocho
Rhodes



—Tómate el té —insistió Nora, acercándome más la taza.

Fallon me dio un apretón en la rodilla por debajo de la mesa.

—¿Quieres que te ponga un poco de whisky? Igual te ayuda a calmarte un poco —dijo.

—Fallon Rosemary Colson. Lo último que necesita ahora mismo es alcohol.

Lolli rebuscó en el bolso.

—¿Y una de mis gominolas? Acabo de subirle la potencia a la mezcla.

—¡Mamá! —espetó Nora—. No intentes drogarla. Tenemos a las fuerzas del orden justo ahí fuera, incluido tu nieto.

Lolli siguió buscando.

—La hierba es legal, cielo. Y Rho es mayor de edad desde hace bastante tiempo. Se tomó uno de mis *brownies* cuando tenía...

Nora levantó una mano y anunció:

—No quiero oírlo.

Se me escapó la risa; joder, cuánta falta me hacía. Dejar de notar tanta tensión, tantas emociones acumuladas.

Arden se giró desde donde estaba, al lado de la ventana, y me miró con disimulo. Como si tuviera miedo de que me fuera a desmoronar. A lo mejor me pasaba. El hecho de que nuestra hermana, que a duras penas salía de la propiedad de Cope, hubiese venido aquí en mitad de la noche era señal de que tenía que preocuparme.

Bajó la mano hasta la cabeza de Galleta y lo acarició con dulzura. Los animales siempre se le acercaban. Era como si Arden hablase un idioma que solo ellos entendían.

—Puedes quedarte en casa de Cope —me dijo con una sutil aspereza en su suave voz—. Como está en plena temporada, no volverá hasta dentro de uno o dos meses. Y, aunque regrese, tampoco le importará.

No me pasó desapercibido el hecho de que no me ofreciera su caseta. A Arden le gustaba la soledad, pero incluso el hecho de sugerir que me quedase en casa de mi hermano era como un sacrificio para ella. Si estaba viviendo en la propiedad de Cope era única y exclusivamente porque, como la temporada de hockey ya había empezado, él casi nunca estaba en casa. Venía por vacaciones y durante algunas semanas fuera de temporada, pero nada más.

Sonreí a Arden en un intento por tranquilizarla.

—Estaré bien. Pero gracias.

—Si cambias de opinión, escríbeme. Siempre hay cuartos de invitados listos.

—Lo haré. Te lo prometo.

Nora, que estaba detrás de mí, me acarició el pelo con la mano.

—Creo que deberías venirte conmigo y con Lolli —opinó—. Al menos, hasta que sepan a qué se debe el incendio. Es demasiado

peligroso.

Intenté contener la mueca que casi se me dibuja en los labios. Me faltaban palabras para poder expresar lo muy agradecida que le estaba a Nora, pero lo último que quería yo era que estuvieran encima de mí.

Lolli me sonrió pícara y comentó:

—Te haré *brownies* de esos...

—Lolli, me pasé horas alucinando. No, gracias.

Cuando me ofreció uno hacía unos cuantos años, yo no tenía ni idea de lo que contenía su «receta especial».

—Igual hice una tanda un pelín demasiado fuerte —dijo, arrugando la frente.

Fallon resopló.

—¿Tú crees? Rho contó que le hablaban las flores del jardín.

Se abrió la puerta principal y Galleta soltó unos cuantos ladridos y gruñidos mientras salía corriendo hacia un grupo de hombres.

—Ay, mierda —musité, y me puse de pie enseguida.

Lo último que me faltaba era que Galleta mordiese a alguien.

Pero Anson se apresuró a colocarse delante de Trace y se agachó. Al hacerlo, tendió una mano y Galleta se detuvo.

—Calma, G. —le susurró Anson—. No te van a hacer daño.

Galleta soltó un gruñido grave mientras miraba a Shep y a Trace.

—Son amigos —calmó Anson al perro.

Anson se acercó un poco más a Galleta y le rascó debajo del hocico y detrás de la oreja. Galleta empezó a mover la pata trasera con ilusión.

—¿Tienes una correa? —me preguntó Anson.

Cogí una de los percheros que había en la pared y la até al collar de Galleta.

—No pasa nada, colega. Todos los que están aquí son buena gente.

Trace alternó la vista entre el perro y Anson.

—Se te da bien tratar con él —le dijo.

Anson se encogió de hombros y contestó:

—Me lo gané con premios.

Shep rio, pero el humor no le llegaba a la mirada cuando comentó:

—La comida es siempre la solución.

Miré a los tres hombres que estaban de pie en la entrada.

—Habéis encontrado algo —señalé.

Trace mostró una expresión delicada, una que no dejaba entrever demasiado.

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió este.

Me dio un vuelco el estómago, pero tiré de la correa de Galleta para que regresara al salón.

—Dame —se ofreció Arden—. Ya lo cojo yo.

Le pasé la correa. Me parecía todo un poco confuso. Paseé la vista por la estancia en busca de un lugar para sentarme. No es que fuese una zona especialmente grande y ahora éramos muchos allí dentro.

Arden permaneció al lado de la ventana, un poco alejada: un lugar desde el cual pudiese ver toda la sala y mantenerse alerta por si había algún cambio. Como siempre. Lolli y Fallon estaban en la mesa, pero tenían la vista puesta en Trace. Lolli no estaba riendo socarrona y Fallon tampoco tenía su dulce sonrisa dibujada en los labios. Nora se levantó y agitó las manos, como si sentarse supusiera un sobreesfuerzo.

Tomé asiento en el sofá. Había una silla y un puf para que la gente se acomodara, pero nada más. Como si pudiera percibir mi

ansiedad, Shep vino hacia el sofá y se sentó a mi lado. Me dio una palmadita en la rodilla y me tranquilizó:

—Lo arreglaremos. No te preocupes.

No podía mirarlo. Tenía la vista clavada en los inquebrantables ojos azules de Anson y no podía apartarla de allí. Intenté atisbarle algo en la expresión, pero no conseguí dar con nada.

Trace se aclaró la voz y se acomodó en el puf que había justo delante de mí.

—Hay pruebas que apuntan a un incendio premeditado.

Inhalé con fuerza. Lo hice tan deprisa que me dolió y se me contrajeron los músculos en un acto reflejo.

—¿Alguien ha intentado echar la casa abajo?

La voz no me sonó como de costumbre. Fue como si otro ser humano se hubiese adueñado de mis cuerdas vocales.

Trace no dejó que se le colara reacción alguna en el rostro. Ese era su don, y era aterrador. Podía inhibir cualquier muestra de emoción en cualquier situación y poner una cara de póquer absoluta.

—Sí.

Entonces, quien se movió y vino hacia el sofá por detrás fue Nora. Me colocó las manos en los hombros como si tuviese que asegurarse de que yo estaba bien.

—Pero ¿quién haría algo así? —quiso saber.

Trace levantó la vista hacia ella un segundo y anunció:

—Los de criminalística están allí ahora mismo. Esperamos que encuentren huellas o algo que nos lleve a dar con el responsable.

Noté la mirada de Anson antes de centrarme en sus ojos; tenía la vista fija en mí, en un escrutinio abrasador. Levanté los ojos y volví a clavarlos en los suyos, azul grisáceo. Ahora eran casi solo grises. Esa fue la única señal que me indicó que había más.

—También hemos encontrado otra cosa —prosiguió Trace, a pesar de que yo no aparté los ojos de Anson.

—¿Qué? —lo presionó Nora.

—Unos recortes, escritos. Elementos que nos llevan a pensar que el sujeto en cuestión está obsesionado con Rho.

Aparté la vista de Anson y miré a Trace.

—¿De qué eran?

Trace negó con la cabeza.

—No hace falta que conozcas los detalles.

—Sí que hace falta —dijo Anson, con un tono de voz bajo pero firme.

Trace levantó la cabeza de golpe hacia él.

—Tú no sabes lo que le hace falta o no a mi hermana —espetó.

Anson no hizo ademán alguno de retractarse. Simplemente se quedó mirando a Trace y señaló:

—Tiene que saber cuán serio es todo esto. Debe saberlo para andarse con cuidado. Y ha de tener conocimiento de ello porque es su maldita vida. —Aquella última frase fue acompañada de una especie de gruñido; una especie de desafío en las palabras de Anson.

A Trace se le tensaron los músculos de la mandíbula al máximo.

—No necesita tanta mierda atosigándola.

—Trace —tercié yo en voz baja. Mi hermano se giró despacio hacia mí—. Es mi vida —repetí lo que acababa de evidenciar Anson—. Merezco saber todo lo que sepáis vosotros ya.

Trace movió un poco la mandíbula y me contó:

—Eran recortes de artículos del periódico con noticias sobre el primer incendio. —Tomó una profunda bocanada de aire—. En uno había una foto tuya con tus padres y tu hermana. Habían rodeado tu cara y debajo...

Dejó la frase a medias, y yo, que me esforcé en tragar saliva, le pregunté en un susurro:

—Debajo, ¿qué?

A Trace le dio un espasmo justo en el punto en el que se juntaban la mandíbula y el pómulo.

—Debajo alguien escribió: «Igual no merecías sobrevivir».

Oí un montón de gritos ahogados y tacos a mi alrededor, pero casi no pude interiorizarlos. Empezaron a pitarme los oídos y se me aceleró la respiración. Noté que se me pegaba la lengua al paladar e intenté hablar, pero no conseguí pronunciar ninguna palabra. Aunque tampoco tenía ni idea de qué iba a decir.

Miles de escenarios hipotéticos me inundaron la mente. Pero, sobre todo, intenté pensar en quién podía odiarme tanto como para desear que estuviese muerta. No se me ocurrió absolutamente nadie. Aunque era evidente que no poseía el radar más perfecto del mundo, porque, claramente, esa persona existía.

—¿Tenéis idea de..., de quién...? O sea, ¿hay algún sospechoso?

—No lo sabemos. Todavía —señaló Trace—. Pero lo descubriremos. Te lo prometo.

Anson dio un paso hacia mí.

—Pero, hasta que no te instales un buen sistema de seguridad, nada de quedarte aquí sola.

Capítulo diecinueve
Rhodes



—Esto es absurdo —señalé exasperada mientras la gente iba colocando sacos de dormir por el suelo de mi salón.

Fallon me envolvió por la cintura y me dio un buen abrazo.

—O eso o mamá te obliga a mudarte con ella y Lolli.

Ahí cerré el pico de inmediato. Por suerte, había hablado con Nora, Lolli y Arden para que se fueran a casa, pero solo después de que Trace y Shep prometieran que se quedarían.

—Te aguantas, Rho —dijo Trace mirándome fijamente.

—Y Keely ¿qué? —insistí—. Estoy segura de que a la niñera no le apetece quedarse toda la noche.

Trace negó con la cabeza.

—Está en una fiesta de pijamas.

Dejé caer los hombros.

—El suelo será incómodo que flipas.

—Pues ve a comprobar por qué Shep está tardando tanto con el colchón —gruñó.

Respiré profundamente, zafándome del abrazo de Fallon, y fui hacia la puerta principal. Los bomberos ya se habían marchado, pero los de criminalística seguían trabajando. Cuando Shep fue a por las cosas de acampada y todo el mundo se hubo ido, ya casi eran las cinco de la madrugada. Dormir no serviría de nada.

Abrí la puerta delantera y tuve que frenar en seco porque me encontré con Shep y Anson hablando en voz baja pero con un tono cortante. Anson levantó la cabeza de repente al percatarse de mi sutil movimiento. Tragué saliva con fuerza.

—¿Va todo bien? —pregunté.

Pensaba que Anson se había ido hacía una hora.

Shep se frotó la cara con una mano.

—Solo estamos tratando de concretar qué hacemos mañana. Tendremos que enviar al personal a otro proyecto.

«Mierda». Esto no solo me jodía a mí. No debía olvidarlo.

—Lo siento, Shep.

En ese instante, vino hacia mí con dos colchones de acampada bajo el brazo y me envolvió como pudo con el otro.

—Tú no tienes la culpa de nada.

Me acomodé en su costado.

—Ojalá pudiera pegarle una patada en los huevos a quien lo haya hecho —solté.

Shep rio, pero sonó más bien forzado.

—Me parece la mar de razonable.

Anson nos miró bajo el resplandor de la luz del porche.

—Cuidadín. No deberías meterte con quienquiera que haya hecho esto.

Juraría que el tono de Anson iba cargado de preocupación y dejaba entrever que se interesaba más de lo que le hubiera gustado. Aunque tal vez fueran solo imaginaciones mías.

—Vigilaré. Además, con estos dos guardaespaldas que tengo, no podrá pasar nadie.

—Tres guardaespaldas —dijo una voz bajo el oscuro manto de la noche justo cuando Kye echaba a andar por el caminito que daba a la caseta de invitados con sus botas moteras puestas. A pesar de la poca iluminación, seguía pudiéndole ver la cara: estaba más pálido que de costumbre y tenía el ceño fruncido en señal de preocupación —. Lo siento, el móvil estaba en silencio. Acabo de ver todos los mensajes y llamadas. ¿Estás bien?

No hizo ademán de abrazarme. Kye no era así. Sin embargo, vi que el desasosiego le centelleaba en la mirada. La culpabilidad me carcomió por dentro. Mi segunda familia, esa que había encontrado, también tenía sus heridas, y yo aquí: alterándolos a todos con este susto.

Hice todo lo que pude por sonreír.

—Hombre, pues Lolli ha intentado drogarme en un intento por ayudar, o sea que tampoco está todo tan mal.

A Kye no se le movieron ni un ápice los labios.

—Rho —me insistió.

Se me hundieron los hombros.

—Estoy bien. En serio. Pero Fallon se ha preocupado al ver que no respondías. Deberías decirle que estás bien.

Kye soltó un taco por lo bajo seguido de un:

—Sí.

Fue hacia dentro sin dirigirle ni una sola palabra a Anson. No es que quisiera ser borde; es solo que tenía la cabeza en otra parte.

Anson carraspeó.

—Yo voy a ir tirando. —Miró a Shep—. Hablamos por la mañana.

Shep levantó la barbilla.

—Gracias, tío. Te agradezco un montón la ayuda.

Noté algo en el tono de Shep. Una especie de gravedad que no tenía demasiado sentido. Aunque, claro: tampoco entendía muy bien por qué había llamado Shep a Anson; eso, para empezar. Él tampoco podía hacer nada para ayudar esta noche.

Anson se limitó a asentir antes de desviar la vista hacia mí. Me quedé helada. La forma en que me miró hizo que me quedase petrificada mientras él me escrutaba con los ojos. Fue como si estuviese asegurándose de que no estaba herida, de que realmente me encontraba bien.

—Cuídate, insensata —dijo entre dientes.

A quien le tocó asentir entonces fue a mí porque, por lo visto, mis cuerdas vocales se habían puesto en huelga. Pero Anson tampoco esperó a que respondiera; simplemente se dirigió hacia la camioneta.

Shep me dio un rápido apretón en el hombro.

—¿Qué os pasa últimamente a vosotros dos? No sé si todavía os odiáis o si habéis desarrollado una especie de extraña amistad.

Hice una mueca. No sabía muy bien si a Shep le gustaría saber lo que me había contado antes Anson. Así que me lo guardé para mis adentros.

—Creo que, en cierto modo, nos entendemos mutuamente.

Shep se quedó de piedra y me analizó la cara con la mirada.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Pasé el peso de un pie al otro y respondí:

—No me ha contado lo que le ocurrió ni nada por el estilo, pero sé que también ha vivido una pérdida. Comprende por lo que he pasado. Algunas cosas son difíciles de sacarlas a la luz. Que no por eso deja de ser menos tocapelotas, pero es un tocapelotas al que entiendo.

La cautela le inundó el rostro a Shep.

—Tú solo vigila. —Se mordió la mejilla por dentro—. La mierda que tuvo que aguantar Anson es... fea. Más fea de lo que hemos visto nosotros jamás. No quiero que te arrastre a ti también.

El estómago me dio un violento vuelco. Teniendo en cuenta por todo lo que habíamos pasado mis hermanos y yo, conocíamos de primera mano lo peor de lo peor. Al menos, eso pensaba yo. ¿Qué podía haber más feo que eso?

—No, necesitamos Nutella y frutos rojos —dijo una voz que se coló en mi adormilada mente.

—Lolli —siseó Nora—, creo que con la nata basta.

—A la chica casi se le quema la casa y alguien la está acosando que da miedo. Creo que se merece un poco de chocolate —argumentó Lolli.

Oí un gruñido a mi lado y, entonces, Fallon me dio un fuerte codazo en la tripa.

Me quejé mientras me tumbaba bocarriba.

—Soy demasiado mayor para esto.

—Lo siento —musitó ella mientras intentaba sentarse—. Tienes que comprarte una cama más grande.

—Es que no tenía previsto montar una fiesta de pijamas a los veintisiete —gruñí.

Fallon me miró con una ceja enarcada.

—Yo diría que te convendría tener alguna fiesta de pijamas, pero más rollo adulto.

La fulminé con la mirada.

—Mira quién fue a hablar. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste tú una cita?

Cerró el pico de inmediato.

—Eso pensaba —contesté.

Me froté la cara. Me ardían los ojos; fue como si me hubiese pasado la noche echándome ácido. Solo que no había dormido tanto rato. Miré el reloj. Las ocho y cuarto.

Oí el ruido de tarros y sartenes en la cocina.

—Silencio —siseó Nora.

—Demasiado tarde. Cualquier persona a cinco kilómetros a la redonda ya se ha despertado —respondió Kye.

Lolli rio.

—Perdón. Pero hemos preparado unos gofres.

Sonreí. No pude evitarlo. Dios, si es que mi familia era maravillosa.

Me quité las sábanas de encima de golpe, me senté y me puse las zapatillas. Ni siquiera me molesté en quitarme el pijama y cambiarme; simplemente pasé por el baño un minuto para lavarme los dientes. Cuando llegué al salón, me encontré a Keely correteando por el pasillo.

Se empotró a mí con todas sus fuerzas y levantó la cara para observarme con una mirada acusadora.

—¿Has montado una fiesta de pijamas sin mí?

—No estaba previsto. Te lo juro.

Keely siguió mirándome como si estuviese valorando si creerme o no.

—Bueno, pues espero que cuando venga yo también organices una.

Reí.

—Hecho. ¿Y si te lo compenso con algunos gofres?

—¡Con Nutella! —añadió Lolli desde la cocina.

—¡Sí! —gritó Keely alegre y echó a correr en esa dirección.

—Mierda... —musitó Lolli—. Se me han olvidado las virutas en el coche.

—No necesitamos virutas —insistió Nora.

—¡Por supuesto que sí! Son de unicornios —comentó Lolli mientras pasaba ajetreaba por mi lado y, a continuación, por el de Trace.

Kye se estiró mientras se levantaba del sofá y los elaborados tatuajes que se le veían debajo de la camiseta hicieron acto de aparición.

—Has de comprarte un sofá más cómodo, Rho. Este tiene unos bultos que te cagas.

—Esa boca —lo riñó Nora.

—Creo que no me desharé de este sofá con bultos, así la gente no se quedará a dormir —espeté.

Kye me miró sonriente.

—Menos mal que he dormido en peores circunstancias —contraargumentó él.

—Eso seguro —musitó Fallon.

Decir que Kye tuvo una época un poquito rebelde en el instituto sería quedarse corto. Nora confesaba que le había hecho salir más canas que todos los demás juntos.

Kye miró a Fallon con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

Ella se mordió el labio inferior.

—No me cogiste el teléfono. Y tú siempre lo haces. Estaba preocupada.

Quería decir que siempre se lo cogía A ELLA. Porque tenían un vínculo que ninguno de nosotros había conseguido estrechar jamás con él, excepto Fallon. Kye tenía su propia forma de preocuparse por los demás, pero era una forma que también le permitía mantener al resto bien alejados. Aunque con Fallon no era así. Con ella siempre se abría.

Kye dibujó una mueca.

—Perdona. El móvil estaba en silencio.

Fallon se lo quedó mirando largo y tendido y le atisbé algo parecido a la aflicción en el rostro, pero enseguida se giró para ir a ayudar a Nora con los gofres.

Alguien me apoyó la mano en el hombro. Al levantar la vista, me encontré con los ojos verdes de Trace.

—¿Te encuentras bien? —se interesó.

—Dejando de lado alguna que otra hemorragia interna cortesía de haber compartido cama con Fallon, estoy bien.

Trace rio y las sutiles arrugas que le rodeaban los ojos se le marcaron un poco más.

—Es minúscula y calladita, pero también es violenta, aunque eso es un secreto.

—Y una verdad como un templo —coincidí y lo examiné un segundo mientras intentaba averiguar qué diría a continuación—. ¿Hay novedades?

La diversión le abandonó el rostro.

—Es demasiado pronto. Debemos llevar a cabo un montón de pruebas y el proceso no es precisamente rápido. Pero les he pedido a los del laboratorio que me hagan un favor y espero que prioricen esto.

—No hacía falta que se lo...

Trace me dio un apretón en el hombro.

—Rho. Me importas. Me importabas ya cuando no eras más que la pesada de la compinche de Fallon. Pero ahora eres mi hermana en todas las formas habidas y por haber. Haría lo que fuera por ti.

Se me instaló un nudo en la garganta y lo abracé por la cintura con todas mis fuerzas.

—Como me hagas llorar antes del desayuno, me enfadaré de verdad.

Trace se atragantó con su propia risa.

—Dios no quiera que tengamos que aguantarte cabreada porque tienes hambre.

—¡Que alguien la alimente! ¡Rápido! —gritó Shep mientras le pasaba un plato a Keely y luego a Arden—. No quiero perder un ojo.

—¡Cállate! —espeté yo.

—Mirad a quién he encontrado —anunció Lolli desde la puerta con un tono juguetón en la voz.

Miré por detrás de Trace y me encontré a un Anson asustado mientras lo arrastraba mi segunda abuela, de ochenta y tres años. Anson iba asimilando cuantísima gente había allí con los ojos tan abiertos que resultaba hasta cómico.

Keely se subió a un taburete de la encimera para verlo mejor.

—¿Eres el nuevo noviete de mi *superabu*?

Kye se atragantó con el zumo de naranja a la vez que Nora soltaba un sonido ahogado. Fallon se llevó la mano a la boca en un intento por contener la risa, pero Shep simplemente se rio por lo bajo mientras miraba hacia ellos.

—Menudo partidazo, A. —le dijo Shep.

Anson se sonrojó, pero Lolli se limitó a soltar una carcajada mientras le daba unos golpecitos en el pecho.

—No sé yo si podría seguirle el ritmo a este de aquí —comentó Lolli y le guiñó un ojo a Anson—. Aunque vaya si me gustaría intentarlo.

—Por favor, que alguien me resetee el cerebro —suplicó Trace.

Lolli le dio una colleja al pasar y lo reprendió:

—Menos descaro, jovencito.

Todos formamos una especie de cola caótica para servirnos el desayuno. Mis hermanos al completo se pusieron a vacilar a Anson sin piedad alguna, pero el banquete que habían preparado Nora y Lolli los distrajo enseguida. Había gofres acompañados con todo lo que una pudiera imaginar: arándanos, fresas, frambuesas, Nutella, nata, virutas de chocolate, sirope de arce y moras Marion y, cómo no, beicon y salchichas.

Nos dispersamos por el salón y ocupamos cualquier superficie que pudiésemos utilizar para comer. Surgieron, como mínimo, cuatro conversaciones distintas, con todo tipo de distracciones. Y, aun así, yo seguí buscando a una única persona.

Anson estaba un poco más rezagado, inclinado sobre su plato al final de la isla de la cocina. Observaba la escena como si fuera una película. Sin embargo, a medida que fueron pasando los segundos, la mirada se le fue ensombreciendo cada vez más.

Las palabras de Shep me retumbaron en la mente: «La mierda que tuvo que aguantar Anson es... fea. Más fea de lo que hemos visto nosotros jamás».

Anson dejó el plato en el fregadero con cuidado antes de echar a andar por el pasillo. No parecía que nadie se diese cuenta; fue como si estuviese acostumbrado a moverse cual fantasma. Pero yo sí lo había visto.

Me levanté y lo seguí pasillo abajo. Me puse unos zapatos a toda prisa y salí fuera, donde ya había amanecido.

Anson ya estaba a medio camino del aparcamiento, de modo que eché a correr para pillarlo.

—Anson —lo llamé.

Se le tensaron los hombros, pero disminuyó la marcha y se giró para mirarme.

Me detuve justo frente a él. No le dije nada; simplemente me fijé en su rostro en un intento por desvelar los secretos que tan hondo escondía.

La áspera voz de Anson supuso un claro contraste contra los rayos matutinos; contra el brillo del sol.

—Deberías regresar con tu familia.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Lo estás pasando mal.

Abrió la boca como si fuese a rebatírmelo y volvió a cerrarla enseguida mientras apartó la vista hacia las montañas.

—Siempre lo paso mal. Ya estoy acostumbrado.

Alargué el brazo y entrelacé los dedos con los suyos. Noté los bultos y la aspereza de los callos, o tal vez de alguna cicatriz. Anson se sacudió ante la estupefacción que le provocó ese simple roce. Pero yo no lo solté. ¿Cuándo fue la última vez que alguien lo había tocado en un sencillo gesto de ternura? Dudaba que quisiera saber la respuesta a dicha pregunta.

Levanté la vista hacia aquellos turbulentos e insondables ojos.

—No deberías estar pasando por esto tú solo.

Un músculo se tensó en su mejilla y respondió:

—Es la única forma de no contagiar a nadie.

Capítulo veinte
Anson



Su mano ardía. Al notar aquellos largos y esbeltos dedos entrelazándose con los míos, me abrasó allí mismo. Hacía tantísimo tiempo que no había sentido una especie de confort como ese que la sensación me resultó del todo desconocida.

Rho levantó la vista para mirarme con sus turbulentos ojos color avellana.

—El dolor no puede contagiar a nadie. La cosa no va así.

Se equivocaba. Toda la fealdad a la que había tenido que enfrentarme no se asemejaba en nada al dolor normal. Y lo ocurrido anoche no hizo más que avivarlo todo de nuevo.

Rho me dio un apretón en la mano y volví con ella. Al aquí y al ahora.

—Pero alguien puede ayudarte a cargar con esto. No sé qué te ocurrió, pero sé que pesa.

Noté un nudo en la garganta. Una parte de mí quería confesárselo todo. Contarle hasta el detalle más retorcido. Pero no podía soportar

ni imaginarme verle aquellos preciosos ojos llenos de repugnancia.

—¡Anson!

La voz de Shep me sacó de aquella espiral de pensamientos y le solté la mano a Rho de un tirón. Se le coló una pizca de dolor que no me pasó desapercibida en la mirada. Por eso, me mantenía alejado. Porque ya estaba causando estragos.

Shep vino corriendo hacia nosotros.

—¿Has encontrado todo lo que necesitabas?

Asentí una única vez. Me había pasado por la única tienda de electrónica que había a unos ciento sesenta kilómetros de distancia que abría a las ocho. Tenían todo lo que nos podría sacar de apuros, al menos hasta que Shep pudiese encargar más material del bueno; de ese que tanto le gustaba a su cerebro, que era un obseso de la tecnología.

—Tenían lo básico. ¿Encargas tú el resto? —le pregunté.

—Llegará pasado mañana. Pero al menos esto nos servirá para poder instalar el sistema central —respondió él.

Rho alternó la vista entre nosotros y se interesó:

—¿De qué estáis hablando?

Shep se giró despacio hacia su hermana.

—Sé que no te apasionan las alarmas, pero...

—Shep —gruñó ella—. No vais a poner uno de esos sistemas tan absurdos en mi casa. Es demasiado. No me acordaré del código en la vida. Uno de mis bichitos de acogida o yo acabaremos haciendo saltar esos sensores que tanto te gustan. Además, uno de los agentes de Trace se pasará por aquí cada equis horas. No.

Me miró fijamente.

—Necesitas una alarma. Esto o te vienes a vivir con uno de nosotros.

A Rho se le iluminó la mirada, llena de desafío, y aquel brillo dorado le centelleó en los ojos.

—A mí no me vengas con órdenes, Shepard Colson.

Él hizo una mueca.

—Rho, alguien le prendió fuego a tu casa anoche. Y dejaron una amenaza bastante evidente. Necesitas protección y la necesitas ya.

Ella exhaló todo el aire que guardaba en los pulmones de una sola vez.

—Trace ya me ha puesto en su lista de lugares por los que patrullar.

—Lo cual significa que los oficiales se pasarán por aquí cada dos horas. Entre una visita y la otra, pueden ocurrir un montón de cosas.

Al pensar en eso, se me revolvieron las tripas, pero sabía que Shep tenía razón. A cualquiera podía venírsele el mundo abajo en cuestión de segundos.

Rho se mordisqueó el labio inferior.

—Un sistema de alarmas y cámaras en el exterior, pero nada de sensores de esos extravagantes ni algo que se le parezca.

—Tenemos que instalarte sensores en las puertas y las ventanas. Así funcionan las alarmas. Pero te prometo que no pondremos detectores de movimiento —le aseguró Shep.

—De acuerdo. Pero más te vale que el código sea fácil de recordar —se quejó ella.

—Mi cumpleaños, pues —bromeó Shep.

Rho le sacó la lengua.

—Para el próximo, te regalaré solo un par de calcetines. Y le diré a Lolli que quieres otro cuadro de brillitos de un elfo descamisado para que forme parte de tu colección.

Shep abrió la boca perplejo y la amenazó:

—Ni se te ocurra.

Rho arqueó una ceja a modo de desafío y le contestó:

—Eso dependerá de si tú mantienes tu palabra con lo de la alarma. Y eso incluye no convertir mi casa en una especie de casa robot superfriki.

Me atraganté con algo parecido a una media risa y a media tos, y Shep me fulminó con la mirada. Su especialidad era edificar casas con tecnología de alta gama. Instalaba altavoces en todas las salas, tanto para equipos de música como para interfonos. Todo eran electrodomésticos, iluminación y cerraduras que se pudiesen controlar desde el móvil. Le encantaban todas las *frikadas* que hubiese en el mercado, pero era evidente que a Rho no.

—Hay quien agradecería que le adaptara la casa al siglo XXI —refunfuñó.

—Pues ve a por esos clientes. Yo no quiero que la posesa de la inteligencia artificial me invada el espacio y me asesine mientras duermo.

Shep se limitó a mover la cabeza.

—Tú y Fallon tenéis que dejar de ver pelis de terror.

Rho lo miró fijamente y contestó:

—Podría suceder. No sabes de lo que es capaz la porquería esa.

—Es capaz de hacer cualquier cosa para la que se programe —contraargumentó él, que me miró en busca de ayuda.

Levanté ambas manos y afirmé:

—Estoy a favor de la seguridad, pero puedo vivir sin el resto. A mí me gusta encender las luces dándole a un interruptor.

—¿Ves? —intervino Rho.

—Sois irremediables. Los dos. —Shep echó a andar hacia su camioneta—. Venga. Empecemos a instalarlos.

Sabía que tenía que seguirlo, pero fui incapaz de no volver a robarle otra mirada a Rho. Para impregnarme un poco más de su

luz. Solo que ella ya tenía puesta su mirada en mí. Y la expresión bromista que mostraba antes su cara, al vacilarle a Shep, había desaparecido. En su lugar, solo quedaba una férrea vulnerabilidad.

—Si alguna vez decides dejar que alguien te ayude a cargar con todo ese peso ni que sea un rato, me tienes aquí —me dijo.

No esperó a que le respondiera. Sencillamente dio media vuelta y regresó a la caseta de invitados, llevándose consigo su luz.

Me quedé observando durante demasiado rato cómo se marchaba; fue como si pudiese ver las partículas que iba dejando a su paso. Quería cogerlas absolutamente todas y guardármelas para mí. Pero eran como luciérnagas. Como las encerrara, morirían. Lo único que podía hacer era dejarlas libres para que bailotearan a mi alrededor en los momentos en que me honraran con su presencia.

Cuando la puerta de la caseta se cerró, me obligué a girarme.

Shep estaba esperándome en la camioneta, pero tenía la vista puesta en mí. No es que estuviese mirándome con crudeza, pero sí con cautela.

Me vinieron unos cuantos tacos la mar de llamativos a la mente e iban todos dirigidos exclusivamente a mí. Yo no era así. Yo no me quedaba mirando a una mujer cualquiera a quien a duras penas conocía como si me faltase una parte fundamental de mí nada más verla marchar.

Aunque, en el fondo, eso no era del todo cierto. A pesar de que ignoraba los detalles del día a día de Rho o cuál era su color o su comida favoritos, sí habíamos compartido mis más sinceros momentos de autenticidad (y los únicos) desde que falleció Greta. Era la única persona a quien había dejado atisbar ni que fuera una pizca de mi dolor.

Porque nunca había sentido que fuese útil abrirme con nadie y hablarles de mi sufrimiento. Porque, para empezar, aquel dolor era

culpa mía. No obstante, en aquellos ínfimos momentos con Rho, la chica había conseguido derrumbar los muros que yo había construido alrededor de dicha aflicción. Y había logrado que no me pareciese mal soltar unas cuantas partes de mí.

—A ver, ¿en qué estás pensando? —se interesó Shep mientras me acerqué a él.

Joder, si es que Shep, en el fondo, no quería saber la verdadera respuesta a su pregunta. Que no podía dejar de pensar en su her-ma-na. Una mujer que tenía ocho años menos que yo. Alguien con quién él se mostraba protector como el que más.

—En que tenemos que instalar un sistema con un montón de cámaras —musité.

—Anson...

Únicamente pronunció mi nombre, pero ya solo eso implicaba muchísimo más. Un peso que yo no sabía si podría soportar.

—Te necesito, tío. Necesitamos saber a qué nos estamos enfrentando. Si le das tus credenciales a Trace, te dejará consultar...

—No. —Solté aquella palabra con la misma fuerza que un latigazo —. No lo sabe nadie.

Era un milagro que nadie lo hubiese descubierto todavía. Había artículos sobre mí. Me habían hecho entrevistas en horario de mayor audiencia. Por no hablar de los libros que había escrito sobre lo intricada que es la mente de los delincuentes. Si me estaba salvando de las búsquedas en internet era porque me hacía llamar por mi segundo nombre.

Pero eso no podía salvarme de lo más tenebroso.

—Es mi hermana —soltó Shep entre dientes—. Un tarado le ha prendido fuego a su casa y ha dejado una amenaza. Tenemos que encontrar a esa persona.

Noté un peso en el pecho; una opresión ya familiar que hacía que me costase tomar ni que fuera una bocanada de aire sólida.

—No sé hasta qué punto te interesa que sea yo quien intente descubrirlo.

Porque ya había fallado antes. Cuando más importó.

Sin embargo, mientras entraba en una espiral de pensamientos, también fui consciente de que no sería capaz de mirar hacia otro lado. Porque me importaba Rho. A pesar de que no quisiera que fuese el caso.

Mentalmente, ya estaba intentando atar cabos. Estaba intentando buscar patrones de comportamiento, detonantes y respuestas. Y no podía parar.

Shep me miró con dureza.

—Eres nuestra mejor esperanza —insistió.

«Joder».

No era lo que quería oír. No pretendía ser la esperanza de nadie. Y menos con mi historial. Sin embargo, logré responder:

—Consígueme el informe de los bomberos. Dile a Trace que encuentre los de los incendios que hubo el año anterior o posterior y que no fuesen forestales. Sé que, como mínimo, hubo tres. Pero NO le cuentes que te lo he pedido yo.

—Ya está buscándome los informes que me pediste antes, pero le diré que me consiga también los otros —comentó.

Moví la mandíbula. Sabía que era un tic. Antes se me solía dar mejor esconderlos, pero las sensaciones estaban adueñándose de mí con demasiada fuerza.

—¿Qué explicación le has dado?

—Le he dicho que hemos visto algunas cosas en la reparación que no encajaban con eso de que fue un fallo eléctrico y que queríamos asegurarnos de que no se nos hubiese pasado nada por alto.

Era una buena excusa. Además, tampoco era ninguna mentira. Aquel incendio no tenía ni pies ni cabeza. Como tampoco lo tenía el hecho de que no hubiesen saltado las alarmas de humo para que la familia de Rho pudiese escapar a tiempo o lo rápido que se habían propagado las llamas.

Los cabos fueron atándose, formando nuevas conexiones. Parecían una telaraña de estrellas en medio de la oscuridad que era mi mente.

—¿Qué? —me preguntó Shep, alarmado de repente.

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Aún no.

Aunque no podía evitar preguntarme: ¿y si alguien provocó ese incendio hacía tantos años y ahora había vuelto para terminar lo que empezó?

Capítulo veintiuno
Rhodes



Después de mucho insistir, casi toda la pandilla del desayuno se largó. Trace me obligó a prometerle que le escribiría cada vez que fuese de un sitio a otro y, además, tuve que dejar que me instalase una maldita aplicación para que pudiese localizar mi ubicación. Sin embargo, por más agobiante que resultara todo eso, sabía que lo hacía por amor. Al igual que sabía que si Fallon no me dejaba ni a sol ni a sombra era precisamente por lo mismo.

Apoyé la cadera en la encimera.

—Os vais a trabajar. Y yo también.

Duncan me había escrito a primera hora de la mañana para proponerme que no pasaba nada, que podía tomarme el día libre. Aun así, yo le había asegurado que iría a trabajar, solo que un poquito más tarde de lo habitual.

Fallon hizo una mueca.

—Creo que hoy deberías descansar —opinó.

—Como me quede todo el día aquí, no voy a parar de darle vueltas al tema. Necesito mantenerme ocupada.

Frunció los labios mientras supongo que pensaba en lo que le acababa de decir.

—Pues te acompaño. Echaré el rato contigo y con Galleta.

Al oír su nombre, el cachorro levantó la cabeza.

—Fallon, ¿intentas ejercer de guardaespaldas? —le pregunté con una sonrisa.

Ella resopló y contestó:

—Si me lo propongo, puedo ser intimidante.

Se me escapó la risa sin que pudiera contenerme.

Fallon me miró con el ceño fruncido.

—Qué feo ha sido eso —se quejó.

Levanté ambas manos.

—Estoy convencida de que podrías pegarle una patada en los huevos a un tío cuando menos se lo esperase, pero no es que tengas unas vibras muy amenazantes.

Fallon irradiaba la energía más delicada de todo el mundo a quien conocía yo. Porque ella era así. Era empática hasta la médula y sentía como suyas las emociones de cualquiera que estuviese a su alrededor. Pero eso no significaba que no fuese dura. Como le hicieras daño a alguien a quien quisiera, ojito.

—¿Hace falta que le pida a Kye que me tatúe la cara?

Me atraganté con otra risa.

—Podrías hacerte un puñal al lado del ojo izquierdo —sugerí.

Arrugó los labios.

—O tatuarme *muerte* en el cuello... —caviló.

La abracé y le recordé:

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

Fallon me devolvió el gesto con energía.

—Cuando mamá me llamó anoche, me asusté un montón —confesó—. Fue como volver al pasado.

«Mierda». No se me había ocurrido que esto también podría afectar a Fallon. Casi me perdió en el primer incendio y esto debió de habérselo recordado todo. La achuché más fuerte.

—Estoy bien. Te lo prometo. Trace llegará al fondo del asunto y todo volverá a la normalidad.

Eso lo dije tanto para ella como para mí misma, porque yo también necesitaba creérmelo.

—Tienes razón. No parará hasta encontrar a ese cabrón. Y, cuando Trace lo detenga, yo pienso cortarle los huevos.

Solté a Fallon con las cejas enarcadas.

—Pequeña pero matona, ¿eh?

Sonrió.

—¿Ves? Intimidante —insistió.

Reí.

—Venga, te acompaño fuera —le dije.

No quería darle más opciones a Fallon porque ella también tenía que ir a currar. Una barbaridad de casos de servicios de protección a menores se amontonaba sobre su mesa y, si se tomaba un solo día libre, al siguiente tendría que trabajar el triple.

—Pero...

—*Nop*. —Le pasé un brazo por los hombros y la guie hacia la puerta—. Tú te vas a trabajar. Y yo también. Nadie ha de preocuparse porque Trace me tiene controlada y rastrea cada paso que doy.

Fallon gruñó algo incomprensible por lo bajini, pero dejó que siguiera empujándola hacia la entrada. Cuando salimos, me detuve en seco.

Pensaba que Arden se había marchado hacía rato, pero estaba de pie delante de las escaleras del porche con una diminuta bola de pelo en las manos. A su lado, con una caja en los brazos y mirando a Arden con una dulzura que dudaba haberle visto jamás en los ojos, se encontraba Silas.

«Hostia puta». Lo último que necesitábamos ya era que el *playboy* del pueblo le echara el ojo a Arden. Ella no tendría la más mínima idea de qué hacer al respecto. Siempre había vivido muy protegida. No por elección propia, pero sí por necesidad.

Carraspeé. Silas apartó la mirada de inmediato de Arden y la desvió hacia mí.

—Hey. A ti te estaba buscando —soltó.

Arqueé una ceja.

—Anda, ¿no me digas?

Silas se sonrojó.

—Sí. Eh... Alguien ha abandonado a varias crías de gato en otra obra. He pensado que igual tú podrías ocuparte, con la cosa esa de rescatar animales y tal. No quiero tener que dejarlos en el refugio.

Fui hacia él y Arden. El gatito que tenía ella en brazos se le había acurrucado bajo la barbilla y Arden le estaba acariciando su abigarrado pelaje. Miré por un lateral de la caja y arrugué la frente. Eran minúsculos. Supuse que deberían de tener poco más de tres semanas. Necesitarían que les dieran el biberón cada cuatro o seis horas, pero ya podrían usar el arenero solos.

—Te los quedarás, ¿no? —se interesó Arden con evidente preocupación en la voz. Lo pasaba mal cada vez que se enteraba de que alguna criatura estaba atravesando ciertas dificultades—. Me los quedaría yo, pero no sé si Brutus se llevaría muy bien con ellos...

Por más mono que pudiese llegar a ser el gigantesco perro de Arden, dudaba que mezclarlo con unos gatitos de tres semanas

fuese buena idea.

—Déjame que llame a Nancy. Si Galleta no se porta bien con los gatos, seguramente pueda quedárselos ella.

Arden emanaba tensión por todos los poros de la piel.

—Guay. Deberían tener un lugar seguro; uno que fuese su hogar.

Silas la miró con la frente arrugada y luego desvió la vista hacia mí.

—Gracias, Rho. Los renacuajos estos tienen suerte de tenerte.

Le cogí la caja a Silas y me quedé mirando a ese montón de pelusa durmiente.

—Pues que sepáis que cobro en abrazos.

Fallon me sonrió.

—No podrías cobrártelo mejor.

Tenía razón.

Transporté aquella nueva caja con varias mantas y una botella de agua caliente al despacho de Duncan, que tenía la puerta abierta, con la esperanza de que mi jefe estuviese de un humor magnánimo. Lo encontré delante del ordenador, con la vista puesta en la pantalla y la frente arrugada, de modo que las líneas de tensión que le envolvían los ojos le quedaban bien marcadas.

—¿Ya vuelves a estar peleándote con los números? —le pregunté.

Duncan se irguió de inmediato.

—Por Dios, Rho. Haz un poco de ruido al andar, ¿quieres?

Reí.

—Perdona. No intentaba ser sigilosa. Es solo que tú sí estabas superconcentrado. ¿Haciendo cálculos otra vez?

Negó con la cabeza y se apresuró a cerrar el portátil.

—Y acabo teniendo la cabeza como un bombo... —Me analizó meticulosamente con la mirada—. ¿Estás bien? No hacía falta que vinieras.

—Si me mantengo ocupada, estaré mejor. Pero me encuentro bien.

Él frunció los labios y me contó:

—Esta mañana ha llamado Trace. Quería que estuviese al tanto por si ocurre cualquier cosa sospechosa mientras tú estés trabajando.

Contuve las ganas de soltar una maldición. No es que tuviera previsto mentir a Duncan, pero lo que seguro que no tenía pensado era contarle la verdad al dedillo.

—Solo está pasándose de protector.

—Que es justo lo que le corresponde hacer —soltó Duncan—. La cosa es seria, Rho. Me ha explicado que te dejaron una amenaza.

Me mordí la sensible zona del interior de la mejilla.

—Sí, ya lo sé... Pero estamos vigilando. Trace me ha instalado un rastreador de esos en el móvil y sus oficiales se van pasando de vez en cuando. Y, mientras hablamos, Shep está montándome en casa un sistema de seguridad que le haría un mejor servicio a la NASA.

Con eso último, esperaba que mostrase una media sonrisa. Sin embargo, en el rostro de Duncan no hubo indicio alguno de diversión.

—Estamos preocupados por ti —dijo por fin—. ¿Estás segura de que no quieres alojarte en mi casa? Hay espacio de sobra.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien, de verdad. Si tengo miedo, puedo quedarme con Nora y Lolli.

Duncan apretó los labios hasta formar una fina línea.

—No pretendo ser un sexista de mierda, pero tampoco me tranquiliza demasiado saber que te quedarías con dos mujeres que ya han pasado la edad de la jubilación.

—Procura que Lolli no te oiga diciendo eso o te dará una buena zurra.

—Rho, hablo en serio.

Suspiré.

—Vale. Si me entra el canguelo, me iré con Shep o Trace.

—Eso ya está un poquito mejor —gruñó Duncan—. A ver, ¿me vas a contar qué criatura hay en esa caja que quieres dejarme en el despacho mientras trabajas?

Dibujé mi mejor sonrisa pero, antes de que pudiese decir nada, se oyó un maullido procedente de la caja en cuestión.

Duncan soltó un sonido gutural.

—¿Temporada gatuna?—preguntó.

Hice una mueca y confirmé:

—Temporada gatuna. Son supermonos. Pero aún no puedo dejarlos solos en casa.

—Primero, el perro, y ahora, los gatos. Esto va a convertirse en un refugio de animales antes de que cante un gallo.

—A algunos bichitos los han adoptado gracias a que los trajimos aquí. Esto tiene que servirte para el buen karma —dije con mi expresión más esperanzadora.

Se pellizcó el puente de la nariz y protestó con un sonido gutural, pero asintió:

—De acuerdo. ¿Qué necesitas?

Cuando hube acomodado a los gatitos en el despacho de Duncan y les hube dado su respectivo biberón a cada uno, salí y fui a buscar a Thea para que me ayudase a regar. Al pasar, saludé con la mano a Heather, que estaba detrás del mostrador.

—¡Gracia por vigilar a Galleta!

—Es el compañero masculino más bueno que he tenido en meses —respondió agachándose para rascarle la cabeza.

Reí mientras salía por la puerta. Fuera me recibió el sol. No pude evitar mirar a mi alrededor en busca de algo que no encajara. No me gustaba nada tener ese instinto. Además, ¿qué pensaba que iba a descubrir? ¿A una siniestra silueta con un mechero en la mano? ¿A alguien con una capucha puesta y moviendo el pulgar por el cuello como para indicarme que me mataría?

Gruñí frustrada y fui directa hacia el invernadero. Me obligué a fijarme en las cosas bonitas. En el aroma de los pinos ponderosa que impregnaba el aire. En cómo la luz iluminaba las flores que me rodeaban. En el tacto de la lavanda entre los dedos al pasar.

Había muchísima belleza. Había muchísimo por lo que estar agradecida. Solo tenía que frenar y observar bien.

Cuando llegué al invernadero, me sonó el móvil. Lo saqué del bolsillo trasero, miré la pantalla y me cambió el humor por completo.

> **Davis**
> Ya te dije que remover lo de esa antigua casa
> era un error

Me dio un vuelco el estómago, como si las plantas que tenía a mi alrededor no parasen de moverse con el viento. Davis se mostró reacio a que rehabilitase mi antigua casa nada más contarle mis planes. Como él también había crecido aquí, pensé que me apoyaría, pero se empeñó en disuadirme desde el principio.

Para ello, solo me dio una lista interminable de razones por las cuales era una pésima idea. Quería que vendiese la casa, que invirtiese el dinero en acciones y que me comprase algo nuevo. Un lugar donde viviríamos los dos, según había insinuado él. Davis jamás entendió por qué quería hacer yo esto para acabar de sanar.

Y, cuando le expliqué que otra de las razones por las cuales no tenía tiempo para salir con nadie era precisamente la casa victoriana, aún odió más mi idea de que fuera a restaurarla. Pero ¿la odiaría tanto como para intentar asustarme de este modo? Y en el caso de que así fuera: ¿de qué más era capaz ese hombre?

Capítulo veintidós
Anson



Me quedé mirando la puerta principal de la caseta de invitados como si estuviese en un videojuego y fuese la némesis a la que tenía que derrotar. A lo mejor lo era. Entrar o no entrar.

Shep se había largado hacía horas porque le habían llamado de otra obra donde alguien le había dado a una tubería que estaba donde no debería haber estado. Así que me había dejado aquí para que acabase de instalarlo todo. El sistema de seguridad en sí lo había puesto él, pero yo aún tenía que terminar con las cámaras. No era complicado, pero Shep había querido instalar una cantidad disparatada de aparatos.

La puerta de la casa de Rho estaba burlándose de mí. Debería haber ido yo a gestionar lo de la tubería, aunque no tuviese ni idea de fontanería. Fui jugueteando con el móvil, haciéndolo girar en círculos con solo dos dedos.

Se abrió la puerta de la entrada y apareció Rho en el marco. Solté un taco. Se había recogido el pelo, castaño, en dos trenzas, pero

tenía algunos mechones sueltos que le recordaban que la melena seguía siendo indomable. El top que llevaba le marcaba todas las curvas de tal forma que evidenciaba la falta de sujetador. Y esos malditos *shorts*. Tenían pinta de ser como los que utilizaría para dormir: suaves, desgastados y jodidamente cortos; demasiado para alguien que tenía que enfrentarse a la tentación, como yo.

Rho arqueó una ceja.

—¿Piensas entrar o te vas a quedar aquí mirando la puerta toda la noche?

Arrugué los labios en una mueca. Rho soltó una carcajada.

«Joder, con ese sonido...». Iba cargado de tanto placer que dolía incluso oírlo. Mi hosquedad era su fuente de diversión.

Estaba empezando a darme cuenta de que era algo típico en Rho. No tenía miedo de mostrar sus emociones al mundo. Felicidad, tristeza y cualquier otra emoción que cupiese de por medio. Simplemente les daba rienda suelta.

Esa libertad estaba llena de valentía. Y era algo que yo admiraba que flipas.

—Venga, taciturno. Tengo pollo al horno y pastel de patata y puerro, y ya casi he terminado de preparar la ensalada. Puedes seguir arrugando la frente mientras comes.

Fruncí todavía más el ceño.

—¿Qué narices es eso de un pastel de patata y puerro?

Rho me sujetó la puerta y respondió:

—Lo más rico que hayas comido en la vida.

—Qué segura estás... —la desafié.

Ella se encogió de hombros.

—Ahora me lo dirás —respondió.

A la que entramos en su salón-cocina, Galleta se levantó de golpe. Vino corriendo hacia mí, pero sin gruñidos ni ladridos; solo se

aproximó moviendo la cola.

—Hey —lo saludé y le acaricié la cabeza.

Oí un coro de maullidos proveniente de una caja que quedaba al lado de la cama de Galleta. Él gimió por toda respuesta.

Rho se movió a toda prisa y pilló un biberón minúsculo que tenía en la encimera.

—Tranquilo, compi, ya los he oído. —Me miró y sonrió—. Se ha tomado muy a pecho eso de cuidarlos.

Me acerqué despacio y vi cómo Rho metía la tetina del biberón en la boca de uno de esos diminutos gatos. El animal dejó de maullar enseguida. Sorbió el contenido con ferocidad y Rho le acercó los dedos para que el gato se los frotase. Parecía la mar de sencillo, pero sabía que no era así ni de broma.

—¿Cada cuánto tienes que darles de comer?

Rho le acarició la cabeza al gato con un dedo.

—Cada cuatro o seis horas —respondió—. Tendré unas cuantas noches un poco moviditas, pero si fueran más jóvenes sería cada dos o tres...

Hice una mueca.

—Muy poca gente estaría dispuesta a eso.

Rho se encogió de hombros a la vez que el animal se terminaba el biberón y ella volvió a dejar al gato en la caja.

—Sé lo que es necesitar un lugar seguro donde vivir.

Claro que lo sabía. Rho sabía mejor que nadie lo que era encontrarse en la peor situación que uno se pudiera imaginar y sentir que no tenías a nadie.

Mientras ella se levantó para ir a por otro biberón, yo bajé la vista hasta las cicatrices que le sobresalían por debajo de los *shorts*. Detestaba el dolor que escondían. Detestaba que Rho tuviese que acarrear con aquel tipo de recuerdo.

Me quedé mirando cómo alimentaba al segundo gato, maravillado por cómo lo gestionaba todo. Yo no había tenido que pagar el precio que le había correspondido pagar a Rho y, sin embargo, parecía que ella estuviese llevándolo todo muchísimo mejor que yo.

—¿Me vas a contar qué te tiene tan pensativo?

Fue una pregunta sin más, casual. Una pregunta sin presión alguna. Y yo sabía que, si le respondía con una negación, Rho no insistiría. Pero me entraron ganas de no quedarme callado.

—Tú —contesté al fin.

Me miró una milésima de segundo. Me embelesó con su centelleo verde y dorado. Esta noche, aquel brillo dorado parecía un girasol en medio de un prado verde.

—¿Intentando atar cabos? —me preguntó.

Se acercaba un pelín demasiado a cómo funcionaba mi mente.

—Coges lo malo y lo conviertes en bueno.

Rho cambió otra vez de gato y alimentó al tercero: uno blanquinegro que emitía unos maullidos especialmente potentes. En cuanto le hubo metido el biberón en la boca, Rho se giró hacia mí para buscarme con la mirada.

—No soy de esas que piensan que todo pasa por algo.

Solo pude soltar un sonido gutural por toda respuesta. Si todo pasaba por algo, significaba que todos íbamos por ahí cargando con alguna especie de karma horrendo. Aun así, me sorprendió que Rho no compartiera esa idea. Parecía la clase de persona que le encontraba un significado a todo.

—A veces, ocurren cosas terribles. Cosas cuyo dolor no puede justificarlo ni la mejor razón del mundo.

Al oír sus palabras, fue como si un puño invisible estuviese estrujándome el corazón. Un recuerdo del tipo de agonía de la que hablaba Rho.

Clavó los ojos en los míos.

—Pero siempre puede llegar algo bueno, incluso cuando estás hundido en un pozo tan hondo. No significa que debamos alegrarnos de haber vivido lo que nos ha tocado vivir, pero sí que no vamos a dejar que nos convierta en peores personas. —Continuó hablando sin desviar la mirada en ningún momento—: Últimamente me he dado cuenta de que, precisamente porque los perdí, siempre he valorado cada segundo con los Colson. Como mamá no podrá seguir viendo florecer su jardín en verano, yo me paso tanto tiempo como puedo inhalando los aromas del mío año sí, año también. Como papá nunca podrá leer la nueva novela de John Grisham, la leeré yo por él y disfrutaré muchísimo más de los giros de la trama. Y como Emilia nunca podrá hacerse mayor, yo voy a apreciar cada arruga y cada señal de vejez. —Rho tomó una profunda bocanada de aire mientras dejaba el gato blanquinegro en la caja—. Eso no significa que me alegre de que no estén aquí ni que no los eche tanto de menos, pero pienso dejar que su pérdida me enseñe algo; que no que me convierta en un ser inerte.

Cada vez que respiraba, parecía que estuviese inhalando fuego. Las llamas me abrasaban la garganta y los pulmones. Seguir con vida era una tortura. En esto se había convertido.

—Dudo que yo sea tan fuerte como tú —confesé con la voz rasposa.

Rho se me quedó mirando fijamente y no apartó la vista ante mi debilidad.

—Todo el mundo tiene que seguir su propio camino hasta llegar ahí. El tuyo no tiene por qué ser igual que el mío. Solo se trata de seguir andando.

Oí el latido de la sangre en las orejas. Yo no me había dado permiso para recordar a Greta. Porque me acojonaba pensar que, si

me permitía recordar el dolor que había sufrido al perderla, al ser el responsable de su muerte, este se me tragaría entero. Solo me permitía unos recuerdos minúsculos de vez en cuando. No podía soportar nada más.

—No estás solo, Anson. Hay muchísima gente que te acompañaría mientras recorres este camino si se lo preguntaras. Incluida yo.

Joder. Acababa de matarme. Con su sencilla y atrevida amabilidad. Con semejante valentía.

Abrí la boca sin saber muy bien qué palabras me saldrían, pero entonces sonó el temporizador que había en la cocina.

Esta vez, quien soltó una maldición fue Rho, y fue una tan inesperada que, en cierto modo, logró resultar radiante y atrevida, al igual que ella.

Rho se puso de pie y fue hacia el horno. Cogió un par de manoplas de cocina y sacó un emplatado que tenía una pinta de infarto y que olía todavía mejor.

—Guauuuuuuu —musité.

Rho sonrió pletórica.

—Ya me dirás tú qué sentido tiene desperdiciar una comida con algo que no está rico. No vale la pena.

Estaba empezando a darme cuenta de que Rho vivía así en todos los aspectos: sin desperdiciar absolutamente nada.

Me levanté y le pregunté:

—¿Qué hago?

—Platos y bebidas, por favor.

Rodeé la isla y fui hacia el armario donde tenía los platos. Rho se agachó para sacar lo que parecía el pollo al horno, pero a duras penas me fijé en la comida. Bajé la vista hasta su culo como si tuviese una fuerza gravitatoria propia. Rho meneó las caderas de lado a lado como si estuviese bailando al son de un ritmo interno.

Unas imágenes a las que yo no tenía derecho alguno fueron inundando mi mente. Yo agarrándole las caderas con fuerza mientras se lo hacía por detrás. Ella con la cabeza echada hacia atrás, los labios separados y suplicándome más.

—¿Anson?

Salí de inmediato de aquel trance inducido por la lujuria.

—Perdona. Estaba despistado.

Me afané por pasarle los platos.

Rho me miró con la frente arrugada antes de morderse el labio. Yo también quería mordérselo con mis propios dientes. Descubrir con la lengua a qué sabía ella, con todo su brillo e insensatez.

Abrí la nevera y me quedé de piedra. Ahí dentro, en el estante superior, había seis birras de jengibre. No dije absolutamente nada; simplemente pillé una y dejé que la amabilidad y el entendimiento se colaran en mi interior.

—¿Refresco o cerveza? —le pregunté.

—Coca-Cola, *porfa* —respondió.

Intenté serenarme mientras me erguía, pero aquella cena era pura tentación. Cada sonido que emitía Rho al hablar, cada movimiento que hacía con la lengua para pescar alguna miga invisible, cómo cerraba los labios alrededor de ese maldito tenedor... Cuando la hube ayudado a recogerlo todo, me entró un dolor en los testículos tan espectacular que tardaría semanas en recuperarme.

Rho se sacudió las manos mientras me acompañaba a la puerta con una energía etérea que casi la hizo vibrar. Ralenticé el ritmo para estudiarla. Rho siempre estaba llena de esa vitalidad, pero ahora me pareció un tanto diferente. Dejé que la otra parte de mi cerebro entrara en acción.

Respiración superficial y acelerada. Desvíos rápidos de mirada. La fuerza con que le latía el pulso. Cómo se mordía la mejilla por

dentro.

«Maldita *cojonera* de mierda».

Estaba nerviosa. Y no eran nervios porque sintiese cierta atracción que quería contener, sino porque tenía miedo. Claro que lo tenía. Alguien le había incendiado la casa y, por si fuera poco, había amenazado con prenderle fuego con ella dentro.

Me bastaría con llamar a Shep para que se plantara aquí. Lo único que me tocaría hacer a mí sería contarle qué narices hacía yo cenando con su hermana. Sin embargo, mientras estudiaba a la mujer que tenía delante, supe que Rho lo echaría de inmediato. No porque se avergonzara de tener miedo, sino porque no quería preocupar a su familia.

Carraspeé.

—¿Qué te parece si me quedo a dormir en el sofá esta noche?

Rho desvió la vista hacia mí de golpe.

—¿Qué?

—Una noche de prueba para asegurarnos de que el sistema de seguridad funciona como es debido. Solo para confirmarlo.

Durante la cena, le había sonado el móvil un mínimo de doce veces, y todas porque sus hermanos le escribían para comprobar cómo estaba. Uno de ellos, Cope, se ofreció a enviar todo un equipo de escoltas para que la vigilase. Yo ya sabía que Rho no estaría sola del todo, pero lo que estaba claro era que ella sí se sentía así. Y eso era lo que importaba. Porque, por alguna maldita razón, imaginarme a Rho incómoda, fuera por lo que fuese, me superaba.

—Vas a dormir fatal en este sofá —murmuró.

El hecho de que no rechazara mi oferta de inmediato fue un claro indicio de que no quería estar sola. Y fue suficiente para mí.

—Este sofá será igual de cómodo que el colchón que tengo yo en la cabaña, que tiene unos bultos de cojones.

Se mordió el labio inferior y razonó:

—Puedo irme a casa de Shep o de Trace.

—O puedes darme una manta y yo puedo dormir en tu sofá. Me habré quedado frito antes de que a ti te dé tiempo a meterte en la cama.

Clavó sus ojos color avellana en los míos, atrayéndome y hechizándome con su cautivadora mirada.

—Igual no estaría mal que alguien más me acompañara otra noche... —señaló.

No le aparté la mirada. No habría podido apartársela ni queriendo.

—Pues aquí estaré —respondí.

Estaba tumbado bocarriba, con la vista puesta en el techo, cuando los rayos del sol de primera hora empezaron a colarse a través de las cortinas. Igual había conseguido dormir tres horas. Cada vez que oía un ruido, me quitaba la manta de encima, me ponía a andar por aquella diminuta casa y revisaba cerraduras y pestillos.

Menos cuando oía a Rho. Cada vez que se movía o se giraba, el colchón chirriaba. Canturreaba mientras atendía a los gatos en mitad de la noche. Y juraría que susurraba en sueños.

Unas imágenes de Rho envuelta entre las sábanas, a solo unos cuantos metros de este maldito sofá, acecharon todos mis pensamientos cuando estuve despierto y me persiguieron en sueños durante el poco rato que dormí. Soñando con Rho. Con todas sus curvas y su brillante piel, empapada en sudor mientras le...

El ruido de una puerta al abrirse me sacó de aquellas cavilaciones. Me senté y me puse de pie nada más oír la ducha. Incluso ahora, me atormentaba con imágenes de cómo le bajaría el agua por el

cuello mientras se lavaba la cara, en esa melena en la que tantas ganas tenía de hundirle las manos.

Eché a andar por el pasillo, decidido y cabreado a partes iguales. Con ella. Conmigo. Con el hecho de que, como estaba tan jodidamente roto, jamás debería de tocar a Rho con mis manos, porque las tenía manchadas.

Salió del baño, se frenó en seco y separó los labios.

—Estás despierto.

No respondí. Sencillamente me quedé mirándola.

Rho llevaba el pelo enmarañado y aún no había hecho ademán de peinárselo siquiera. Ese top seguía provocándome y los pezones se le marcaban con firmeza debajo de la tela, llamándome para que me acercara más.

Apreté los dientes con tanta fuerza que seguramente tendría que someterme a una endodoncia.

—Vete a tu cuarto —le ordené en un susurro.

Arrugó sutilmente la frente.

—¿Por q...?

—Porque estoy aferrándome a la poca humanidad que me queda, y como sigas aquí con estos malditos *shorts* diez segundos más, voy a estallar.

A Rho se le aceleró la respiración y, con ella, se le fue agitando el pecho. Cada inhalación me acercaba sus curvas a las manos, a la boca.

—¿Y qué pasará si estallas? —susurró.

—Que te follaré tan duro que te pasarás semanas acordándote de mí. Te destrozaré, insensata. Crees que no puedo contagiarte el dolor y la oscuridad que habitan en mí, pero te equivocas.

Sus cautivadores ojos se llenaron de desafío.

—Uno. —Se humedeció los labios—. Dos.

—¿Qué narices haces? —espeté.

—Contando hasta que estalles —me retó Rho—. Tres.

Toda ella hizo que me ardiera la sangre; desde su fuerza hasta su belleza, pasando por su atrevimiento.

—Cuatro... —Me incitó bajándose una de las tiras del top—. Cinco. —La otra tira cayó por sí sola.

—A la mierda.

Llegué a ella en dos zancadas. Le hundí la mano en el pelo para empotrar su boca en la mía. La otra se le bajé al culo para acercar su cuerpo al mío.

Rho ahogó un grito en mi boca en cuanto notó la presión de mi polla. Me tragué el grito en cuestión y todo lo demás: toda su estupefacción y todas sus ganas. Aparté la boca de la suya y le recorrí la mandíbula hasta llegarle a la oreja.

—¿Eso querías? ¿Saber cómo has estado torturándome con estos putos pantalones? —Le estrujé el culo y Rho apretó los muslos por toda respuesta—. ¿Con este maldito top que me enseña cómo buscan atención tus pequeños y ricos pezones?

Fui subiéndole le mano, retirándosela del culo y siguiendo el recorrido de su cintura hasta llegar al pecho más perfecto del mundo. Se lo palpé y le acaricié el pezón con el pulgar. A Rho le entró un escalofrío.

Noté la presión de la polla contra la cremallera de los vaqueros con tanta fuerza que seguramente acabaría con la marca del metal. Me importaba un bledo. Agradecí cada pizca de dolor.

Me desprendí de su top de algodón y agaché la cabeza. Le cubrí el pezón con la boca y se lo chupé con ganas. Rho gimió y se arqueó contra mi cuerpo. Me agarró con fuerza por los hombros, clavándome las uñas y acercándome todavía más.

Noté cómo su necesidad se colaba en mi interior, y yo lo quería todo. Cada pizca que tuviera para darme.

Le bajé la mano a la entrepierna y la acaricié por encima del suave algodón de los *shorts*, cuya tela ya estaba empapadísima. Le solté el pezón y Rho gimió mientras me clavaba todavía más las uñas.

—¿Necesitas algo, insensata?

Aquel brillo dorado le inundó la mirada. Dios mío, quería ver cómo le resplandecía y centelleaba mientras se corría. Quería presenciar hasta el más mínimo movimiento en su rostro mientras ella iba deshaciéndose. Necesitaba eso más que el aire para respirar.

—Anson —me llamó entre dientes.

No pude evitarlo: sonreí. Fue una sensación tan extraña que mis músculos a duras penas reconocieron el gesto.

Rho apretó los muslos alrededor de mi mano en un desesperado intento por correrse.

Ese calor. Era ese que te abrasaba y del que no te recuperabas jamás.

La provoqué por encima del algodón.

—¿Ganas? —le pregunté.

Soltó un sutil gruñido de frustración.

—Pídemelo. Pídeme que haga que te corras. Suplícamelo.

Otro centelleo dorado. Esa rebeldía que tanto adoraba yo.

—También puedo volver a mi cuarto, coger el juguete que tengo en la mesita de noche y terminar yo sola, si no te apetece —me dijo.

Me vinieron un millón de imágenes a la mente y, ahora, a quien se le escapó un gruñido fue a mí. Le agarré la entrepierna con toda la mano para acercarla a mí.

—Eso quiero verlo, insensata. Quiero ver cómo te corres tú sola. Cómo juegas contigo misma provocándote. Cómo se te acelera y se te entrecorta la respiración. ¿También te pellizcas los pezones?

Le retorcí un pezón con la mano que tenía libre y Rho se arqueó contra mi cuerpo, empotrándome sus perfectos pechos en el torso.

No podía esperar. Necesitaba sentirla, a ella, a su humedad y a su calor. Le colé la mano por debajo de los *shorts* y fui deslizándola hasta llegar a la cúspide de sus muslos.

—Joder —gruñí.

Era como acariciar seda. Y ese calor...

Le hundí dos dedos y Rho dejó caer la cabeza contra mi hombro. Se lo acaricié y encorvé los dedos. Ella me mordió el hombro en un intento por no gritar.

—¿Quieres marcarme, insensata?

Rho echó la cabeza hacia atrás y vi cómo le brillaban esos ojos color avellana.

—Más.

Me encantaba que no tuviese miedo de pedirme lo que quería. No, de pedírmelo no. De exigírmelo. De expresar lo que quería de mí. Lo que necesitaba.

Rho me agarró los brazos para aferrarse a mí como si estuviese en el mar en plena tormenta y le fuera la vida en ello.

—Anson.

Su lengua al pronunciar mi nombre. El cielo y el infierno, todo a la vez.

Le dibujé círculos en el clítoris con el pulgar y Rho cerró los ojos y abrió la boca a la vez.

Le retorcí el pezón.

—Mírame —le ordené.

Abrió sus preciosos ojos de color avellana y los clavó en los míos.

—Quiero verlo todo mientras te deshaces. No quiero perderme nada, joder.

Le hundí aún más los dedos para encontrar el punto exacto y lograr que Rho estallara del todo. Me empapó los dedos mientras separaba los labios y ahogaba un silencioso grito. Le ejercí presión en el clítoris con el pulgar mientras iba tocándola y el orgasmo seguía azotándola. Una y otra vez.

Fui dándome cuenta de cómo le centelleaba el dorado en la mirada a la vez que se esforzaba por no cerrar los ojos. Por no apartarlos de mí. El verde le desapareció por completo; Rho era dorado puro. Puro fuego.

Cuando la azotó la última ola del orgasmo, le cedieron las rodillas. La envolví por la cintura con el brazo que aún tenía libre y la acerqué a mí; no quería soltarla. No quería alejarme de la calidez y de la vida que era Rho.

Se oyó un bocinazo en el exterior y ella se sobresaltó.

Yo solté un taco y le quité los dedos.

Rho abrió los ojos como platos y se apresuró a ponerse el top de nuevo.

—Shep —dijo.

«Ay, Dios».

Capítulo veintitrés
Rhodes



Una ola de puro pánico me azotó cual tren en movimiento.

—Se me había olvidado. Shep me comentó que vendría a primera hora para enseñarme cómo funciona el sistema nuevo. Eh... Le... Hummm...

—Vístete, insensata —me ordenó Anson antes de lamerse los dedos con los que acababa de masturbarme.

Me sobresalté y asentí rápidamente con la cabeza para, a continuación, bajar la vista hasta la erección de Anson.

—Pero, eh... Tú, eh...

—Joder. No me la mires. Aún es peor. Tengo que pensar en calcetines de gimnasio sucios o algo así.

Me atraganté con la risa.

—Lo siento. De verdad que se me había olvidado que vendría tan temprano. Tengo que ir a cerrar el agua de la ducha. Bastante rato la hemos dejado abierta ya...

Anson se frotó la cara con la mano.

—Por el amor de Dios, vístete, por favor. Ya me ocupo yo de la ducha y de tu hermano.

Me mordí el labio.

—Eso tampoco lo hagas —espetó pinzándose el puente de la nariz —. Ropa. Por favor. Preferiblemente, una parka.

—Voy.

Salí corriendo hacia mi cuarto y por fin dejé que se me escapara la risa.

—¡Mi dolor de huevos no hace gracia! —gritó Anson desde el otro lado de la puerta.

—¡Un poquito igual sí!

Oí que soltaba un taco suave.

Galleta levantó la cabeza como si quisiera preguntarme a qué venía tanto alboroto.

Me tapé la boca con ambas manos. ¿¡Qué narices acababa de hacer!?

Me ardía la piel y me vibraban los músculos a tutiplén. Había tenido bastantes relaciones, e incluso algunos rollos de una noche en la uni, pero nunca, jamás de los jamases, había sentido nada como lo que acababa de sentir en el maldito pasillo.

Ni siquiera nos habíamos acostado. Aunque joder si tenía ganas... Quería saber cómo sería notar a Anson moviéndose dentro de mí, haciéndome... *Nop*, *nop*, *nop*.

—Ubícate, Rho.

Galleta ladeó la cabeza.

Me deshice de aquella neblina mental inducida por la lujuria y me cambié a toda prisa. Me puse unos *shorts* caqui y mi camiseta habitual de trabajo con Brotes y Bayas estampado en forma de arco sobre el pecho.

Se oyó un sutil maullido procedente de la caja que había en el suelo. Galleta se puso en alerta de inmediato y fue corriendo hacia los gatitos.

—Tranquilo. Ahora les daré de comer. —Cogí la caja y seguí las voces apagadas que oía de fondo—. Anson, ¿puedes ocuparte tú de Galleta? Tiene que salir.

Anson silbó y el perro dejó de gruñirle a Shep. Le puso la correa rápidamente y se lo llevó fuera. Por lo visto, volvíamos a comunicarnos sin mediar palabra.

Shep me miró nada más entrar yo en el salón y no parecía contento en absoluto. Esto no pintaba bien.

—Buenos días —lo saludé en un intento por mantener la voz lo más relajada posible.

Fui hacia la cocina, dejé a los gatitos y me dispuse a prepararles los biberones.

Shep me siguió, se plantó al otro lado de la pequeña isla y se me quedó mirando.

«Mierda, mierda...».

—¿Quieres ayudarme a darles de comer? —le pregunté como si no me hubiese ni percatado de que estaba fulminándome con la mirada.

—¿Por qué no me llamaste? —me preguntó mi hermano con dureza.

Desvié la vista hacia él mientras mezclaba el sucedáneo de leche para gatos con agua. Siempre tenía de todo a mano porque, en esta época del año, solía acabar con nuevos bebés y, en el caso de que estuviesen deshidratados, había que actuar deprisa.

—¿Para qué?

—Si tenías miedo de quedarte sola, deberías de haberme llamado.

La pizca de dolor que se le coló a Shep en la voz me dejó helada y la culpabilidad se adueñó de mí. Lo último que quería yo era hacer sufrir a alguien de mi familia.

—¿Eso te ha contado Anson?

A Shep se le tensó un músculo de la mejilla.

—No. Me ha dicho que quería asegurarse de que el sistema de seguridad funcionase bien antes de que te quedaras sola. Pero yo me hubiera quedado contigo. Y lo sabes.

Pues sí. Vamos que si lo sabía. Levanté la vista hacia Shep para asegurarme de que era consciente de mi presencia.

—No todo es responsabilidad tuya.

Se le ensombrecieron un poco sus ojos color miel.

—Eres mi hermana. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

Aunque no era solo eso. Shep cargaba con el peso del mundo en la espalda y verlo con tantísima presión estaba empezando a angustiarme.

—Te agradezco un montón que te preocupes tanto por mí, pero puedo cuidarme solita. Y, a veces, eso implica pedirle a un amigo que me haga compañía al darme cuenta de que no estaba del todo preparada para quedarme sola.

No tenía claro si lo mío con Anson podía tacharse de «amistad». Era más. Pero también era algo que no podía definirse. Era esa especie de vínculo que sientes cuando notas, por primera vez, que alguien te considera quién eres realmente.

Otro músculo de la mandíbula se le tensó a Shep.

—¿Un amigo? —preguntó.

Resoplé.

—Me pediste que no fuese tan dura con él. Y eso hice. —Lo miré fijamente—. Anson necesita estar con gente. Y me gusta que sea tan gruñón.

Shep rio por lo bajo.

—Eso de gruñón se queda corto.

Sonreí mientras sacaba el primer gatito de la caja para darle de comer.

—Ya, pero ahora me parece hasta gracioso.

Shep me estudió largo y tendido antes de coger al bebé blanquinegro para darle otro biberón.

—Tienes razón. Sí que necesita estar con gente.

—Como todo el mundo. Lo que pasa es que, a algunas personas, abrirse les cuesta más que a otras.

Shep guardó silencio mientras alimentaba al animal.

—¿Como tu nueva compañera de trabajo?

Desvié la vista hacia él.

—¿Thea? —le pregunté.

Shep asintió.

—He coincidido con ella algunas veces en la panadería. Es bastante seca. Tengo la sensación de que hice algo que la cabreó, pero no sé qué.

Me mordí la mejilla por dentro para evitar sonreír. Shep era increíble en muchos aspectos, pero también estaba acostumbrado a que las mujeres del pueblo cayesen rendidas a sus pies. Entre su reputación de bonachón, el exitoso negocio que había levantado y el apellido Colson era un partidazo. Aunque puede que se hubiese acostumbrado un poquito demasiado a ese estatus.

Volví a dejar el gatito abigarrado en la caja y cogí el de rayas anaranjadas.

—Me da a mí que lo ha pasado mal. También se muestra muy reservada conmigo, pero con el tiempo hemos cogido más confianza. Tú no la presiones.

Shep se puso tenso.

—¿Qué quieres decir con que lo ha pasado mal?

Solté una sarta de tacos mentalmente. No debería de haber manifestado esa frase así. Ese tipo de expresiones siempre hacían que a Shep le entrase el síndrome del salvador.

—Por lo que sé, ahora ya está bien. Solo me refería a que noto que ha pasado por algunas cosillas. —Levanté la vista hacia él—. Ya sabes cómo es eso. Tenemos un radar para personas que presentan ciertas cicatrices.

Nuestros hermanos habían pasado por tanto que era imposible que no lo tuviéramos. Al final, desarrollas una especie de sistema de alerta para personas que han vivido algún tipo de trauma. Y a mí no me sabía mal. Porque nos había dado a todos la empatía de la que tantos otros carecían.

Shep clavó los ojos en la encimera y frunció el ceño.

—No debería de estar lidiando sola con lo que sea que le haya ocurrido.

Le sonreí.

—Tienes un corazón enorme. Lo sabes, ¿no?

Se sonrojó.

—Me refería a que necesita hacer amigos...

—Ya lo sé. Pero me encanta que pienses así.

Oímos un portazo procedente de la entrada y Galleta, jadeando alegre, tiró de Anson por el pasillo. Al ver a Anson, abrí los ojos de par en par. Tenía toda la mejilla y el lateral de los vaqueros sucios.

—¿Qué ha sucedido?

Anson miró malhumorado a Galleta y luego a mí.

—Ha visto un conejo y le ha parecido divertido perseguirlo. Me ha arrastrado por el suelo unos buenos dos metros.

Fruncí los labios para contener la risa.

—NO te rías —me advirtió Anson.

—No me río —repetí sin poder contener las ganas, casi.

—Se te nota en la mirada —me acusó, y observó a Galleta con el ceño fruncido—. Nada de premios hasta que estés entrenado como Dios manda.

Galleta se limitó a mirarlo poniendo ojitos de cordero degollado.

—*Mecagüen*... —musitó Anson.

Shep rio por lo bajo mientras dejaba el gato blanquinegro en la caja, con sus otros hermanos.

—Te doy una hora como máximo antes de que le ofrezcas otro premio al perro. Aunque tengas pintas de haberte bañado en barro.

Esta vez, a quien Anson fulminó con la mirada fue a Shep.

—Me voy a currar —anunció.

Soltó la correa y se fue hacia la puerta,

Shep y yo nos miramos y, acto seguido, estallamos de risa.

—¡Os he oído!

Aparqué delante de La Mezcla. Había unos cuantos coches cerca, pero seguía siendo lo suficientemente temprano como para que la multitud que se amontonaba allí a la hora del desayuno no hubiese llegado todavía. Y, por suerte, por la mañana aún hacía bastante fresco y pude dejar a los gatitos en el todoterreno mientras entraba rápidamente.

Me vibró el móvil, que tenía apoyado en el posavasos del coche, y lo cogí.

Trace
He hablado con Davis. Tiene una coartada para
la noche del incendio, pero no es muy sólida.
Seguimos esperando a ver si recibimos las
huellas de la escena del crimen, pero tenemos

las suyas de un altercado en la uni cuando
estaba borracho. Podremos compararlas

Suspiré con fuerza sin apartar los ojos de la pantalla. Davis era la única persona que se me ocurría que pudiese estar cabreado conmigo de verdad. Aunque tampoco me lo imaginaba deseándome la muerte. Me parecía inconcebible. Sin embargo, no tenía alternativa mejor.

Gracias. Voy a La Mezcla y luego al curro.
Necesitas cafeína y un chute de azúcar?

Trace
Tranqui. Escríbeme cuando llegues al trabajo

Le envié un emoji de esos del saludo militar, me agarré al volante y cerré los ojos un segundo. Me obligué a pensar en cosas bonitas. En cosas que nada tuvieran que ver con incendios, amenazas u odio. Pensé en los maullidos de unos gatitos supermonos. En Galleta arrastrando a Anson por el barro. En Anson entre mis... *Nop*.

Abrí los ojos de repente. Ir por ahí era terreno pantanoso. Mejor me ponía a pensar en lo que iba a comprarme ahora en la panadería, que era MUCHÍSIMO mejor para todo (menos para mi colesterol). Bajé un pelín la ventanilla, apagué el motor y salté del coche, justo enfrente de la señal recién pintada donde se leía «La Mezcla».

La nueva propietaria había abierto hacía menos de un mes, pero ya le había dado la vuelta al negocio por completo y, en el mejor de los sentidos. El antiguo dueño había hecho un trabajo decente con el horneado, pero la decoración nunca había sido nada del otro mundo. Sutton lo había llevado todo a otro nivel.

Tenía panes caseros, bollería y otras delicias, además de ofertas para el desayuno y para el almuerzo. Sin embargo, su especialidad

eran los *cupcakes*. Las creaciones que preparaba esa mujer no se asemejaban a nada de lo que hubiese visto yo hasta la fecha. Tenía de todo lo que te pudieras imaginar, desde unicornios hasta monstruos, en cualquier color habido y por haber.

Aunque yo no andaba buscando entrar en ningún coma diabético; solo quería ir a por algo reconfortante para que las primeras horas de trabajo se me hicieran más llevaderas. La campanilla de encima de la puerta tintineó en cuanto entré y me recibieron aquellos increíbles aromas. El espacio tenía las paredes blancas y unas oscuras vigas en lo alto, a la vista de todos. Del techo colgaban unas lámparas de araña de estilo rústico pero chic, dándole así un toque femenino al local. Además, los tonos verde azulados de la banqueta y del mostrador aportaban una energía vibrante al espacio.

Una mujer con unos penetrantes ojos casi turquesas me sonrió de oreja a oreja.

—Buenos días, Rho.

—Buenos días. Qué bien huele —le dije mientras me acercaba al mostrador.

Solo había dos clientes más, de modo que se oían las delicadas notas de la música *country* que sonaba a través de los altavoces.

—Esos halagos siempre son bienvenidos —contestó Sutton; los ojos le centellearon—. ¿Qué te apetece hoy?

Levanté la vista hacia la pizarra que tenía detrás del mostrador. Aquel marco antiguo y la caligrafía arabesca no hacían sino sumarle más encanto a todo. Detuve el recorrido de mis ojos en la nueva incorporación: un sándwich de huevo con cebolla caramelizada y verduras frescas.

—Uyyyyy. Me pido el especial. Para llevar.

—Buenísima elección.

—La cebolla caramelizada es mi perdición.

—Es por la combinación dulce-salado. ¿Qué ponemos para beber?

—Un *latte* de avellana.

—Hecho —respondió ella mientras se giraba hacia la cocina—. Un especial.

—¡Marchando! —exclamó alguien más.

Sutton se puso a prepararme el café mientras yo aproximaba la tarjeta de crédito al datáfono. Acto seguido, me acerqué a la vitrina de horneados para admirar algunas de sus creaciones. Me fijé detenidamente en todo lo que allí había y fui moviendo la cabeza. Había *cupcakes* que parecían unos preciosos cubos de palomitas, otros con fresas cortadas en forma de flor, algunos pingüinos y sus característicos unicornios de arcoíris.

—Me parece increíble que sepas hacer todo esto —musité.

Sutton rio por lo bajo.

—Es una especie de adicción. Me encanta pensar en nuevas ideas.

—Pues yo diría que lo tuyo es un don.

—Mamáááá —gritó un niño pequeño mientras salía disparado de la cocina.

Sutton lo miró boquiabierta mientras el crío frenaba en seco frente a ella.

—¿Le has hincado el diente al glaseado que estaba preparando?

El niño desvió la vista a un lado. Ese gesto lo habría delatado inmediatamente de no ser porque ya tenía manchitas azules por toda la cara.

—Luca.

Él levantó los ojos hacia su madre y sonrió. También tenía los dientes azules.

—El azul es el mejor.

Sutton negó con la cabeza.

—Ve a lavarte la cara en el baño. Tenemos que ir al cole y no puedo llevarte con esas pintas, que parece que vayas a hacer un *casting* para el Blue Man Group.[1]

El niño arrugó la cara.

—¿Qué es eso?—preguntó.

Su madre le alborotó el pelo.

—Unos músicos que se bañan en pintura azul antes de actuar.

Luca se quedó pensativo un segundo.

—Si me bañaran a mí en glaseado azul antes de actuar, haría el *casting*.

No pude contener la risa.

—Yo también. El azul es el mejor —coincidí.

El niño me sonrió.

—Mamá está haciendo unos *cupcakes* del monstruo de las galletas —me explicó—. Si se lo pides por favor, te dará uno.

—Gracias por el consejo. —Le guiñé un ojo y el crío se fue pitando al baño—. ¿Qué hiciste para que te saliera un niño tan mono?

Sutton rio.

—Lo de ser mono compensa todos los líos en los que se mete. Te juro que necesito a diez Suttons para seguirle el ritmo.

Al oír sus palabras, me fijé en el cansancio que se le apreciaba en la cara. Lo disimulaba bien. El corrector le cubría la parte más oscura de las bolsas de los ojos y su amplia sonrisa camuflaba las líneas de tensión que le envolvían los labios, pero es que ser la dueña de una panadería y hacer de madre soltera de un niño de seis años no debía de ser nada fácil.

—Me lo imagino... Parece que tenga tres veces más energía que yo.

—Y cuatro y más incluso —señaló Sutton sacudiendo la cabeza.

—Listo —dijo un hombre de pelo canoso y cara arrugada mientras sacaba la cabeza desde la cocina. Me sonrió—. Me he imaginado que serías tú, Rho. ¿Qué tal Lolli?

—Metiéndose en un montón de berenjenales, para no variar.

—Tú pregúntale a ver cuándo se va a casar conmigo, ¿eh?

Reí.

—Ya sabes que es imposible de atar, Walter.

Él se llevó una mano al corazón mientras me pasaba la caja de comida para llevar.

—La gracia está en irle detrás —argumentó.

—Le preguntaré a ver si tiene pensado dejar que la pilles.

—Eso mismo.

Me despedí de Sutton con la mano.

—Gracias —le dije—. Y suerte con tu minimonstruo de las galletas.

—Falta me hace. Gracias por venir.

Salí fuera, donde me recibieron los rayos de sol de la mañana, pero me detuve de golpe nada más ver a quien se me acercaba. Davis me miró furioso y con los labios encorvados.

—¿Has enviado a tu hermano de a-co-gi-da a que me persiga?

«Ay, mierda».

Le había contado a Trace el mensaje que Davis me había enviado ayer porque, por más que no me entusiasmara que mis hermanos se entrometieran en mi vida, tampoco era estúpida. Aquel mensaje había sido cruel en el mejor de los casos y amenazante en el peor. Y el hecho de que Davis estuviera enfatizando tanto lo «de acogida», no hizo sino cabrearme todavía más.

Él nunca había concebido a mi familia como si fueran realmente mis hermanos. Nunca había entendido el lazo que nos unía. Una vez, cuando yo iba a casa de Nora y Lolli a cenar, me preguntó por qué pasaba tanto tiempo con gente que no era mi verdadera familia

cuando podría estar acompañándole a él. Para mí, ahí fue donde terminó todo.

Me cuadré de hombros y me recordé que había gente en la panadería.

—No te he enviado a que te persiga nadie. Pero sí le mandé tu mensaje a mi her-ma-no, también conocido como el *sheriff,* porque está intentando descubrir quién provocó el incendio que tanto te preocupa.

Davis apretó tanto la mandíbula, que parecía de granito.

—¿Estás insinuando algo, Rhodes?

—No, yo solo te cuento los hechos. Y borra ya mi número o me aseguraré de que Kye se entere de lo empeñado que estás en ponerte en contacto conmigo.

Davis empalideció.

La culpabilidad se adueñó de mí. No por haberlo asustado, sino por haber echado mano de la reputación de Kye para ello. La gente veía los tatuajes, conocía su pasado y lo etiquetaban como «peligroso» a pesar de que fuese justo lo contrario. Porque no veían lo cariñoso que podía ser: con Fallon, con su sobrina y con cualquier animal al que yo adoptara.

—No tengo ni idea de cómo pude llegar a pensar que merecías la pena. No eres más que una pretenciosa hortelana con buen culo. No tardaré ni tres segundos en encontrar a alguien mejor —espetó, y echó a andar calle abajo, decidido.

—¡Gracias por el cumplido del culo! —grité.

Aun así, un escalofrío me recorrió de arriba abajo, porque, en los ojos de Davis, acababa de ver odio de verdad.

Capítulo veinticuatro

Anson



La camioneta se hundió en otro bache y solté un taco. Para maldecir a los baches, que seguían ahí a pesar de que Shep había llamado un montón de veces al tío que solía ocuparse de evaluar nuestras entradas; para maldecir a mi camioneta, que no los resistía demasiado bien a pesar de que solo tuviera un año, y sobre todo para maldecirme a mí mismo.

Porque aquí estaba yo, conduciendo de nuevo hacia la casa de Rho a pesar de haberme tirado el día currando en otra obra. A pesar de que este era justamente el ÚLTIMO sitio al que debería ir. Porque, cuando algo tenía que ver con ella, me había vuelto vulnerable. A lo mejor se me estaba pegando la insensatez de Rho.

Mientras me acercaba a la caseta de invitados, me encontré a Rho fuera con esos malditos *shorts* a plena vista y con esas putas botas de *cowboy* con flores coloridas por todas partes. Se agachó para intentar levantar a Galleta y, de paso, elevó su perfecto culo hacia arriba.

Aparqué al lado de su todoterreno y bajé.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella—. ¿Puedes ayudarme, *porfa*?

—¿Qué ocurre, exactamente? —le pregunté curvando los labios.

—¡No te rías de mí! —se quejó Rho mientras trataba de levantar a Galleta—. Llevo media hora intentando meterlo en el coche. Vamos a llegar tarde al veterinario.

Me quedé mirando al animal, que seguía cual peso muerto en el suelo mientras Rho intentaba cogerlo.

—Te he visto meterlo en el coche, como mínimo, una decena de veces. El perro salta sin más.

Rho me lanzó una mirada mordaz.

—Es como si lo supiera. Ni siquiera he dicho la palabra *ve*..., pero ha sido salir fuera y que se negara a acercarse en redondo al todoterreno.

Se me escapó la risa con un sonido oxidado, que es el mismo adjetivo que utilizaría para describir ese gesto. Pero, joder, qué bien me sentó.

Rho se irguió y se le relajó la expresión.

—Te pega reír, Hunt —me dijo.

El sonido de mi risa se disipó, pero el calor que me había hecho sentir permaneció mientras yo la miraba.

Me empujó hacia delante y comentó:

—Tú cógelo por detrás que yo lo agarro por delante. Así deberíamos poder meterlo en el asiento trasero. Pesa más de lo que parece.

Fui hacia el perro, que continuaba tumbado en el suelo y me estaba mirando como diciendo: «Por encima de tu cadáver».

—¿Cómo piensas sacarlo del coche cuando llegues al veterinario?

Rho juntó las manos y se las acercó debajo de la barbilla para suplicarme con la mirada:

—Si me ayudas a llevarlo a esta cita, te prepararé la cena —ofreció.

Gruñí a pesar de que sabía que no podría decirle que no.

—Venga —respondí.

Me agaché y pasé los brazos por debajo de Galleta.

—¿Por qué narices has comido tanto? —me quejé.

El perro refunfuñó mientras intentaba zafarse de mí.

—Ya te lo he dicho —respondió Rho.

—Se te han acabado los premios, colega —le dije mientras agarraba al perro, que no paraba de intentar escaquearse, con fuerza.

Conseguí llevarlo como pude hacia el todoterreno y cerrar la puerta. Me apoyé contra el vehículo y respiré con pesadez.

Rho arrugó la frente y manifestó:

—Qué fácil te ha resultado. Qué rabia. Yo me paso el día cargando cosas pesadas...

Reí.

—Estoy bastante convencido de que es una cuestión de masa muscular. Además, te saco casi treinta centímetros.

—Sigue dándome rabia —protestó mientras iba hacia la puerta del conductor.

Nos subimos al vehículo y Rho puso la marcha atrás para salir del aparcamiento. Galleta se quejó con un pesaroso aullido.

Giré la cabeza para mirar al perro por detrás del hombro y le aconsejé:

—Tío, ten un poco más de orgullo.

—Déjalo que exprese sus sentimientos —terció ella.

Cómo no: Rho quería que su perro fuese igual de libre que ella, que lo soltara todo. Galleta volvió a aullar a modo de respuesta y yo me limité a menear la cabeza.

Rho disminuyó la marcha para frenar un poco al final de la entrada de gravilla de su casa y puso el intermitente. Galleta aprovechó la oportunidad. Saltó a través del separador y aterrizó con fuerza sobre mi regazo.

Noté una dura y arrolladora punzada de dolor, y solté un grito ahogado que no pareció humano en absoluto.

—¡Galleta! —lo riñó Rho, que hizo una mueca al examinar mi rostro—. ¿Estás bien?

—Ya nunca voy a poder tener hijos, pero, dejando esto de lado, maravillosamente —respondí seco.

Ella me dedicó una sonrisa forzada.

—Puedo intentar volver a meterlo en el asiento de atrás.

—Déjalo aquí. Si vuelve a hacer lo mismo, a quien llevarás al médico será a mí.

Rho frunció los labios en un intento por contener la risa.

—Mis más sinceras disculpas para tus huevos.

—No digas eso. Bastante te has metido ya con ellos, hoy.

Se le sonrojaron sutilmente las mejillas.

—Ya que has sacado el tema...

—*Nope* —la corté—. Como hablemos de eso, se me va a empalmar. Y como se me empalme ahora mismo, me cargaré algo. Háblame de otra cosa. De lo que sea.

Rho se mordió el labio.

—¿Qué tal de los Yankees?

La miré de soslayo.

—¿Eres de esas que les gusta el béisbol pero lo mantienen en secreto o algo por el estilo?

—Pensaba que todos los tíos hablabais de deporte cuando intentabais que no se os pusiera dura.

—Válgame Dios... —musité.

—¡Que me estoy esforzando! —soltó ella.

—Se te dan bien muchas cosas, insensata, pero evitar que me ponga cachondo no es una de ellas. Procura ser un poco menos atractiva y deja de hablar de mi polla, joder.

En esta ocasión, Rho dio rienda suelta a su risa. Nos envolvió cual marea creando un mar de sonidos que era mejor que cualquier canción que hubiese oído jamás. Galleta debió de pensar lo mismo, porque echó la cabeza hacia atrás y aulló.

Se pasó los siguientes diez minutos así hasta que Rho detuvo el coche justo enfrente del veterinario.

—No te muevas —me ordenó—. Ya doy yo la vuelta.

Rho rodeó el todoterreno y abrió la puerta del copiloto. Galleta no hizo ademán alguno de moverse.

—Venga, compi. Es solo una visita y una pinchadita de nada —lo animó.

Galleta empezó a subirse a mí como si fuese un maldito árbol. Parecía que fuese plenamente consciente de qué significaba eso de «una pinchadita».

Me desabroché el cinturón mientras soltaba un taco y envolvía al perro con los brazos.

—Esto es bochornoso tanto para ti como para mí.

Conseguí salir del coche medio a ciegas porque Galleta seguía agarrándose a mí como si le fuera la vida en ello.

—Ya abro yo la puerta —sugirió Rho mientras echaba a correr.

Me esforcé todo lo que pude para no tropezar con nada mientras llevaba al perro, que pesaba mucho más de lo que parecía, hacia el veterinario. En cuanto la recepcionista nos vio, abrió tanto los ojos que resultó incluso cómico.

—Ay, Dios. ¿Qué tal si pasáis directamente? Tenemos la consulta preparada.

—Gracias, Ruby —respondió Rho—. Te lo agradecemos.

—Doctora Lutz, ha llegado un paciente nervioso —anunció Ruby mientras salía una pelirroja al pasillo.

—Ya lo veo —contestó la mujer de mediana edad con cierto humor en la voz—. No lo hagamos esperar. Por aquí —nos indicó.

Seguí a la veterinaria hasta la consulta y Rho hizo lo mismo.

—Dejadlo aquí —me propuso la doctora Lutz.

Intenté desprenderme de Galleta, pero el animal me saltó de nuevo a los brazos.

—Parece que te tiene mucho cariño —señaló.

—Yo diría que le tendría cariño a cualquiera que lo sacara de aquí —musité, pero acaricié al perro—. No pasa nada —lo tranquilicé.

—Rho, ¿por qué no le coges las patas de delante a esta preciosidad? Tu amigo que se quede detrás para que no se caiga de la mesa.

Rho se acercó y le cogió las patas delanteras a Galleta. Entre los dos, conseguimos colocarlo encima de la mesa. Ella lo calmó y lo animó, acariciándole las orejas, y Galleta le hundió la cara en el cuello mientras yo lo agarraba por las caderas para que no se moviera.

La doctora Lutz agilizó la visita tanto como pudo.

—Pues la verdad es que, dadas las circunstancias, está en bastante buena forma. Aunque no le vendría mal ganar un poquito más de peso.

—¿Más? —espeté yo.

La mujer sonrió mientras le tocaba el abdomen.

—Esas patitas tan cortas engañan. Creo que es una mezcla de perro mastín. Debería pesar un poquito más.

Negué con la cabeza.

—Vamos a necesitar a todo un ejército para volver a traerlo aquí.

La doctora Lutz se separó para coger una jeringa de la mesa.

—Sujetadlo. Puede que note un ligero pinchazo, pero nada más.

En cuanto la mujer hizo ademán de agarrarle el cuello a Galleta, abrió los ojos.

—Oh, oh. Se está haciendo caca.

Y entonces lo noté.

Capítulo veinticinco
Anson



—Deja de reírte —dije con los dientes apretados mientras bajaba del todoterreno de Rho.

Ella frunció los labios tanto como pudo para intentar disimular la gracia que le hacía todo. Sin embargo, sus ojos hablaban por sí solos.

—Venga... Tampoco era su intención.

Fulminé a Rho con la mirada mientras ella iba a abrirle la puerta trasera a Galleta.

—Voy a tener que quemar la camisa. Tú mira lo que llevo.

En esta ocasión, en cuanto se fijó en la ridícula camiseta que me había tenido que poner, no pudo contener la risa. Era rosa con un gatito y un arcoíris pintados con un aerógrafo. Por no hablar de la puta pur-pu-ri-na.

Cuando Galleta saltó del coche, Rho se echó a reír con más ahínco todavía. Hasta le caían lágrimas por las mejillas.

—Fue como si estuviese cagando proyectiles. Nunca había visto nada parecido.

—La próxima vez, lo coges tú por detrás y verás la poca gracia que te hace —musité.

Rho acarició la cabeza de Galleta.

—La próxima vez, te pondremos un pañal. No sabía que te hacías caca si te ponías nervioso.

Un pañal. Virgen santa...

—Venga —prosiguió Rho—. Puedes volver a pillar alguna camiseta de deporte de Shep.

—Tengo cosas en la camioneta.

No quise pararme a pensar demasiado en el hecho de que había pasado por casa para coger una bolsa con ropa por si Rho quería que me quedase más noches.

—Bueno, pues te dejo mi ducha mientras le doy de comer a los gatitos y preparo la cena.

Su ducha. Empezaron a venirme un sinfín de imágenes de Rho metiéndose en la ducha en cuestión conmigo. Joder. Tenía que controlarme. Me había bastado con saborearla una vez para que se convirtiera en todo lo que deseaba. En todo cuanto podía ver.

Me saltaron un millón de alarmas distintas en la cabeza. Todas las razones por las cuales todo esto era una pésima idea. Pero, aun así, la seguí hacia dentro.

Fui al baño, abrí el grifo de la ducha y regulé la temperatura del agua lo más fría que pude. Así me congelaría y el deseo desaparecería. Me arranqué la maldita camiseta del gato con purpurina y la tiré al suelo. Eso también habría que quemarlo.

Acabé de desnudarme y me metí bajo el chorro de agua. Solté tantos tacos que se habría sonrojado hasta un camionero, pero no

me moví ni un ápice. Dejé que el agua, helada, me fuera resbalando por el cuerpo.

Me apresuré a enjuagarme antes de salir y secarme con una toalla. Me puse unos pantalones de chándal y una camiseta limpia, y pillé aquella atrocidad rosa del suelo con el ceño fruncido. Metí todas mis cosas en la bolsa de deporte y salí, siguiendo el tarareo que se oía en la casa.

Cuando llegué a la entrada de la cocina, dicho tarareo cambió hasta convertirse en el dulce cantar de Rho, que entonaba una canción que no supe reconocer. Era preciosa, natural y real, con una sutil imperfección que solo la hacía más cautivadora aún.

—Bonita voz, insensata.

Rho levantó la vista con una delicada sonrisa en los labios.

—Si crees que yo canto bien, deberías oír a Arden. —Silbó—. Es increíble.

Apoyé la cadera en la isla de la cocina.

—A mí me parecía que sonaba bastante bien, la verdad.

—Gracias, pues. Te compensaré por el cumplido con esto. —Depositó una especie de bol sobre un salvamanteles individual que había en la isla.

—¿Qué es? Huele genial.

—Bol mexicano. Lleva algo de pollo que me sobró el otro día, maíz, judías negras, pimiento rojo salteado y cebolla. Puedes añadirle salsa y guacamole, si quieres. Caseros, por supuesto.

Reí mientras cruzaba la cocina.

—Por supuesto. —Recorrí el espacio con la mirada—. ¿La basura está debajo del fregadero?

—Sí —contestó Rho antes de arrugar la frente—. ¿Por?

Le enseñé la camiseta rosa.

—Quiero deshacerme de esta atrocidad.

Ella me la arrancó de la mano.

—Ni de broma.

Arqueé una ceja a modo de pregunta.

Rho se acercó la prenda al pecho.

—Es un recuerdo —aclaró.

—De que se me han cagado encima —refunfuñé.

Ella rio.

—Sí, pero también de que me has ayudado cuando lo he necesitado. No vamos a tirarla.

—Vale. Haz lo que te dé la gana con la camiseta.

—La lavaré y la utilizaré de pijama.

«Joder». Lo último que necesitaba yo era imaginarme eso.

Hice todo cuanto pude para deshacerme de esa imagen. No me había permitido darle vueltas a las consecuencias que derivarían de lo sucedido por la mañana. Ni pensaba permitirme pensar en lo que podía significar. Sin embargo, no podía no acordarme de cómo había sido notar a Rhodes estrujándome los dedos, sus airosos gemidos, la marca que me había dejado en el hombro... Y su sabor. Ese sabor que me perseguiría el resto de mis días.

«Serénate».

Intenté centrarme en otra cosa y ayudar a Rho con la cena. Procuré no mirarle ninguna parte del cuerpo durante demasiado tiempo mientras comíamos. Porque, de algún modo, todo su cuerpo era peligroso. Desde las puntas de los dedos de los pies hasta las puntas del pelo.

A pesar de mi obsesión con los malditos dedos de los pies de Rho, mientras cenábamos, noté cierta espontaneidad. Fue algo parecido a una rutina. Como si llevásemos años haciendo lo mismo.

Incluso cuando fregamos los platos. Trabajamos en equipo, aclarándolo todo y colocándolo en el lavavajillas. Como en una

especie de baile silencioso cuyos pasos ya habíamos memorizado.

—¿Alguna novedad por parte de Trace? —le pregunté a la vez que limpiaba la encimera de la cocina.

El andar de Rho cambió sutilmente mientras ponía abrillantador en el lavavajillas.

—No sé mucho. Ha estado preguntando por ahí. Y sigue esperando los resultados del laboratorio.

Shep me había contado más o menos lo mismo, pero todavía no teníamos los informes del incendio. Algo me decía que Trace se estaba conteniendo para no entregárnoslos porque sabía que acabarían en mis manos y no confiaba demasiado en mí.

—¿Te has fijado en si últimamente ha venido alguien que no pinte nada por aquí? —quise saber.

Por lo visto, era incapaz de no plantear las preguntas que habría hecho en mi antigua vida. Era incapaz de no tratar de ayudar, por más que hubiese fallado estrepitosamente en el pasado.

Rho clavó la vista en el lavavajillas, pero no respondió de inmediato.

Me puse tenso y detuve la mano con la que estaba fregando la encimera.

—Insensata —la llamé.

Rho se irguió.

—Mi ex está siendo un arrogante y un plasta, pero nada más. Trace habló con él porque compartimos un pasado y Davis no se lo tomó demasiado bien.

Agarré el trapo con fuerza.

—¿Qué. Ha. Hecho?

—Anson.

—Dímelo, insensata.

Saber que había invadido su espacio y la había hecho sufrir después de todo lo que había tenido que soportar Rho en los últimos dos días hizo que me entraran ganas de rajarle la yugular.

Rho se mordió la comisura del labio.

—Me topé con él al salir de la panadería y me dejó claro que no le había gustado que enviara a mi hermano de acogida a que «lo persiguiera».

Se me disparó un músculo de la mandíbula.

—Tu hermano, a secas, dirás.

Rho resopló.

—Siempre ha intentado menospreciar la conexión que tengo con ellos —me contó.

Eso sonaba a abusón, a alguien que quería alejar a Rho de sus seres queridos.

—Si vuelve a intentar algún acercamiento, llama a Trace y luego a mí. Y a lo mejor también deberías plantearte solicitar una orden de alejamiento.

Enarcó las cejas.

—Cuánta jerga policial.

«Mierda». Tenía que vigilar.

—He visto muchos capítulos de *Ley y orden*. Tú solo prométeme que, si aparece otra vez, nos avisarás.

Rho dejó caer los hombros.

—No quiero que sea él.

Se me encogió el pecho. Nadie quería pensar que alguien cercano a ellos era capaz de algo tan horrendo. Me aproximé a Rho, incapaz de resistir la fuerza gravitacional de su dolor, y la envolví en un abrazo.

—No tiene por qué ser él —dije—. Pero, sea como sea, debes mantenerte alejada.

Asintió con la cabeza pegada a mi pecho.

Permanecimos así más rato del que deberíamos por cuestiones de seguridad, porque, si me quedaba un segundo más, podía acabar haciendo algo sumamente estúpido. Así que me obligué a soltar a Rho. Pero no hice ademán de marcharme hacia la camioneta. Simplemente pillé la manta que había en el armario del pasillo y me dirigí al sofá.

Tras lo que habíamos compartido en el pasillo por la mañana, hacer ahora esto resultaba absurdo, pero no podía arriesgarme a acercarme todavía más a Rho.

Ella se quedó en el pasillo, mordisqueándose el labio.

—No hace falta que te quedes —dijo.

—Ya lo sé.

Iba a quedarme igualmente. No era capaz de dejarla allí sola con todo lo que había sucedido. Por más que supiera que dormir a unos pocos centímetros de ella sería una tortura.

Rho relajó un poco los hombros.

—Gracias—respondió.

—Buenas noches, insensata.

—Buenas noches, Anson.

Al oír mi nombre saliéndole por la boca, se me tensó el cuerpo entero, pero hice como si nada. Conté hasta cien mientras ella llevaba la caja de gatos pasillo abajo. Galleta la siguió hacia su cuarto y Rho apagó las luces. Me quedé con la vista puesta en el techo, prestando atención al más mínimo sonido que procediera de la otra punta del pasillo.

El abrir y cerrar de los cajones, el roce de las sábanas, el interruptor de la luz... Me quedé tumbado envuelto por la oscuridad y escuchando lo que fuera. Rhodes se movió unas cuantas veces y, después, nada.

Me relajé un poco ante aquella falta de sonido. Estaba dormida. Algo en mí se calmó al saber que Rho estaba descansando. Y no quería prestarle demasiada atención a dicho pensamiento.

Consideré que dormir me ayudaría a evadirme, pero me arrastró aún más gracias a la falta de sueño de la noche anterior. Los sueños me invadieron la mente. Algunos eran bonitos. Otros, no. Sin embargo, todos tenían algo en común: Rho.

Me perseguía cuando estaba despierto y también mientras dormía. No podía escapar de ella. Y puede que no quisiera.

No sé cuánto tiempo dormí antes de oír un gemido pegado a la oreja. Me senté de inmediato y el corazón empezó a latirme con fuerza.

Galleta volvió a gemir.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a pesar de que ya había entrado en acción y estaba yendo directo hacia el cuarto de Rho.

Escuché sus lloriqueos antes de pegar esquinazo siquiera. Cuando empujé la puerta, vi que Rho estaba retorciéndose envuelta por las sábanas. Estaba huyendo de algo en algún rincón alejado de su subconsciente.

Me acerqué a su cama en solo tres grandes zancadas.

—Rho —susurré, y le agarré los hombros con las manos—. Despierta. Estás bien.

Se sobresaltó y abrió los ojos de inmediato. En cuanto me distinguió, aquellas órbitas color avellana se le llenaron de lágrimas y se dejó caer contra mí.

La abracé y la sujeté.

—Tranquila. Estás bien.

—Ha sido tan real... Estaba intentando escapar, pero no podía. Y Emilia gritaba y pedía ayuda. Y yo no la encontraba.

Al oír tanto miedo y dolor en su voz, al ver con qué desesperación se agarraba a mí, la agonía me inundó por completo. La abracé con más fuerza y la tranquilicé:

—Estás a salvo. Te lo prometo.

Aunque yo sabía que no podía mantener dicha promesa. Porque ya había fallado antes y quienes acababan pagando el pato eran siempre las personas más cercanas a mí.

Capítulo veintiséis
Rhodes



Aquella mezcla entre los recuerdos y la imaginación fue tan potente y tan brutal que ni siquiera podía respirar con normalidad. Lo único que sabía era que Anson estaba a mi lado. Y solo podía confiar en una cosa: notarlo apoyado en mí. Notar el constante latir de su corazón contra mi cuerpo. Sentir sus fuertes brazos a mi alrededor.

—Rho, respira. Te dará un ataque de pánico. —Anson me apretó los hombros con las manos—. Sígueme. Inspira en cuatro...

Esperó hasta ver que lo seguía.

—Aguanta el aire en siete...

Intentar aguantar la respiración fue como tragar fuego, pero me esmeré con todas mis fuerzas igualmente.

—Y, ahora, espira en ocho.

Me lo repitió cuatro veces más y fue apretándome los hombros cada vez que contaba. Despacio, muy lentamente, fui volviendo en mí. Me separé y comprobé la preocupada expresión de Anson.

Él me apartó unos cuantos mechones de la cara y me dejó las manos en el pelo.

—¿Cómo te sientes?

—Bien —contesté con la voz rasposa—. ¿Dónde aprendiste a hacer eso?

Incluso envueltos por la oscuridad pude distinguir la sombra que le atravesó la mirada.

—He conocido a más personas que sufren ataques de pánico. Es una técnica de respiración que a veces ayuda.

Lo estudié largo y tendido. Anson escondía muchísimo más de lo que sabía yo. Porque el hombre al que yo había tratado no se abría con nadie. O sea que... ¿a quién había conocido tan bien como para que le ayudase con los ataques de pánico?

—Bueno, pues está claro que funciona —señalé acercándome las rodillas al pecho.

Anson me acarició el brazo con los dedos.

—¿Quieres hablar del tema? —preguntó.

Apoyé la barbilla en las rodillas y me abracé las piernas con más fuerza.

—Era sobre el incendio otra vez. Pero ahora era distinto. Normalmente, soy pequeña, pero en este ya era adulta. Emilia estaba gritando asustadísima... Y yo intentaba llegar a ella, pero las llamas lo envolvían todo. Y me abrasaban.

Entonces, Anson se abrazó a mí y me hundió la cara en el cuello, como si también necesitara cerciorarse de que yo estaba bien. Me recosté en él, impregnándome de su fuerza y del hecho de que no me encontraba sola. Anson me recorrió la columna vertebral con los dedos por encima del delicado camisón de algodón.

—El incendio te ha hecho revivirlo todo...

Asentí contra su cuerpo.

—Siempre. Aunque sea un incendio forestal en pleno verano, luego siempre me cuesta dormir. El olor, las sirenas... Todo vuelve de nuevo a mí.

—Eres fuerte de narices —susurró Anson con la boca pegada a mi piel.

—Pues no me siento así —reconocí—. Me siento débil. Como si la culpabilidad se me comiese viva. ¿Por qué no oí la alarma de incendios antes de que sucediera todo? ¿Por qué no me esmeré más en intentar llegar hasta ellos?

—Rho —me llamó Anson, separándose—. ¿Crees que a ellos les habría gustado perderte con tal de poder escapar?

Las lágrimas se me amontonaron en los ojos y empezaron a caerme por las mejillas.

—No. Pero a veces desearía que no me hubiesen dejado a mí atrás.

Anson se levantó, me envolvió la cara con ambas manos para separarla de mis rodillas y me secó las lágrimas con sus ásperos pulgares.

—A veces, ser quien se queda atrás pesa muchísimo más que el resto. Pero no por eso debes dejar de luchar.

Me quedé mirando esos ojos azul grisáceos. Estaban llenos de dolor. Y no solo porque yo estuviese pasándolo mal, sino porque Anson me entendía de verdad. Y yo sabía que él también había pasado por lo mismo.

—Anson... —dije con la voz ronca.

La agonía le inundó esos preciosos ojos.

—Perdí a mi hermana pequeña —me contó—. Fue por mi culpa. Puede que no la matase yo, pero no por eso tengo menos culpa. Es un dolor insoportable. Daría lo que fuera para ocupar su lugar.

«Dios mío...».

Éramos tan distintos... Colores llamativos y sombras de grises. Estallidos llenos de vida y la noche más oscura.

Y, aun así, también éramos iguales a la vez. Éramos el hermano y la hermana mayor de alguien a quien habíamos perdido; alguien a quien siempre habíamos querido proteger. Cargábamos con esas cicatrices. Y los dos estábamos haciendo todo lo que podíamos para superarlo.

—Lo siento muchísimo —susurré entre la oscuridad. No bastaba con aquellas palabras, ni de broma, pero no podía ofrecerle más. Solo esas palabras y otra cosa—: Tu hermana no querría que le cambiaras el puesto.

El azul le centelleó en los iris.

—No la conocías...

—Pero te conozco a ti. Te mereces toda la vida que te corre por las venas. Y sé que tu hermana pensaría igual.

Apretó la mandíbula con fuerza, como si cada palabra le estuviese sentando como un puñetazo.

Le apoyé una mano en el pecho.

—Me importas, Anson. Eres un buen hombre.

—Insensata... —Más que en sílabas, el apodo se le escapó seguido, en un tono áspero.

—Un *buen* hombre. Por más que intentes esconderlo.

Tragó saliva con fuerza y se le movió la nuez.

—Tienes que seguir durmiendo.

De no ser porque lo estaba pasando tan mal por él, habría sonreído. Anson haría lo que fuera con tal de evitar los elogios. Pero se los merecía. Era el tipo de hombre que actuaba incluso cuando eso suponía arriesgarse a que se derrumbaran todos los muros que él mismo había construido. Era el tipo de hombre que echaba un

cable incluso cuando no convenía. Era el tipo de hombre que no se achicaba ante el dolor. Y ese era el mejor regalo de todos.

Clavé la vista en sus profundos ojos y le pedí:

—¿Te quedas conmigo?

Volvió a apretar la mandíbula, cubierta por una barba de dos días.

—De acuerdo.

Me moví y me hice a un lado para dejarle espacio. Sus movimientos no fueron ni rápidos ni lentos, sino metódicos. Y, cuando estuvo debajo de las sábanas, me acercó a él para que mi espalda quedase pegada a su torso.

—A dormir, insensata. Yo me ocupo de mantener alejados a los fantasmas.

Y así lo hizo.

Capítulo veintisiete
Rhodes



Me inundaba el calor. Pero no era el tipo de calor que te hace sentir miedo. Era el tipo de calor que emana puro confort. El tipo de calor en el que quería nadar y del que no quería salir nunca.

Me hundí todavía más en ese mar de calidez, acomodándome para quedarme un rato más.

Un abrazo me agarró con más fuerza por la cintura.

Me quedé helada.

Un brazo. En MI cintura. Un brazo que no era el mío.

Abrí los ojos de repente y los recuerdos me azotaron de golpe. La pesadilla. Anson.

Se había quedado. Cómo no. Porque Anson era así.

Anson me acarició el cuello y musitó algo mientras dormía.

Se me dibujó una sonrisa en los labios ante lo inocente que resultaba la situación. Sin embargo, entonces se movió y me ejerció presión por detrás con algo que no era para nada inocente.

Se me escapó un sutil gemido a la vez que apreté los muslos.

Anson me abrazó con más fuerza.

—Buenos días —dijo.

La voz le sonó áspera como el papel de lija y estaba llena de determinación. Y, Dios, cómo me sentó... Igual deberían hacerme un encefalograma. A lo mejor tenía un tumor. Porque no debería tener tan empapada la entrepierna con solo oírle la voz a un hombre.

Anson me dibujó unos círculos en el vientre con los dedos a través de la delicada tela del camisón.

—¿Has dormido bien?

—Hacía años que no dormía tan bien —respondí con total sinceridad.

Mi voz también sonó un tanto áspera. Esperaba que pudiese pasar por somnolencia y no por la verdad, que era que estaba supercachonda.

Fue bajando más la mano y los círculos se convirtieron en unas caricias sin orden ni concierto.

Me moví, frotándome un muslo con el otro, mientras se me avivaban las terminaciones nerviosas. Pero no me sirvió de nada. El dolor que sentía se había anclado en mi interior y era incluso desesperante.

—Como te sigas moviendo así, tendremos un problema.

Me quedé quieta y tragué saliva con fuerza antes de preguntar:

—¿Qué sucede si quiero ese problema?

Anson detuvo el distraído movimiento de sus dedos de repente y respondió:

—Qué tentadora... —Meneó las caderas, ejerciendo presión desde atrás y acomodando la polla entre mis nalgas—. Joder.

Se me aceleró la respiración siguiendo un compás que pareció que estuviese enviando algún mensaje encriptado en código morse.

Bajó todavía más sus dedos, y los coló por debajo del camisón para recorrer mi muslo en dirección ascendente. Acarició la arrugada piel de mis cicatrices. Casi todos los tíos con los que había salido tendían a evitarlas porque no sabían qué decir ni qué hacer, pero Anson no. Él las recorrió con los dedos como si las estuviese memorizando.

—Eres jodidamente fuerte. Preciosa. Valiente.

Sus palabras me sentaron como si fuesen unos minúsculos aunque hermosos dardos que se clavaban en mi piel. También eran peligrosas porque me llevaban a querer ir a por más con un hombre que no sabía si podría dármelo.

Anson empezó a subir los dedos y separé los labios.

—Me he pasado las últimas veinticuatro horas soñando con saborearte. Quiero ahogarme en tu sabor. Embriagarme con él para que sea el único sabor que note en la lengua.

Al escuchar eso, gemí. Estaba demasiado extasiada por la necesidad como para preocuparme por el hecho de estar entregándome.

—¿Vas a dejarme que te saboree, insensata?

Detuvo los dedos a pocos milímetros de donde tanto los quería yo.

—Sí. —Jadeé.

Anson acortó la distancia, pero siguió dejando los dedos en el vértice de mis muslos.

—¿Sin bragas, joder? —preguntó

Se me escapó una risita muy sutil.

—Nunca duermo con ropa interior.

Anson se movió enseguida y me agarró las caderas con ambas manos. Me levantó y me colocó encima de él hasta dejarme las piernas a la altura de sus hombros.

—Agárrate al cabecero.

—Anson —lo llamé en tono agudo.

—Mi niña insensata... —gruñó—. Me moría por esto. Venga, agárrate al cabecero y súbete a mi cara.

Se me aceleró el corazón a más no poder y cada latido fue tropezándose con el anterior mientras me agarraba a aquel cabecero blanco de hierro forjado.

Anson me agarró las caderas y me bajó lentamente hacia él. Con cada milímetro que bajaba, se me iba arremolinando todo aún más por dentro; era como si tuviese una cuerda en mi interior que no paraba de moverse en círculos hasta que estuvo tan tensa que tal vez acabaría rompiéndose en una explosión de necesidad.

Sacó la lengua, provocándome muy sutilmente; sin embargo, el gemido que se le escapó hizo que sintiera una fuerte vibración interna. Aquella cuerda siguió tensándose, desesperada porque quería más, quería estallar, lo quería a él.

—Me estás matando, insensata.

Anson me clavó los dedos en las caderas, acercándome a él en busca de más.

Me provocó y jugueteó con la lengua, dibujando círculos en los puntos donde tanto lo necesitaba. Me agarré con más fuerza al cabezal hasta clavarme aquellos detalles de metal en las palmas. Anson me rozó el clítoris con la punta de la lengua y no pude contener el gemido que se me escapó.

Me agarró con tanta fuerza por las caderas que llegué a pensar que me saldrían moratones. Sin embargo, imaginar que Anson me dejaría marca..., una ola de calor más intenso todavía me recorrió entera.

—¿Necesitas más? —gruñó.

—Sí. —Se me escapó sin poder evitarlo.

Sin pretextos ni previo aviso, Anson me hundió la lengua y yo grité. Dios, esto era el paraíso. Y el infierno, también. Porque quería MÁS. Quería saber cómo sería tenerlo a todo él.

Tener a Anson llenándome, dilatándome. Haciéndomelo una y otra vez.

Encorvó la lengua y yo abrí la boca para soltar un grito ahogado.

La movió en mi interior y a mí empezaron a temblarme las piernas. Con cada lengüetazo y cada círculo que dibujaba, yo llegaba a límites insospechados. Empecé a mover las caderas al mismo ritmo que estaba siguiendo él, cabalgándolo como si pudiese leerle su mente.

La lengua de Anson desapareció y la reemplazó su mano. Aunque no tardó en volver a acercarme la boca. Su peligrosa lengua me envolvió el clítoris mientras él me iba metiendo y sacando los dedos. Pero no me bastaba. Era jugar a *casi* tenerlo y era una tortura.

—Por favor... —le supliqué.

Anson rio con la boca pegada a mi sexo, sin dejar de provocarme y embestirme con los dedos.

—Ahora ya sabes lo que siento al verte moviéndote por ahí en esos putos *shorts*. Haciendo que sueñe con tenerte a sabiendas de que no puedo, de que no debería.

Solté un gruñido de frustración.

—Yo diría que ahora ya me tienes.

Encorvó los dedos.

—Haces que rompa todas mis reglas.

Anson volvió a cerrar la boca sobre mi nerviosa protuberancia, succionando con fuerza mientras me provocaba el clítoris con la punta de la lengua.

No podría contenerme ni queriendo. Me dio en un punto muy hondo con los dedos y me desmoroné. Los pedazos de celo y

pegamento que había utilizado para mantenerme entera se despegaron en un abrir y cerrar de ojos.

Lo único que quedó fueron las emociones. Una ola tras otra de sensaciones. Me perdí en ellas y, al final, me solté del todo.

Justo cuando pensaba que ya estaba perdiéndome, Anson me recompuso. Pero lo hizo solo para dejar que estallase de nuevo en una cascada de luz y color.

Al fin, sus cuidados cesaron, apartó la lengua y me levantó por encima de su cara. Yo tenía el pecho agitado, pero era por algo más. Porque algo dentro de mí había cambiado. Algo fundamental. Como si me hubiese dado cuenta de que, en ciertos aspectos, seguía sin vivir realmente. Pero Anson consiguió que me entrasen ganas de derrumbar esos muros.

Se me quedó mirando con los ojos aún llenos de lujuria y necesidad.

—Menudo desayuno.

Lo miré boquiabierta y luego sonreí de oreja a oreja. Alargué el brazo hasta la goma de sus pantalones de chándal, pero justo entonces alguien llamó al timbre. Y me quedé helada.

Anson gruñó.

—Será coña... —se quejó.

Se me escapó la risa mientras saltaba de la cama y cogía mi albornoz. Galleta ya estaba ladrando en el salón como un poseso.

—Rho —me llamó alguien.

—Es Owen —refunfuñó Anson mientras salía de la cama—. Aguafiestas...

Bajé la vista hasta la evidente erección de Anson.

—Igual preferirías quedarte ahí, colega. Serías capaz de sacarle un ojo a cualquiera, con eso...

Anson se limitó a fruncir el ceño.

—Yo lo mato—dijo.

Le di unos golpecitos en el pecho.

—Intentemos ahorrarnos el tema de los asesinatos hasta pasadas las siete y media de la mañana, ¿vale? —sugerí.

Anson no respondió, pero yo fui hacia la puerta. Galleta se colocó a mi lado de inmediato mientras me cubría con el albornoz. Le rasqué la cabeza.

—No pasa nada. Es solo un amigo —lo tranquilicé.

A juzgar por el sonido que soltó Galleta, parecía que estuviese refunfuñando.

Lo agarré por el collar con una mano y abrí la puerta con la otra.

Owen miró a Galleta con la frente arrugada y luego se fijó en mi mirada.

—Perdona. ¿Te he despertado? —preguntó al ver que iba con el albornoz—. A esta hora ya sueles estar despierta...

Hice todo cuanto pude para no sonrojarme.

—Hoy se me han pegado un poco las sábanas.

—¿Has visto a Anson? Su camioneta está fuera, pero no lo encuentro por ninguna parte.

Carraspeé.

—Anoche se quedó a dormir en el sofá. Se está duchando.

Owen puso cara de póquer y volvió a analizarme, pero ahora lo hizo con otros ojos. Y yo ya sabía lo que estaba viendo: pelo enmarañado y mejillas sonrojadas. Joder. Solo esperaba que no le comentara nada a Shep.

Un músculo de su mejilla saltó como un resorte.

—Ya... Dile que los demás ya están llegando. Y que tenemos que empezar a las siete y media.

Dio media vuelta y se marchó decidido hacia la casa victoriana.

Galleta, que seguía a mi lado, soltó un ligero gruñido. Lo volví a meter dentro a regañadientes. A veces, vivir en un pueblo pequeño donde conoces a prácticamente todo el mundo era lo peor. Todos los trabajadores de Shep me veían como a una hermana pequeña a la que debían proteger.

Solté a Galleta y volví a cruzar el pasillo solo para encontrarme con Anson, que, en efecto, se había duchado. Ya se había cambiado y la camiseta se le ajustaba a lo largo de su ancho pecho: una zona que me moría de ganas de recorrer con los dedos. Ahora que llevaba el pelo mojado, parecía que lo tuviese más oscuro, y el centelleo que se le apreciaba en la cara le daba un aire a ángel justiciero de tres al cuarto.

Me mordí el labio inferior.

—¿Qué tal la ducha?

Frunció aún más el ceño.

—Fría.

No pude evitarlo. Me reí.

—Podrías haberme esperado. Te habría ayudado con tu... situación.

—Por el amor de Dios, Rho. Te lo pido por favor: deja de hablar de mi polla antes de que me vaya a trabajar con doce tíos que se preguntarán por qué narices la tengo dura.

Solo consiguió que me riera con más ganas.

—Lo siento.

Dejó de fruncir el ceño y me fulminó con una mirada acusadora.

—Tú no lo sientes en absoluto.

Le sonreí.

—No. La verdad es que no.

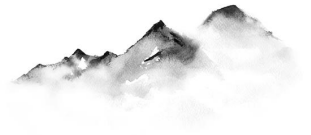
Anson se movió de inmediato y me empotró contra la pared para ejercer presión con sus caderas.

—Pagarás por esto, insensata. Pienso provocarte hasta que me supliques, hasta que me ruegues. Y luego, tal vez, si te portas bien, te follaré hasta que pierdas el conocimiento.

Dicho eso, se fue.

Y yo me quedé con las mismas ganas desesperadas que él.

Capítulo veintiocho
Anson



El día era interminable. En parte porque, después del incendio, tuvimos que volver a empezar de cero en varias zonas de la casa. Tener que volver a hacer algo que ya habíamos completado dio alas a Sísifo y la maldita roca esa.

Además, Owen no estaba de humor. Aparecieron sus quisquillosas gilipolleces y de nuevo puso mi autoridad a prueba. El resto de los trabajadores le daban tanto espacio como podían.

Y Shep no paraba de mirarme. No es que estuviese con los ojos puestos en mí exactamente, pero de vez en cuando desviaba la vista en mi dirección con la frente arrugada. Me incomodaba y me hacía sentir un poco culpable.

¿Qué narices estaba haciendo?

Rho era la última persona con quien debería relacionarme, en absolutamente todos los sentidos. Agarré la palanca con más fuerza mientras me dirigía a la siguiente sección de cartón-yeso. Debería advertir a Rho que eso era un error, que no podía repetirse.

Con solo imaginármelo, me entraron ganas de estampar la palanca contra la pared y cargarme todo lo que me rodeaba. Porque cuando estaba con Rho, cuando la oía reír y me perdía en las sensaciones que me hacía experimentar, era el único rato que me sentía verdaderamente en paz desde que murió Greta.

No podía renunciar a eso. Aunque debiera. Supongo que eso me convertía en un cabrón avaricioso... Pero tampoco era nada que no supiéramos ya.

Fui hacia la siguiente sección de la pared, pero estaba tan distraído que casi choqué con Silas. Solté un taco y me aparté de en medio.

—Perdona —musité.

Él me miró preocupado.

—¿Todo bien? —se interesó en voz baja para que nadie más pudiera oírnos.

Debería haber estado agradecido, tanto porque bajara la voz como por ver que se preocupaba, pero estaba demasiado cabreado conmigo mismo para darme cuenta.

—Sí —espeté.

Silas levantó las manos.

—Solo preguntaba antes de que uno de nosotros acabe con la palanca estampada en la cabeza u Owen agobie a alguien detrás de una pared.

Suspiré. Estaba siendo un cabrón.

—Perdóname. No estoy teniendo la mejor semana del mundo.

Silas asintió y se crujió el cuello.

—Te entiendo. Debe de ser algo generalizado...

Lo observé con un poco más de detenimiento y me fijé en las sombras que le envolvían los ojos.

—¿Necesitas algo?

¿Qué narices estaba haciendo? Yo no solía ir por ahí ofreciendo ayuda a los demás, pero supongo que pasar tiempo con Rho me estaba cambiando.

Silas negó con la cabeza.

—Todo bien —respondió—. Es solo que estoy ayudando a un amigo con un proyecto y no estoy durmiendo demasiado.

Aun así, continué estudiándolo y me pregunté si no habría más. Me acordé de que Shep me comentó que había tenido una infancia dura en casa. Cuando vives algo así, las consecuencias pueden acompañarte a largo plazo; no todos los niños tenían la suerte de acabar con los Colson. Los hubo que hicieron frente a sus pesadillas tan bien como les resultara posible.

—¡A comer! —anunció Shep, sacándome de mis cavilaciones—. He pedido que nos traigan unos bocadillos.

Varios trabajadores se pusieron a chillar de alegría mientras todo el mundo abandonaba lo que estaba haciendo e iba hacia la entrada de la casa. Dejé que pasara el resto primero y me tomé un momento para serenarme.

Al fin, salí. En cuanto me dio el sol, me quité la mascarilla. El olor a pino me inundó los pulmones en una bienvenida llena de aire puro.

Pero aquella sensación de alivio duró poco porque enseguida tuve a Shep en mi campo de visión. Y me miraba con la frente arrugada.

—¿Qué te pasa a ti hoy?

Moví repetidamente la mandíbula. «Mierda».

—Estás a la que saltas o no sé... ¿Todo en orden?

Estaba a la que saltaba porque quería volver a enrollarme con Rho. La había saboreado y quería más, pero tenía que ocultarlo porque trabajaba con su her-ma-no.

—La princesita debe de haber dormido mal porque se ha pasado la noche en el *sofá* de Rho —escupió Owen entre dientes.

Le lancé tal mirada que Owen debería de haberse cagado encima, pero por lo visto el chaval no había madurado y seguía en la fase de la estupidez.

Shep volvió a mirarme de inmediato.

—¿Todavía tiene miedo?

Me moví incómodo. No sabía cómo contarle que me resultaba imposible dejarla sola en la caseta de invitados. Que estar preguntándome si estaría bien me habría resultado una tortura y no lo habría soportado.

—Aún no está tranquila del todo.

No era ninguna mentira. La rápida conformidad de Rho evidenciaba que todavía no estaba lista para pasar las noches ella sola. Pero no pensaba dejarla en evidencia.

Shep soltó un taco.

—Gracias por quedarte con ella. No sé por qué, pero le resulta más fácil pedirte ayuda a ti que a cualquiera de nosotros. Debe de ser porque la hemos agobiado mucho.

—No quiere que os preocupéis por ella —le respondí.

Y yo sabía que era cierto. Rho no quería que los demás cargaran con sus miedos.

Shep bajó la voz y me preguntó:

—¿Está bien?

Asentí.

—El incendio le trajo un montón de recuerdos, pero lo está gestionando lo mejor que puede.

No pensaba comentarle nada de la pesadilla. Era algo demasiado personal. Si Rho quería contárselo, que lo hiciera ella.

Shep me dio una palmada en el hombro.

—Gracias por cuidarla.

La culpabilidad se adueñó de mí otra vez. Era un amigo de mierda.

—Tiene que ser una puta broma —espetó Owen—. ¿Nos aleccionas a todos para que dejemos a tus hermanas en paz, pero te parece bien que este duerma ahí?

Shep se giró hacia Owen con tanta seriedad en el rostro que era evidente que estaba a punto de estallar.

—Os dije que tratarais a mi hermana con respeto. Y es lo que está haciendo Anson.

Hice una mueca. No tenía yo muy claro si lo de esta mañana podría definirse como «respetuoso»; aunque, a ver: venerar el cuerpo de Rho implicaba cierto respeto, eso seguro.

—Menuda gilipollez —se quejó Owen—. Tratas a ese cabrón como si fuese la parusía cuando es un capullo de manual que nos mangonea a todos y nos hace perder el tiempo cuando podríamos estar progresando de verdad.

Shep fue moviendo la mandíbula como si acabase de meterse tabaco para mascar en la boca.

—Ya basta.

—¿Qué? ¿Ahora no podemos ni dar nuestra opinión? —espetó Owen.

—Podrías, si lo hicieras de forma respetuosa. Pero eso tú lo desconoces, Owen. Cuando no te sales con la tuya, te comportas como un crío de tres años y montas un numerito. Y ya estoy harto.

Owen se crispó todavía más.

—¿Me estás despidiendo?

Shep lo miró altivo.

—Te estoy dando una última oportunidad —le dijo—. O te comportas de una puta vez, te dejas de dramas, paras de montar pollos y haces lo que se te pide y lo haces bien, o te largas.

Owen miró a Shep con desprecio antes de levantar las manos y replicar:

—A tomar por culo. Ya encontraré un curro donde la peña sepa lo que se hace.

—Pues buena suerte —musitó Silas.

Owen hizo ademán de ir a por él, pero Shep lo agarró por la camiseta.

—Tira hacia tu camioneta —le ordenó empujándolo.

—Suéltame —ladró Owen—. Me largo.

Fue directo hacia su destartalada camioneta, se sentó detrás del volante y cerró de un portazo. Tuvo que girar la llave de contacto tres veces para que el vehículo arrancara, lo cual le quitó dramatismo a la acción. Sin embargo, para compensarlo, Owen revolucionó el motor al arrancar.

Las ruedas fueron escupiendo gravilla al pasar. Carlos movió la cabeza y comentó:

—Es que el pobre la tiene corta...

Shep soltó una carcajada y los demás hicimos lo propio.

—Comamos un poco y luego ya seguimos trabajando.

El equipo se fue hacia las cajas de comida y las neveritas que había en la parte trasera de la camioneta de Shep, pero yo lo esperé.

—Siento el drama.

Él negó con la cabeza.

—Tú no tienes la culpa.

—Al chaval ese nunca le he caído bien.

Aunque no entendía por qué. Cuando habíamos sumado alguien al equipo, yo nunca me había mostrado intrusivo. Y, en este tipo de trabajos, la gente llegaba y se marchaba a diario.

Sin embargo, mientras miraba cómo se adentraba la camioneta de Owen por aquella autovía de dos carriles, supe que eso no iba solo de que no le cayera bien. Owen estaba más cabreado que una mona porque esta mañana yo había salido de casa de Rho. Y ahí saltaron las alarmas.

Shep suspiró.

—Debería haberlo echado hace tiempo. Siempre ha sido una bala perdida. Pero tenía la esperanza de que se ubicara.

Shep quería ayudar a todo el mundo, brindarles una oportunidad tras otra a pesar de que no se lo merecieran. Sobre todo, si él estaba unido a dicha persona. Pero a mí ya se me estaba empezando a despertar el sexto sentido.

—Creció aquí, ¿no?

Shep asintió.

—Fue a clase con Rho y Fallon.

«Mierda». El incendio que hubo en el instituto me vino a la mente. Y los del centro del pueblo y los del sendero del río.

—¿Y pasaba mucho rato con ellas?

Shep me miró y entornó los ojos antes de preguntar:

—¿Qué estás pensando?

—Estoy centrándome en todas las personas que hayan estado cerca de Rho.

Era cierto. No había podido contenerme, por más que supiera que era terreno pantanoso para mí. El cabrón del ex de Rho encabezaba mi lista, pero ahora ya había añadido a Owen.

Debería haberlo considerado antes. Owen tenía varios rasgos característicos de los narcisistas, incluida la creencia de que la culpa de todo la tenían siempre los demás, nunca él. Sin embargo, Owen no era el único. Y ese era el problema cuando estudiabas a alguien

analíticamente: que te dabas cuenta de que había muchísima más gente de la que pensabas capaz de hacer el mal.

—¿Crees que debería comentárselo a Trace? ¿Pedirle que lo tenga en cuenta en sus pesquisas? —quiso saber Shep con tono de preocupación.

Moví la mandíbula hacia delante y hacia atrás mientras intentaba relajar un poco los músculos.

—No estaría mal. Tú solo dile que últimamente se ha mostrado combativo. Conoce bien la distribución de la casa. Podría moverse rápidamente en el caso de provocar un incendio.

Shep se hizo crujir los nudillos.

—La mitad del pueblo conoce la distribución de la casa. En su día, solían venir por vacaciones o cuando se organizaba alguna barbacoa.

Apreté la mandíbula. Como Sparrow Falls es un lugar pequeño, se podía pensar que la lista de sospechosos se reduciría, pero era justo lo contrario. Por lo visto, aquí todo el mundo le abría las puertas de su casa al pueblo entero y todos estaban conectados con el resto. Así, era prácticamente imposible encontrar pista alguna.

—Tú haz que Trace descubra si tiene coartada. Por algo se empieza.

Shep asintió una única vez.

—Le escribiré. —Me miró fijamente a los ojos—. Gracias. Sé que esto no es fácil para ti...

—No hay de qué —lo corté.

No quería profundizar en la realidad que escondía el sendero por el cual me estaba adentrando. Y tampoco era capaz de gestionar la gratitud de Shep.

Movió la cabeza al entender que yo no quería ir por ahí. En lugar de insistir, me dio una palmada en el hombro.

—Venga —me animó—. Vamos a comer antes de que los trogloditas esos se lo zampen todo.

Reí e hice ademán de seguirlo, pero entonces me vibró el móvil que llevaba en el bolsillo trasero. Fruncí la frente, lo cogí y miré la pantalla.

Al descubrir el número que aparecía allí, se me heló la sangre. Hacía más de un año que no tenía contacto con él.

Me tragué la bilis que intentaba subirme por la garganta.

—Ahora voy —dije.

Shep siguió moviéndose y yo me giré de cara a las montañas mientras le daba a «aceptar».

—Hunt.

—Anson, soy Helena.

La familiaridad de su voz me envolvió entero. Esa aspereza de fumadora de la que nunca consiguió deshacerse, al igual que nunca consiguió deshacerse de los cigarrillos en sí. Nuestro trabajo conllevaba demasiado estrés como para que ella pudiese tener la más mínima oportunidad de librarse de eso.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté con una voz que no se asemejaba en nada a la mía. Era demasiado distante. Demasiado vacía. Pero sabía que si Helena me había llamado no era por nada bueno.

Hizo como siempre y no se anduvo con rodeos:

—Ha vuelto.

El hielo que me había cubierto las venas se esparció y me inundó los músculos y, acto seguido, los órganos también. Se me heló el cuerpo entero hasta tal punto que yo solo pude sentir un dolor agonizante.

—Ha llegado una nota dirigida a ti. La hemos abierto. Son las mismas putas pistas.

Me vinieron un millón de imágenes a la memoria. Los juegos de palabras a los que tanto le gustaba jugar conmigo. Aquellas letras cuadradas para disimular su caligrafía. Nada de huellas. Nada de ADN. El tío era un fantasma.

—Es un imitador. Tiene que serlo.

El Ahorcado no tenía razón alguna para volver. Y menos ahora. Cuando yo me había mantenido alejado de todo. Había vivido completamente en las sombras.

—Es él —insistió Helena—. Contiene demasiados detalles que jamás le dimos a la prensa.

Se me revolvieron las tripas y me entraron náuseas. Había seguido sus normas. Había dejado de perseguirlo. Me había escondido. Pero ahora había regresado igualmente, como si tuviese alguna especie de radar que le chivara que yo había encontrado una brizna de felicidad. Algo que me aportaba paz. Y eso, él, no lo soportaba.

—Te necesitamos, Anson. Tienes que volver —me dijo Helena con el amable tono de voz que utilizaba con las víctimas.

—No.

Fue todo cuanto le pude contestar. No había nada en este mundo que fuese a conseguir que volviera al infierno que supondría regresar al FBI.

—Anson...

—No —solté borde.

—Seguirá matando

Lo sabía. Ahora que había vuelto a empezar, nada detendría a El Ahorcado hasta que lo atrapase la muerte. Y eso solo me dejaría una herida más en el alma. Se convertiría en algo más de lo que culparme. Pero ¿qué más daba? Total, yo ya me estaba ahogando en la culpabilidad.

Capítulo veintinueve
Rhodes



Me quedé mirando el móvil. Aquel mensaje de texto por responder me devolvía la mirada, burlón:

> Qué te parece si cenamos a cambio de que me ayudes a pelearme con Galleta para que pueda bañarlo? Bistec y patatas asadas... Y puede que algo más de postre ;-)

—¿Qué te ha hecho el móvil?

La pregunta de Thea provocó que levantase la vista del aparato. Me apresuré a bloquear la pantalla y me guardé el teléfono en el bolsillo trasero de inmediato.

—Los tíos son idiotas.

Al oír eso, enarcó una ceja mientras cogía otro seto más de la parte trasera del Gator y lo colocaba en el expositor.

—Lo dices como si fuese algo nuevo...

Reí muy sutilmente.

—Bien visto —respondí.

Thea guardó silencio mientras iba a por otra planta y me estudió antes de preguntar:

—¿Te sigue molestando ese tipo?

Arrugué la frente.

—¿Qué tipo?

—El pretencioso ese. El de los zapatos elegantes y el reloj caro.

—Ah, ¿Davis? No. —Desde el numerito ese en el exterior de La Mezcla, no lo había vuelto a ver—. Otro liante y, de hecho, un lío completamente distinto.

A Thea se le dibujó una media sonrisa en los labios mientras cogía otro seto.

—Parece que ese tipo de lío te guste un pelín...

Gruñí mientras pillaba otra maceta.

—Creo que me gusta un pelín demasiado.

Dudaba que alguna vez hubiese estado tan colgada por alguien. Y me hacía sentir incómoda.

La diversión que le había apreciado antes a Thea en el rostro se disipó, reemplazada por una pizca de desasosiego.

—¿Está yendo con jueguecitos?

Negué con la cabeza.

—No es de los que van con jueguecitos.

Anson no era así. Sin embargo, el hecho de que no me hubiese contestado hizo que cierta preocupación se adueñara de mí. ¿Habría pasado algo? ¿Habría cambiado de opinión? ¿O es que simplemente estaba ocupado trabajando y no llevaba el móvil encima? A fin de cuentas, estábamos en plena jornada laboral.

Dejé el seto y lo coloqué bien.

—No estoy acostumbrada a que me importe tanto alguien.

Thea depositó la maceta que tenía en las manos al lado de la mía.

—¿Estás acostumbrada a rollos más informales?

—No exactamente. —Había salido con gente antes y había tenido varias relaciones, pero esta me hacía sentir de forma distinta. Al pensar en los chicos con los que había estado de una forma u otra, me di cuenta de algo—. Creo que siempre he escogido a hombres que sabía que no tenían el potencial para que durásemos para siempre.

Thea regresó al Gator pero se giró para mirarme.

—Menuda revelación.

Reí.

—Estoy hecha un lío... Más de lo que creía.

Se detuvo.

—Todos lo estamos, Rho. Todos cargamos con una mochila emocional. Lo importante es cómo gestionamos esa situación.

Me obligué a seguir moviéndome, a seguir cogiendo plantas y colocándolas como si eso fuese a conseguir que dichas revelaciones doliesen menos.

—Creo que le tengo miedo al compromiso para siempre. A que alguien pueda ser así de importante para mí.

A lo mejor evitaba el compromiso para siempre igual que evitaba leer los finales de los libros. Porque sabía que, a veces, la vida podía arrebatarte eso definitivamente del tirón.

—Duncan me contó lo del incendio —confesó Thea con un hilo de voz.

Al oírselo decir, traté de contener la molestia que sentí. Detestaba que la gente hablase de lo que me había sucedido a mis espaldas (o en mi cara, daba igual). Duncan seguramente estuviese intentando cuidarme y por eso le contó eso a Thea.

—Ese tipo de pérdida y de trauma te deja tocado —reconocí.

Thea guardó silencio un instante.

—A veces nos da la impresión de que estaremos más seguras si mantenemos a todo el mundo alejado. Porque así no podemos volver a sufrir.

Ralenticé el movimiento mientras desviaba la vista hacia Thea. Unas sombras le danzaron en sus profundos ojos marrones.

—Sí, en ocasiones sucede eso —concedí.

Thea tragó saliva con fuerza.

—Pero puede ser solitario.

—Poned caras más alegres, por favor —dijo Duncan acercándose a ambas con la cámara en alto.

Thea se sobresaltó y se puso tensa en el acto.

—¿Qué haces? —lo interrogó.

Él arrugó la frente.

—Estamos actualizando la página web —nos explicó—. Nos hacían falta unas cuantas fotos más del local y del equipo mientras trabaja.

Thea palideció al momento y su tez de color aceituna se volvió blanca como el papel.

—¿Me has sacado alguna?

—Claro. De ti y de Rho transportando los setos. Pero teníais la misma cara que los críos cuando no les compran un helado.

—Bórralas —espetó ella—. Tienes que borrarlas ya.

La confusión le tiñó el rostro a Duncan.

—Quedas bien en...

—Por favor —le suplicó Thea—. No puedes ponerme en la página web ni en las redes ni en ninguna otra parte. Por favor.

El pánico que se le coló a Thea en la voz provenía de una preocupación que estaba arraigada muy hondo. Estaba aterrada.

Le quité la cámara de las manos a Duncan.

—Ya las borro yo. No va a subir nada a ninguna parte. ¿Verdad que no, Dunc?

—No —respondió él bajando mucho la voz—. Nos aseguraremos de ello.

Cuando Thea dejó el seto que estaba sujetando, me fijé en cómo le temblaban las manos.

—Gracias. Voy... Voy a por un poco de agua.

—Por supuesto —respondió Duncan enseguida—. ¿Por qué no te tomas una pausa? Ya te va tocando...

Thea asintió, pero salió escopeteada sin mediar palabra.

Me apresuré a borrar todas las fotos en las que aparecía Thea, aunque solo había un par. Yo salía en más.

Duncan soltó un taco y señaló:

—Huye de algo.

Le devolví la cámara.

—Sí... —coincidí.

—¿Te ha contado alguna cosa?

Negué con la cabeza.

—Solo lo ha insinuado un poco... —Desvié la vista hacia Thea hasta que esta desapareció por uno de los invernaderos—. Creo que tendremos que limitarnos a ofrecerle un lugar donde se sienta segura. Igual, con el tiempo, acaba abriéndose.

Duncan suspiró.

—Tienes razón. Pero me siento como un cabrón por haberla asustado.

Alargué el brazo y le di unas palmaditas en el hombro.

—No sabías que ibas a asustarla con una foto.

—Hey —saludó alguien.

Levanté la vista y me encontré con Felix, que se aproximaba a nosotros con una amplia sonrisa en los labios. Intenté responder con una propia, pero no podía quitarme de encima la preocupación que sentía por Thea.

—¿Tan pronto vuelves?

Felix rio.

—Mi madre está que se sale este año. Dice que necesita más dalias.

Al verlo tan confundido, por fin se me dibujó algo parecido a una sonrisa en los labios.

—Estás de suerte; tenemos un montón —le respondí.

—Gracias a Dios. Porque como siga hablándole del tema a mi padre, creo que se van a divorciar.

—Venga, te las enseño. —Miré a Duncan—. Luego, acabo de arreglar los arbustos. ¿Te parece bien?

Asintió con la mente perdida y me hizo un gesto con la mano.

—Claro —contestó—. Si me necesitas, estaré en el despacho. ¿Quieres que les dé de comer a los gatos?

—Me vendría de perlas. Eres el mejor, Dunc.

Se le relajó la expresión.

—No hay problema.

Volví a centrarme en Felix.

—Vamos a salvar el matrimonio de tus padres.

Él rio.

—Estás haciendo de diosa de las plantas.

—Necesito una camiseta con esa frase.

Felix guardó silencio un segundo mientras caminábamos, pero noté que tenía los ojos puestos en mí.

—¿Cómo lo llevas? Me he enterado de lo del incendio...

Jugueteé con los guantes de trabajo porque necesitaba hacer algo.

—Bien. No llegó a la caseta de invitados.

—Silas y Carlos dicen que la poli cree que fue provocado.

Tendría que cantarles las cuarenta a esos dos por cotillas.

—Aún están intentando atar cabos.

Felix se repiqueteó con los dedos el lateral del muslo mientras seguíamos caminando.

—Tú ándate con cuidado, por si las moscas. Mantén un círculo reducido. La gente en quien más confíes y ya.

Me mordí el interior de la mejilla para no contestarle de malas maneras. No necesitaba a otro tío yendo de protector conmigo.

—Estoy bien. En serio. Venga, vamos a por las dalias.

Mientras me acercaba al todoterreno, me arqueé hacia atrás y luego me agaché hacia delante para tocarme las puntas de los pies. Los músculos que me envolvían la columna vertebral protestaron. Hoy me había pasado un pelín.

Iba a ser una noche de bañera y una fuerte dosis de sales de baño. Pesqué el móvil del bolsillo mientras me levantaba. Tenía pinta de que estaría más sola que la una en la bañera.

Intenté no dejar que la falta de respuesta por parte de Anson me doliera. Pero me dolía. Demasiado, hostia.

Al desbloquear el coche con el mando, emitió un sonido. Abrí la puerta del copiloto para que subiera Galleta.

—Arriba, campeón.

El perro subió, pero parecía un poco cabizbajo.

Lo rasqué detrás de las orejas.

—Ya sé que echas de menos a los gatitos, pero esta noche quería quedárselos Thea.

Y no era solo eso. Me daba a mí que Thea los necesitaba. Me había fijado en que se había pasado el resto del día en tensión; no había conseguido quitarse de la cabeza lo del incidente de la foto. A lo mejor le vendría bien un rato de mimos con los gatitos.

Cerré la puerta, rodeé el coche y abrí la del asiento del conductor. Subí y dejé el móvil en el posavasos. No pude sino mirar el aparato con el ceño fruncido. Tal vez Thea no anduviera tan equivocada al no caer en las redes de la tecnología. Así no me llevaría tantos chascos.

Me vibró el móvil y me apresuré a cogerlo. Una ola de decepción se adueñó de mí en cuanto leí el nombre de mi hermano en la pantalla. Enseguida, la culpabilidad sustituyó dicha emoción.

Cope
Qué te parece hacer un viaje a Seattle? Tengo una entrada extra para los *playoffs*

Suspiré y tecleé rápidamente una respuesta

Gracias, pero he de trabajar y arreglar la casa. Pero te veré desde aquí

Cope
Venga, Rho-Rho. Ven a pasar una semanita con tu hermano favorito

Mi tontaina favorito, dirás... Lo siento, no puedo. Pero soy consciente de lo que estás intentando y te lo agradezco

Cope
Estoy preocupado por ti

Una nueva ola de culpabilidad inundó todo mi ser, pero es que no podía esconderme solamente porque mi familia estuviese preocupada.

Ya vigilo. Te lo prometo. Te quiero, tontaina

Cope
Yo también te quiero, chiflada

Volví a dejar el móvil en el posavasos y le di al botón para arrancar el coche. Salí del aparcamiento marcha atrás, con cuidado. Ya no había nadie en el vivero, pero una nunca sabía qué podía encontrarse por el camino.

Abandoné la propiedad en cuestión de segundos y puse el intermitente. Una de las cosas que más me gustaban de trabajar aquí era el viaje en coche. No tengo muy claro si conducir durante quince minutos por unas sinuosas carreteras contaba como «viaje», pero, para mí, como si lo fuera.

Cada estación nos regalaba un nuevo paisaje. En otoño teníamos el cielo nítido y el aire fresco, y los bosques solían teñirse de naranja y rojo. El invierno ofrecía unos paisajes austeros y nevados, con unas espectaculares montañas cubiertas de blanco. En primavera, la belleza de las flores silvestres lo adornaba todo. Y el verano nos deleitaba con unos campos dorados que contrastaban con la majestuosidad de Castle Rock.

Ahora ya empezaban a abrirse las flores silvestres. Era mi estación favorita del año. Dentro de nada, los prados que contemplaba al conducir estarían llenos de color.

Estaba tan distraída buscando esos matices de flores que no me di cuenta del todoterreno que llevaba detrás hasta que lo tuve pegado a la caja. Era negro y enorme, y tenía una calandra gigantesca. Quien estuviera al volante revolucionó el motor.

Miré por el retrovisor con el ceño fruncido y pisé el freno a modo de advertencia. «Malditos turistas». Siempre iban con prisas a todas partes. Por lo general, solían dirigirse a las montañas o a Castle Rock, o tal vez a Crystal Lake, que quedaba a un par de horas en dirección norte.

El vehículo en cuestión no le hizo caso a mi advertencia. De hecho, no hizo sino que pegarse más al mío.

Se me aceleró el corazón y aquellos minúsculos latidos empezaron a asemejarse al aleteo de un colibrí.

—Idiota...

Conduciendo de esa forma, el hombre mataría a alguien. Con el reflejo del sol en el cristal tampoco conseguía distinguir si el conductor era un hombre, pero ese vehículo apestaba a «tengo un micropene y me toca compensarlo por otro lado».

Coloqué el pie en el freno para ralentizar y que el otro (con algo de suerte) me pasara. Sin embargo, quienquiera que estuviese detrás del volante aceleró y se me estampó en la parte trasera del coche. Di un cabezazo hacia delante y me golpeé tan fuerte contra el volante que hasta vi las estrellas.

Galleta, que se encontraba en el asiento trasero, soltó un chillido. Afortunadamente, el separador de tela evitó que saliese disparado hacia la parte delantera.

Pisé el freno con más ahínco y el coche se deslizó hacia un lado de la carretera y rozó la gravilla. Hice todo lo que pude para recuperar la dirección del todoterreno porque no quería caer en el terraplén de la derecha. No es que hubiese un desnivel desmesurado, pero tampoco era poca cosa y no tenía ganas de descubrir qué podía suceder si acababa allí.

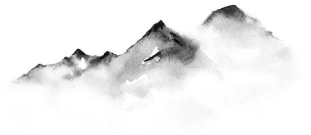
Detrás de mí, el otro motor rugió y yo solté un taco.

Miré por el retrovisor y vi que el otro coche hacía marcha atrás solo para arrancar de nuevo. El pánico se apoderó de mí y oí cómo me latía la sangre en los oídos. Pisé el acelerador en un intento por dar con un camino que me alejase de ese todoterreno, pero no tenía alternativa. Allí solo había dos carriles y un barranco a cada lado.

El mundo se detuvo. Todo ocurrió a cámara lenta. Los latidos de mi corazón y el clic al bloquear el todoterreno.

El otro vehículo se empotró contra el mío y empezamos a dar vueltas. Vueltas y más vueltas, sin parar, y tan deprisa que el mundo se volvió borroso. Y, entonces, perdí el conocimiento.

Capítulo treinta
Anson



Tiré un trozo de pladur dañado al contenedor con un gruñido. Me ardían los brazos y la espalda por el esfuerzo, pero agradecí aquel sutil dolor. Me agaché, cogí otro pedazo y lo arrojé al mismo sitio.

Shep hizo lo propio con otro trozo del montón.

—Pensaba que ahora que se había largado Owen estarías de más buen humor.

Me limité a soltar un gruñido por toda respuesta y me deshice de más pedazos de cartón-yeso.

Hoy habíamos avanzado mucho. En parte porque me había propuesto echar abajo todo lo que me rodeara. Había hecho el trabajo de Owen y el mío. Y seguramente un poco más, incluso.

Shep siguió trabajando y hablando a la vez.

—Te seré sincero: no echo nada de menos sus quejas y lloriqueos —confesó.

Si yo hubiese sido capaz de fijarme en algo esta tarde, seguramente me habría dado cuenta de cómo había cambiado el

ambiente ahora que no estaba Owen. Pero no había sido el caso. Lo único que había podido hacer había sido perderme en el trabajo. Al igual que hice al principio de trabajar para Shep. El cansancio físico, la repetición... Todo eso me ayudaba a mantener mis fantasmas a raya.

El único problema era que hoy, Helena, los había soltado. Cada forcejeo con la pata de cabra y cada pedazo de material dañado que había tirado no habían sido sino otro fútil intento más para tratar de volver a encerrarlos en su jaula.

Gruñí frustrado mientras tiraba otro pedazo de pladur al contenedor. Me giré para coger uno más, pero ya no quedaban. Habíamos terminado con el montón que se suponía que íbamos a acabar mañana por la mañana.

Ahí fue cuando miré a mi alrededor por primera vez. El sol ya brillaba en lo bajo. Aquí solo quedaban la camioneta plateada de Shep y la mía negra. Los demás se habían marchado hacía un buen rato.

Miré el reloj. Las seis menos cuarto. «Dios...».

—Deberías de haberte ido ya —musité.

Shep me devolvió la mirada.

—¿A ti te parece que voy a dejarte solo estando tú así de alterado?

Apreté los dientes.

—Estoy bien —respondí.

—Esta tarde te has comportado como un cabrón de manual de proporciones descomunales.

Le di una patada a una piedra con la bota.

—No soy una niñita de diez años. Yo no voy charlando y cuchicheando por ahí. Estoy aquí para trabajar.

Shep, que seguía con la gorra puesta, me miró con una ceja enarcada.

—Sí, pero te has puesto a echar la casa abajo cual poseso. Estoy bastante seguro de que los demás están organizándote ya un exorcismo para mañana.

—Teníamos que compensar el trabajo de Owen —me defendí.

Shep dio un paso hacia mí y se aseguró de mirarme a los ojos.

—Anson, que soy yo. No me vengas con gilipolleces. ¿Quién te ha llamado? ¿Tu madre?

Retrocedí como si acabasen de pegarme una bofetada.

—No. Ya sabes que el último número que marcaría es el mío.

—¿Pues quién narices era? No te había visto tan mal desde que llegaste aquí.

Tragué saliva como buenamente pude.

—Alguien de mi antiguo equipo. Creen que El Ahorcado ha vuelto.

Shep se quedó petrificado, estupefacto.

—Anson.

—Les ha llegado otra nota. Podría ser un imitador.

Sin embargo, mientras pronunciaba esas palabras, yo mismo sabía que no era el caso. Helena no era de las que sacaban conclusiones precipitadas. Si ella pensaba que era El Ahorcado, señal de que lo era.

Shep suspiró despacio.

—Con razón estás tan tocado...

Me pasé la mano por el pelo. Decir que estaba tocado era quedarse corto. Los recuerdos se iban aferrando con uñas y dientes a los muros que había levantado en mi interior con tal de mantenerlos apartados. Cada uno me recordaba por qué no podía disfrutar de una vida normal. Por qué no me merecía aquellos

resquicios de felicidad que habían ido apareciendo a mi alrededor al estar con Rho.

—¿Cómo piensan dar con él? —quiso saber Shep.

Era una pregunta simple, pero no tenía ni idea de la carga tan inmensa que se desprendía de ella.

—Primero tendrán que encontrar el cadáver.

Cada vez que nos envió una nota, tuvimos clarísimo lo que significaba. Había alguien en alguna parte que había perdido la vida. Pero yo no me había permitido asimilarlo de verdad. No del todo. Me había centrado demasiado en el sospechoso y en intentar encontrar el sentido a todas las demás pistas.

Como siempre me habían gustado los juegos, mi jefe me había dado manga ancha para descifrar todas y cada una de las notas. Yo era quien más rápidamente podía desenmarañar aquella red. Todas las pistas nos proporcionaban una letra de la ubicación y yo tenía todas las claves grabadas en la mente. Pero, para él, todo era un juego. Una versión muy retorcida del ahorcado.

Aun así, acabé cogiéndole el gusto a ser quien más rápido resolvía aquellos acertijos. Poder guiar al equipo hasta la próxima pieza de aquellos rompecabezas hacía que me invadiera un arrebato de orgullo. Me empeñé tanto en ser quien derrocara su reinado de terror que no me di ni cuenta de que me estaba atrapando en su red.

—¿Tienen alguna idea de dónde está? —preguntó Shep, sacándome de las cavilaciones de mis recuerdos.

Negué con la cabeza y confesé:

—No se lo he preguntado.

No quería saberlo. Bastante sabía ya. Alguien ahí fuera había perdido a la persona más importante de su vida. Una hija, una esposa, una madre, una hermana... Y aquella pérdida los

atormentaría, agravada por las notas del cabrón que le había arrebatado la vida.

Nada más pensar en la palabra *hermana*, la agonía se adueñó de mí. Dios, cuánto echaba de menos a Greta... Cómo me tocaba las narices durante nuestras llamadas telefónicas semanales... «¿Qué tal le va la semana a la pandilla de los frikis?». Siempre se burlaba de su hermano mayor. Pero también se enorgullecía de mi trabajo y de la vida que me estaba labrando.

Solo que ninguno de los dos sabía lo vacía que sería esa vida. Al menos, no hasta que ya fue demasiado tarde.

Shep me estudió con cautela.

—¿Y tu equipo cree que estás en peligro?

—No lo sé. Me han pedido que regrese.

Pronuncié esas palabras como quien escupe ácido.

Shep arqueó muchísimo las cejas.

—¿Te lo estás planteando? —se interesó.

—No. —Fue una respuesta instantánea. Final—. Ya no quiero esa vida. Y, aunque la quisiera, no sería capaz de gestionarlo.

La empatía le inundó el rostro a Shep y a mí me entraron ganas de mirar donde fuera menos a él.

—No fue culpa tuya, Anson.

—Basta —solté lo más borde que pude.

Al oír mi tono de voz, Shep paró.

—De acuerdo. ¿Por qué no pedimos algo para llevar y nos lo comemos en mi casa?

Estuve a nada de abrir la boca y rechazar su oferta, pero el tono del móvil de Shep me lo impidió.

Cogió el aparato del bolsillo trasero y deslizó el dedo por la pantalla.

—¿Sí?

Shep fue palideciendo y todo empezó a ir a cámara lenta.

—¿Dónde? —espetó.

Hubo una breve pausa.

—Voy.

Shep ya había entrado en acción, pero yo, que seguía a su lado, absorbí parte de su pánico.

—¿Qué? —pregunté.

Me miro y contestó:

—Es Rho. Ha tenido un accidente.

Capítulo treinta y uno
Rhodes



Dibujé una mueca mientras la paramédica me ponía algo en el corte que tenía en la frente; a juzgar por cómo escocía, debía de ser una gasa con alcohol. Galleta gruñó subido a esa camilla con ruedas. Se había negado a alejarse de mí desde que nos sacaron del todoterreno, que había quedado destrozado.

—Lo siento —se disculpó la chica joven que me estaba curando con una expresión comprensiva en el rostro—. Tengo que asegurarme de que lo limpio bien.

—No pasa nada, Susie —la tranquilicé.

Otro paramédico, Shawn, no había podido ni acercarse. Cortesía del comportamiento defensivo de Galleta.

—Has de ir al hospital —me ordenó Trace entre dientes.

Al oír el tono de mi hermano, Galleta soltó otro grave gruñido.

Me apresuré a negar con la cabeza. Hacía años que los hospitales no me gustaban, desde que pasé tantísimo tiempo en uno.

—No —contesté.

Trace notó el tirón de un músculo de la mandíbula.

—Tienes una contusión.

—Pequeña —me quejé—. Y Susie puede ponerme un poco de esa cola mágica en la frente para que se me cierre el corte; ¿a que sí, Susie?

La chica alternó la vista entre Trace y yo como si tuviese miedo de decir nada.

—No debería —terció Shawn.

Era mayor que nosotros, de unos cuarenta largos con el pelo y la barba canosos.

Susie, en cambio, era más joven que yo y estaba estudiando para asistente médico, lo cual significaba que estaba bien instruida en este tipo de cosas. Con tal de no acabar pisando el hospital, le haría de conejillo de Indias.

Una furgoneta oscura se acercó a toda leche y se detuvo en seco justo en el límite del meollo. Las elegantes líneas del vehículo y el borroso diseño dibujado en negro sobre negro me resultaban familiares.

Fallon saltó del asiento del copiloto y echó a correr hacia mí mientras Kye la seguía de cerca a toda prisa.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Alguien te ha empujado fuera de la carretera? ¿Qué cojones, Rho?

Kye le colocó las manos en los hombros y le dio un delicado apretón.

—Fal, respira —le recordó.

Mi amiga cerró los ojos un segundo, inhaló profundamente y volvió a abrirlos.

—¿Estás bien? —repitió Fallon.

Asentí e inmediatamente me arrepentí de haberlo hecho porque me tiraba la herida y me dolía la cabeza.

—Estoy bien. Os lo prometo.

Fallon me examinó con el ceño fruncido.

—Te sangra la cabeza. Eso no es estar bien. Además, déjame que adivine: se niega a ir al hospital, ¿a que sí?

Trace asintió con la cabeza y comentó:

—Es más tozuda que una mula.

Fallon suspiró.

—Si es que ya lo sabía yo... Por eso he pescado al doctor Avery de camino.

La fulminé con la mirada y la interrogué:

—¿Has secuestrado a un médico?

Kye dibujó una especie de sonrisa con los labios, pero la preocupación y puede que incluso el miedo seguía inundando su mirada.

—Cuando está enfadada, acojona un poco —afirmó Kye.

—Ahí te doy la razón —comentó el doctor Avery, un hombre que debía de rondar los sesenta. Llevaba siendo mi médico desde que me mudé aquí de pequeña; era el doctor de casi todo el pueblo en general. Se abrió paso entre la multitud del personal de servicios de emergencia—. Rhodes, no me gusta que tengamos que vernos así.

Dibujé una sonrisa.

—Ya somos dos.

A la que el doctor Avery se acercó un poco más, Galleta soltó un grave gruñido.

El hombre miró a mi guardián.

—Igual tenemos que apartarlo a él primero...

—Buena suerte —musitó Trace—. Es como si fuera su guardaespaldas.

—¿Crees que vendrá conmigo? —sugirió Fallon.

—Podemos intentarlo —le dije rascando a Galleta detrás de las orejas—. Tienes que acompañar un momentito a Fallon, ¿vale? Yo me quedo justo aquí.

Dios, cuánto me alegraba que Galleta estuviera bien. La cosa podría haber ido muchísimo peor, pero parecía que tanto él como yo habíamos conseguido salir de aquel marrón sin heridas graves.

Fallon cogió la correa de Galleta y lo bajó al suelo con un gruñido.

—¡Aúpa! Ven, que te hincharé a mimos mientras curan a tu mamá.

En cuanto Galleta se hubo apartado, el doctor Avery se puso manos a la obra. Me examinó un poco con una minilinterna y luego se centró en la herida.

—Todo esto sería muchísimo más fácil en mi consulta —murmuró.

—Mejor dejarlo hecho ya —contesté en voz baja.

Me costaba incluso ir a su consulta. Las revisiones eran una cosa, pero ¿algo así? Me bastaba con verlo sacar ciertos instrumentos de su maletín para que se me acelerara la respiración.

El doctor Avery me miró con la frente arrugada.

—Puedo cerrarte esta herida con adhesivo tisular, pero tendrás que asegurarte de que no se te moje durante, como mínimo, cuatro días.

—No hay problema.

El doctor Avery miró a Susie.

—¿Te gustaría ayudarme?

La chica asintió entusiasmada.

Trabajaron en equipo y yo traté de pensar en otras cosas en un intento por no sentir el dolor mientras Susie manipulaba la herida para cerrarla o mientras me ponían una sustancia en el corte para sellarlo. Fui canturreando para mis adentros con los ojos cerrados.

Al oír el chirrido de unos neumáticos, abrí los ojos de repente. Enseguida distinguí la camioneta de Shep, pero mis ojos no repararon en él. Sino en Anson. Echó a andar decidido y con expresión alarmada. Respiraba de un modo entrecortado y aquella camiseta gris oscuro se le pegaba a la altura de los hombros. Todo en él emanaba oscuridad; era como si unas sombras se le hubiesen aferrado al cuerpo.

La marabunta de personal de emergencias médicas se separó para abrirle paso, como si notaran dicha oscuridad. Anson fue avanzando hacia mí con unos movimientos que parecían más característicos de un animal que de un humano. Me observó de los pies a la cabeza con sus ojos color azul grisáceo para asegurarse de que todo estaba en su sitio.

Cuando llegó a la camilla, ralentizó el ritmo. Abrí la boca para decirle que estaba bien, pero no me dio tiempo. Me abrazó de inmediato con un gesto desgarradoramente delicado y fuerte a la vez.

Noté cómo se le agitaba el pecho con cada respiración. Todas sus inhalaciones y exhalaciones eran irregulares, como si estuviesen sujetándose a unas quebradizas piezas de su corazón.

—Insensata... —dijo en un tono ahogado.

Lo envolví con los brazos y me agarré a él con fuerza.

—Estoy bien —afirmé.

—No —gruñó—. Tienes una maldita gasa en la frente y alguien te ha echado fuera de la puta carretera.

A Anson le temblaron los brazos a mi alrededor y noté cómo le vibraban por la ira y puede que, tal vez, por el miedo.

Lo abracé con más fuerza todavía en un intento por tranquilizarlo, tanto con el cuerpo como con la mente, de que estaba bien.

—El doctor ya me ha curado lo de la frente. Estoy bien y Galleta también. Solo tengo que irme a casa y darme una buena ducha.

Anson siguió abrazándome.

—Alguien ha intentado hacerte daño. —Lo pronunció de una forma prácticamente inaudible. Parecía más un sonido que una serie de sílabas, torturado y recubierto por un alambre de púas.

Esas palabras hicieron que me temblara todo el cuerpo. No había sido un accidente. Quienquiera que hubiese actuado de ese modo quería hacerme daño. Ojalá pudiese creer que se trataba de algún turista que quería experimentar cómo era el subidón del riesgo en una carretera, pero sabía que no era el caso.

Alguien había intentado quemarme la casa hacía un par de noches y había dejado algo que bien podría calificarse de amenaza de muerte. Y yo no había querido asimilar lo real que era todo esto. Pero ahora no me quedaba otra opción.

Ahí fuera había alguien que me odiaba. Me odiaba tanto que deseaba hacerme daño de las peores formas posibles.

Anson me hundió su cara en el cuello.

—No te puede pasar nada.

Quería tranquilizarlo y decirle que nada de eso iba a ocurrir, pero no tenía muy claro que pudiese asegurárselo.

—¿Qué narices tenéis vosotros dos?

La voz grave de Trace hizo estallar la burbuja que nos envolvía a Anson y a mí.

Mientras intentaba separarme de él, me acordé de que estábamos en público, y que, ahora mismo, nos estaba mirando todo el mundo.

«Ay, mierda».

Capítulo treinta y dos

Anson



Notaba a la gente con los ojos puestos en mí. Sentía el calor de las miradas ajenas atravesándome la espalda. Pero no podía mirar a nadie que no fuera Rho. A pesar de que le hubiesen curado la herida de la frente, yo seguía viéndole aquella amenazante gasa: el recuerdo de algo violento, de algo que le había rasgado la piel.

Me bastó con imaginármelo para que las náuseas se adueñaran de mí y la ira les pisara los talones. Porque alguien había intentado hacerle daño a Rho. Alguien había intentado acabar con los únicos y minúsculos rayos de luz que quedaban en mi vida.

Shep me contó lo poco que sabía de camino hacia aquí. Alguien había embestido a Rho para echarla fuera de la carretera y tirarla barranco abajo. Dios, si es que podría haber sido muchísimo peor... Podría haber sufrido algún tipo de daño permanente.

Rho se mordió la comisura del labio, pero yo se lo solté de inmediato con los dedos. No podía imaginármela sufriendo más,

aunque fuese un dolor sutil, de ese que deriva de una costumbre nerviosa.

—¿Qué narices está pasando? —espetó Trace.

Me giré enrabiado hacia él y lo reprimí:

—No le hables así.

La amenaza que envolvía mis palabras hizo que Trace abriera los ojos como platos. Si no me fallaba la vista, diría que le centelló una pizca de respeto en la mirada, pero enseguida volvió a colocarse aquella cuidadosa máscara.

—Relajémonos todos un poco, anda —terció Rho, cuya voz fue como un bálsamo para mi abrasadora piel. Me apoyó la mano en la espalda y noté cómo su tacto me estremecía incluso por encima de la camiseta de algodón—. Anson y yo somos... amigos.

—Amigos. —Resopló Trace.

—Esto es lo de menos —solté—. Lo importante es que atrapemos a la maldita persona que le ha hecho esto a Rho.

Trace se irguió y se percató de la acusación que ocultaba mis palabras.

—Hemos emitido una orden de búsqueda y captura, y tengo a oficiales inspeccionando la zona. Alguien ha denunciado el robo de un todoterreno al inicio del sendero y la descripción coincide con la que nos ha dado Rho.

—¿Dónde? —pregunté.

—A unos diez minutos de aquí. Se puede ir andando desde el pueblo; no queda lejos.

Las tuercas empezaron a dar vueltas dentro de mi cabeza mientras intentaba relacionarlo todo. El incendio (el del pasado y el actual), la foto que le dejaron en el porche, los recortes de periódicos y, ahora, esto. Todo estaba relacionado. Un equilibrio entre regalos y castigos.

Shep apareció en mi campo de visión.

—¿Qué piensas? —me preguntó, porque sabía que era incapaz de no analizar las circunstancias, por más que quisiera.

—Que, sea quien sea, es alguien impulsivo. No piensa en las consecuencias a largo plazo. Aunque la foto que depositó en el porche de Rho denota cierto nivel de manipulación.

Trace me miró con los ojos entornados, pero no medió palabra. Noté detrás de mí que Rho se ponía más tensa, porque, a pesar de que no pudiera verla, fue como si su rigidez hubiese transformado el ambiente. Pero Shep insistió:

—¿Qué quieres decir?

El férreo pánico que me invadía me obligó a moverme, de modo que me puse de pie. No quería atar cabos. No quería que lo que estaba pensando fuese verdad.

—Que todas las señales apuntan a un psicópata.

Trace movió un poco la mandíbula.

—¿Y tú cómo sabes cuáles son esas señales? —preguntó.

Desvié la vista hacia Rho, que tenía una expresión cautelosa. Intenté pensar que eso era una buena señal. Que *debía* mostrarse cautelosa conmigo; con cualquiera a quien se le diese tan bien ocultar realmente rasgos de su personalidad.

Me obligué a mirar a Trace nuevamente y confesé:

—Porque solía trabajar para el FBI. En la Unidad de Análisis del Comportamiento.

La sorpresa iluminó el rostro de Trace, que se aventuró:

—¿Perfilador?

Asentí.

—¿Y ahora te dedicas a la construcción...? —Estaba intentando entenderlo.

Tragué saliva con fuerza.

—No estaba hecho para mí.

Desvié la mirada hacia Rho y entré en tensión de los pies a la cabeza. Su rostro, habitualmente tan expresivo, cual pantalla de proyección donde se podían apreciar todas sus emociones, se había vuelto ilegible. Fui incapaz de discernir absolutamente nada más allá de los ecos de dolor que le atisbé en aquellos ojos de color avellana.

Rho miró al hombre de mediana edad que seguía de pie al lado de la camilla.

—¿Puedo marcharme ya? —le preguntó—. Me gustaría irme a casa.

Al oír el sutil susurro de su voz, murió algo en mí y la culpabilidad se me arremolinó por dentro y me estrujó cual boa constrictor.

El hombre asintió.

—Tendrá que quedarse alguien contigo para despertarte cada dos horas y preguntarte cosas sencillas —le dijo—. En el caso de que parezcas confundida, por poco que sea, deberán llevarte a urgencias.

—Yo me quedo —se ofreció Shep.

—No —escupió Rho—. Se quedará Fallon.

Fallon alternó la vista entre ambos, como quien observa un duelo.

—Claro —respondió.

—Rho —la llamé con delicadeza mientras ella bajaba de la camilla.

—No —soltó de mala gana.

El dolor me azotó con fuerza; fue tal y como me imaginaba que sería recibir un balazo. No pude no ir hacia ella. Rho seguía siendo un rayo de luz para mí, a pesar de que sabía que quien lo había mitigado un poco había sido yo.

Rho suspiró largo y tendido.

—No me debes nada como para contarme tus secretos. Ya sé que no somos... nada. Me... Tengo que irme a casa.

Sin embargo, una parte de mí sabía que sí debía contarle mis secretos. Yo había estado jugando al juego del engaño y ella se había quemado.

—No quería que lo supiera nadie —le confesé con un hilillo de voz.

El tono dorado de sus ojos se apagó mientras ella desviaba la vista hacia su hermano y luego volvía a mirarme a mí antes de decir:

—Seguro que Shep lo sabía.

—Porque lo conozco desde la uni —me justifiqué—. Lo ha sabido desde un principio. Y cuando necesité un sitio donde ir y donde nadie conociera mi pasado, Shep me lo ofreció.

Rho asintió con una expresión comprensiva. Pero el dolor no amainó.

—Lo entiendo. De verdad que sí. Pero eso no cambia el hecho de que yo te lo haya contado absolutamente todo y tú solo me hayas dado migajas.

Cada sílaba me sentó como un nuevo corte en la piel, como si me abriesen la herida y me echaran ácido dentro.

—Te he contado más de lo que le he contado nunca a nadie —confesé.

Rho se limitó a sacudir la cabeza pero, al hacerlo, le atisbé todavía más dolor en la mirada.

—No puedo con esto ahora mismo. —Se giró hacia Fallon y hacia el mastodonte tatuado que había a su lado—. ¿Podéis llevarme a casa?

Fallon se colocó al lado de Rho en un santiamén y le envolvió con ternura los hombros con un brazo mientras tiraba de la correa de Galleta con la otra mano.

—Claro —respondió Fallon—. Vámonos.

No me moví. No hice nada mientras Rho se alejaba. Mientras se subía a aquel oscuro todoterreno. Mientras el vehículo arrancaba y

se iba. Solo me quedé mirando. Mirando cómo lo único que me había hecho feliz ni que fuese por un efímero segundo desaparecía de mi vida.

Capítulo treinta y tres
Rhodes



Me cubrí con mi manta gruesa y peluda mientras contemplaba el cielo, lleno de estrellas, desde la *chaise longue* que tenía en el porche trasero. Era como si me estuvieran aporreando la cabeza a un ritmo constante, pero el analgésico me había ayudado a mitigar el dolor, aunque no había conseguido aliviar la aflicción que sentía en el pecho en absoluto, joder.

—¿Más helado? —me preguntó Fallon, esperanzada.

Mi amiga quería arreglarlo y que todo volviese a la normalidad. Pero, como yo me había pasado todo el trayecto hasta casa y la última hora (más o menos) con el pico cerrado, lo mejor que podía ofrecerme era helado.

—Como me coma otra cucharada más de *chocolate fudge brownie* doble, explotaré.

—Tenemos que trabajar tus costumbres comiendo helado —musitó Fallon mientras dejaba su bol en la mesa que nos separaba.

Reí y la acción me sentó bien, aunque la risa no se me contagió como solía ocurrir.

Ambas guardamos silencio un segundo antes de que Fallon volviese a hablar:

—¿Estás bien?

Eché la cabeza hacia atrás y dirigí la vista al cielo. Veía las estrellas un poquito más borrosas a causa de la contusión, pero sabía que Fallon no se refería a eso. Jugueteé con la esquina de la manta mientras, con los dedos, buscaba cualquier hilo suelto del que pudiese tirar.

—Sabía que tenía secretos...

—Hummm —soltó Fallon—. ¿El míster rey de la prole? Claro que sí. Esos ojos gritan *secretos*.

Me giré de lado para observarla.

—Entonces, ¿por qué me ha afectado tanto descubrir uno? Tampoco es que tenga ningún derecho para saber absolutamente todo sobre ese hombre.

Mi amiga me estudió un minuto.

—¿Qué tenéis? —me preguntó—. Por cómo se ha abierto paso entre la gente para llegar hasta ti hoy... No sois solo «amigos».

Suspiré levemente. No hacía el frío suficiente como para que se formaran nubes blancas en el aire, pero yo sí lo noté a mi alrededor.

—No sé cómo explicarlo... Nos entendemos mutuamente de un modo que no había compartido nunca con nadie. Entiende por lo que he pasado.

La pizca de dolor que le atravesó la mirada a Fallon no me pasó desapercibida. Ella también sabía lo que era perder a alguien. Había perdido a su padre y a su hermano. Pero era algo distinto. A pesar de que sabía que Fallon siempre estaría allí para mí, nunca había sido capaz de enseñarle aquellas partes de mí misma que más me

avergonzaban. Aquellas que le había mostrado a Anson con tanta facilidad.

Fallon echó el dolor a un lado y lo ignoró para poder estar ahí para mí.

—Me alegro de que tengas algo así. De que él te lo haya dado.

Me humedecí los labios.

—Y también hay una atracción bastante potente...

Se le dibujó una media sonrisa.

—¿No me digas? —contestó.

Me sonrojé. Estaba segura de que Fallon lo detectó a pesar de que fuera de noche.

—Ha hecho que me corra con más ganas que en toda mi vida.

Fallon gritó tan fuerte que Galleta aulló a modo de respuesta desde el interior de la casa.

—¿Y eso qué tiene de malo? Conexión emocional. Conexión física... A mí me suena a relación.

—No lo es. Anson no es... —No sabía cómo explicarlo.

—¿No es el típico tío que se mete de lleno en una relación? —preguntó Fallon.

—Me contó que huía de ellas. Y no me creo que sea el típico que se tira a todo lo que se mueve y que no quiere sentar la cabeza. No pretende que le importe nadie. Mantiene las distancias incluso con Shep, y eso que es su mejor amigo.

Fallon guardó silencio un buen rato y luego dijo:

—Puede que no *quiera* que le importe nadie, pero hay quienes le importan. Le importas *tú*. Tú misma lo has visto antes. Anson ha perdido la cabeza cuando ha sabido que te habías hecho daño. Se ha acojonado.

—Odio eso... —susurré—. No quiero hacerlo sufrir.

Por más que estuviese sufriendo yo ahora mismo, no deseaba infligirle semejante agonía a nadie. Nunca.

Fallon se me quedó mirando bajo el oscuro manto de la noche.

—No se puede vivir de verdad sin un poquito de dolor. Si tanto te empeñas en evitar aquello que te incomoda, acabarás viviendo a medias. Puede que consigas esquivar lo peor, pero tampoco experimentarás lo mejor.

Dios, cuánta razón tenía. Era justo lo que había estado haciendo yo. A pesar de que intentaba valorar cada momento y tomármelo como el regalo que era, de que sabía que tenía muchísimo por lo que estar agradecida en la vida, me contenía a la hora de dejar que algo bueno y *nuevo* entrase en mi vida. Total, nada duraba para siempre.

Casas de alquiler y mascotas de acogida. Incluso las flores que tanto me gustaban tenían una vida finita y florecían una única vez en lugar de seguir creciendo cada año. Y todo eso era más cierto aún si hablábamos de relaciones. Había salido con tipos con quienes no habría podido construir un futuro ni queriendo y había mandado bien lejos a aquellos con quienes tal vez podría haber tenido algo más. Estaba haciendo lo mismo que Anson, solo que de una forma menos evidente.

—Me ha podido el miedo —confesé por fin.

Fallon se sentó, se cruzó de piernas bajo la manta y me miró.

—Ya lo sé —afirmó.

Me escocían los ojos a causa de las lágrimas.

—Cómo no... —señalé.

Fallon rio.

—Te quiero, Rho. Siempre has sido mi hermana del alma. Pero eso no significa que duela menos que perdieras a Emilia. O a tus padres. Perdiste a tu familia de una de las peores maneras que uno se

pueda imaginar. Es totalmente comprensible que te asuste un poco formar la tuya propia.

Se me aceleró el corazón y noté que se me cerraban las costillas y me estrujaban los pulmones.

—Te tengo a ti, a Nora, a Lolli... A toda nuestra familia.

Me sonrió apesadumbrada.

—Era imposible que te libraras de nosotros. Y creo que sigues ocultando una parte de ti, incluso a nosotros. Porque, en cierto modo, al hacerlo, te sientes segura.

En ese momento, las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas.

—Me da muchísimo miedo pensar que puedo perderos a alguno de vosotros... Creo que no podría soportarlo.

—Rho... —susurró Fallon con una voz grave antes de quitarse la manta con los pies y acercarse a mí para envolverme en un abrazo —. Ya lo sé. Es aterrador. Pero no dejes que eso te impida querer con todo tu corazón mientras seguimos todos aquí.

La abracé tan fuerte como pude hasta que me dolieron los brazos. Como si abrazarla lo suficientemente fuerte fuese a evitar que la perdiera a ella también.

—Te quiero, Fallon.

—Y yo a ti. Más de lo que puedas imaginarte. Y estoy aquí junto a ti, para lo bueno y para lo malo, y por más enrevesados que sean los sentimientos.

Reí a pesar de que seguía llorando.

—Menos mal, porque estoy bastante segura de que me he enamorado de un tío al que ni siquiera conozco de verdad.

Fallon me soltó para poder mirarme a la cara. Volvió a recostarse en su diván y me sonrió.

—Lo bueno es que tiene pinta de que fue un extraordinario agente del FBI —comentó.

Fui incapaz de devolverle la sonrisa.

—Pero es que toda esa faceta no la compartió conmigo. Y yo le enseñé partes de mí que no lo hubiera hecho con nadie más...

A Fallon se le desdibujó la sonrisa de los labios.

—Seguro que te ha dolido un montón, lo sé, pero creo que debes hablar con él. Dale una oportunidad para que te explique por qué no te lo contó. Porque sería una pena que perdieras a alguien que te hace sentir comprendida.

Era más que eso. Anson había visto lo más complejo y oscuro de mi ser y lo había entendido. No se había asustado ni me había mirado con otros ojos. Y puede que, tal vez, incluso hubiese apreciado esas circunstancias porque me hacían ser quien era en realidad.

—No sé si volverá... —confesé.

No me había dado cuenta de que ese miedo flotaba en mi mente. Ahora que todo el mundo conocía esa parte de Anson que él tan desesperadamente había intentado ocultar, igual saldría por patas. Buscaría otro pueblo donde desaparecer; uno donde nadie supiera qué heridas acarreaba.

Fallon sonrió discretamente.

—Yo no estaría tan segura de eso.

Un foco iluminó el lateral de la casa y me levanté de inmediato. Distinguí la silueta iluminada de Anson. Estaba claro que se había duchado y se había cambiado de ropa en algún momento, pero llevaba el pelo muy alborotado, como si no hubiese parado de despeinárselo con las manos.

Fallon se levantó y me sonrió.

—Os dejo que habléis. Kye me llevará a casa.

La miré rápidamente.

—Gracias, Fallon. Por todo —dije.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Te quiero —le susurré mientras ella se iba hacia la parte delantera de la vivienda.

—Yo también te quiero —respondió envuelta por la oscuridad.

Yo ya volvía a tener la vista puesta en Anson y estaba estudiando su desolada expresión.

—No puedo estar lejos de ti —confesó con un tono áspero en la voz—. Y menos si lo estás pasando mal. —Tragó saliva con energía —. No quería que me importase absolutamente nadie. Pero hiciste trizas toda mi determinación.

El corazón me latía con fuerza contra la caja torácica y las mariposas aleteaban, desesperadas por alzar el vuelo con total libertad.

Un músculo tensado hizo acto de presencia en la mejilla de Anson.

—No es que consiguieras colarte en mi interior a pesar de los muros que había erguido yo; es que te los cargaste. Porque eres insensata hasta la médula. Y puede que hayas hecho que yo también quiera serlo.

Me deshice de la manta y me moví antes incluso de darme cuenta de que les había pedido a mis piernas que se desplazaran. Eché a correr por la terraza y salté con ambos pies para lanzarme sobre Anson con todas mis fuerzas. Él me agarró en brazos. Me daba igual que me doliesen los músculos o que sintiera que me aporreaban la cabeza. Porque estaba en los brazos de Anson. Y él se estaba abriendo conmigo.

Capítulo treinta y cuatro

Anson



Tuve que echar mano de todas mis fuerzas para sujetar a Rho con dulzura. Hoy había vivido un sinfín de torturas alternativas en las que la perdía tanto por los despiadados actos de terceras personas como por mi propia estupidez. Pero, al volver a tenerla en brazos y notar cómo le latía el corazón al estar pegada a mi pecho, lo peor del día se desvaneció.

—No deberías correr —señalé con la voz áspera—. Ni saltar.

—Cállate —musitó Rho hundiéndome la cara en el cuello e inhalando mi aroma.

Sin soltar a Rho de los brazos, subí los dos escalones que daban a la terraza y fui hacia la puerta trasera. La abrí y entré dentro. Cerré de un puntapié sin quitarme las botas y pasé el pestillo. La oscuridad nos envolvió mientras caminaba decidido a lo largo del pasillo hasta llegar al salón. Me acomodé en el sillón y acuné a Rho con los brazos sin molestarme siquiera en encender la luz. Se acurrucó en mí y le

acaricié la espalda con los dedos, deleitándome con el roce de cada una de sus vértebras, del ritmo, del movimiento.

—Gracias por volver —dijo Rho en un susurro.

Detuve el recorrido de mis dedos.

—Ya te lo he dicho. No puedo estar lejos de ti. Te has clavado en mi interior. Y, aunque sería lo mejor, alejarme de ti sería como arrancarme una parte de mí.

Al oír eso, se movió un poco para poder sentarse a horcajadas. No fue un gesto sensual; fue de dominio absoluto. Y me miró con los ojos entornados al preguntar:

—¿Por qué?

Sabía que tendría que contárselo. Sabía que regresar aquí solo significaría una cosa: confesárselo absolutamente todo a Rho.

Aquel opresivo peso volvió a abrirse paso en mi pecho y el gélido terror que lo acompañaba se me coló en las venas. Pero Rho entrelazó los dedos con los míos para mantenerme en el aquí y el ahora. Notar su tacto fue mejor que cualquier maldito ejercicio de respiración o cualquier medicina contra la ansiedad.

—Puedes contarme lo que sea. Te lo prometo.

Me ardieron los ojos mientras le devolvía la mirada a Rho en medio de la oscuridad. Su belleza me mataba incluso entre las sombras. Por su fiereza, por su libertad. No quería perder la forma en que me miraba. Y sabía que precisamente pasaría eso si le contaba la verdad. Pero no tenía elección; no podía escapar.

—Cuando terminé la universidad, me apunté directamente a un programa de doctorado exprés en Psicología.

—¿O sea que eres psicólogo?

—Técnicamente. Pero nunca ejercí como tal. —Eso era lo fácil, lo clínico, pero aun así parecía que las palabras se me hubiesen quedado atascadas en la garganta—. Uno de mis profesores tenía

ciertos vínculos con el FBI y sugirió que enviara una solicitud a la Unidad de Análisis del Comportamiento.

Rho me estudió con la mirada sin soltarme las manos.

—¿Y a qué se dedica esa unidad exactamente? Trace dijo que eras perfilador, pero creo que no he oído ese término en la vida, aparte de en las pelis y en la tele.

Le fui acariciando distraídamente el dorso de las manos con los pulgares y me centré en el tacto de su piel para mantenerme anclado aquí.

—¿La verdad? Somos los frikis del cuerpo de seguridad.

Me miró divertida y comentó:

—Tú no tienes nada de friki.

—No te creas... Mi coeficiente intelectual es de ciento cuarenta y cuatro.

Rho arqueó las cejas.

—Interesante... O sea que estoy liada con un genio.

—Me gusta más friki.

—Vale, friki me parece bien. ¿Tienes unas gafas con montura negra para meterte más en el papel? Creo que podría gustarme...

Me incliné para besarla. Le colé la lengua en los labios, acariciándole la boca y jugando un poco, pero sin ir a por más. No hasta que Rho supiera la verdad. Me separé para observar aquellos ojos color avellana, que estaban un poco distraídos.

—La próxima vez traeré las gafas de lectura.

Rho se me quedó mirando, expectante.

Suspiré.

—Los perfiladores somos una especie de analistas, más o menos. Con los hechos de una serie de crímenes creamos la imagen del sospechoso. Edad, sexo, raza, rasgos de personalidad...

—¿Cómo os asignan los casos?

—Los cuerpos de seguridad tienen que extendernos una invitación. O puede que cualquier otra rama del FBI nos pida ayuda para resolver crímenes que traspasan las fronteras estatales.

—Eso supone viajar mucho y que no puedas echar raíces en ninguna parte... —musitó Rho.

—Viajábamos mucho. Y vivíamos en hoteles.

Me miró y le añadió unas cuantas pinceladas de color a las imágenes que se había formado de mí mentalmente.

—¿Cuánto tiempo estuviste trabajando allí?

—Casi cinco años.

Rho me agarró las manos con más fuerza todavía.

—Debiste de ver un montón de atrocidades...

Se me secó la boca, pero me obligué a seguir hablando:

—Sí. Pero no las suficientes.

Rho arrugó la frente y la curiosidad le centelleó en sus conmovedores ojos.

—No permití que todo eso me afectase y debería haberlo hecho. Pero desconecté en ese sentido. Concebía los delitos como hechos y no tenía en cuenta a los humanos que había detrás.

—A mí me parece la mar de lógico. ¿Cómo no ibas a hacerlo? Si te hubieses permitido ver la realidad de cada situación día sí y día también, la pena te habría matado. Fue un mecanismo de protección.

Así era Rho: siempre veía lo mejor en todo el mundo, incluso en mí. Pero estaba siendo demasiado tolerante conmigo; demasiado benévola.

—Seguro que en parte fue así. Pero también hay algo más feo...

Rho continuó agarrándome sin romper el contacto visual.

Tuve que echar mano de todas mis fuerzas para continuar mirándola mientras proseguía:

—Me creía la hostia de bueno. Era como si tuviese la mente hecha justamente para generar perfiles. Establecía conexiones donde nadie más las encontraba. Hechos que me llevaron a cerrar más casos de los que habían cerrado personas que hacía una década o más que se dedicaban a este cometido. —Le agarré las manos con más fuerza. Necesitaba notar ese contacto para continuar en el aquí y el ahora —. Me volví un engreído. Escribí algunos libros. La prensa empezó a interesarse en mí. Seguí resolviendo casos...

—Anson —me llamó en voz baja—. Ser bueno en lo tuyo no tiene nada de malo.

—Puede. Pero yo era un cabrón. Pensaba que lo sabía todo.

—Y ocurrió algo —susurró ella.

Asentí muy discretamente con la cabeza.

—Empezamos a trabajar en una serie de asesinatos fuera de las fronteras estatales. Los había por todas partes, desde la zona suroeste del país hasta la costa noroeste del Pacífico. Todas mujeres. Atadas con sogas. Mostraban marcas de ligaduras en los tobillos, las muñecas y el cuello. Pero la causa de la muerte siempre era un corte en la carótida.

Noté un movimiento extremadamente sutil en las manos de Rho. El *shock* la había sobresaltado.

—Les rajaba el cuello... —dijo.

—Sí. Pero cada vez que lo hacía les enviaba una carta a las fuerzas del orden locales. Una pista. Un... juego.

La expresión de Rho dejó entrever todo lo que debería haber sentido yo con ese caso, aunque no fue así.

—Es terrible... —señaló.

—Le entusiasma hacer eso. Para él, jugar eternamente al ratón y al gato es excitante. Cada nota contenía un juego de palabras. Pistas

que nos guiaban hasta una letra y las letras apuntaban a una dirección. Así que empezaron a llamarle El Ahorcado.

—Y la dirección era donde había abandonado el cadáver —adivinó Rho.

—Sí. —Le seguí dibujando círculos en el dorso de las manos, acariciándole aquella piel suave como la seda con mis ásperos dedos —. Se me daba bien jugar a eso. Demasiado bien. En una rueda de prensa dije algo que le dio a entender que quien resolvía sus acertijos era yo.

Rho me agarró las manos con tanta fuerza que, seguramente, mañana me habrán salido moratones.

—Se obsesionó contigo.

Tragué saliva con fuerza.

—Empezó a enviar las pistas a la UAC con mi nombre. Debería haberme imaginado que el tipo investigaría. Después, enviaba cartas a los familiares de las víctimas; unas notas para que supiéramos que los había estado observando. En entrevistas, en publicaciones de redes sociales... Iba a por ellos porque el dolor ajeno lo excitaba. La tortura emocional de los seres queridos de las víctimas le hacía sentir el mismo subidón que el dolor físico.

A Rho le entró un escalofrío.

—Anson...

—Fui un estúpido al pensar que me libraría de convertirme en su objetivo; que no podría dar conmigo. Cuando publiqué mi libro, lo hice utilizando mi segundo nombre como apellido y nunca di ni una sola rueda de prensa en público con mi apellido real. Pensé que bastaría con eso.

El miedo le inundó la mirada a Rho y convirtió aquel brillo dorado en un profundo tono ámbar.

—¿Qué hizo? —quiso saber.

—Encontró a mi familia. A mi hermana. La secuestró mientras salía del hospital donde trabajaba en Portland. La retuvo como rehén durante veinticuatro horas. Luego, le rajó el cuello y me envió una pista para que la encontrara. Ni siquiera sabíamos que había desaparecido. Era enfermera de urgencias y sus turnos siempre eran una locura. Me había centrado tanto en mis propias gilipolleces que no tenía ni idea de que la había estado aterrando durante un día entero, que le había *rajado* el cuello.

—Anson —pronunció mi nombre con la voz áspera—. Dime que lo han pillado. Que lo han encerrado de por vida.

Negué con la cabeza y la agonía de haber fracasado otra vez me caló bien hondo.

—No tenemos ni idea de dónde está. Hay casos que siguen abiertos, pero cuando abandoné el FBI dejó de actuar. —Tragué saliva con fuerza en un intento por deshacerme de aquel dolor—. Mi hermana ya había fallecido por mi culpa y, cuando a mi padre le dio un infarto al cabo de tres meses, supe que también yo había sido el culpable de su muerte. Eso cree mi madre. Y eso dijo en el entierro.

Rho no hizo sino agarrarme las manos con más firmeza y sin vacilación alguna. Pero las lágrimas le resplandecían en los ojos.

—Nadie murió por tu culpa, Anson.

—Puede que yo no le rajase el cuello a mi hermana ni le parase el corazón a mi padre, pero para el caso... —solté entre dientes.

Ahora, Rho me agitó las manos, clavándome las uñas en la piel.

—Estabas intentando detenerlo.

Lo había intentado. Antes de que Greta muriese y de que me diese cuenta de que todo esto era un sinsentido, lo había dado todo. Me había pasado noches en vela para poder seguir investigando mientras la Oficina nos asignaba nuevos casos. Me había pasado horas y horas al teléfono y había hecho miles de viajes a las escenas

de los crímenes, todo pagado de mi bolsillo. Aunque igual fue más una obsesión que otra cosa. A saber... Puede que, tal vez, quisiera dar con él no por hacer el bien sino por una cuestión de ego.

Rho me soltó las manos, me apartó el pelo de la cara y apoyó los dedos en mis mejillas.

—Nadie es o solo bueno o solo malo. Hay matices. Todos somos una mezcla de sombras y de luces. Y los rayos de sol únicamente pueden brillar gracias a la oscuridad.

Se me cerró la garganta. Casi no podía ni respirar.

—Detesto que te sucediera eso. Que perdieras a la gente que querías. Que ese... monstruo te arrebatara tantas cosas. Pero eres una bellísima persona, Anson. Eres buena persona. Y si eres así es por todo lo que has pasado. —Rho clavó los ojos en los míos—. Eres la clase de persona que es paciente con un perro que está aterrado y le demuestra que no todos los hombres son malos. La clase de persona que durmió en un sofá con muelles sueltos porque supiste que era demasiado orgullosa como para reconocer que tenía miedo. Y eres la clase de persona que hizo que pudiese hablar de aquello que tanto miedo me daba pronunciar en voz alta y me sintiera segura. —Me recorrió el cuello y los hombros con los dedos y me dio un apretón allí como para ver si estaba prestándole atención de verdad—. Haces que me sienta comprendida, Anson. Que perciba que alguien me entiende cuando siempre me he sentido un poco como la rarita. ¿Sabes lo valioso que es eso?

—Rho... —la llamé en lo que fue más una súplica que cualquier otra cosa.

—Vale, se te subió a la cabeza. Igual fuiste un cabrón engreído. ¿Y qué? ¿Crees que por eso merecías que te arruinasen la vida? ¿Que asesinaran a tu hermana?

Tensé la mandíbula y apreté los dientes con fuerza.

—¿Sabes qué? Que no tuvo nada que ver contigo. Ese tío es un cabrón de mierda y está obsesionado. Pero tú no hiciste nada. Fue ÉL.

Algo de lo que dijo Rho, la ferocidad con que pronunció aquellas palabras, hizo mella en mí. Seguramente, por primera vez en mi vida. «No tuvo nada que ver contigo».

Tenía razón. Si en esa época yo no hubiese estado trabajando en el FBI, el sujeto en cuestión se habría obsesionado con alguien más. Podría haber sido cualquiera y por cualquier razón. Sencillamente me tocó a mí.

—A veces siento que me inunda la culpa —admití.

A Rho se le escaparon unas cuantas lágrimas que acabaron en mi pecho. Bajó la mano y cubrió el punto donde habían caído.

—Ya lo sé. Y haría lo que fuera para que no te sintieras así. Lo que fuera. Pero no puedo. Lo único que puedo decirte que es que ya lo sé...

Y lo sabía. Rho lo sabía como nadie más podría saberlo nunca. Las circunstancias eran completamente distintas pero, en cierto modo, cargábamos con el mismo peso. Era el precio que nos correspondía pagar por seguir con vida habiendo sufrido tantas pérdidas.

—Solo podemos hacer una cosa: dejar que todo esto nos enseñe a vivir —susurró.

La miré con sus fieros mechones de pelo color marrón bailoteando a mi alrededor, aislándonos del resto del mundo.

—Nosotros sabemos que en la vida no hay nada seguro. Así que tenemos que vivirla al máximo. Sin desperdiciar ni un segundo. Y apreciando todo aquello que tanto les gusta a los demás.

Noté un nudo en la garganta; uno enorme que tuve que tragarme antes de poder hablar.

—A Greta le encantaban las flores.

Rho bajó los dedos hasta entrelazarlos con los míos.

Dibujé una muy discreta sonrisa.

—Pero se le daba de pena cuidarlas. Hablábamos cada semana y siempre lloriqueaba porque ya se le había muerto otra planta. Le habría en-can-ta-do admirar tu terraza trasera.

A pesar de que fuera de noche, aún podía distinguir todos los colores que había al otro lado de la puerta del fondo. Había tantas macetas que no podía ni contarlas. Rojas, amarillas, rosas, lilas... Vida a montones.

Volví a mirar a Rho y aprecié la misma cantidad de colores y de vida en sus ojos.

—Quise meterme en la tumba con ella...

—Ya lo sé —susurró Rho—. Aunque ella no lo habría querido.

—No —dije con una voz grave—. Es verdad.

Rho se inclinó para agacharse un poco, despacio, hasta dejar los labios a unos pocos milímetros de los míos.

—Pues vive —me ordenó.

Y, por primera vez en dos años, consiguió que tuviese ganas de vivir.

Capítulo treinta y cinco
Rhodes



Unas nubes de tormenta le inundaron los ojos a Anson mientras yo esperaba. Gris y azul estaban librando una batalla para ver cuál de los dos ganaba. Anson necesitaba ambas cosas: las sombras y las luces, justo como le había dicho yo antes. Sin embargo, ahora mismo, yo rezaba porque ganara el azul y todos esos rayos de vida echaran raíces.

—Haces que me entren ganas de ir a por cosas que pensé que estaban muertas y enterradas. Me haces volver a sentir —confesó Anson subiéndome la mano hasta la cintura—. Aunque eso me cabree que flipas.

Se me escapó una risa ligera.

—A veces, tenemos que enfadarnos un poco para recordar que todavía hay cosas que nos importan.

Anson deslizó los dedos por debajo de la camiseta y me acarició el estómago.

—Me importas, Rho. No quería que fuera el caso, pero tampoco pude elegirlo.

Lo miré con la frente arrugada y Anson soltó una carcajada. Dios, qué sonido tan bonito... Era rico y profundo, y tenía cierta aspereza que hizo que se me erizara tanto la piel que supe que todas mis terminaciones nerviosas estaban en alerta.

—¿Sabes una cosa? —le dije dibujándole un ocho en el pecho—. Hay quien podría ofenderse al oír que no *querías* que te importaran.

Sonrió dejando entrever sus blancos dientes a pesar de la poca luz que había mientras ascendía con su mano, jugando justo encima de mi caja torácica.

—También podrías tomártelo como un cumplido. No cualquiera puede derrumbar semejantes paredes.

Al oír eso, una ola de calidez se adueñó de mí y, bajo el tacto de los curiosos dedos de Anson, aquella vibrante sensación no hizo sino aumentar.

—Pero has de querer tenerme aquí... —dije en un hilo de voz y con una pizca de miedo en las palabras.

No podía forzarlo a nada. Anson debía desear que me quedase.

Le centelleó la mirada.

—Lo único que quiero es tenerte aquí. Y es justo donde quiero estar yo también.

Siguió subiendo la mano para acariciarme el pecho. Gruñó.

—¿Tú por qué nunca llevas ropa interior? —me preguntó.

Empecé a reír, pero mi risa murió en el acto en cuanto Anson me encontró el pezón y empezó a dibujar círculos con su áspero pulgar. Separé los labios para tomar aire rápidamente.

—¿Por qué iba a sufrir la tortura que supone llevar sujetador cuando estoy en casa?

—También es verdad —respondió él con la voz aún más grave.

No parecía que tuviera prisa alguna; parecía feliz con el simple hecho de poder disfrutar acariciándome. Me arqueé para acomodarme más a su mano; necesitaba más presión, más contacto.

—Te responde hasta la piel —murmuró fascinado. Me tocó la protuberancia del pecho con un dedo—. Por cómo se te eriza cuando te gusta algo. —Volvió a acariciarme el pezón—. Por cómo se te tensa, intentando acercarse más.

Se me aceleró la respiración hasta convertirse en un *staccato* de breves jadeos.

—Podría pasarme horas viendo cómo reacciona tu cuerpo hasta descubrir tu patrón.

Lo miré y pregunté:

—¿Me estás haciendo un perfil?

Anson soltó una risa grave y gutural.

—Puede. Ese tipo de situación sí podría analizarla. —Clavó los ojos en la mano con la que me estaba acariciando por debajo de la camiseta—. ¿Te gusta esto?

Me amasó el pecho. No con demasiada fuerza, pero tampoco con suma delicadeza. Lo hizo con la presión necesaria para que yo me sintiera bien y le prestara atención.

—¿Y esto?

Me pellizcó el pezón con los dedos índice y pulgar, y me lo retorció un poco.

Se me escapó el aire en una especie de jadeo mientras, en un acto reflejo, empujaba las caderas hacia él.

—Te gusta que el placer llegue con un poquito de dolor... —gruñó Anson.

Me humedecí los labios. De repente, los tenía más secos que un desierto.

—Es siempre una cuestión de equilibrio, ¿no? El dolor ensalza el placer.

Anson separó la mano de la mía para agarrarme el dobladillo de la camiseta, quitármela por la cabeza y tirarla al aire para que acabara cayendo al suelo.

—No me importaría explorar eso contigo.

El fresco aire de la noche que se colaba a través de la ventana que tenía abierta no hizo sino que me ardiera más el cuerpo en una aguda yuxtaposición.

Anson se quedó mirándome, observándome detalladamente. Me recorrió los pechos con las puntas de los dedos antes de ir bajando por el esternón. Se desvió hacia un costado y palpó las cicatrices que me había dejado el incendio.

—Eres tan guapa que quemas, insensata. Cualquiera que haya tenido el placer de mirarte ya nunca será el mismo.

Se me entrecortó la respiración.

—Anson...

—Toda tú estás hecha para quedarte grabada a fuego en el cerebro de cualquier hombre. Y yo jamás me cansaré de mirarte. —Se irguió para acercarse más a mí—. Ni de saborearte.

Acortó la distancia y se llevó mi pezón a la boca para succionármelo con fuerza. Me froté con él y noté cómo se le empalmaba. Saber que tocarme y saborearme lo ponía así hizo que me azotara una descarga de poder.

Me rozó el pezón con los dientes y gemí. Sonrió con la boca aún pegada a mi piel y me soltó.

—Me pregunto si podría hacer que te corrieras solo así... Masajeando tus bonitos pezones sin parar, llevándote al límite.

Meneé las caderas contra él mientras la humedad se me iba acumulando en la entrepierna.

Él soltó un rugido y me bajó las manos a las caderas.

—Insensata...

Se me dibujó una sonrisa malvada en los labios.

—Si tú juegas, yo también.

Se le aceleró la respiración mientras yo meneaba las caderas y se me iban cerrando y abriendo los ojos con el vaivén. Iba viendo a Anson en breves pero preciosas instantáneas. Cuánta adoración... Reverencia, incluso. Y el traicionero de mi corazón esperaba que hubiese más, aunque yo no tenía claro que Anson pudiese dármelo.

—Rho —gruñó.

Bajé la mano, le agarré la camiseta y se la quité. Fue tirarla detrás de mí y echarle las manos encima. No había podido explorarlo hasta ahora. No del todo. Le recorrí su bronceada piel con los dedos.

Se le fue agitando el pecho con unos acelerados jadeos mientras le acariciaba el pezón e iba bajándole la mano por el torso. La sinuosidad de aquellos abdominales debería ser ilegal. Aun así, el hecho de que fuesen fruto del trabajo y no de pasarse horas en el gimnasio provocó que me entraran más ganas de venerarlo aún más.

—Como sigas tocándome así me correré con los pantalones puestos como un crío de trece años —gruñó Anson.

Puede que eso me diera cierto poder, pero no era lo que yo quería. Ni lo que necesitaba. De modo que me levanté y dejé que me acariciara el aire fresco. Bajé las manos hasta la cintura de los pantalones de chándal que me había puesto y me los quité despacio. En ningún momento noté incomodidad o incertidumbre. Porque Anson hacía que me sintiera cómoda enseñándoselo todo.

Saqué una pierna y luego la otra. Y simplemente me quedé ahí, dejando que me observara de los pies a la cabeza.

Anson se acarició justo por encima del fino algodón del chándal que llevaba él y se quedó mirándome.

—Había soñado con verte el cuerpo entero, pero nunca soñé que fuera a ser tan bonito.

Di un paso al frente y luego otro.

Anson reaccionó de inmediato. Se bajó los pantalones del tirón y alargó el brazo hacia mí. Me levantó como si fuese un peso pluma hasta que él quedó tumbado en el sofá conmigo justo encima. Y entonces soltó un taco.

—Condón —dijo.

Lo agarré por los brazos.

—Tomo anticonceptivos. Y estoy limpia.

Tragó saliva y se le movió la nuez.

—No he estado con nadie desde hace mucho —confesó—. Y, joder, me muero de ganas de sentirte. De sentirlo todo.

Dios, si es que yo también me moría de ganas.

Así que me coloqué encima de él; tan cerca que incluso dolía.

Anson me agarró por las caderas con fuerza y me guio hacia abajo.

Al notarlo un poco por primera vez, se me tensó el cuerpo entero, anhelando ya lo que estaba por venir; anhelándolo a él. Y luego vino más. Se me humedecieron los ojos mientras me iba hundiendo en él, dilatándome en una armonía perfecta de placer y de dolor.

Y solo quería más.

Anson me acarició el cuerpo en dirección ascendente con una mano hasta llegarme al cuello y, al final, me agarró el pelo. Lo hizo con delicadeza y firmeza al mismo tiempo. Y quise más. Más de ambas sensaciones. Más de él. De la oscuridad y de la luz.

Acabé de hundirme su sexo hasta el final y se me escapó un grito ahogado. Estaba llena hasta los topes. Y lo sentía to-do.

—Hostia puta —soltó Anson entre dientes—. Nunca había notado nada mejor.

Empecé a menear las caderas y él gimió.

—Me estás matando.

Anson me cedió el control, dejó que me tomara mi tiempo para encontrar el ritmo, adaptarme a él y volver a nosotros.

Le apoyé las manos en el pecho a modo de soporte mientras me mecía todo lo largo que era él. Con cada movimiento de cadera, me lo metía más hondo e iba arqueando la espalda.

Y entonces él también se movió y nos envolvió un tono gris; una mezcla de luz y oscuridad.

Anson dejó de contenerse. Me agarró por las caderas con tanta fuerza que mañana seguro que tendría marcas. Unas marcas que anhelaba. Nos movimos al unísono, embestida tras embestida, y fui metiéndomelo más hondo de lo que creía posible.

Me ardían los muslos y los músculos se quejaban, pidiendo más. Anson gimió mientras se arqueaba y alcanzaba justo ese punto que me hizo ver las estrellas. Se me cerraron las paredes internas, aferrándose a él.

—Rhodes. —Me apretó las caderas para llamar mi atención—. Mírame. Lo necesito.

Así que lo hice. Abrí los ojos y clavé mi mirada en Anson. Vi todo lo que se le dibujaba en el rostro mientras yo seguía moviendo las caderas. Seguí mirándolo mientras todo en mí estallaba. Mientras me contraía alrededor de su sexo y absorbía todo lo que él tenía para darme.

Anson se corrió con un grito, embistiéndome mientras yo recibía todos y cada uno de sus empellones, todas las sombras. Y, cuando caí rendida contra su pecho, supe que a partir de ahora seguiría queriendo aquel gris opaco en el ocaso que éramos nosotros, donde

las chispas de las emociones brillaban con más fuerza que el sol en pleno verano.

Capítulo treinta y seis

Anson



Oí el sutil pitido de una alarma. Sutil porque una estrella de mar minúscula aunque sorprendentemente fuerte me tenía empotrado contra el colchón.

Rho gruñó.

—Párala.

Reí mientras ella me hundía más la cara en el pecho.

—¿Cómo te llamas?

—Como-me-lo-vuelvas-a-preguntar-te-daré-una-buena-hostia, me llamo.

Sonreí con los labios pegados a su pelo, que desprendía un dulce aroma floral (lo cual no debería de haberme sorprendido, teniendo en cuenta que a Rho le encantaban las flores). También había descubierto otra cosa que también le gustaba: dormir. Cada vez que la había despertado por la noche para seguir con el protocolo de la conmoción, se había enfurruñado igual que una cría de gato.

Traté de sacar el brazo de debajo de su cuerpo como buenamente pude, cogí mi teléfono y paré la alarma.

—Mejor —se quejó ella.

Le acaricié la espalda con la mano.

—¿Cómo te encuentras? —quise saber.

—Hummm. —Hizo ella con la boca pegada mi cuello—. Bien.

Su voz fue como si lanzase un cálido líquido que resbalara por mi piel.

—Insensata...

—Me duele un poco la cabeza. —Se levantó para poder mirarme a los ojos—. Pero el resto del cuerpo lo tengo genial.

Se movió para poder sentarse a horcajadas encima de mí y se me avivó el cuerpo bajo su peso. Le subí las manos por los muslos, que le quedaban cubiertos por la camiseta *oversize* que llevaba: la maldita camiseta con ese dibujo de un gatito que habíamos sacado del veterinario. Pero ni siquiera aquella absurda prenda consiguió amainar la necesidad que sentía yo por Rho. Me había vuelto insaciable.

Aquella necesidad se abrió paso en mi interior hasta que le di rienda suelta, porque yo mismo sabía que no pararía nunca. Me saltaron las alarmas mentalmente, pero hice caso omiso. Fui recorriéndole el cuerpo en dirección ascendente con los dedos y Rho arqueó la espalda. Sin embargo, mientras lo hacía, se fijó en algo y se detuvo en el acto.

—¡¿Son las siete de la mañana?! —Saltó de encima de mí en un santiamén—. Voy a llegar tarde.

La polla me latía a un fastidioso ritmo.

—Hoy no puedes trabajar.

—Claro que sí.

Rho ya estaba sacando algo de ropa del cajón mientras Galleta levantaba la cabeza desde su cama. Se puso unas bragas rosas con unas cuantas margaritas y me ofreció unas buenas vistas de su exquisito culo, lo cual no hizo sino enfurecer más a mi polla.

—Tienes una conmoción. Debes descansar —le rebatí mientras me sentaba.

—Una conmoción *ligera*. No voy a levantar pesos. Me quedaré detrás del mostrador. Pero se supone que he de abrir en media hora.

Me puse de pie y recogí la ropa que había tirado por ahí anoche.

—Llama a tu jefe. Seguro que te cubre.

Rho se puso una especie de sujetador o algo así con un montón de tiras que se cruzaban por su bronceada espalda. Al observarlo, me imaginé un montón de tiras distintas sujetándola mientras le... Mierda. Tenía que serenarme.

—No me gusta faltar al trabajo —musitó Rho mientras se ponía unos *shorts*.

Me acerqué a ella mientras cogía la camiseta.

—Rho. —La envolví en un gesto tan natural que parecía que llevase haciéndolo toda la vida. Encajaba a la perfección entre mis brazos y el cuerpo se me amoldaba completamente al suyo—. Anoche sufriste un accidente de tráfico.

Rho se estremeció mientras seguía abrazándola y me detesté por haberlo sacado a colación. Pero Rho tenía que recordar que debía tomárselo con calma. Me apoyó la barbilla en el esternón y levantó la cara para mirarme.

—Ya lo sé. Pero si me quedo todo el día aquí no haré más que darle vueltas al tema. En el trabajo, por lo menos sabré con qué distraerme.

Al imaginármela lejos de mis brazos, sin poder verla, el miedo y la ansiedad se adueñaron de mí. Ayer, alguien embistió su coche para

echarla de la carretera. Para hacerle daño. A lo mejor incluso lo hizo con una intención más malvada en mente.

Rho me acarició la espalda repetidas veces con el pulgar.

—Estaré con más personas en todo momento —me tranquilizó como si pudiera leerme la mente—. Puedes llevarme en coche y ya le pediré a alguien que me recoja luego para traerme a casa.

—Te recogeré yo —la contradije.

Rho exhaló.

—Vale. Pero tenemos que irnos ya o llegaré tarde.

—De acuerdo —rezongué.

Se puso de puntillas y me dio un beso en la parte inferior de la mandíbula.

—Voy a lavarme los dientes.

Tanto ella como yo procedimos con una versión breve de nuestras respectivas rutinas y Rho sonrió mientras yo utilizaba su cepillo de dientes. Me enjuagué la boca mientras ella cogía el cepillo y volvía a colocarlo en el soporte.

Negué con la cabeza y señalé:

—Ni que no hubiese tenido la boca en muchos otros sitios...

Rho me sacó la lengua.

—No, si ya —respondió—. Pero me gusta que utilices mi cepillo de dientes. Le da un aire real a todo esto. —Se detuvo un segundo y preguntó—: Porque lo es, ¿no? No ha sido en plan agobio de un día porque me podría haber muerto y ahora te me vas a poner superraro, ¿verdad?

Sentí una punzada en el pecho. Yo mismo había sembrado esas dudas en Rho con tantas gilipolleces e idas y venidas. La abracé con delicadeza y le rocé los labios con los míos.

—Es real. Seguramente la cague un millón de veces, pero no dejaré de intentarlo.

Rho se derritió entre mis brazos.

—Prefiero estar contigo y con tus cagadas que con cualquier otra persona.

Reí y le di un beso en la frente.

—Si es que soy un afortunado.

—Venga —me dijo mientras se dirigía hacia la puerta y silbaba para llamar a Galleta—. Si Sonny ya está en la cafetería, lo embaucaré para que nos preparare el desayuno.

Al oír eso, me rugieron las tripas. Seguí a Rho mientras ella le ponía la correa a Galleta y abría la puerta. Al salir fuera, se detuvo. Estaban todos los trabajadores alrededor de la casa victoriana, listos para empezar la jornada.

—Te verán saliendo de mi casa —susurró Rho.

Ya sabían que me había quedado a dormir en otras ocasiones, de modo que tampoco es que fuera a venirles de nuevo. Podía fingir que estaba cuidando de una amiga a quien le había ocurrido algo fatídico, pero no pretendía mentir. No quería negar lo que era Rho para mí.

La envolví con un brazo y la aproximé a mí a la vez que le acercaba los labios a la boca y clavaba los ojos en los suyos, verdes y dorados.

—Basta de escondernos.

Le centelleó la mirada.

—Basta de escondernos —repitió en voz baja.

Agaché la cabeza y la besé en los labios. Le acaricié la lengua con la mía y noté un estallido de su sabor en mi boca. Dios, si es que podría pasarme la vida entera bebiendo su sabor. Pero me obligué a separarme.

Cuando me aparté de ella, sonreí al ver que Rho tenía la vista un poco perdida. Sin embargo, a la que desvié la mirada hacia los

trabajadores, comprobé que se habían quedado todos mirándonos petrificados. Algunos tenían incluso la boca abierta. Y entonces alguien silbó. Unos cuantos más se pusieron a ulular y a gritar a saber qué. No quería ni oírlos. Shep simplemente se quedó mirándome.

«Mierda».

Le debía una conversación. Pero, ahora mismo, debía llevar a Rho al trabajo.

—Venga —le dije, guiándola con delicadeza hacia mi furgoneta.

Se detuvo para dejar que Galleta hiciera sus necesidades y luego yo cogí al perro para meterlo en el vehículo antes de ayudar a Rho a subir al asiento del copiloto. Al cerrar la puerta, me giré y me encontré con la enfadada mirada de Shep.

Por lo visto, dicha conversación no podía esperar.

—Shep...

—Dime que no estás jugando con ella.

Apreté la mandíbula con fuerza mientras intentaba controlar el temperamento con todas mis fuerzas.

—Ya me conoces. Sabes que si necesitara quemar cartuchos no lo haría con tu hermana ni de coña.

Le dio una patada a un trozo de gravilla.

—Joder...

—Me importa —dije marcando bien estas palabras, aunque no se acercaba a lo que sentía ni de broma, pero era la mejor descripción que pude darle por el momento.

Shep dejó caer los hombros.

—Habéis pasado los dos por mucho... No quiero que sufráis, ni tú ni ella.

Y entonces lo supe. Le importábamos verdaderamente los dos. Estaba preocupado. Shep ya volvía a cargar con el peso del mundo

sobre la espalda.

—Justamente nos ha unido que hayamos pasado por tanto. Se lo he contado. Todo.

Y, joder, menudo peso me había quitado de encima. Le había enseñado lo que más me avergonzaba a Rho y ella me había aceptado igualmente. Me había *entendido*.

Shep abrió los ojos como platos.

—¿Le has contado lo de Greta?

Asentí. Esta vez, oír el nombre de Greta en voz alta no me dolió tanto. Fue algo casi... reconfortante. Necesitaba sacarla de las sombras más oscuras de mis recuerdos y devolverla a la vida, con todo su esplendor. Recordarla. No solo recordar la culpabilidad que envolvía su muerte, sino también la maravillosa vida que había tenido.

Shep desvió la vista hacia la camioneta y luego volvió a mirarme a mí.

—En este caso, me alegro por ti. Necesitabas abrirte con alguien.

Me tendió una mano y yo acepté el apretón.

—Gracias, Shep. Por todo.

—Puedes contar conmigo para lo que haga falta. —Me apretó más la mano y tiró de mí para acercarme a él—. Pero, como le hagas daño, enterraré tu cadáver bajo una de las construcciones y no se enterará nunca nadie.

—Joder —musité mientras intentaba zafarme de su agarre.

La puerta del copiloto se abrió.

—¿Podemos irnos ya o todavía no habéis terminado de pelearos tontamente por mi honor o lo que quiera que estéis haciendo? Al final llegaré tarde al trabajo.

Shep me soltó la mano.

—Hoy, vigila. Y tómatelo con calma. Trace me ha comentado que les pedirá a algunos oficiales que se pasen por el vivero. —Me miró y continuó—: También quiere hablar contigo en algún momento.

Aquel peso tan familiar regresó a mí. Pues claro que quería hablar conmigo. Estaba convencido de que Trace quería saber por qué había mantenido mi pasado en secreto y qué opinaba sobre lo que estaba sucediendo. Y a mí no me quedaba elección porque haría lo que fuera con tal de asegurarme de que Rho siguiera a salvo.

—Vale —murmuré—. Hablaré con él.

Shep me dio una palmada en la espalda.

—Pues regresa rápido que tenemos mucho trabajo por hacer.

Rho me miró mientras rodeaba la camioneta y me sentaba detrás del volante. Di marcha atrás y puse rumbo al pueblo sin que ella mediara palabra. Cuando estaba aparcando delante del vivero, por fin habló:

—No tienes por qué ayudar a Trace.

Apagué el motor y me giré para mirarla.

—No estoy ayudando a Trace. Te estoy ayudando *a ti*.

Rho negó con la cabeza y el pelo se le movió a la altura de los hombros.

—No quiero que sufras más con eso.

Alargué el brazo y le acaricié la mandíbula con la mano.

—Por ti, iría hasta el infierno y volvería.

Y ya lo estaba haciendo. Porque estaba volviendo a adentrarme en un mundo que me había destrozado, y eso sería como caminar por el fuego. Pero, por Rho, lo haría eternamente.

—No quiero que tengas que hacerlo —musitó.

Le acaricié la mejilla con el pulgar.

—Descubriremos quién está detrás de todo esto. Cueste lo que cueste.

Rho se inclinó hacia delante y apoyó la frente en la mía.

—Prométeme que me permitirás estar a tu lado. No quiero que te encuentres solo.

—No lo estoy. Ya no.

Y era gracias a Rho. Hacía tanto tiempo que no me sentía así que aquella sensación me resultaba incluso desconocida. Pero, joder, también era muy placentera.

Me dio un pico.

—Bien —dijo.

Acto seguido, saltó de la camioneta.

La seguí. Ayudé a bajar a Galleta y le pasé la correa a Rho. En el vivero reinaba el silencio; por lo visto, aún no había llegado nadie.

—¿Cuándo empiezan los demás? —quise saber.

—En unos quince minutos todo esto estará a petar —me contó ella sacándose las llaves del bolsillo—. Por la mañana viene un montón de gente.

Me quedaría hasta entonces.

A medida que nos fuimos acercando al invernadero, Rho fue aminorando el paso.

—Qué raro... Aquí nunca hay flores cortadas.

Seguí el mismo recorrido que sus ojos y de inmediato me saltaron las alarmas. Ahí, justo delante de la puerta, había un ramo de flores gigantesco. Rho se agachó para cogerlo, pero me apresuré a agarrarla por la camiseta y tirar de ella hacia atrás.

—No —solté.

Me miró con la frente arrugada, pero yo ya estaba inspeccionando la zona. No había señal de vida alguna.

—No te muevas —ordené—. No toques nada.

Volví a la camioneta a toda prisa y rebusqué entre todo lo que tenía en la parte trasera del vehículo hasta dar con una caja de

guantes. Saqué un par y me los puse enseguida.

Al mirarme, Rho se tornó blanca como el papel.

—¿Crees que es él?

Me incliné y cogí la nota que descansaba en medio de las flores. En el sobre, garabateado en mayúsculas y con una caligrafía irregular, leí:

RHO

Me bastó con ver su nombre para que me entraran náuseas.

Abrí el sobre y saqué el papel que había dentro. Escrita con la misma caligrafía solo había una única palabra:

PERDÓN

Capítulo treinta y siete
Rhodes



—Rho, te lo juro por Dios: esto es lo más rico que he probado en la vida —afirmó Carlos mientras se llevaba una buena cucharada de pasta con pollo balsámico a la boca.

Silas asintió.

—Te seré sincero: cuando hemos llegado, no lo tenía claro —dijo este—. Tenía pinta de esas cosas pijas y raras. Pero, joder, qué rico está.

Al oírlo, no pude evitar soltar una carcajada. Por lo visto, los operarios sospechaban de la pasta con espinacas y el queso de cabra. Pero me los había ganado.

—Yo nunca os daría algo malo —señalé sonriendo pletórica.

—Gracias, Rho. Nos mimas que flipas —añadió Shep sirviéndose un poco más de comida del montón que había preparado en aquella gigantesca bandeja de aluminio.

—Me gusta tener algo que hacer —respondí recostándome en una silla plegable.

Ocupada. Necesitaba mantenerme ocupada. Porque, después de lo de las flores, no me habían dejado ir a ninguna parte sola. Al principio, Trace había ordenado que un oficial me vigilara en el vivero. Era como tener un guardaespaldas. Me seguía a todas partes y asustaba a los clientes.

Al final, le pregunté a Duncan si no sería mejor que me tomara unos días de vacaciones. Él titubeó largo y tendido, pero al final reconoció que tal vez no fuera tan mala idea. Alejarme del trabajo me mató, por más que fuera una medida temporal, pero era lo adecuado.

Así que me dispuse a trabajar en el jardín de la caseta de invitados. En una semana, todo estaba tan lleno de color y de follaje que ya no quedaba espacio para una sola planta más. Luego, pasé a cocinar. Anson me acompañaba religiosamente al colmado día sí y día también para que pudiese comprar todos los ingredientes que necesitaba. Los trabajadores de Shep eran mis conejillos de Indias. Había ido preparando platos elaborados a lo largo de la última semana y pico y, a medida que transcurría el tiempo, cada vez asumía creaciones más complejas.

Pero no era suficiente. Continuaba inquieta. No había habido más notas, ni amenazas, ni incendios ni colisiones. Era más bien como un juego de espera.

Alguien me acarició el muslo con la mano y me propinó un discreto apretón para tranquilizarme en silencio. Desvié la vista hacia Anson. Cuando estaba con los demás trabajadores, mantenía una expresión neutral casi todo el tiempo. Sin embargo, cuando se encontraba a solas conmigo, sonreía más. Incluso reía. Y yo me empapaba de todo eso.

Se inclinó hacia mí y me rozó la sien con los labios.

—Es lo mejor hasta la fecha.

Su tacto me calmó un poco los nervios, que me chisporroteaban a la máxima potencia, pero seguí sintiendo una frenética energía corriéndome por las venas. Era la necesidad de levantarme y hacer algo. A lo mejor podía entrenar para una maratón. Seguro que así acabaría agotada.

Me imaginé a una decena de oficiales corriendo conmigo. Porque era la solución que propondría Trace como ahora me diera por correr. Dejé caer los hombros.

Silas me miró esperanzado.

—¿Has hecho postre, hoy? —preguntó.

Shep rio.

—Si la cosa va de comida, el cabrón nunca tiene suficiente —contestó.

Silas se dio unos golpecitos en el estómago al responder:

—Siendo tan atractivo se pierde mucha energía.

Me limité a sacudir la cabeza, pero me levanté y eché la silla hacia atrás. Fui directa hacia la cocina, pillé el plato para hornear que tenía en la encimera y regresé fuera.

Levanté el plato en el aire y dibujé una sonrisa de oreja a oreja antes de anunciar:

—*Poke cake* de chocolate con crema de cacahuete.

Silas gruñó.

—¿Chocolate, crema de cacahuete ¡y! pastel? Todo lo que más me gusta mezclado en un solo postre.

Carlos simplemente empezó a aplaudir.

Al menos, a pesar del caos que era mi vida, tenía a mi comunidad. A gente que me hacía reír y sonreír, que estaba a mi lado a las duras y a las maduras. Y, si lo pensaba bien, eso es justamente lo que necesitamos en la vida: gente que nos ayude a sacar lo mejor de cualquier situación.

Devoramos el pastel. Los chicos empezaron a contar historias absurdas de cosas que les habían ocurrido en trabajos anteriores. Reí hasta llorar. Y, al terminar, me ayudaron a limpiarlo todo.

Se fueron marchando uno a uno hasta que solo quedaron Shep y Anson.

—Hey —dije yo con la vista puesta en Shep—. ¿Qué ha pasado con Owen?

No era normal que desapareciera durante tantos días. Solía pillar la moto y conducía sin rumbo, para terminar seguramente en algún motel de carretera con la primera tía a la que pudiese llevarse a la cama. Pero hacía semanas que no lo veía.

Shep hizo una mueca y confesó:

—Tuve que despedirlo.

Abrí los ojos como platos.

—¿En serio?

Por cómo se había ido comportando desde hacía años, no es que pensara que Owen no se lo tenía merecido. Sin embargo, jamás pensé que Shep fuese a cruzarse de verdad.

—Ya iba siendo hora. Quise darle una oportunidad para que madurase, para que cambiara... Pero nunca lo hizo.

Envolví a Shep en un abrazo.

—Eres muy buena persona —dije.

Él me devolvió el abrazo y me despeinó al contestar:

—Igual que tú. Gracias por esta cena tan rica.

—No hay de qué. Creo que mañana prepararé unos boles al estilo mediterráneo.

Shep rio.

—Me muero de ganas de ver qué opinan los demás. —Miró a Anson y se despidió de él con un gesto con la barbilla y un—: Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —respondió Anson.

Shep salió por la puerta trasera y Anson se apresuró a cerrarla con pestillo. Yo le di al botón de encendido del lavavajillas y lo cerré mientras miraba por encima de la isla para asegurarme de que Galleta ya estuviera durmiendo en su cama. Desde que habíamos empezado esta tradición de las cenas, ya se había acostumbrado a los trabajadores. Ahora incluso jugaban a lanzarle cosas al animal y le hacían carantoñas. De aquí a nada ya estaría listo para que lo adoptaran.

Anson me apoyó las manos en los hombros y me masajeó la zona. Gemí.

—Puedes pasarte toda la vida haciendo esto...

Anson rio.

—¿Vas a contarme en qué piensa ese maravilloso cerebrito que tienes?

Me giré para mirarlo y me recosté en su cuerpo.

—¿A qué te refieres?

—Estás como perdida. Vas a mil por hora; cuando estás sentada, te levantas cada pocos segundos, y no te relajas.

Lo miré con la frente arrugada.

—¿Sabes que salir con un perfilador también tiene su parte negativa? Te das cuenta de demasiadas cosas.

Anson sonrió y me rozó la sien con los labios.

—No soy un perfilador. Solo soy un tío que se dedica a la construcción.

—Vale. —Resoplé—. Pues salir con un manitas con mente de cerebrito tiene sus puntos negativos.

Me mordisqueó el lóbulo.

—Cuéntamelo, Rho.

Suspiré.

—Me siento superrara... Me gusta ser productiva. Tener un propósito. Y ahora no puedo moverme de aquí, no puedo hacer nada y tengo un montón de energía para quemar. Hasta me he sentido tentada de pedirle a Shep que me dé trabajo.

Anson me subió la mano por la columna vertebral y me acarició la nuca con los dedos antes de apretármela sutilmente.

—Me da a mí que estarías sexi que flipas con un cinturón de herramientas.

Lo miré con una sonrisa en los labios.

—La única vez que intenté ayudar con algo, me rompí el pulgar con un martillo.

Anson hizo una mueca.

—Igual deberíamos mantenerte alejada de las herramientas, pues —sugirió.

—Por desgracia, creo que sería lo mejor.

Me hundió los dedos en el pelo.

—Pero se me ocurren unas cuantas cosas más que te pueden ayudar a deshacerte un poco de tanta energía...

Todas las minúsculas terminaciones nerviosas de mi cuerpo se avivaron al escuchar esas palabras.

—¿No me digas?

Se le dibujó una astuta sonrisa en los labios.

—¿Quieres jugar, insensata? —preguntó.

La promesa de lo que estaba por venir y el saber ya todo el placer que podía proporcionarme Anson hicieron que se me encendiera la piel.

—Sí —respondí.

Entonces, él se movió, me agarró la mano y tiró de mí hasta llegar a la habitación. Nada más entrar, cerró de golpe. La puerta emitió un

sutil sonido al cerrarse pero, como en el cuarto reinaba el silencio, dicho ruido pareció el de un cañón.

—¿Estás segura de que quieres jugar? —me preguntó con determinación y anhelo en la voz, remarcando muy bien la última palabra.

Tragué saliva con fuerza.

—Sí.

—Desnúdate. —Una simple palabra en forma de orden.

La fuerza que escondía su mandato hizo que me entrara un escalofrío, el cual no tenía nada de incómodo.

Me quité una chancla y luego la otra, y me coloqué encima de la mullida alfombra que tenía en el cuarto. Bajé la vista mientras intentaba cogerme el dobladillo del top, pero a Anson no le sirvió.

—La vista, puesta en mí —me ordenó.

Inmediatamente, levanté los ojos hacia él. El azul le centellaba con fuerza mientras la necesidad se abría paso en su mirada. Agarré el algodón con los dedos sin romper el contacto visual. Tiré de la camiseta hacia arriba para quitármela por la cabeza y perdí a Anson de vista durante una milésima de segundo. Luego, lo volví a ver con una mirada abrasadora.

Me llevé los brazos a la espalda para desabrocharme el sujetador.

—Despacio —exigió él.

Relajé el ritmo y lo noté todo. Cómo se me había acelerado la respiración... El encaje abrazándome la piel... Y puede que Anson buscara precisamente esto. Que me centrara en el aquí y el ahora.

Cuando el sujetador cayó al suelo, Anson levantó una mano. El sol se colaba por la ventana y él se acarició el labio inferior mientras seguía observándome.

—Podría pasarme años mirándote y descubrir algo nuevo cada vez que lo hago.

Noté cómo me latían las pulsaciones en el cuello mientras Anson daba un paso tras otro en mi dirección.

—Como esta pequeña peca. —Se inclinó y me rozó con los dedos la marca que tenía justo debajo de la clavícula.

Se me entrecortó la respiración.

Anson se irguió con el cuerpo tenso en todo su ser, contenido.

—Súbete a la cama.

Me humedecí los labios.

—Pensaba que tenía que desnudarme —señalé porque todavía llevaba los *shorts*.

—Mira que eres descarada... —musitó Anson. Pero entonces se movió. Tan deprisa que incluso ahogué un grito. Me cogió los pantalones y las bragas, y tiró hacia abajo. Y entonces se me quedó mirando mientras ralentizaba los movimientos, levantando una pierna y luego la otra—. Ahora ya no te hacen falta.

Desde luego que no.

—Súbete a la cama —me ordenó sin quitarme los ojos de encima.

El corazón me latió con fuerza mientras fui retrocediendo. Cuando llegué al borde del colchón, me di la vuelta y me subí a la cama tal y como me había ordenado.

Oí a Anson cómo exhala con fuerza tras de mí. Giré la cara para mirarlo por encima del hombro y clavé los ojos en los suyos. Estaba tocándose por encima de los vaqueros.

—Menudo culo... Me vas a matar.

Se me sonrojaron las mejillas. No por vergüenza, sino por placer.

—Túmbate bocarriba. Brazos encima de la cabeza —me ordenó entre dientes.

Sentí cierto nerviosismo, pero obedecí. Apoyé la cabeza en la almohada y levanté los brazos.

—Agárrate al cabezal.

La voz le sonó más a gruñido que a cualquier otra cosa y un nuevo escalofrío me recorrió de arriba abajo. Me sujeté a aquellas barras de hierro con los dedos.

Anson dio un paso al frente mientras se desabrochaba el cinturón. Se arrancó esa prenda de cuero de las trabillas de los vaqueros con un movimiento fluido y yo me quedé literalmente boquiabierta. Se quitó una bota con un puntapié y luego hizo lo mismo con la otra antes de subirse a la cama.

Estar completamente desnuda mientras él se colocaba encima de mí, sin haberse quitado nada de ropa, fue... excitante. Hizo que se me avivara todavía más el cuerpo entero. Que notara más la brisa que se colaba por la ventana que estaba abierta. Que notara más el delicado algodón de su camiseta al rozarme los pezones.

Anson alargó un brazo por encima de mí y pasó el cinturón entre las barras para rodearme las muñecas. Se me aceleró muchísimo el pulso en cuanto procedió a atarme las manos y tirar de la prenda para asegurarse de que estaba bien sujeta. Tenía la cara casi pegada a la mía, pero no me tocaba en ningún punto.

—¿Demasiado apretado? —me preguntó.

Sacudí la cabeza sutilmente.

—No —respondí.

—Bien.

Y entonces se apartó de mí y saltó de la cama. Fue hacia la mesita de noche, abrió el primer cajón y rebuscó entre lo que había ahí dentro.

—Oye —me quejé—. ¿Qué haces?

Anson me sonrió pícaro.

—¿Te acuerdas de ese primer día en el pasillo, cuando me dejaste con el peor dolor de huevos que haya sufrido un tío jamás? —Me lo

quedé mirando boquiabierta—. Me amenazaste con un juguete. Y creo que ya va siendo hora de que me cobre la deuda.

—Ni de broma —dije con los dientes apretados.

Anson abrió el segundo cajón y se le iluminó la mirada.

—Bingo —exclamó.

Sacó una bolsa aterciopelada de color negro con un lazo. La abrió y extrajo mi pequeño vibrador bala dorado.

Me ardía la cara.

—Anson... —gruñí.

Él calibró el aparato con la mano para intentar averiguar cuánto pesaba y luego lo encendió para probar las velocidades.

—Perfecto.

Fue hacia el final de la cama.

—Ábrete de piernas. Ahora me toca a mí torturarte un poco, igual que has estado haciendo tú conmigo.

«Ay, madre...».

Humedad y una ola de calor se me amontonaron en la entrepierna. Pero quería obedecer. Quería estar a merced de este hombre.

Despacio, fui separando las piernas.

—Qué vistas tan bonitas... —murmuró Anson con la mirada fija en la cúspide de mis muslos.

Levantó una rodilla sobre la cama y luego la otra, acomodándose entre mis piernas.

—Ya estás mojada para mí.

Meneé las caderas contra el colchón. Necesitaba algo de contacto; lo que fuera.

—Mi insaciable niña... —canturreó Anson.

Me recorrió el muslo con un único dedo hasta llegar al centro. Me dibujó círculos con ese mismo dedo alrededor de la hendidura,

jugando y provocándome. Gemí e intenté mover las caderas en busca de más fricción.

Anson levantó la otra mano y me dio un azote en el muslo.

—Quieta —me ordenó.

El cachete que me propinó con una mano entró en total contraste con el placer de la otra, aportándome una deliciosa mezcla de sensaciones. Yo solo quería moverme. Quería más. Pero me quedé quieta. Y me agarré con fuerza a las barras metálicas del cabecero.

—Buena chica —murmuró Anson metiéndome dos dedos.

Solté otro gemido. Piernas y caderas me pedían a gritos que me moviese.

—Veamos cómo de quieta puedes estar...

Anson me fue metiendo y sacando los dedos sin cesar. Y lo hizo a un ritmo dolorosamente lento; absolutamente parsimonioso.

Abrí y cerré la boca en un intento por contener mis súplicas para pedir más.

—Cuánta perfección —me alabó antes de encorvar los dedos en un movimiento provocativo.

Gemí. Fue un sonido fuerte y desesperado, pero me dio igual. Anson no había dicho nada de nada sobre que tuviera que estar callada.

—Me encanta oír esos ruiditos que haces. Los gemidos y los jadeos. Cómo me recibes, desesperada por más.

Me mordí el interior de la mejilla con tanta fuerza que el sabor metálico de la sangre me inundó la boca.

—Y, ahora, ¿qué? —Fue jugueteando con el vibrador hasta que el zumbido del aparato llenó el aire—. ¿Crees que podrás seguir estándote quieta?

El frío metal del juguete me hizo saltar nada más rozarme la piel. Y la vibración me avivó todos los músculos.

—Anson...

—Estás preciosa cuando me suplicas —gruñó mientras me dibujaba círculos en el clítoris con el vibrador y seguía masturbándome con los dedos.

—No puedo —gemí—. Tengo que moverme.

—Sí que puedes. Aguanta, insensata.

Me agarré a las barras de metal con más fuerza todavía y el cinturón se me fue clavando en las muñecas. Aquella sutil pizca de dolor ayudó, pero también hizo que me excitara todavía más.

Anson me coló un tercer dedo mientras acercaba aún más el vibrador a mi protuberancia.

—Qué buena chica...

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Unas lágrimas inducidas por la desesperante necesidad de estallar; por todas las sensaciones que estaba sintiendo ahora, sí, pero también por todo lo que había ido reprimiendo. Estrés, miedo, cabreo.

—Anson —le rogué.

—Casi. Ya casi estás. Aguanta un poco.

Me temblaron las piernas del esfuerzo que estaba haciendo para evitar moverlas. Me dolían las muñecas porque el cinturón no paraba de tirarme. El cuerpo entero me temblaba por dentro mientras unos oscuros puntitos me iban nublando la vista. Unas fuertes olas me azotaron mientras yo intentaba reprimir sus fuertes golpes.

—Venga —me ordenó Anson.

Arqueé las caderas hacia él mientras Anson me ejercía presión con el vibrador en el clítoris, me hundía más los dedos y me daba justo en el punto G. Lo noté todo de golpe: una pizca de dolor y un tsunami de placer.

Grité mientras estallaba. Me inundó una ola tras otra. Anson fue provocándome para llevarme al límite, tocándome el cuerpo como si

fuera un experto músico con su instrumento. Y justo cuando pensé que ya había terminado, hizo que me azotara una ola más, y otra y otra hasta que acabé rendida contra el colchón, incapaz de moverme.

Anson se movió, apagó el vibrador y se tumbó a mi lado para dibujarme con los dedos un sinfín de figuras en la piel.

—¿En qué piensa ahora ese maravilloso cerebrito?

—En nada —musité sin demasiada coherencia—. En nada de nada.

Y era glorioso.

—Bien. —Anson me desató el cinturón y me acarició las muñecas mientras me las iba soltando—. Nunca he visto nada tan hermoso como cuando estallas.

Me acurruqué contra él con la preciosa y embriagadora neblina que acababa de regalarme. Tenía un par de palabras en la punta de la lengua, pero las reprimí.

—Gracias —susurré.

—Te daré todo lo que necesites, insensata. Siempre.

Y ya lo había hecho. Porque ahora yo estaba flotando en una dicha maravillosa en la que todo era un pelín confuso, pero en el mejor de los sentidos.

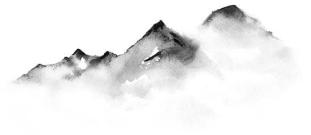
Sin embargo, entonces, el tono de llamada de su móvil se lo cargó todo.


CONFIDENTIAL
TOP SECRET
CONFIDENTIAL



Capítulo treinta y ocho

Anson



Solté un taco mientras me giraba para sacar el móvil del bolsillo trasero. Se me heló la sangre al descubrir el nombre que aparecía en la pantalla, pero no podía no responder. Porque la incertidumbre sería aún peor.

Le di al icono de la pantalla y me pegué el aparato al oído.

—Hunt.

—Tenemos dos más —dijo Helena sin andarse con rodeos.

Las náuseas me azotaron con fuerza y a toda prisa.

—Y se te está acercando.

Al oír eso, me senté y luego me levanté. Necesitaba moverme.

—¿Dónde?

—La primera víctima fue en Montana. Una camarera en un restaurante a pie de carretera. Después, en Idaho, a solo una hora en coche.

El frígido frío que acabó de helarme la sangre fue tal que resultó incluso doloroso.

—Va a más —señalé.

—Hay algo que lo cabrea —me dio la razón Helena—. Tengo que hacerte una pregunta, Anson... ¿ha cambiado algo en tu vida?

Cuando Rho entró en mi campo de visión, me quedé petrificado. Se había puesto unos pantalones de chándal y una camiseta, y tenía su hermoso ceño fruncido en señal de preocupación. El miedo se adueñó de mí con fiereza. No, no era solo miedo. Era terror.

—Estoy quedando con alguien.

Helena soltó un taco.

—Sigue teniéndote controlado —sentenció.

Controlado con unos ojos virtuales. Habíamos descubierto que seguía vigilando a las familias y a los seres queridos de las víctimas después de asesinar a las mujeres. Las notas que les mandaba eran una prueba irrefutable de ello. Y sabíamos que debió de hackearme el ordenador para conseguir información sobre Greta. Sin embargo, nunca dejó ningún rastro que nuestro equipo pudiese rastrear. El Ahorcado era demasiado bueno.

Pero yo ahora iba con más cuidado. Tenía un sistema de seguridad extraordinario en el portátil. Había reducido mi huella digital. Pero siempre quedaban algunas migajas. Mensajes de texto con Rho. Unas cuantas fotos suyas que tenía yo en el móvil.

¿Habría accedido El Ahorcado a eso?

—Anson —me llamó Helena seria.

—Ya lo sé —respondí.

Dios, sonaba abatido. Porque, hiciera lo que hiciese, ese monstruo siempre encontraba la forma de arrebatarme lo mejor que tenía. Pero no pensaba dejar que me quitara a Rho.

Oí que Helena se movía por lo que supuse que sería la comisaría. El ruido y los fragmentos de conversaciones ocasionales me

resultaban familiares. Al final, se cerró una puerta y esos sonidos quedaron en segundo plano.

—Intuyo que se te está acercando.

—Eso también lo sé.

Me entraron unas ganas enormes de largarme. Pero sabía que no podía marcharme a ninguna parte porque siempre me encontraría. No había sitio donde no pudiera destrozarme la vida y hacérmela pedazos.

—Queremos tenerte bajo custodia protectora. Puedes echarnos un cable con el caso si quieres o puedes hacer como si aquí no estuviese pasando nada.

—No —contesté de inmediato.

La custodia protectora solo conseguiría posponer lo inevitable.

—No seas idiota, Anson. Hasta ahora, nunca había matado a dos personas en sitios tan cercanos. Está perdiendo los estribos y ya sabes qué significa esto.

Significaba que podía cambiar de patrón. De *modus operandi*. Que podía venir tranquilamente a por mí al igual que solía hacer con sus víctimas femeninas.

—Estoy cansado de huir, Helena.

—Lo sé. Lo encontraremos. Lo noto. Pero, aun así, me gustaría que siguieras con vida cuando demos con él.

Guardé silencio.

Helena suspiró.

—Prométeme que te lo pensarás, al menos.

—De acuerdo —concedí a sabiendas de que era la mejor forma de quitármela de encima ahora mismo.

—¿Quieres que te mantenga informado?

Lo medité un segundo.

—Sí.

Quisiera o no, ya estaba metido en esto.

—Bien. Ve con cuidado.

—Tú también —respondí.

Colgó sin decirme adiós. A lo mejor mis costumbres también venían de ahí. Para personas como nosotros, decir adiós era demasiado conclusivo.

Bajé el móvil sujetándolo con fuerza. Rho estaba observándome y sus preciosos ojos estaban anegados de preocupación.

—¿Quién era?

—Uno de los miembros de mi antiguo equipo. El Ahorcado ha asesinado a dos mujeres más.

No tenía sentido que se lo ocultara. Rho merecía saber en qué se había metido; en qué la había metido yo. Por si no fuera suficiente con que tuviese ya a un desquiciado yéndole detrás, iba yo y le sumaba seguramente otro.

Alargó el brazo para cogerme la mano y entrelazó los dedos con los míos.

—No estás solo.

—Debería.

Rho me dio un apretón con los dedos.

—Para.

—Es la verdad —insistí—. Sabía que ese cabrón tenía medios para conocer mi vida; por ejemplo, cómo descubrir quién me importaba. Y, aun así, me permití liarme contigo.

Me agarró la mano con más firmeza.

—Anson.

Tragué saliva con fuerza y apreté los dientes.

—Nadie me importa más que tú, Rho. Lo eres todo para mí. Y seguramente se haya dado cuenta. Lo cual significa que a quien más ganas tiene de hacerle daño es a ti.

Cada palabra que pronunciaba me abrasaba la garganta a más no poder, quemándome por dentro mientras las decía.

Rho tiró de mi brazo con tanto ahínco que incluso trastabillé hacia delante.

—No vas a dejarme.

—Rho —me quejé con la voz áspera.

—Como intentes salir por patas, te perseguiré.

Intenté dibujar una sonrisa, pero no lo conseguí.

—Trabajé para el FBI. Creo que podría despistarte.

Rho arqueó una ceja.

—No sabes lo buena que soy. Descubrí que el novio de mi compañera de habitación de la uni estaba poniéndole los cuernos y eso que vivía a cinco estados de distancia de nosotras. Y solo necesité saber su nombre y el color de su coche.

Ahora sí que logré fruncir los labios.

—O sea que te encontraré. Y luego te pegaré una buena paliza por intentar hacer algo tan estúpido. Así que no lo hagas. O, si lo haces, llévame contigo. Huiremos donde quieras. Convertiremos en nuestro hogar el sitio que tú consideres oportuno.

Se me estaba acumulando tanta emoción en la garganta que me ardía. A lo mejor debería aceptar la custodia protectora, llevarme a Rho conmigo y quedarme con ella hasta que Helena diera con El Ahorcado y Trace pillara a quienquiera que tuviese a Rho controlada.

La abracé y apoyé la frente en la suya.

—Tú te quedas conmigo. Me quede, me marche o pase lo que pase, tú te quedas conmigo.

Rho me agarró por la camiseta.

—Siempre. Pase lo que pase —sentenció ella.

Pero yo ya sabía lo oscuro y enrevesado que podía ser ese «pase lo que pase». Además, uno nunca sabía cuándo podía suceder.

Capítulo treinta y nueve
Rhodes



Me estiré levantando los brazos hacia el sol y soltando los músculos que me rodeaban la columna vertebral. El nuevo parterre ya estaba oficialmente listo para que plantara flores. Porque, cuando te quedabas sin espacio pero tenías unas ganas inmensas de llevar a cabo un proyecto, era lo que tocaba.

Oí el doble bocinazo de un vehículo y me giré para ver la familiar camioneta de Brotes y Bayas a un lado. Duncan avanzó por el camino de gravilla lleno de baches hasta quedarse cerca de la caseta de invitados. Galleta levantó la cabeza desde el porche, donde le había colocado la camita al sol, pero no gruñó. Avanzábamos.

Duncan bajó de la camioneta a la vez que yo echaba a andar hacia él. En cuanto estuve más cerca, me abrazó.

—Te echaba de menos.

Le devolví el gesto.

—Yo también. Espero que pueda volver pronto.

Duncan me soltó y fijó su mirada en mí.

—Parece que el corte ya se va curando.

Ahora, más que una herida llena de costras, ya solo era una feúcha marca roja. Pero estaba segura de que me iba a quedar cicatriz. Una más a la lista.

—Está perfecta —contesté.

—Bien. —Pasó el peso de un pie al otro—. ¿Alguna novedad por parte de Trace?

Suspiré.

—Todavía no. Han encontrado el todoterreno que me echó fuera de la carretera, pero no había ni una sola huella.

Duncan apretó la mandíbula.

—A estas alturas, pensaba que ya habrían encontrado algo...

—Igual ya se ha acabado todo y quienquiera que lo hiciese ya se ha puesto con otra cosa.

Sin embargo, nada más pronunciar esas palabras, supe que no era más que un sueño naíf. Seguro que quien había estado tocándome las narices solo estaba ganando tiempo. Porque, últimamente, estaba acompañada cada segundo del día.

Entre lo que me había pasado a mí y El Ahorcado, no había nadie en mi vida dispuesto a correr riesgos. Anson se quedaba cada noche conmigo y Trace mandaba a algunos oficiales a vigilarme cada dos horas. De día, los operarios estaban por aquí, pero también iba recibiendo visitas de vez en cuando. Nora venía para ayudarme a limpiar la casa, que ya estaba impecable. Lolli traía su kit para que yo misma pudiese hacer mi propia polla-flor de brillantes. Había recibido un sinfín de mensajes de texto de Cope que, entre partidos y entrenos, me escribía para saber cómo estaba. Fallon me había traído tarrinas de helado, y Arden incluso se había pasado en más de una ocasión para comprobar cómo seguía.

El único que no había venido por aquí era Kye. Pero lo entendía. No llevaba bien ver a la gente que le importaba en peligro.

Duncan le dio una patadita a la gravilla con la bota.

—Igual sí... —Miró alrededor—. Has amortizado bien el tiempo, desde luego.

Sonreí y seguí el recorrido de sus ojos. El jardín entero estaba a rebosar de color. A mi madre le habría encantado. Según decía ella, los jardines tenían que ser un caos bien colorido.

—Tener tiempo para poder darle vida de verdad al espacio que me rodea ha estado bien.

—Te he traído todo lo que me pediste y también tengo unas cuantas horas libres para ayudarte a plantar.

Miré a Duncan sorprendida.

—Nunca te tomas un rato libre en plena jornada laboral —señalé.

En realidad, pensé que mandaría a alguien para que me entregara el pedido.

Duncan me dio un golpe en el hombro con el suyo.

—Ya te lo he dicho: te echaba de menos.

Al oír sus palabras, noté que me envolvía una ola de calor. Tenía una comunidad increíble a mi alrededor. Y era algo que agradecía con todo mi corazón.

—Venga, manos a la obra —lo animé con una sonrisa.

Empezamos a descargar lo que había en la camioneta y a colocar las plantas donde yo quería ponerlas. Lo reorganizamos todo varias veces y comentamos satisfactoriamente la situación, pero al final conseguimos ubicar las plantas de forma que ambos quedáramos satisfechos. Se me había olvidado que Duncan tenía unas dotes especiales para la jardinería.

Enseguida lo tuvimos todo plantado y nos pusimos a regar las nuevas incorporaciones. Eran preciosas y combinaban a la perfección

con el paisaje montañero y las rocas en forma de cara que había a lo lejos.

Duncan apagó su manguera.

—¿Te importa si saco algunas fotos para la página web? Nos vendría de perlas que la gente pudiese ver el resultado final.

—Claro que no.

Era una idea maravillosa para incrementar las ventas.

Seguí regando las miniplantas hasta que oí un clic y levanté la vista.

Duncan sonrió.

—Toma de acción.

Le saqué la lengua.

—Estoy en mi *prime* como modelo.

Rio.

—Podríamos convertirte en la mascota de Brotes y Bayas.

Al oír eso, reí por lo bajo.

—Creo que estoy satisfecha con vivir manchada de tierra a menudo.

El sonido de unos neumáticos avanzando por la gravilla hizo que levantase la vista para encontrarme con un BMW que se acercaba. Noté cierta incomodidad por todo el cuerpo. Hacía casi un mes que Davis no daba señal alguna, pero debería haberme imaginado que no lograría quitármelo completamente de encima.

Duncan arrugó la frente.

—¿Qué hace el imbécil este aquí?

—Sé lo mismo que tú.

Aun así, me prepararé. Trace me dijo que lo había estado vigilando de cerca. De momento, no había relación alguna entre él y lo que me había ido ocurriendo.

Davis bajó del coche con su ahora habitual atuendo pijo. En realidad, me costaba imaginármelo ensuciándose las manos para prenderle fuego a algo. Avanzó hacia nosotros con el ceño fruncido y me estudió de arriba abajo.

—Estás pringosa.

—Yo también me alegro de verte —musité mientras cerraba la manguera.

—Seguro que podrías contratar a alguien para que hiciera todo esto por ti.

Suspiré. He aquí por qué nunca habríamos podido tener nada.

—No quiero contratar a nadie. Me gusta hacerlo a mí. De hecho, me encanta.

Davis frunció aún más el ceño, pero de golpe desvió la vista hacia Duncan.

—¿Te importaría darnos un momento?

Duncan me miró como pidiendo confirmación.

Asentí.

—Tranquilo —le dije.

Ante ese gesto, Davis se irritó, pero controló aquel sutil malhumor mientras Duncan regresaba a su camioneta.

—Rhodes.

Ahora, a quien le tocó irritarse fue a mí.

—Rho. Todo el mundo me llama Rho. Que es lo que prefiero.

Abrió la boca para rechistar, pero la cerró enseguida.

—Rho. —Al escuchar que me llamaba así, intenté relajar mi postura, pero no lo conseguí del todo—. Quería disculparme.

Abrí los ojos como platos. Diría que Davis *nunca* me había pedido perdón por nada. Ni siquiera por ser un cabrón de proporciones descomunales.

—Estaba cabreado porque Trace había venido a verme. Me importa mucho mi reputación. Pero no debería de haber estallado contigo. Lo siento.

Sabía lo mucho que seguramente le habría costado a Davis aceptar que su reacción había sido desproporcionada.

—Gracias. De verdad. Pasado pisado.

Al ver que ya no había tanta tirantez entre nosotros, noté que algo en mí se relajaba. Porque vivíamos en un pueblo pequeño y Davis y yo siempre acabaríamos cruzándonos en alguna parte.

Él sonrió dejando sus blancos dientes al descubierto, con su perfecta complexión.

—Bien. Estaba preocupado por ti. Me he enterado de lo del accidente.

—Estoy bien, en serio. El todoterreno ha quedado hecho trizas, pero mañana me traen uno de repuesto.

Por suerte, el seguro cubría la mayor parte del coste.

Davis apretó los labios mientras se fijaba en mi frente.

—Te dejará marca.

Me encogí de hombros.

—Tampoco es el fin del mundo —contesté.

—¿Por qué no te vienes conmigo un tiempo? Estarás más segura que quedándote aquí sola.

«Ay, la hostia...».

No me sorprendía que la gente no hubiese ido hablando de lo mío con Anson porque, en realidad, tampoco es que estuviésemos echando el rato juntos en espacios públicos, y menos con toda la que había montada. No quería darle falsas esperanzas a Davis, pero tampoco quería hacerle daño.

—De hecho, no he estado sola. Se ha quedado mi novio conmigo.

Referirme a Anson como «mi novio» me sonó extraño, pero es que tampoco sabía qué etiqueta ponerle.

Davis se quedó de piedra y empezaron a subirle los colores por el cuello.

—¿Novio?

Tragué saliva con fuerza.

—Sí... Desde hace unas cuantas semanas.

—¿Quién? —quiso saber de mala gana.

Me esmeré por no dibujar una mueca, pero se me escapó un poquitín.

—Anson. Lo conociste la última vez que viniste por aquí.

—¿Ese cabrón metomentodo? —espetó Davis.

—Para —solté yo—. Es una buena persona y no estamos haciendo nada malo. Hace más de un mes que tú y yo no quedamos.

A Davis se le fue agitando el pecho, fruto de una respiración rápida y furiosa.

—¿Teníamos una relación y de golpe vas y te acuestas con el primer mastodonte estúpido que te enseña el dedo? Debería de haber sabido que no eras más que una puta de las baratas.

Retrocedí como si acabase de pegarme una bofetada.

—¿Qué. Acabas. De. Llamarla? —gruñó Anson.

Davis se giró hacia él de inmediato y palideció.

—La he llamado lo que claramente es.

Anson fue directo hacia él con la misma elegancia que tiene una pantera.

—Te advertí que te mantuvieras alejado de ella. ¿Y ahora vuelves y la insultas en su propia casa? Creo que no estás aprendiendo, *Davy*.

—M-Me llamo Davis.

—No. Davis es nombre de hombre. Pero tú, de hombre, no tienes nada, ¿a que no? —lo retó Anson.

Davis se cuadró de hombros.

—No me conoces.

Anson sonrió, pero lo hizo con una inclinación de labios un tanto aterradora.

—Claro que sí, Davy. Sé que no dejaste tu trabajo en Silicon Valley porque estuvieras forrado de dinero. Te echaron.

Abrí los ojos como platos. Davis me había contado, a mí y a todo el mundo que lo escuchara, que tenía tantas participaciones en acciones que podía jubilarse tan pronto como le viniese en gana.

—Te echaron por acosar a una mujer de tu empresa —insistió Anson.

Davis estaba más rojo que un tomate.

—Era una mentirosa. Solo estaba enfadada porque la rechacé.

Anson rio con un sonido grave y amenazante.

—De eso nada. Lo que ocurre es que tú no encajaste bien que la chica te rechazara, así que regresaste aquí y fingiste ser don ricachón de la tecnología. Aunque de ricachón, nada de nada, ¿verdad, Davy?

Davis apretó los dientes y cerró los puños a los costados.

—Estás *ahogándote* en un mar de deudas. De hecho, estás a dos semanas de que te embarguen el BMW y a nada de que tu casa entre en ejecución hipotecaria. Así que no me extraña que tengas tantas ganas de irte a vivir con Rho. Es o ella o volver con tus padres.

Me quedé mirando a Davis boquiabierta mientras me acordaba de lo mucho que me había insistido para que me vendiera la casa y me mudara a otra más moderna con él. Todavía era demasiado temprano, pero él había sacado el tema igualmente.

—Podría denunciarte por difamación —rugió Davis.

Anson se encogió de hombros.

—Solo es difamación si lo que se cuenta es una mentira, Davy. Y tengo todas las pruebas que necesito para respaldar lo que acabo de decir. —Miró a mi ex con los ojos entornados—. Y puedo seguir investigando. Tengo más recursos de los que te imaginas. Y tanto tú como yo sabemos que todavía saldría más mierda a la luz.

A Davis se le tensaron todos los músculos de las mejillas: un claro indicio de que era verdad.

—Vete —le ordenó Anson—. Y no vuelvas. Si ves a Rho por el pueblo, sigue andando. No existe para ti. Métete en tu patética guarida y no salgas. Porque, como lo hagas, te arruinaré la vida en todos los aspectos.

Los ojos de Davis eran todo hostilidad.

—Sois tal para cual.

Anson se limitó a sonreír.

—Gracias, Davy. Qué halago tan bonito.

Davis lo fulminó con la mirada antes de dar media vuelta y regresar a su coche con paso airado.

Duncan, que estaba apoyado en su camioneta, levantó ambas manos y empezó a aplaudir.

Yo solté una carcajada.

Anson vino hacia mí, me abrazó y me besó apasionadamente. Me acarició la lengua con la suya, pidiendo que lo dejara entrar más, como si estuviese desesperado por grabarse mi sabor a fuego.

Cuando finalmente se separó, me costaba respirar. Busqué su tempestuosa mirada.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Odio a ese cabrón.

Le aparté un mechón de pelo de la frente.

—No me habías comentado que lo habías estado investigando.

Anson apretó los labios.

—Porque estoy investigando a cualquiera que te rodee. —Al oír eso, me entró un escalofrío, y él me abrazó con más fuerza—. No quiero arriesgarme lo más mínimo. Significas demasiado para mí.

Quería significar algo para Anson. Disfrutar de eso. Sin embargo, no me gustaba nada el precio que él tenía que pagar con tal de poder ofrecérmelo. Porque yo sabía que, si seguíamos por ahí, Anson tendría que enfrentarse a todos los fantasmas que se ocultaran por el camino. Y que tal vez tendría que pagar un precio sumamente elevado.

Capítulo cuarenta

Anson



Me quedé de pie al lado de las puertas traseras, mirando el precioso jardín que había creado Rho y observando el paisaje a lo lejos. Los afilados picos de las montañas y las caras escarpadas en las rocas. Era impresionante tanta belleza. Pero no era solo eso. En algún momento, este lugar había empezado a conseguir que me sintiera en casa.

Rho me envolvió por la cintura desde atrás y me apoyó la mejilla en la espalda.

—Hola.

Fruncí los labios mientras le cubría las manos con las mías.

—Hola.

Nos quedamos así bastante rato; a ninguno de los dos le hacía falta decir nada. Aquel agradable silencio era reconfortante.

Al final, me giré sin que Rho me soltara, le devolví el abrazo y le planté un beso en la frente. Y entonces la miré bien. Dios, si es que era preciosa. El pelo color caoba le caía en ondas sobre los hombros,

pero se había recogido algunos mechones en unas trenzas alrededor de la cabeza para formar una delicada corona.

Llevaba una pizca de maquillaje. Las mejillas rosadas. Algo que hacía destacar sus ojos verdes. Y un poco de *gloss* que hizo que me entraran ganas de mordisquearle el labio inferior.

—Estás preciosa.

A Rho se le relajó la expresión y dibujó una tierna sonrisa.

—No suelo arreglarme mucho, últimamente...

—Igual tenemos que encontrar algunas excusas más para que puedas hacerlo.

Joder, si es que ni siquiera le había organizado una cita como Dios manda.

Se mordió el labio inferior mientras yo levantaba la mano con cuidado para soltarle el pelo.

—Para. —Jugueteé con uno de sus mechones—. ¿Qué te preocupa?

—¿Y si es demasiado? —preguntó Rho con un hilo de voz—. No quiero presionarte. No pretendo que sea demasiado ni ir demasiado deprisa.

La abracé con más fuerza.

—No es demasiado. Quiero conocer mejor a tu familia.

Hizo una mueca.

—Cuando estamos todos, somos un montón. Igual deberías ir conociéndolos individualmente o de dos en dos en lugar de todos a la vez.

Reí.

—Me lo pintas como si fuera a enfrentarme a una batalla a vida o muerte en lugar de ir a una cena familiar.

—Nunca se sabe... No sería la primera vez que alguien se peleara por el puré de patatas.

Le recorrí la espalda con el pulgar.

—Quiero ir. Puede que no se me dé bien, pero quiero intentarlo.

Nunca había sabido demasiado bien cómo socializar con los demás ni sabía si lo lograría jamás, pero tampoco deseaba que a Rho le diera la impresión de que tenía que compartimentar su vida.

Se puso de puntillas y me besó delicadamente en los labios.

—Me gustas tal y como eres. Con ese toque taciturno incluido.

Sonreí con la boca pegada a la suya.

—¿Aunque no me vista con ropa de color?

—Algún día te pondrás una camisa rosa y lo vas a petar.

Gruñí. «Lo dudo mucho».

Me vibró el móvil, que llevaba en el bolsillo trasero, e intenté no entrar en tensión. Solté a Rho y cogí el aparato. Vi el nombre de Helena en la pantalla, pero fui incapaz de darle a «aceptar».

Hacía una semana que no teníamos novedades, así que nos habíamos pasado los días esperando a que llegase el siguiente bombazo. A lo mejor ya había ocurrido.

—Responde —me animó Rho en un susurro—. Me tienes aquí.

Escurrió los dedos entre los bolsillos delanteros de mis pantalones para formar una especie de unión entre ambos.

Le di un golpe a la pantalla y me llevé el teléfono a la oreja.

—Hunt.

—Tenemos a otra —dijo Helena—. Justo en la frontera con California.

Arrugué la frente. No tenía ningún sentido. Montana y luego Idaho. Los siguientes lugares deberían de haber sido Washington u Oregón. Debería de estar cerca de mí.

—¿Estás segura?

—Es él. La nota coincide. Han encontrado a una mujer en un *camping* justo al lado de la I-5 en dirección sur.

—Y... ¿Qué? ¿El tío pasó de largo de donde estoy yo y siguió avanzando? No parece demasiado probable.

Oí que se cerraba una puerta al otro lado de la línea.

—Creo que caben dos posibilidades. Una es que presienta que lo estamos acechando. Sabemos cuáles son sus cotos de caza: cerca de las carreteras y autopistas. Y siempre va a por mujeres jóvenes que están solas. Ahora mismo, tenemos a más agentes buscándolo. Igual se ha asustado y ha seguido.

—¿Y la otra? —quise saber.

—Que no sepa dónde estás. No tiene acceso a tus dispositivos electrónicos. A lo mejor ha vuelto a matar por otro factor estresante. Ya sabes que estos tipos no paran eternamente.

Ahí tenía razón. Los sospechosos con un cuadro psicológico como el de El Ahorcado no podían parar y punto. Matar era una obsesión. Tal vez pudiese contenerse durante una temporada o cambiar de *modus operandi*, pero nunca sería capaz de detenerse para siempre. Al igual que no podría dejar de jugar a ese juego.

—Bueno, ¿y cuál es el plan? —me interesé.

—Esperamos. Ahora mismo, estamos estudiándolo todo, pero los forenses creen que la asesinó ayer. Seguramente siga por ahí cerca. Tal vez podamos pillarlo.

No esperaba que lo lograsen, pero tampoco quería cargarme la esperanza de Helena. Cuando te dedicabas a un trabajo como ese, la necesitabas.

—Gracias, Helena. Cuídate.

—Tú también. Si se te ocurre algo, llámame.

—Lo haré.

Colgué y volví a guardarme el móvil en el bolsillo.

Rho levantó la cabeza y me miró expectante.

—¿Y?

—Ha asesinado a alguien en California.

—Pobre mujer... —susurró ella.

Volví a abrazar a Rho.

—Helena cree que tal vez no sepa dónde estoy. Que igual ha vuelto a matar por alguna otra razón.

Levantó la mirada de nuevo hacia mí, con el ceño fruncido.

—¿Qué piensas tú? —preguntó.

—Que es posible. Creo que, si supiera dónde estoy, le costaría muchísimo mantenerse alejado. Le podría la tentación.

Noté cómo se le relajaban los músculos a Rho.

—Me alegro —señaló—. A lo mejor eso me convierte en una persona horrible, porque está clarísimo que seguirá matando hasta que alguien le pare los pies, pero no quiero que sepa dónde te encuentras.

Le rocé la sien con los labios.

—No te convierte en una persona horrible. Te convierte en humana.

Rho se hundió en mí.

—Si quieres llamo a Nora y le digo que no podemos ir. Lo entenderá. Además, tampoco me vendría mal una noche de relax para terminar el libro.

La miré con una ceja arqueada.

—¿Te refieres a leerlo hasta el penúltimo capítulo?

A lo largo de las últimas semanas, Rhodes había leído un sinfín de libros, pero no la había visto terminar ni uno solo.

Me sacó la lengua.

—Yo lo hago así —contestó.

La envolví con un brazo y la acerqué a mí.

—Ya lo sé, pero podemos dejar eso de no terminar el libro para otra noche. Lo que deberíamos hacer es, justamente, ir a cenar con

tu familia.

El simple hecho de pronunciar la palabra «familia» me costaba. Hacía años que no formaba parte de ninguna y al imaginarme dejando que se estableciesen ese tipo de relaciones hizo que me envolviera una pesadez ya conocida.

Rho me miró.

—¿Pensamos en un código por si quieres marcharte?

Fruncí los labios y pregunté:

—¿Un código?

—En plan, no sé... «Conejito rosa peludo». O «El águila aterriza a las doce».

Solté una carcajada.

—¿Cómo quieres que diga eso en una conversación cualquiera?

—Yo qué sé... Podría darte por ser creativo.

—¿Y si te propino cuatro apretones de mano si necesito que nos vayamos y ya?

Rho me apoyó una mano en el pecho.

—Creo que también podría funcionar.

—Venga, vámonos. Llevo un año y medio comiendo platos medio fríos de Nora. Me muero por descubrir cómo sabrá uno recién salido del horno.

Volvimos a sacar a Galleta una última vez antes de dejarlo con un hueso al que roer y nos subimos a mi camioneta, rumbo a la casa de Nora y Lolli. Rho estaba nerviosa; lo notaba. También era evidente porque no paraba de repiquetearme el muslo con los dedos y porque se le había acelerado sutilmente la respiración.

Puse una mano encima de la suya mientras llegábamos a aquel gigantesco rancho.

—Estaré bien.

Rho me miró.

—¿Seguro?

Asentí.

—¿Sabes por qué lo sé?

—¿Por qué?

Entrelacé los dedos con los suyos.

—Porque tú estarás conmigo.

Le centelleó la mirada bajo la tenue luz del atardecer.

—Me he esmerado muchísimo con el maquillaje. Como me hagas llorar ahora mismo, me enfadaré de verdad.

Reí.

—Nunca. —Le di un pico y le solté la mano—. Vamos.

Bajé de la camioneta y rodeé el vehículo para abrirle la puerta a Rho.

—Qué caballeroso.

—A veces —respondí agarrándole la mano.

Me sonrió pícara.

—No sé si creerte: tengo conocimiento de lo perverso que puedes llegar a ser.

Al oír la promesa que escondían sus palabras, se me despertó la polla.

—Como entre empalmado en casa de tu familia para cenar, verás la zurra que te daré.

Rho no hizo sino sonreír más pletórica todavía.

—Sí, sí... Tú ve prometiendo...

—Joder... —musité.

Rho tiró de mí en dirección a la finca con un vaivén al andar incitada por el hecho de saber que me estaba torturando. Anda que no era malvada...

Intenté centrarme en la casa. Era enorme y tenía un revestimiento blanco en perfectas condiciones. El porche daba la vuelta al edificio

y había un montón de mecedoras y un par de columpios. Parecía la casa de *Los Walton*, aquella antigua serie de televisión: de ensueño, con extensas praderas alrededor tanto de la vivienda como del granero.

Cuando llegamos justo delante, la puerta principal se abrió y apareció Lolli. Se había puesto un vestido con volantes combinado con un chal de tantísimos colores que me resultó imposible identificarlos todos. Llevaba un sinfín de collares alrededor del cuello y estaba bastante seguro de que, de una de las cadenas, colgaba una hoja de marihuana.

Nos miró las manos, que teníamos agarradas, y le centellearon aquellos ojos, azules.

—¡Por fin alguien que está aprovechando la mercancía del dios taciturno!

—¡¡¡Mamá!!! —gritó Nora desde dentro.

—Ay, niña, calla. Deja que me divierta —respondió Lolli. Se giró hacia mí y me comentó—: Ya sabía yo que no podrías resistirte demasiado a mi Rho. Oye, me he enterado de que eres del FBI. Por favor, confiésame que no eres uno de esos dinosaurios antimarihuana que cree que solo se debe follar en la postura del misionero.

—¡Lolli! —gritaron, como mínimo, tres personas a la vez, incluida Rho.

Entonces, apareció Fallon y pasó un brazo alrededor de la anciana.

—Perdona, Anson. Tendrás que disculpar a Lolli: chochea.

Fallon fulminó a Lolli con la mirada en una especie de señal de advertencia. Lolli se limitó a resoplar y la ignoró.

—No pienso dejar que mi nieta tenga que pasarse el resto de la vida haciéndolo a lo misionero.

—NO hables de Rho y de sexo a la vez, por favor —le rogó Trace estremeciéndose—. No hay excusa que valga.

Lolli puso los ojos en blanco y las seguimos, a ella y a Fallon, hacia el interior.

—¿Cómo puede ser que haya acabado con una familia tan puritana? El sexo es algo natural.

Kye, que estaba sentado en una silla atiborrada de cosas, le sonrió.

—No sufras, Lolli —dijo—. No todos somos unos puritanos.

—Uno que me ha salido bien, al menos —refunfuñó la mujer.

Rho se me escondió bajo el brazo en un intento por contener la risa.

—Si ella supiera lo que puedes hacer con un vibrador bala y tu enérgica lengua...

Una llamarada de fuego me inundó el cuerpo.

—Pienso hacerte pagar por hacerme pensar en eso ahora mismo —la advertí.

Se le escapó la risa.

—Bueno, bienvenido al caos de los Colson —dijo—. Siempre supe que sería una presentación espectacular.

Al final de aquel gigantesco salón se abrió una puerta de par en par y Keely entró a toda prisa, con Arden detrás.

—¡Hemos montado una hora! ¡Y hasta hemos ido al galope! —gritó.

Trace miró a Arden en señal de advertencia y le recordó:

—Me prometiste que nada de ir al galope.

Arden dibujó una mueca.

—Fue más bien un trote rápido.

La pequeña echó a correr por el lado de su padre y frenó en seco delante de Rho y de mí. Me miró y abrió los ojos como platos.

—No eres el noviete de mi *superabu*, pero ¿de la tía Rho sí que lo eres?

Shep se atragantó con la risa.

—No sé yo si a los tipos de treinta y cinco se les llama «novietes», princesa soldado.

Ella me miró perpleja con la frente arrugada.

—¿*Novión*? ¿*Noviejo*?

Kye empezó a toser desde la esquina.

—A partir de ahora lo llamaré así —anunció él.

—¿Y si me llamas Anson y ya? —le sugerí a la pequeña.

—Tengo que llamarte señor Anson porque mi papá dice que debo ser educada. Pero tú puedes llamarme Keely —respondió como si nada.

Rho se inclinó hacia mí y me acarició el pecho.

—No sé yo, a mí eso de *noviejo* no me disgusta...

La miré con la frente arrugada y con los labios insinué la palabra «zurra» sin llegar a pronunciarla en voz alta.

Sonó un móvil. Trace se levantó y se sacó el teléfono del bolsillo. Miró la pantalla con extrañeza.

—Disculpad. Dadme un segundo.

Desapareció pasillo abajo, pero mi sexto sentido ya me estaba advirtiendo de algo.

—Anson —me llamó Nora, aproximándose—. Me alegro muchísimo de que hayas podido venir.

No esperó ni un segundo y me abrazó. Le di unas palmaditas en la espalda en un gesto un tanto incómodo. No estaba acostumbrado a este tipo de afecto.

—Gracias por invitarme —respondí.

La mujer me soltó y me dedicó una cálida sonrisa.

—Puedes venir cada domingo o cualquier día que consigamos reunirnos todos.

—Gracias, de verdad.

—Haremos caso omiso de que te has pasado un año y medio ignorando MIS invitaciones para que vinieras —se quejó Shep.

Rho le sacó la lengua.

—Es que yo tengo mano para eso, pero no te pongas celoso —le dijo.

Shep negó con la cabeza.

—No creo que a Anson le interese MI mano, precisamente.

—Por el amor de Dios... —musité.

En esta familia estaban obsesionados con el sexo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Keely con toda su inocencia.

Nora fulminó a Shep con la mirada.

—Nada, cariño. ¿Me ayudas a acabar de preparar la cena en la cocina?

La niña asintió alegre y siguió a su abuela, que la alejó de todo ese jaleo.

Nada más desaparecer la cría, Trace regresó al salón. Me fijé en él de inmediato. Tenía la mandíbula apretada y estaba agarrando el móvil con fuerza. No sé quién lo había llamado ni qué le habían dicho, pero no era nada bueno.

Rho también se dio cuenta.

—¿Qué ocurre?

Trace vino decidido hacia nosotros con una mezcla de cabreo y delicadeza en el rostro.

—Era la comisaría. Hemos recibido una llamada. Han encontrado un cadáver.

Rho inhaló con fuerza.

—¿De quién? —preguntó.

—Lo siento, Rho. Era Davis.

Capítulo cuarenta y uno
Rhodes



Anson me pasó una manta por los hombros y, con cuidado, metió una punta debajo de la otra para asegurarse de que estuviese bien abrigada. Pero yo seguía temblando. Era el tipo de frío que te cala hasta los huesos y del que casi no puedes recuperarte.

Davis. Muerto.

Dos palabras incongruentes a más no poder. No pegaban juntas. Lo había visto hacía dos días, cuando se comportó como un cabrón de pacotilla de manual. A pesar de que hubiese montado ese numerito, yo jamás le habría deseado algo así.

Anson se sentó a mi lado en el sofá y me acercó a él. No me dijo que todo iría bien ni pronunció ninguna de esas frases tan típicas que suenan increíblemente falsas. Simplemente me abrazó.

No teníamos demasiada información. Habían descubierto el cadáver de Davis en un contenedor que había detrás del bar. Él no solía frecuentar La Artemisa, pero después del ataque verbal de Anson bien podría haber ido allí a ahogar las penas.

—¿Qué diablos está pasando? —pregunté en un susurro con la vista puesta en la oscuridad que lo envolvía todo al otro lado de la ventana—. Se supone que este pueblo es un lugar tranquilo. Seguro. Y ahora hay incendios, embestidas de coche, *asesinatos*...

Anson me abrazó aún más y casi termino encima de él.

—Cuando investigué a Davis, descubrí ciertas cosas.

Entré en tensión. Antes de que nos fuéramos de casa de Nora, me fijé en que Anson apartaba a Trace del resto. Le dijo algo en voz muy baja. Supongo que iba de eso.

—Tenía contacto con un prestamista que trabaja fuera de Portland. En el caso de que Davis no le estuviese devolviendo la pasta, es probable que el tío actuara así para dar ejemplo.

Se me revolvieron las tripas. O sea que podía ser que Davis se hubiese cavado su propia tumba. ¿Y por qué? ¿Por una cuestión de imagen? ¿De prestigio?

—Qué pena... —musité.

Anson me rozó la sien con los labios.

—Siento que lo estés pasando mal.

—No siempre fue el hombre que conociste. Antes era divertido; un poco engreído, pero en el fondo era buena persona. No sé qué le ocurrió.

—Pueden ser un millón de cosas distintas. La vida es así: los acontecimientos y las circunstancias que vivimos tienen el poder de marcarnos. De cambiarnos.

Me hundí más en el abrazo de Anson.

—No quiero que los momentos difíciles me conviertan nunca en una persona fría.

Me apartó el pelo que me caía en la cara.

—No te sucederá.

Levanté la vista parar mirar a esos ojos azul grisáceos.

—Pareces superseguro...

Anson bajó la vista hacia mí. Tenía la mirada llena de una ternura extrema.

—Porque lo estoy. Has lidiado con más adversidades que casi cualquier persona a quien conozco, pero nunca has dejado que la vida te helara el corazón. Es un milagro, Rho. Has permitido que todas tus vivencias te hicieran mejor persona en lugar de peor. Es imposible que no sigas siendo así hasta el fin de tus días.

El corazón me latió con fuerza. Dos palabras me vinieron a la mente; las tenía en la punta de la lengua. Pero las reprimí.

—Gracias por creer en mí.

—No hay nadie en quien confíe más en este mundo.

No era un «Te quiero», pero me servía. Hice ademán de darle un beso en los labios a Anson cuando Galleta soltó un grave gruñido.

Me erguí y me giré hacia el animal. Había ido tranquilamente hacia las ventanas y estaba apretando los dientes ante lo que quiera que estuviese viendo a través del cristal.

Anson se levantó del sofá de inmediato y fue hacia la bolsa que había traído de su camioneta: la misma bolsa que acarreaba sin parar cada vez que iba y venía.

—Galleta —lo llamé.

Sin embargo, el perro no respondió. Simplemente siguió rezongándole al cristal.

Anson sacó una caja de metal de su bolsa y se apresuró a teclear una especie de código. La tapa se abrió al instante y él sacó un objeto de metal.

Lo miré boquiabierta.

—¿Esto es una pistola?

Anson desvió la vista rápidamente hacia mí mientras agarraba la empuñadura y se acercaba a la ventana.

—Sí.

Apartó una cortina y luego la otra mientras Galleta seguía ladrando.

—¿Has traído una pistola a mi casa?

—Rho, siempre tengo una pistola a mano. Es una medida de seguridad. Estoy entrenado. Nunca las pongo cerca de donde pueda cogerla un niño o alguien sin formación.

Se me removieron las tripas. Anson siempre tenía una pistola a mano porque nunca acababa de sentirse seguro del todo. Me entraron ganas de vomitar con solo pensar en eso.

Fue caminando a toda prisa por la sala, bajando todas las persianas y corriendo todas las cortinas.

—Pásame tu móvil.

Me levanté y se lo di.

—Debía de ser un animal.

—Seguramente tengas razón, pero por si acaso...

Me cogió el aparato de las manos y escribió la contraseña con fuertes golpes.

Me quedé literalmente boquiabierta.

—¿Cómo sabías la contraseña?

Se le curvaron muy sutilmente los labios.

—Era perfilador, ¿lo recuerdas?

Maldito Anson.

Esperé mientras él entraba en la aplicación de la cámara de seguridad y con los dedos fui jugueteando con la camiseta a la vez que los nervios iban adueñándose de mí. Habían pasado demasiadas cosas últimamente como para no estar angustiada.

Anson soltó un taco.

Me pasó el móvil con brusquedad y no pude evitar sobresaltarme.

—Llama a Trace. Dile que hay alguien acechándote en casa. Y coméntale que voy a por el sujeto en cuestión y que llevo un arma.

Cogí el móvil y alargué el brazo para pillar a Anson por la camiseta.

—No puedes salir ahí fuera —le dije.

Su cara era un mapa de rabia prácticamente incontenida.

—Vamos a terminar con esto. Ahora. Si esperamos a que vengan los polis, seguramente ya se habrá ido. Quédate aquí y mantén las ventanas cerradas.

—Anson...

Me acercó a él y me plasmó un fuerte aunque rápido beso.

—Volveré.

Me dio un vuelco el estómago mientras él echaba a andar en silencio hacia la puerta principal. Cerró con llave al salir y me dejó a solas con Galleta. Me apresuré a desbloquear el móvil y a llamar a Trace. Respondió al segundo tono.

—¿Estás bien?

Al oír voces de fondo, me pregunté si seguiría en la escena del crimen.

—Anson ha visto a alguien fuera de mi casa a través de las cámaras. Ha ido a por él. Me ha dicho que te llamase y que te comentara que va a intentar atraparlo y que lleva una pistola.

Trace soltó una maldición.

—Idiota. Debería haber esperado a que llegaran refuerzos.

—Está ahí fuera, Trace —me quejé.

—Voy. Avisaré a comisaría —respondió Trace—. Rho, quédate donde estás.

—Vale. Te...

Oí un ruido. Fue como una especie de trueno pero no tan fuerte. Un arma. Una bala.

Eché a correr de inmediato. Al traste con las promesas.

Capítulo cuarenta y dos

Anson



Eché a correr por el prado que quedaba detrás de la casa de Rho. La silueta que tenía delante no era más que una figura negra con una capucha y vaqueros.

—¡Quieto! —vociferé.

El sujeto no me hizo caso y siguió corriendo. Menos mal que había trotado muchísimo por los senderos alrededor de mi cabaña para huir de mis fantasmas; de lo contrario, este tío se habría escapado y se habría alejado de mí.

Ya solo con eso tenía cierta información. Joven. Sano. Seguramente atleta o, como mínimo, se mantenía en forma.

Empecé a componer una lista de sospechosos mentalmente. No había querido preguntarle nada a Rho sobre las personas que figuraban en mi escueta lista porque no había querido generarle dudas sobre gente conocida. Y menos cuando el sujeto en cuestión podría fácilmente ser alguien con quien ella no hubiese hablado jamás.

La gente podía obsesionarse con alguien sin que tuvieran ningún tipo de relación. Podían montarse sus películas. Y podían tergiversar la situación con suma facilidad.

La silueta que tenía delante tropezó con un tronco y soltó un taco.

Más información. Era un hombre; estaba clarísimo. Aunque el perfil a medio completar que había ido generando yo ya sugería precisamente eso.

Me acerqué a él. Me esforcé todavía más y noté que me ardían los músculos.

Mientras yo seguía corriendo, detecté que algo salía volando hacia mí. Me agaché justo a tiempo para ver cómo me pasaba una piedra por el lado y me rozaba la mejilla. No pude evitar soltar una maldición ante el contacto.

¿Cómo narices había conseguido coger una piedra? ¿Al tropezar?

Al menos eso me sirvió para saber que el sujeto no llevaba ningún arma. Pero estaba desesperado; a saber de qué sería capaz.

Me puse a calcular un sinfín de ecuaciones psicológicas mentalmente. Obtuve un millón de resultados distintos según las circunstancias. Era imposible que pudiese saber a ciencia cierta cómo reaccionaría el tipo en cuestión a cualquier especie de estímulo. Así que tenía que aferrarme a lo que era más probable.

De aquí a la entrada del bosque había unos cuarenta y cinco metros, más o menos. Era ahora o nunca, porque el sujeto enseguida encontraría cobijo.

Frené en seco y levanté el arma. Apunté al árbol que le quedaba delante al tipo ese y apreté el gatillo. Cuando la bala salió disparada, el aire rugió con fiereza.

El culatazo, aquel golpe en los músculos, me resultó familiar.

El hombre soltó una sarta de maldiciones, pero no se detuvo. Al contrario: echó a correr más deprisa.

¡Joder!

Esperaba haberlo asustado lo suficiente como para que se girase. Había apostado y me había equivocado.

Volví a correr tras él, negándome a perderlo de vista. El tipo no podía ir por ahí aterrando a Rho. Haciéndole daño. Aquella conocida oleada de rabia fue como un chute de adrenalina que me ayudó a reducir la distancia entre nosotros.

—¡La poli está de camino! ¡No vas a conseguir escapar! —grité.

Él simplemente continuó corriendo. Llegó a la arboleda y desapareció entre aquel grueso follaje.

—Mierda —musité ralentizando.

Me detuve un breve segundo y escuché atentamente.

El sonido de las ramas a mi derecha me indicó dónde se encontraba. Seguí aquellos ruidos con sumo sigilo. Era una tarea prácticamente imposible porque la única fuente de luz procedía de los rayos de la luna. Fui adentrándome entre los arbustos y los árboles, pero entonces se hizo un silencio sepulcral.

Me detuve e intenté ver algo en medio de la oscuridad.

De la nada, alguien me pegó un puñetazo que impactó en un lado de la cara. La fuerza del golpe me hizo trastabillar hacia atrás y vi las estrellas, pero el instinto me ayudó a bloquear el siguiente porrazo y a devolvérselo.

El hombre gruñó mientras yo le estampaba el puño izquierdo en la mandíbula. Ahora, quien trastabilló fue él. No pude verle la cara, solo atisbé unas sombras bajo la capucha de aquella sudadera negra.

Levanté la pistola.

—No te muevas, cabrón.

Pero no estaba pensando con claridad.

—¡No le harás daño! —vociferó haciendo referencia a Rho.

Me atacó.

Disparé.

La bala le atravesó el hombro antes de que chocara conmigo. Gritó de dolor, pero prosiguió.

Caímos al suelo con tanta fuerza que me quedé sin aliento.

Me ejerció presión en el cuello con el antebrazo para cortarme la respiración. Así que hice lo único que podía hacer: le di justo donde lo había herido con la bala.

Gritó de la agonía.

Lo distraje el tiempo suficiente como para poder darle un golpe con la empuñadura de la pistola. El chaval se desplomó de golpe.

Lo empujé para apartarlo de mí y me puse de pie como buenamente pude en el mismo instante en el que vi a alguien abriéndose paso entre los árboles. Me giré y apunté con la pistola.

Rho frenó en seco delante de mí con los ojos abiertos como platos. Estaba ahí, de pie, con sus pantalones de chándal desteñidos, el pelo enmarañado y los putos pies descalzos. Y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Te encuentras bien?

—¿Dónde tienes los zapatos? —espeté.

No dijo ni una sola palabra. Simplemente se abalanzó sobre mí.

—Estás bien —señaló.

Me recorrió el cuerpo con las manos, como si estuviese asegurándose de que no me había hecho daño en ninguna parte.

—Estás bien —repitió.

—Estoy bien, insensata.

Se estremeció pegada a mí y fue asintiendo sin parar con la cabeza, en una especie de *staccato*. Volvió a exhalar.

—¿Dónde está el...? Ay, Dios.

Rho se sobresaltó al ver la figura que había tumbada en el suelo.

Me separé un poco de ella para intentar reconocerlo.

—¿Sabes quién es?

Desvió la vista hacia mí y comprobé cómo se le anegaban los ojos de dolor.

—Es Felix. El chico con quien me di mi primer beso.

Capítulo cuarenta y tres
Rhodes



Parecía que no pudiese despegarme de Anson. Me aferré a él cual lapa asfixiante, sin soltarlo en ningún momento. Ni siquiera cuando Trace nos tomó declaración o cuando los de emergencias médicas le echaron un vistazo rápido a Anson. Seguramente acabaría con un ojo morado a causa del puñetazo que le había propinado Felix, pero, por suerte, no tuvieron que darle puntos en el corte que le había hecho con la piedra.

Anson me acariciaba la espalda con la mano sin apartar el brazo de mi alrededor para así mantenerme cerca mientras permanecíamos sentados en las escaleras de mi porche. Era como si también necesitara tenerme ahí al lado, tanto como yo a él.

—¿Qué tal la cabeza? —le pregunté.

Estaba convencida de que las luces constantes de los varios vehículos de emergencias que había aquí no ayudaban.

—Bien. —Con la mano que tenía libre, me acarició las piernas, que él mismo había acomodado en su regazo—. ¿Y tus pies?

En cuanto llegaron los de emergencias, Anson les exigió que se aseguraran de que no me hubiera hecho nada en los pies a pesar de que quien se había hecho daño en la cabeza era él.

—Bien —respondí.

Anson había intentado que me metiera dentro de casa antes, pero no pensaba ir a ninguna parte sin él. La verdad era que me dolían y me escocían los pies. Me los había raspado y me había hecho un corte un poco feo con una piedra bastante afilada. Pero se me curarían. Seguramente, tardarían menos en curarse que mi corazón.

Felix.

El hombre que yo siempre había visto como un chico la mar de dulce. Fue como si hubiese congelado el recuerdo de aquel primer beso y hubiese creído que seguía siendo el mismo. Pero aquella imagen que me había creado mentalmente no era la de verdad. Tal vez nunca lo fue.

Trace cruzó la entrada de gravilla de mi casa con un andar decidido. Esta noche no estaba intentando mantener una expresión neutral. Estaba dejando que todo el mundo fuese testigo de su cabreo. Se nos acercó y se agachó para quedar frente a frente conmigo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Qué sabes?

Trace movió un poco la mandíbula y se tomó un segundo antes de hablar. Ahí me di cuenta de que sí estaba conteniéndose. El cabreo que se le atisbaba en el rostro era la ira que había conseguido escapar de esa expresión neutral que tanto solía controlar.

—Felix ha vuelto en sí en la ambulancia, pero no dice nada aparte de «abogado».

Anson gruñó, dejando más que clara cuál era su opinión.

Trace insistió.

—Hemos encontrado su camioneta cerca de la carretera principal.

Trace movió la mandíbula de nuevo, como si le costase pronunciar las siguientes palabras.

—Habéis encontrado algo —terció Anson, sentándose.

No era una pregunta. Era una afirmación.

Trace movió la cabeza para asentir una única vez, deprisa.

—En la caja de almacenaje que tiene en la parte trasera hay un montón de cosas. Combustible y trapos que intuyo que coincidirán con el incendio de la casa.

Agarré a Anson por el brazo. Necesitaba seguir presente en el aquí y el ahora.

—Artículos de periódicos con información del incendio actual y de los de hace catorce años, incluido el de la casa victoriana. Y fotos. Muchísimas fotos, joder.

A medida que Trace fue hablando, su voz fue adoptando un tono más áspero porque sabía lo mucho que me iban a doler sus palabras.

—¿Crees que los provocó todos él? —pregunté.

—Todavía es temprano... —respondió—. Pero hay una cosa clara: está obsesionado contigo. Tiene fotos tuyas de lejos. En el trabajo. En el pueblo. En casa. Es como si te las hubiese sacado con teleobjetivos.

Se me revolvieron las tripas. De repente, me sentía sucia. Tenía que ducharme.

Anson me abrazó con más fuerza.

—Has dicho que con él te diste tu primer beso.

La bilis me azotó el estómago, pero asentí.

—La noche del incendio.

Entró en tensión y miró a Trace.

—Actuó de forma desproporcionada. No quería que nadie de su alrededor se interpusiera entre él y Rho —señaló Anson.

A Trace volvió a tensársele un músculo de la barbilla.

—Pero, de paso, también podría haber matado a Rho —argumentó este.

Noté que a Anson le costaba seguir abrazándome con delicadeza. Porque me agarró con un poco más de fuerza y porque sus respiraciones se volvieron más profundas.

—Debió de pensar que tendría tiempo de sobra para escapar. El cuarto de Rho estaba en la otra punta del pasillo. Un crío de trece años tampoco iba a ser un experto en incendios, por más que jugase con fuego. Y una casa vieja puede incendiarse más deprisa que una construcción nueva.

Trace asintió y se frotó la cara con una mano.

—No lo vi venir. En ningún momento.

—Yo tampoco. —Suspiré. Los ojos me ardían, cortesía de aquellas lágrimas por soltar—. ¿Por qué ha vuelto a las andadas?

Anson entró en tensión.

—Por mí. No has tenido una relación seria con nadie, pero seguro que la gente ha ido comentando por ahí que estamos juntos. Si te ha estado vigilando o ha estado hablando con los operarios, sabrá que he estado quedándome en tu casa.

La bilis volví a subirme por la garganta.

—No es tu culpa —le dije.

—No, no lo es. Pero lo siento muchísimo, joder —contestó entre dientes.

Me giré y hundí la cara en el cuello de Anson.

—No dejes que te haga dudar de esta forma.

Anson me acarició una mejilla de la cara.

—Tienes razón. —Exhaló con fuerza, miró a Trace y le dijo—: Ve a por ese cabrón.

Trace asintió con la cabeza.

—Lo meteré entre rejas. Tú cuida de mi hermana.

Que le pidiese a Anson que cuidara de mí fue como si Trace le diese el visto bueno. Y Anson se dio cuenta.

—Haría lo que fuera por ella.

Trace se levantó.

—Bien. Llamadme si necesitáis algo. Voy a insistir para que prioricen las pruebas que acabamos de encontrar y las analicen.

Y se fue.

Pero a mí todo seguía dándome vueltas.

Anson no esperó. Me cogió en brazos y me llevó dentro. Galleta se apresuró a seguirnos y soltó un pequeño gemido, pero yo estaba demasiado aturdida como para asimilarlo.

¿Significaba eso que alguien había asesinado a mi familia? No fue ningún accidente. Fue por puro odio. ¿Y para qué? ¿Porque alguien tenía una obsesión enfermiza?

Las lágrimas fueron cayéndome una detrás de otra en un llanto desgarrador y brutal.

—Estoy aquí —me susurró Anson.

Me tumbó en la cama mientras yo seguía sollozando. Se colocó a mi lado y me acunó con su calor.

—Suéltalo todo. Yo no me moveré de aquí.

Y lo hice. Solté todo el dolor, todo el enfado y toda la aflicción porque sabía que Anson estaba ahí para abrazarme.

El sol brillaba en lo bajo mientras yo estaba de pie en la terraza trasera y los rayos hacían centellear un poco las tiras de mis botas

de *cowboy*. Necesitaba ver algo bueno, aunque fuese solo en el calzado. En comparación con el caos de anoche, ahora estaba todo espeluznantemente silencioso. Nada de luces. Nada de sirenas. Nada de oficiales paseándose por mi jardín.

Miré con el ceño fruncido el parterre de flores que más había sufrido la falta de cuidado de los oficiales. Tendría que ir a Brotes y Bayas para comprar unas cuantas plantas de repuesto. No trabajaría. Duncan me había dejado más claro que el agua que, como me personara en la tienda para desempeñar mis tareas, me despediría.

Así que aquí estaba: de pie, fuera de casa, jugueteando con los pulgares y atacada de los nervios. Bajé la vista hacia el móvil. Las once y media.

Aún faltaban quince minutos para que viniese Fallon. Ella quería comer aquí, pero yo necesitaba salir de casa. Alejarme de este sitio fantasma.

Echaba de menos el bullicio de los operarios, pero se habían visto obligados a poner la reforma en pausa hasta próximo aviso por si tenían que volver a inspeccionar la casa principal. Así que se habían ido a trabajar a otra obra. Anson se marchó horas más tarde, prácticamente montando el numerito, y no accedió a irse hasta que un oficial plantara su coche justo delante de mi casa. Como El Ahorcado seguía suelto, no quería correr ningún riesgo.

Por lo menos no tendría a Anson vigilándome de cerca todo el rato. Así podría intentar procesar que Felix había sido quien me había arruinado la vida hacía tantos años. Y quien se había obcecado en hacerlo de nuevo.

Me dio un vuelco el estómago y se me removieron las tripas. El chico al que había besado. Ese que pensé que me cambiaría la vida.

Y lo había hecho, de la forma más enrevesada posible.

Me ardían los ojos y noté cierta presión en la parte de atrás. Contuve las lágrimas. No podía llorar. Otra vez no. Anoche, sollocé hasta quedarme dormida y ahora no quería volver a pasar por eso.

Despacio, tomé una firme bocanada de aire mientras echaba a andar por el jardín. Dejé que el aroma de las lilas y del altramuz me llenaran las fosas nasales y me calmaran. Me centré en el viento que azotaba los árboles.

Me vibró el móvil y lo saqué del bolsillo trasero.

Fallon
Llego en cinco minutos

Noté cómo se me aliviaba cierta tensión en el pecho. Si alguien podía distraerme de esa pesadilla era Fallon. Volví a subir al porche a toda prisa y cerré la puerta con pestillo tras de mí. Acaricié un poco a Galleta y le di un hueso para que pudiese roerlo antes de coger el bolso e ir hacia la puerta principal. Al salir, cerré la puerta con llave y fui hacia el coche patrulla que estaba de guardia.

A medida que me fui acercando, distinguí un poco de luz y de sombras a través de la ventanilla, que estaba abierta. Vacilé al andar mientras intentaba asimilar mentalmente lo que tenía delante. Había un cuerpo caído sobre el volante. Y sangre. Muchísima sangre. Me giré para echar a correr, pero ya era demasiado tarde.

—Hola, Rho.

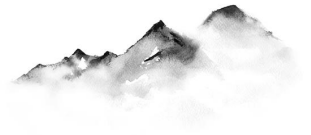
Aquella voz me resultó familiar, aunque también sonó un tanto más profunda, más oscura.

Me giré para ver de dónde provenía, para defenderme, pero no pude ver más que el rasgo de una camiseta antes de notar un fuerte dolor en la sien, intenso y agudo. Empecé a ver cada vez menos mientras caía, pero yo solo podía pensar en una cosa.

Anson.

Capítulo cuarenta y cuatro

Anson



El martillo esquivó el clavo y casi me doy en el pulgar. Solté una maldición.

Shep se irguió desde el otro lado de la nueva terraza que estábamos construyendo.

—Te diría que deberías coger la clavadora neumática, pero, a estas alturas, seguramente ya te habrías atravesado la mano.

Lo miré con el ceño fruncido mientras me levantaba y tiraba el martillo al suelo de la terraza antes de hacerme crujir el cuello. Llevaba toda la mañana hecho un desastre. Además, Shep tenía razón: era un milagro que no me hubiese hecho daño de verdad.

—¿Qué ocurre? —me preguntó echando a andar hacia mí—. ¿Alguna novedad de El Ahorcado?

Negué con la cabeza. No sabía nada. Sin embargo, no saber nada me ponía nervioso. Era como si estuviese esperando a que ocurriera algo.

—No. Siguen investigando la última escena del crimen y escudriñando la zona.

Shep me estudió largo y tendido.

—Continúas preocupado por Rho —dijo.

No era una pregunta, pero le respondí de la misma manera:

—Me cuesta no pensar en ello.

Que hubiesen pillado a la persona que había estado acosando a Rho no significaba que pudiese deshacerme de aquel impulso protector. Bastante habíamos sufrido ya en el pasado, tanto Rho como yo. Temía que fuera lo típico que Rho no supiera gestionar a la larga. Así que hoy me lo había tragado todo y había ido a trabajar, por más que fuese lo último que quería hacer.

Shep me dio una palmada en el hombro.

—Vamos —dijo mientras echaba a andar hacia su camioneta y esperaba que lo siguiera.

—¿Adónde?

—Fallon va a recoger a Rho para ir a comer. Y nosotros vamos a acoplarnos.

Lo miré con la frente arrugada.

—Bastante atrasados vamos ya, ahora que no podemos acceder a la casa victoriana. Pensaba que habías dicho que teníamos que terminar este porche hoy.

Shep abrió el vehículo, que emitió el pitido correspondiente, y respondió:

—El resto del equipo está echando el doble de horas en el proyecto de los Evans. Así conseguiremos compensarlo un poco. Y tú y yo ya nos pondremos al lío por la tarde.

Abrí la puerta del copiloto y subí.

—Gracias.

Si ahora nos tomábamos una pausa, habríamos de trabajar más deprisa por la tarde y seguramente tendríamos que quedarnos más horas. Sin embargo, Shep sabía que yo necesitaba ver a Rho. Que necesitaba tocarla y asegurarme de que se encontraba bien.

Le dio a un botón y arrancó el vehículo.

—Te ha tocado vivir una de las peores circunstancias que alguien se pueda imaginar. Es normal que necesites ir asegurándote más a menudo de que la gente que te importa está bien —comentó.

Miré a través de la ventana mientras Shep se adentraba por el camino de gravilla que llevaba a la casa de Rho. Los sentimentalismos no se me daban bien. Por más que hubiese estudiado las emociones y los perfiles psicológicos, me costaba expresar mis propios sentimientos.

—Hace que me sienta débil —confesé.

Shep me miró.

—¿Que te importe?

—Que no pueda dejar de obsesionarme. De pensar en las miles de cosas que podrían torcerse.

Cambió la forma en la que estaba agarrando el volante mientras se incorporaba a una carretera de dos carriles.

—A mí me parece normal. Has sufrido un trauma por partida doble. Dales tiempo a tu mente y a tu cuerpo para que se recuperen. Además, lo último que pensará Rho de ti es que eres débil.

Sabía que tenía razón. Rho hablaría del tema conmigo y me haría ver lo positivo, la fuerza.

—Soy idiota...

Shep dibujó una media sonrisa y respondió:

—Lo has dicho tú, no yo.

Reí por lo bajo.

—¿Y tú qué? A estas alturas, me extraña que no hayas revelado que estás quedando con alguna mujer.

Shep era el típico que quedaba con tías de forma casual. Yo intentaba no analizar el hecho de que siempre parecía encontrar una razón u otra para terminarlo todo educadamente al cabo de tres o cuatro semanas. Era mejor que darle ilusiones a alguien si no veía un futuro con ella, pero seguía preocupándome que tal vez Shep estuviese buscando algo que no existía.

Se movió en el asiento sin mirarme.

Me alarmé de inmediato.

—¿Qué? —pregunté.

Él frunció el ceño con la vista puesta en la carretera.

—Nada.

—Algo es, segurísimo.

Al final, exhaló.

—Le pedí una cita a alguien, pero me respondió que no.

Guardé silencio un minuto y, acto seguido, estallé de risa.

—¿Es la primera vez que te rechazan?

Shep me fulminó con la mirada.

—No. Abbie James me dejó por Robbie Allen cuando teníamos ocho o nueve años.

Así solo consiguió que riera con más ímpetu; tanto, que incluso se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Quién es? Creo que me apetece invitarla a tomar una copa.

—Eres un cabrón —gruñó Shep.

—Pues sí. Pero eso ya lo sabías. —Miré a mi amigo, que estaba extremadamente cabreado—. Ahora en serio: ¿quién es?

Tardó un poco en responder, pero al final cedió:

—Thea. Trabaja en el vivero con Rho. Me da la impresión de que ha pasado por algo. Es un poco asustadiza. La invité a un café y

rechazó la oferta sin darme ninguna explicación.

Lo analicé sin disimulo.

—¿Estás seguro de que no es que tu síndrome del salvador está saliendo a la luz?

—No tengo síndrome del salvador.

—Sí que lo tienes. Te empeñas en querer arreglar los problemas de los demás. En dosis pequeñas, está bien, pero tienes que descubrir de dónde surge esta necesidad.

De lo contrario, nunca sería feliz en ninguna relación.

Shep gruñó mientras giraba y subía por la entrada de la casa de Rho.

—Deja de hacerme de psicólogo. —Suspiró—. Tiene algo. Ve cosas que los demás no ven. Va de dura, pero cuando cree que nadie la observa, se detecta la dulzura que esconde tras esa fachada.

¡Caramba!... Esto sonaba a algo más que un *crush*.

—Pues dale tiempo —lo animé—. Si Thea ha pasado por algo complicado, tardará en sentirse cómoda y volver a abrirse con alguien.

—Seguramente tengas razón... —dijo Shep mientras se acercaba a la caseta de invitados de la casa victoriana.

Fallon había aparcado el coche al lado del nuevo de Rho, pero lo que me llamó la atención no fue eso. Fue Fallon en sí, encorvada sobre la gravilla, vomitando.

Shep ralentizó el ritmo.

—¿Qué nari...?

No esperé. Abrí la puerta de par en par y eché a correr hacia Fallon.

—¿Qué sucede?

Fallon se medio atragantó al vomitar una vez más, pero señaló el coche de policía. Eché a correr hacia allí y frené en seco a la vez que

la bilis me subía por la garganta. El hombre que había saludado a Rho con un chiste malo por la mañana estaba desplomado sobre el volante con el cuello rajado.

Me giré. El pánico fue adueñándose de mí.

—Rho. ¿Dónde está Rho?

Fallon tenía la cara llena de lágrimas.

—No lo sé —respondió.

Las náuseas me azotaron de golpe y con fiereza. Noté que me pitaban los oídos mientras iba decidido hacia la puerta delantera. Rho me había dado un juego de llaves, pero se suponía que tenía que utilizarlas en el caso de llegar a casa antes que ella, no porque hubiese un oficial muerto fuera y no teníamos ni idea de dónde estaba ella.

—¡Guantes! —señaló Shep pálido mientras pasaba un brazo alrededor de Fallon.

No quería perder el tiempo poniéndome unos putos guantes, pero me giré, fui corriendo hacia su camioneta y cogí una caja de la parte trasera. Como le hubiese pasado algo a Rho, como alguien se la hubiese llevado, necesitaríamos todas las pruebas que pudiésemos reunir. Todas las pistas que nos llevaran a ella.

Lo apagué. Apagué todo lo que habitaba en mi interior y que me hacía humano. Todo a lo que Rho le había vuelto a dar vida. No tenía otra opción.

Probé de abrir la puerta delantera. No estaba cerrada con llave. «Mierda». En cuanto la abrí, Galleta echó a correr hacia mí ladrando como un condenado. Lo agarré por el collar y me apresuré a atarle la correa.

—Tranquilo, chico. Calma.

Aunque yo no sentía nada de eso. Nada estaba tranquilo ni calmado en mi interior y Galleta lo sabía. Se quedó a mi lado, callado

de una forma totalmente atípica en él.

La casa en general estaba en silencio. Estaba todo demasiado sereno. No había música ni tarareos, no se oía risa alguna ni a nadie hablar. No parecía la casa de Rho.

No encontré señal alguna de ella ni en la habitación ni en el baño, pero tampoco había nada fuera de sitio. Eché a andar por el pasillo. Cuando Galleta y yo llegamos al salón-cocina, me detuve. No había nada fuera de sitio, no exactamente, pero sí había algo... extraño. Algo que activó mi sexto sentido.

Me adentré en el salón y frené en seco al llegar a una de las estanterías. Y el mundo entero se desvaneció.

Había una nota en uno de los estantes, al lado de una foto de Rho y su familia. Garabateado en el papel, en unas letras mayúsculas cuadradas y con una caligrafía familiar que hizo que el terror me calara hasta la médula, ponía:

> SE SUPONÍA QUE TENÍAS QUE SUFRIR. QUÉ RÁPIDO OLVIDAS. TU HERMANA NO DEBIÓ DE SIGNIFICAR NADA EN ABSOLUTO PARA TI. PERO RHO SÍ. Y ESTA VEZ ME ASEGURARÉ DE QUE TANTO TU TORTURA COMO LA SUYA SEAN ETERNAS. TOTAL, SIEMPRE TUVO QUE SER MÍA.
> QUE EMPIECE EL JUEGO.
>
> EL AHORCADO

Capítulo cuarenta y cinco
Rhodes



Lo que me despertó no fue un sonido, sino una sensación. Unos fuertes golpes en la cabeza. Era como si mi pulso hubiese echado raíces allí, única y exclusivamente allí.

Intenté abrir los ojos, pero no conseguí que obedecieran. Tenía los párpados pegados. La confusión se adueñó de mí. No podía ser.

Lo intenté con más ahínco y al final logré abrirlos. Empecé a pestañear tan deprisa que parecía que unas luces estroboscópicas iluminaran las imágenes que fueron llenándome la vista.

Sentí náuseas, ya fuera por aquella extraña visión o por el hecho de que tenía una especie de migraña. No lo tenía muy claro.

Traté de ralentizar la respiración, inspirando por la nariz y expulsando el aire por la boca. Procuré abrir los ojos de nuevo, pero ahora más lentamente. Y, en cuanto empecé a distinguir el espacio que me rodeaba, se me cortó la respiración de inmediato.

Estaba tumbada en un suelo calcinado y rodeada de vestigios de lo que parecía una especie de cabaña chamuscada. Lo único que

quedaba en pie eran trozos de la estructura. Todo lo demás se lo había llevado el fuego. Incluso había agujeros en el suelo que daban a la nada que era el oscuro sótano de abajo.

Nada me resultaba familiar. Ni la estructura en sí ni los bosques que se veían a lo lejos. Bastó con eso para que se me acelerara el corazón mientras intentaba sentarme como buenamente podía.

En cuanto me impulsé, me mareé muchísimo y las náuseas reaparecieron. Me llevé los dedos a la cabeza e hice una mueca al rozarme aquel bulto. Aparté la mano y vi que me la había manchado con un poco de sangre seca.

«Mierda. ¿Qué narices ha ocurrido?».

Traté de hacer memoria. Empecé a visualizar unos cuantos *flashes* del día anterior. Obligando a Anson a que saliera por la puerta y se fuera a trabajar. Preparándome para ir a comer con Fallon. Saliendo de casa para encontrarme con ella y...

Al acordarme, me sobresalté. El oficial Rolston. Toda la sangre. Me tragué la bilis y me rugió el estómago. Pero los recuerdos continuaron apareciendo. Esa voz. Tenía algo dolorosamente familiar, pero tampoco era nada exacto. Y el dolor. La caída.

Me levanté y todo giró a mi alrededor.

«Mierda, mierda, mierda».

Alargué el brazo para sujetarme a algo, lo que fuera. Rocé algo de madera dura con la mano y me agarré a eso con fuerza. Me clavé algunas astillas en la palma, pero, en aquel momento, eso, me importaba un bledo. Tenía que seguir de pie. Como me diese otro golpe en la cabeza, me desmayaría fijo.

El mareo se fue disipando lentamente y volví a ver lo que me rodeaba con mayor claridad. Sin embargo, tuve que pestañear para asegurarme de que lo que estaba viendo era real. No podía ser. Era una foto mía y, a juzgar por el corte de pelo que llevaba, debía de

ser de cuando iba al instituto o a la universidad. Estaba trabajando en el vivero, pero aparecía riendo, con la cabeza echada hacia atrás y el pelo revoloteándome alrededor.

Tragué saliva con fuerza y procedí a inspeccionar ese sitio con otros ojos. No era la única foto. Había un sinfín de imágenes. Me dio un vuelto gigantesco el estómago.

Esto no podía estar pasando. A lo mejor, si me lo creía con muchas ganas, podía alterar la realidad y teletransportarme a primera hora de la mañana para cambiarlo todo.

Conseguí abrirme paso entre los escombros de la casa y llegar a la siguiente foto con cuidado, evitando las partes en las que el suelo ya había cedido. Esa instantánea era más reciente. En ella estaba arreglando el jardín de la caseta de invitados con las manos llenas de tierra. Estaba un poco borrosa, de modo que debían de haberla tomado con alguna especie de zum, alguno que le permitiera invadir mi privacidad con un solo clic a quienquiera que la hubiese obtenido.

Aunque no podía haber sido Felix. No si yo estaba aquí ahora.

Al pensar en eso, miré a mi alrededor de inmediato. No había nadie conmigo. Ni un alma. Aunque tampoco tenía ni la más remota idea de dónde me encontraba. Los árboles eran tan gruesos que me resultaba imposible ubicarme; claro que estar perdida en mitad del bosque sería mejor que estar a merced de algún psicópata tarado.

Fui corriendo hacia lo que parecía que en su día fue la entrada de la casa, pero, nada más llegar al umbral, frené en seco. Aquí había una foto de hacía muchísimos años.

Aparecía yo en *shorts* y un top en el río. Estábamos entre amigos y Emilia también había venido. Me acordaba de ese día. Me había suplicado que la dejase venir y, al final, Fallon y yo accedimos. Se lo pasó en grande.

Me escocieron los ojos mientras alargaba el brazo para coger la foto. Para tocar a mi hermana.

—Siempre has sido tú —afirmó una voz a mi espalda, rompiendo el silencio. Me puse en tensión y se me agarrotaron los músculos—. Incluso en el pasado. Tú me viste cuando nadie más lo hacía.

Me di la vuelta extremadamente despacio, como si estuviese dentro de unas arenas movedizas. Porque no podía ser. Aquella melena oscura y desgreñada le caía por los laterales de los ojos mientras me miraba con lo que solo podía clasificarse de veneración.

—¿Silas? —grazné.

Capítulo cuarenta y seis

Anson



Notaba el bullicio de la sala a mi alrededor. Voces, alertas telefónicas, el chisporroteo de las radios. Pero era incapaz de diferenciar una cosa de la otra. No era más que un caótico y ruidoso barullo. No podía hacer otra cosa que no fuera mirar fijamente el trozo de papel que había en la bolsa de pruebas.

QUE EMPIECE EL JUEGO.

Se me revolvieron las tripas. Ya conocía este juego. Era uno que estaba repleto de dolor y de tortura enrevesada. Y la mejor forma de hacerme a mí todo el daño del mundo era infligiéndole todo eso a Rho. El Ahorcado sería incapaz de resistirse.

Todo a mi alrededor me daba vueltas. Las piezas de ese rompecabezas fueron arremolinándose en una espantosa mezcla mientras yo leía otra frase de la nota.

TOTAL, SIEMPRE TUVO QUE SER MÍA.

¿Cómo era posible? El acosador de Rho y mi torturador eran la misma persona. Siempre pensamos que El Ahorcado vivía en algún punto de la costa Oeste. Teniendo en cuenta dónde habíamos encontrado sus víctimas, nos había parecido lo más lógico.

De modo que Oregón entraba en la lista de posibilidades. Yo era consciente de ello cuando me mudé a Sparrow Falls. Pero también había pensado que las probabilidades de que me encontrase aquí, en un pueblo diminuto alejado de cualquier autopista principal que quedase fuera de su radar de caza, eran prácticamente nulas. Y me había equivocado totalmente, joder.

Él ya estaba aquí.

Y debió de alegrarse como el que más al tenerme paseándome por su ratonera sin que le hiciera falta mover ni un solo dedo. Ahora entendía por qué se había pasado tanto tiempo sin matar a nadie. Porque estaba viéndome sufrir de primera mano. Era un tipo de dolor y tortura distintos, pero seguía siendo igual de fascinante para él.

Seguramente habría estado observando a Rho al mismo tiempo. Había visto cómo se le desmoronaba la vida con el incendio, cuánta agonía física y emocional había sufrido después, y eso lo había excitado.

—Anson.

La voz de Helena me sacó de aquella espiral de pensamientos. Levanté los ojos y pestañeé repetidamente en un intento por aclararme la vista. Me quedé mirándola exclusivamente a ella. Aquí, sentado en esta maldita sala de reuniones de la oficina del *sheriff*, yo no tenía nada que decir. Era todo dolor.

A Helena se le daba bien contener las emociones, esconderlas bajo capas y capas de ensayada indiferencia. Al trabajar en el FBI

siendo mujer, no tenía más remedio. Sin embargo, ahora le detectaba el dolor. Un dolor que sentía por mí.

—El *sheriff* Colson me ha puesto al corriente.

Desvié la vista hacia Trace. Estaba de pie a la izquierda de Helena, justo detrás de mi hombro derecho, y parecía absolutamente desolado. Sabía que Trace estaba echando mano de todas sus fuerzas por mantener la compostura, pero había tenido que ceder el control de la investigación a su ayudante dada su estrecha relación con Rho y la gravedad del caso.

Pedirle la información a Trace en lugar de al oficial Hansen había sido un acto de amabilidad hacia el *sheriff* por parte de Helena. Aunque, claro: bastante ocupada estaba ya organizando la búsqueda.

—Dime qué piensas —me animó ella.

—Nada —respondí con un tono igual de áspero que el papel de lija.

No podía pensar nada que no fuera «Todo esto es por mi culpa». Si nunca hubiese tocado a Rho, a lo mejor El Ahorcado se habría contentado viéndonos sufrir: nuestro dolor se habría convertido ya en esa droga que tanto anhelaba.

Helena apretó la mandíbula.

—Y una mierda. Tú conoces este caso mejor que nadie.

Me levanté echando la silla hacia atrás, y esta casi cayó al suelo.

—Claramente, no. Porque he tenido a este cabrón delante de mis narices durante un año y medio y no he visto nada, hostia —escupí.

Como tampoco habían captado nada las cámaras que tenía Rho fuera de casa, que se habían quedado misteriosamente en negro treinta minutos antes de que llegásemos.

Helena tomó una angustiada bocanada de aire y lo soltó despacio.

—No digas eso. Que El Ahorcado es un psicópata lo sabemos desde siempre. Estas personas se adaptan. Pueden llegar a ser encantadoras. Tienen relaciones de larga duración; incluso se casan y forman familias.

Sabía que tenía razón, pero siempre había pensado que, si alguna vez veía a El Ahorcado, simplemente lo... sabría.

Alguien me apoyó la mano en el hombro y, al girarme, me encontré con Trace. Me miró fijamente a los ojos.

—No es culpa tuya —dijo—. ¿Crees que yo no me siento responsable? Llevo al mando de Sparrow Falls desde muchísimo antes de que llegases tú aquí. A mí también me la ha colado. Lo he tenido delante de las narices durante *años*. ¿Cómo crees que me siento?

Se me disparó un músculo de la mejilla.

—No hubo ningún asesinato en tu jurisdicción.

—Ya. Pero él *vivía* aquí. Seguro que he hablado con él miles de veces. Y esto me perseguirá toda la vida.

—A los psicópatas se les da bien engañar a quienes los rodean.

—Sí... —coincidió Trace—. Pues escúchate a ti mismo. No podías hacer nada para evitar que ocurriese esto. Pero ahora sí puedes ayudarnos, siempre y cuando dejes de regodearte en tu propia desolación y empieces a hacer el trabajo que solo tú puedes llevar a cabo.

Viniendo de Trace, eso fue como un abrazo y una palmadita en la espalda. Pero era justo lo que yo necesitaba.

—Incendiar algo es una señal temprana de psicopatía —anuncié finalmente. Eso y hacer daño a animales; solía ser lo más habitual—. Como en algún momento dejó de bastarle con eso, fue a por más.

Trace asintió.

—Ya he obtenido todos los informes de esos casos. Los oficiales están estudiando absolutamente todos los incendios que se han producido por aquí en las últimas dos décadas.

—Supongo que nuestro sujeto debe de tener la edad de Rho; año arriba, año abajo. Alguien que seguramente debió de ir a la escuela con ella.

Helena negó con la cabeza.

—También podría tratarse de un profesor, de un entrenador o de un amigo de la familia.

—No —respondí con total certeza—. Si fuese alguien mayor, o habría seguido con los incendios premeditados y ya o habría ido antes a por más. Los incendios esos solo fueron una pataleta de un crío que no se estaba saliendo con la suya.

—Una pataleta jodidísima —musitó Trace.

—Tienes toda la razón. Sea quien sea, es alguien que está en contacto con Rho —expliqué.

Trace apretó los dientes.

—Podría ser cualquiera. Ya sabes cómo es. Cualquier persona que conoce se convierte en su mejor amigo. Ella nunca considera a nadie un mero desconocido.

Sí, la conocía. Y lo que era más importante: la quería. Se me cerró la garganta y noté que me abrasaba. Debería habérselo dicho. Como si, en el caso de perderla, no pronunciar aquellas palabras pudiese protegerme en cierto modo...

Me costaba mantener la respiración normal y permanecer en el aquí y el ahora.

—Aprovechemos el hecho de estar en un lugar pequeño. Escribe a tus hermanos, al jefe de Rho y a cualquiera que la trate asiduamente. Pregunta si esta tarde ha desaparecido alguien que debería de haber estado por aquí.

Trace asintió con la cabeza.

—Hecho.

—¿Dispones de alguien que pueda controlar a Owen Mead? —pregunté.

Tenía una coartada para el accidente de coche de Rho, pero dicha coartada se la había proporcionado un amigo suyo. Y yo no pensaba correr ningún riesgo.

Trace me miró.

—Está trabajando en otra empresa de construcción del pueblo. No lo hacen tan bien como Shep, pero sigue siendo algo sólido. ¿Sigues pensando que podría ser él?

—Solo pretendo tenerlo todo bien controlado. Orbita alrededor de Rho y coincide con un par de señales típicas de un patrón psicópata.

Trace ya se había llevado el teléfono a la oreja.

—Hey, Bob. ¿Está Owen trabajando hoy contigo? —Un breve silencio—. No, no necesito hablar con él. ¿Y te ha fallado alguien? —Otro silencio más—. De acuerdo. Gracias.

Trace colgó y movió la mandíbula.

—Bob dice que estaba viendo cómo Owen alicataba algo muy chapuceramente mientras hablaba conmigo.

No sabía si sentirme aliviado o cabreado. Fuera como fuese, teníamos que continuar.

Se oyó el tono de un teléfono. Trace bajó la vista y le dio un golpecito a la pantalla.

—Shep, dime. —Hubo una breve pausa durante la cual Trace se puso sumamente serio—. ¿Estás seguro? ¿Te pasas por el consultorio? —Otra pausa—. Mierda. Vale. No hagas ninguna estupidez.

Trace colgó y se giró hacia Helena y hacia mí.

—Silas Arnett ha suplicado abandonar el curro a media mañana. Decía que no se encontraba bien. Shep ha ido a su apartamento pero no estaba allí. Se ha pasado por la consulta del doctor Avery y allí tampoco estaba.

Todo empezó a encajar. Me vinieron a la mente miles de encuentros con Silas. Fue como mirar un montón de recuerdos a través de un caleidoscopio. Y cada vez que giraba un poco el prisma veía la imagen de un modo algo distinta.

Encantador. Ligón. Pero sin fuertes ataduras. Todo encajaba. Aunque también podíamos equivocarnos. Podía tratarse de alguien completamente diferente y que todo esto nos estuviese despistando.

—Quiero absolutamente todo lo que tengáis sobre él. ¿Sus amigos? Que se presenten aquí de inmediato. Necesitamos a Shep. Es quien más ha trabajado con Silas. —Alterné la vista entre Helena y Trace y sentencié—: En el mejor de los casos, disponemos solo de unas cuantas horas.

Todos sabíamos lo que sucedería si esas horas llegaban a su fin. Y, esta vez, yo no iba a soportarlo.

Capítulo cuarenta y siete
Rhodes



Pestañeé tan deprisa que la imagen que tenía delante se volvió borrosa. Aquella difuminada visión era mejor, porque no podía ser cierto.

«Silas».

El chico que siempre había sido gracioso. Un poco grosero pero de forma inofensiva... O eso había pensado yo. Me sacaba un año, pero se llevaba bien con el extenso grupo de amigos con quien me había relacionado yo desde que me mudé a Sparrow Falls. Sin embargo, al igual que me ocurrió con todo el mundo a excepción de con Fallon, me alejé de él después del incendio.

«El incendio».

Un incendio que había acabado con la vida de mi familia. Que casi había acabado también con la mía. Un incendio que, ahora, Anson y Trace pensaban que había sido intencionado. Pensábamos que había sido cosa de Felix, pero a quien tenía yo delante ahora mismo no era

a Felix. Quien me había secuestrado no era Felix. Y tampoco era él quien había asesinado al oficial Rolston.

La bilis me subió por la garganta al acordarme de Rolston desplomado sobre el volante. De toda la sangre. Y Silas lo había matado. El mismo Silas que me había traído unos gatitos para que los cuidara. Que se había sentado en mi mesa de pícnic y me había elogiado por la comida. Que, aunque un poco desde la distancia, había formado parte de mi vida desde que vine a vivir a Sparrow Falls.

Tragué saliva con fuerza en un intento por deshacerme de las ganas de vomitar.

—¿Qué está pasando, Silas?

Se le curvaron las comisuras de los labios hasta formar una sonrisa.

—No te hagas la tonta, Rho. No te pega.

Se me aceleró el corazón, que parecía una bola de las del bombo de la lotería.

—Vale. ¿Dónde estamos? —pregunté remarcando muy bien el «dónde».

—Mejoramos. —Empezó a caminar por aquella casa destrozada. Se movía sin mirar adónde pisaba; era como si se hubiese memorizado cada fragmento de aquel suelo en ruinas y cada pared inestable—. Crecí aquí.

Arrugué la frente. Sabía que Silas tenía una madre y una hermana: una madre que a quien le costaba llegar a fin de mes y que trabajó en una de las gasolineras del pueblo. Luego, se mudaron a Florida, que es donde vivió Silas hasta los veintipocos, pero no recordaba haber oído nada sobre que se hubiese quemado la casa.

—¿Cuándo se incendió?

Silas encogió un único hombro como si nada.

—No lo sé. Hace años. *Tempus fugit*.

Di un paso atrás en un intento por localizar la entrada. Tendría que echar a correr —«Pies, para qué os quiero»— y esperar a que saliera bien. Pero había un descenso importante entre la entrada y el suelo. Correr en esa dirección sería más fácil siempre y cuando no me rompiera el cuello primero.

—Es que no recuerdo haber oído nada al respecto.

Silas cogió una de las fotos que tenía colgadas por lo que quedaba de la casa. Salía yo en un baile en los primeros años de instituto. Me había recogido el pelo en lo alto con unos ridículos tirabuzones y mi vestido brillaba bajo la bola de discoteca.

—¿Por qué habrías tenido que oír nada? A nadie le importa que una cabaña en ruinas arda en llamas.

Di con el borde del descenso con el dedo del pie y me detuve para palpar si había algo debajo, como unos escalones deteriorados.

—A los bomberos seguro que sí.

Silas rio por lo bajo.

—Al ver el humo a lo lejos, la gente habría pensado que no era más que un montón de basura ardiendo. Además, mi familia y yo le importábamos una mierda a este pueblo. Éramos invisibles para todos. —De repente, desvió la vista hacia mí—. Menos para ti, ¿a que sí?

Algo en su pregunta hizo que se me helara la sangre. Me daba la impresión de que mi respuesta dictaría lo que ocurriese a continuación.

—Claro que no. Éramos amigos. Éramos...

—Joder, éramos muchísimo más que amigos, Rhodes. Tú me veías. —Se le relajó la expresión. Sin embargo, aquella ternura me aterró más que su enfado—. De no haber sido por ti, habría

suspendido Lengua. A lo mejor hasta lo habría dejado. Pero tú te quedaste a estudiar cada día conmigo en la biblioteca.

Pensé en cuando teníamos doce o trece años. Silas iba un curso por encima de mí, pero se había quedado rezagado en Lengua. Yo sabía que le costaba y se frustraba con facilidad. Recordaba haberle ayudado cuando teníamos tiempo libre y estar estudiando con él en la biblioteca.

No me pareció gran cosa. Lengua siempre se me había dado bien. Y dedicarle un rato a ayudar a alguien que lo necesitaba no fue... nada.

—Compartías tu comida conmigo —prosiguió Silas con un tono soñador en la voz—. Me cuidabas.

De golpe, también me acordé de eso. Me vino a la memoria que me había fijado en que Silas solo comía patatas fritas y chocolatinas de la máquina expendedora. Y le pedí a mamá que le preparase comida a él también.

—Eras tan amable... Tan tierna... Teníamos un vínculo. Incluso cuando se interpusieron en nuestra relación e intentaron separarnos.

Al ver aquel cambio, se me revolvieron las tripas. Su ternura había desaparecido y la habían reemplazado la ira y una pizca de inestabilidad. Me estaba costando mantener una respiración pausada y una expresión neutral, pero no tenía ni idea de qué podía decir que no fuera a hacerlo enfurecer.

—¿Quién intentaba separarnos?

Silas fue apretando las manos cada vez más fuerte. Era como si estuviese enviando una especie de mensaje silencioso con aquellos marcados movimientos; algunos largos, otros cortos.

—Ya lo sabes —respondió.

Negué con la cabeza. Al hacer ese gesto, noté una dura punzada de dolor en la sien.

—No lo sé. Le caías bien a todo el mundo a quien conozco.

—Al puto Felix, no —espetó arrancando la foto del baile de una pared medio derrumbada y lanzándome el trozo de papel—. Esa noche, se le caía la baba contigo. Les comentó a sus amigos que al día siguiente te pediría salir. Debería haberlo destripado ahí mismo. Intenté tenderle una trampa: para preocuparlo le dije que estabas en peligro y lo envié a tu casa para que se pusiera a merodear por allí. Pensé que igual el perfilador lo mataría la otra noche, pero no sabe hacer nada bien, ¿a que no?

El pulso me iba a mil. Lo notaba en el cuello, en la cabeza y a lo largo del brazo. Había pronunciado la palabra «perfilador» con tanta naturalidad...

—¿Cómo sabes que Anson era perfilador?

Silas me dedicó una lisonjera sonrisa.

—Venga ya, Rho. Los pueblos pequeños son la cuna del cotilleo. Me han preguntado si lo sabía, como mínimo, una docena de personas. Qué pena que el chaval no lo pillara.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Chissst —chistó Silas—. Bueno, bueno... Tu comportamiento te está delatando. No finjas que te importa. —El enfado le abrasó la mirada—. Estabas intentando ponerme celoso, ¿o no?

Las náuseas volvieron a mí; sin embargo, esta vez, la herida que tenía en la cabeza no tuvo nada que ver con eso. No podía contarle la verdad a Silas. Así solo conseguiría enfurecerlo más y, seguramente, que se pusiera violento. Lo que tenía que hacer era ganar algo más de tiempo. Encontrar el momento en que estuviera distraído y echar a correr.

Me tragué la bilis que me iba subiendo por la garganta y mentí:

—Sí —contesté con un hilo de voz prácticamente inaudible—. Lo siento.

Silas me miró con los ojos entornados.

—Deberías. La amabilidad siempre es una farsa. Sigo intentando encontrar una mujer que no sea una mentirosa asquerosa, pero todas son iguales. Fingen ser como tú; fingen ser buenas chicas. Pero todo es una patraña. Una forma de engañarme para echarme las garras encima y arruinarme. —Apretó la mandíbula—. A Arden también le pasa. Casi caigo; estuve a nada. Casi me tragué su falsa amabilidad. Fingió que le importaban los gatitos, pero solo quería atraparme. A lo mejor le hago una visitilla después. Así le enseño lo que les ocurre a las mentirosas.

El pánico me fue calando hondo mientras se me aceleraba completamente la respiración. Arden. Mi hermana. Vi cómo la miraba Silas. Pensaba que tenía un *crush*, pero era mucho más que eso. Una enrevesada narrativa que existía solo en su mente.

—No estaba mintiendo —susurré.

Silas se abalanzó hacia delante.

—¡Claro que sí! Me hiciste pensar que me querías, pero no era verdad. Me utilizaste para sentirte bien. Jugaste conmigo —escupió —. Me hiciste quemar cosas para que siguiéramos juntos.

La cabeza me iba a mil por hora. No tenía sentido. ¿«Quemar cosas para que siguiéramos juntos»?

—N-No lo entiendo...

Resopló.

—No parabas de quedar con ellos. Les prestabas atención cuando deberías habérmela prestado a mí. Tenía que advertirlos para que se mantuvieran alejados.

—Dios... —solté en un susurro.

A Silas se le dibujó una amplia sonrisa en el rostro.

—No te diste cuenta de nada, ¿eh? Me tuviste justo enfrente de las narices, pero eras demasiado egocéntrica para darte cuenta. En

el restaurante de la familia de Felix después de que empezara a llevarte a comer. Cerca de la taquilla de Fallon cuando te fuiste con su familia a la costa en lugar de venirte al lago con todos nosotros. En el inicio del sendero cuando me ignoraste para irte con tu hermana al río...

Las lágrimas me inundaron los ojos y el líquido empezó a descender por las mejillas.

—Mi casa. Mi familia...

Silas vino corriendo cabreado hacia mí y se movió tan deprisa que no pude hacer nada. Me agarró por el cuello y me lo estrujó con una mano.

—¡Ni se te ocurra llorar por ellos! No te querían. Tus padres te dejaron ir a la fiesta esa en la que Felix te manoseó en un armario. Permitieron que te convirtieras en una puta asquerosa.

Las lágrimas empezaron a caerme cada vez más deprisa; no tenía forma alguna de detenerlas. Mamá. Papá. Emilia. Habían muerto porque un psicópata estaba obsesionado conmigo. Estaban muertos por MI culpa.

—Y ahora te toca *pagar*. Tengo que *castigarte* —espetó—. Pensé que las llamas también se te llevarían a ti. Que desaparecerías y así yo podría librarme de tus mentiras. Pero escapaste. —Silas se sacó algo de la cinturilla del pantalón y recorrió mis lágrimas con un frío metal—. Mi pequeño fénix, renaciendo de las cenizas... Ahí supe que tenías que vivir. Era muchísimo mejor. Así podía verte *sufrir*. —Acercó la cara a la mía y yo me estremecí—. Te vi en el hospital. Cuánto dolor... Me quedé en la puerta y observé cómo las enfermeras te iban cambiando las vendas. Vi cómo llorabas. —Volvió a reseguir mis lágrimas con la punta de la navaja—. Qué bonita estás cuando lloras...

Intenté dejar de llorar, pero no podía contener ese flujo.

—Ahí fue cuando me di cuenta. Ver el resultado de quien seguía con vida era muchísimo mejor. Descubrir cómo sollozabas en el funeral. Que te resultaba imposible regresar a esa casa. Que nunca volviste a encontrar el amor... Mi fénix tenía demasiado miedo. —Silas me agarró el cuello con más fuerza y apretó la mandíbula—. Pero algo cambió.

Que conseguí ser lo suficientemente fuerte como para regresar a casa. Que conocí a Anson. A pesar de todo, logré acabar de curarme y Silas comprobó que yo volvía a ser feliz.

Me dio una sacudida y unos puntitos negros me nublaron la vista.

—Necesitabas recordarlo. Necesitabas volver a sentir el dolor. La foto que te dejé en el porche hizo que volvieras a esa época por un momento. Shep me comentó que te había visto mal, que te había dado un ataque de pánico. Pero luego volviste a estar contenta —espetó Silas como si aquellas palabras fuesen una viciosa acusación —. Así que repetí el incendio. —Sonrió pletórico con la boca pegada a mi mejilla—. Estuvo bien. Disfruté con las sombras que te inundaron la mirada. Tenías demasiado miedo para quedarte sola. Seguro que te acordaste de esa noche. Seguro que fue como volver a la noche del primer incendio y no pudiste sacar de tu mente aquel dolor.

Cierto. Me acordé de lo aterrador que fue. Me acordé de cómo fue perder a mi familia como si hubiese ocurrido el día anterior.

—Pero entonces volviste a traicionarme otra vez —escupió Silas dándome otra sacudida—. Dejaste que *él* te tocara. Lo vi. Fue todo cuanto pude hacer por no mataros a los dos. Me precipité al echarte de la carretera con aquel ataque; fue demasiado y demasiado deprisa. —Tomó una profunda bocanada de aire, tembloroso—. Pero a veces no puedo controlarme. Y tú me cabreas tanto...

Empecé a temblar sin cesar. Lo había hecho todo él. Siempre.

—Intento contenerme, pero a veces no puedo. Igual que el puto desgraciado de Davis. Te hizo daño.

Levanté los ojos de repente hacia Silas con absoluta confusión en el rostro, aunque el temor le pisó los talones de inmediato.

Me acarició el cuello con el pulgar y, por un segundo, dejó de apretármelo con tanta fuerza.

—El único que puede hacerte daño soy yo, pequeña fénix. Tu dolor es mío y solo mío.

Al oír esas palabras, una nueva oleada de rabia se adueñó de mí. Era muchísimo mejor que el miedo.

—Anson te encontrará —gruñí—. Es más listo de lo que serás tú jamás.

Silas rio, pero lo hizo con un sonido enfermizo.

—Ay, Rho... Le he pasado la mano por la cara tantas veces que perderías la cuenta. Todas las mujeres me recordaban a ti. Todas las zorras que me mentían con su amable mirada... Las hacía gritar y luego les rajaba el cuello. Es el sonido más dulce del mundo...

«Todas las mujeres me recordaban a ti». Aquellas palabras me retumbaron en la mente con un eco constante. Un terror atroz se adueñó de mí y me dio un vuelco el estómago. ¿Qué me había dicho Anson de El Ahorcado? Que les rajaba la arteria carótida. Intenté asimilar un millón de cosas y la cabeza empezó a darme vueltas.

—Pero el pobrecito de Anson nunca era lo bastante rápido. Con su hermana casi lo consigue, pero me entretuve. Me gustaban demasiado sus gritos.

La sangre me rugió en los oídos y la bilis volvió a subirme por la garganta.

—No —dije.

Silas no hizo sino sonreír aún más, frunciendo los labios con el gesto.

—Sí. ¿Quién diría que todo volvería al mismo punto de partida que cuando comenzó? Poético, ¿no crees? La obra de arte perfecta. La última pista de un juego magistral.

Silas se pasó la lengua por el labio inferior.

—Llevo años haciéndolo sufrir. Su dolor es el mejor de todos. Tan profundo, tan feroz... —Se le ensombreció la expresión mientras volvía a estrujarme el cuello con fuerza—. Pero tú también intentaste arrebatármelo. Y no lo conseguirás.

—T-Tú eres El Ahorcado.

La voz no me sonó para nada natural. Era como si fuese la de una completa desconocida.

Se me acercó más.

—Encantado de conocerte, Rho —dijo antes de lamerme las lágrimas de la mejilla.

Levanté la rodilla en un acto reflejo y le di en los cojones. Pero no bastó. Silas me agarró el cuello con más fuerza todavía y acabó de cortarme la respiración.

—Escúchame bien, zorrita. Ya estoy harto de tus juegos. El maestro del ajedrez, aquí, soy yo, y ya va siendo hora de que conquiste el tablero.

Bufó de forma agitada por la nariz, como si le costara controlarse.

—Qué pena que tengas que morir para que mi jugada final sea perfecta...

Capítulo cuarenta y ocho

Anson



—He pedido a un oficial que vuelva a revisar los registros de la propiedad —manifestó Trace mientras regresaba con grandes zancadas a la sala—. Nada. Tiene el apartamento del pueblo y basta.

¡Joder! Quería que Trace encontrara algo, lo que fuera, que nos llevara hasta Rho. Me bastaba con pensar en su nombre para que el dolor me calara bien hondo. Varias imágenes me inundaron la mente, unos aterradores casos hipotéticos que sucedían en realidades paralelas. Solo provocó que aquella presentación de diapositivas imaginaria resultara todavía más devastadora. Cada imagen era una posibilidad; una probabilidad, incluso.

Me mordí el interior de la mejilla con fuerza hasta que el sabor metálico de la sangre me inundó la boca. Necesitaba aquella pizca de dolor para no perder la cabeza.

—¿Alguna SL o alguna empresa registrada a su nombre? —pregunté—. Pueden esconderse propiedades con eso.

Trace abrió un ordenador portátil de la mesa de conferencias y se puso a teclear.

—Voy a hacer una búsqueda en la base de datos del estado de Oregón.

Reprimí aquellas ingentes ganas de levantarme y echar a andar. El movimiento tampoco conseguiría amainar la agonía que me carcomía por dentro.

—Nada. Absolutamente nada, hostia —gruñó Trace.

Miré a Shep, que estaba sentado delante de mí en la mesa de conferencias. Mostraba una expresión completamente neutral. Estaba impidiendo que se notara todo lo que sentía con tanto ahínco que resultaba imposible atisbarle emoción alguna en el rostro.

—¿A qué lugares suele ir Silas? —le pregunté.

No llevaría a Rho a ningún sitio nuevo. Iría a algún lugar que conociera; a algún sitio que se sintiera cómodo.

Shep se apretó la nuca.

—No lo sé. Le gusta pescar. Solía aprovechar sus días de vacaciones para hacer justamente eso... —De repente, a Shep por fin le cambió la expresión, aunque más bien parecía que fuera a vomitar—. Joder. Pero nunca se fue a pescar, ¿no? Aprovechaba los días de vacaciones para darle rienda suelta a su frenesí de asesino, ¿a que sí?

Noté cierta pesadez en el estómago, solo que en esta ocasión no fue por mí sino por mi amigo. Helena y yo habíamos estado estudiando la línea temporal. Por lo que habíamos podido comprobar, a las últimas víctimas las había matado en fines de semana. Y todos los asesinatos se habían producido en lugares que quedaban a un radio de unas nueve horas y media en coche de Sparrow Falls. Lo suficientemente cerca como para que Silas pudiese ir hasta allí y regresar para no faltar al trabajo el lunes.

—No lo sabemos. Todavía no. —Aunque el instinto me gritaba que era él—. Si tienes una lista de esas fechas, el equipo de la UAC puede verificar si coinciden con los asesinatos.

Shep asintió despacio, pero le advertí una derrota colosal en el gesto.

—Sí. Lo tengo todo en un programa. Puedo pasarles la contraseña.

—Genial. Pero, de momento, necesito que pienses. Tiene que haber algún lugar por aquí donde Silas fuera a menudo. Un lugar donde se sintiera seguro —insistí.

—Dudo que se la haya llevado al puto bar. Y es el único sitio que se me ocurre —espetó Shep.

Intenté controlar mi mal humor con todas mis fuerzas. Shep lo estaba pasando mal. Y lo que era peor: se sentía responsable.

—¿Cómo fue la infancia de Silas?

Si no había nada que pudiésemos relacionar con el presente de Silas, a lo mejor podíamos encontrar algo en su pasado.

—¿Y yo qué coño sé? —gruñó Shep echando la silla hacia atrás y pasándose una mano por el pelo.

—Yo sí.

Lo dijo en un hilo de voz, prácticamente inaudible, pero aun así consiguió que todo el mundo se detuviera.

Fallon aguardaba en la puerta de la sala de conferencias. Estaba pálida y se agarraba las manos con fuerza.

—Fallon, ¿qué haces aquí? —preguntó Trace.

Ella tragó saliva con fuerza.

—Shep me ha comentado que estabais buscando a Silas.

Trace le lanzó una mirada mordaz a Shep.

—Necesitábamos tener a tanta gente pendiente por si alguien lo veía como fuera posible —se defendió Shep.

Me levanté y fui hacia Fallon.

—¿Lo conocías de pequeño?

Fallon asintió despacio.

—Era un año mayor que nosotros, pero venía con la pandilla general. No era el típico grupo de amigos con el que tienes una relación superestrecha, pero sí con el que quedas para hacer cosas.

—Ya —corroboré para que se diera cuenta de que la seguía—. ¿Qué sabes de su familia?

Fallon movió los dedos como si estuviese escurriendo una toalla.

—Recuerdo que su padre se marchó cuando éramos pequeños; debíamos de tener entre unos ocho y diez años. Creo que a su madre le costó lidiar con eso y también con conseguir ganar suficiente dinero para seguir a flote.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Siempre llevaba la ropa un poco desgastada y a veces le quedaba pequeña —anunció en voz baja.

—¿Y qué tal la relación con su familia? ¿Lo sabes?

Fallon se humedeció los labios, nerviosa, mientras pensaba.

—Tenía una hermana mayor y Silas decía que era muy estricta con él. Y a mí me daba la impresión de que su madre lo irritaba. Pero a muchos niños les ocurre lo mismo.

Ahí tenía razón, pero ese tipo de desdén podía ser indicio de algo.

—¿Dónde están su madre y su hermana? ¿Puedes traerlas aquí? —le pregunté a Trace.

Negó con la cabeza.

—Se fueron a vivir a Florida hará unos seis años.

Me saltaron las alarmas.

—¿Te lo ha confirmado alguien? —quise saber.

Trace arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Que si alguien ha hablado con ellas desde que se fueron.

—No lo sé. No tenían una relación muy estrecha con la gente de por aquí. Carina, la hermana, tenía una mejor amiga, pero se trasladó a Idaho el año pasado —explicó Trace.

Miré a Helena, que había estado tecleando en el portátil, pero se había detenido para escuchar la última parte de la conversación.

—Que alguien lo investigue. Quiero saber si realmente hay alguna prueba que demuestre que se mudaron.

Helena asintió con la cabeza.

—Voy —contestó.

—¿Qué piensas? —se interesó Trace.

—Hace seis años, Silas tendría unos veintidós o veintitrés. Es más o menos la edad en la que los psicópatas empiezan a actuar de modo más contundente. No me sorprendería que su hermana y su madre nunca llegaran a marcharse a ninguna parte.

Trace apretó los dientes.

—Crees que las mató —señaló.

Fallon ahogó un grito con fuerza y palideció todavía más.

—Dios mío... —exclamó.

Shep fue hacia su hermana y le pasó un brazo por los hombros.

—Venga, Fallon. ¿Qué tal si te llevo a casa? No deberías de estar aquí haciendo esto.

Pero ella se zafó de su abrazo.

—Pareces Kye —espetó—. No soy una enclenque. Dejad de tratarme como tal.

Shep retrocedió como si Fallon acabase de pegarle una bofetada.

—No creo que seas ninguna enclenque.

—A juzgar por cómo me tratáis todos, nadie lo diría. —Fallon se giró hacia mí y me preguntó—: ¿Qué más quieres saber?

Hice todo lo que pude con tal de ignorar el drama familiar que acababa de presenciar y centrarme en lo importante. Cualquier mínima información que pudiésemos conseguir era una pieza más que podíamos añadir a ese puzle.

—¿Dónde vivían su madre y su hermana?

En el caso de que tuviesen alguna propiedad, seguramente ya la habría comprado alguien, lo cual nos aportaría alguna prueba documental.

—En la casa donde creció Silas. Por lo que he oído por ahí, era un lugar bastante destartalado en las montañas. A las afueras del pueblo.

Me giré hacia Trace, que ya estaba tecleando a la velocidad de la luz. Miró la pantalla con la frente arrugada.

—Está a nombre de Lucinda Arnett, pero nadie ha pagado los impuestos de la propiedad desde hace... —Levantó la vista y sentenció—: Seis años.

Joder. Tenía razón. Las había matado a las dos. Seguramente fueran sus primeras víctimas. Y lo había hecho muy cerca, no prendiéndole fuego a algo para acabar así con la vida de quienes arrasara a su paso. Debió de haber algo que lo cabreara y lo hiciera estallar.

—¿Dónde? —pregunté.

Empezaron a saltarme aún más las alarmas. Era esa casa. Me lo decía mi instinto. Había llevado allí a Rho.

—Tengo una dirección —anunció Trace—. Voy a llamar a los de operaciones especiales para que nos envíen los planos al móvil.

Negué con la cabeza.

—No tenemos tiempo para llamar a los de operaciones especiales. Tenemos al FBI y a los oficiales del condado. Nos vamos ya.

Helena se levantó echando la silla hacia atrás.

—Tú ya no eres un agente, Anson. Y, además, esto es un conflicto de intereses.

Eché mano de todas mis fuerzas para reprimir lo que quería soltarle.

—Iré por mi cuenta si hace falta. Sabes mejor que nadie que cada segundo cuenta. Y sabes que nunca me lo perdonaría si no fuera personalmente.

Helena soltó una maldición.

—Te quedarás apartado. No harás nada. Pero puedes estar allí cuando la saquemos de la casa.

No le llevé la contraria, simplemente me puse en acción. Los oficiales fueron dando órdenes y oí el crepitar de las radios, pero yo ya estaba yéndome hacia el Suburban de alquiler que sabía que pertenecía a Helena. Me subí al asiento delantero mientras Trace se sentaba detrás. Intentaba pasar desapercibido, pero él también había venido preparado.

—Toma —me dijo al mismo tiempo que me ofrecía un chaleco antibalas—. Por si acaso.

Me pasé el chaleco por la cabeza y me lo até correctamente a la vez que Trace hacía lo propio.

Helena nos miró a ambos con la frente arrugada mientras subía al todoterreno y ponía el vehículo en marcha.

—U os quedáis los dos atrás u os esposaré yo misma.

Los dos gruñimos a modo de respuesta.

—Hombres... —musitó ella.

Un montón de vehículos policiales fueron circulando por aquella carretera de dos carriles, pero nadie activó la sirena. Lo único que se oía eran las órdenes sobre cómo proceder cuando llegásemos a la propiedad. La idea era aparcar lejos y asaltar la zona a pie con la

esperanza de que el factor sorpresa jugase a nuestro favor. Aunque nadie sabía qué nos encontraríamos exactamente.

Cuando recibimos los planos, Trace y yo los estudiamos. Era una casa de dos plantas, desván y un sótano. Había un sinfín de escondrijos, lo cual no era nunca buena señal.

Helena giró a la derecha por un sinuoso camino de gravilla. A cada curva cerrada se me removían más y más las tripas y no paraba de visualizar la cara de Rho. Cómo se le iluminaban los ojos al reír. Cómo su indomable melena le envolvía el rostro cuando hundía las manos en la tierra. Cómo se le separaban los labios mientras yo me hundía en ella...

El dolor me azotó el pecho, seguido de una rápida dosis de rabia. Hacia mi persona por haberle fallado a Rho y no haberle dicho lo que significaba para mí y hacia Silas por todo lo que había cometido y por lo que estaba haciendo ahora.

Helena detuvo el todoterreno y los otros vehículos hicieron lo mismo en fila india. Los oficiales fueron dándose órdenes en susurros y todo el mundo guardó un silencio sepulcral.

Trace y yo preparamos las armas mientras seguíamos a Helena y a su nueva compañera por detrás. El ascenso hacia la propiedad era empinado y empezaron a arderme los músculos en cuestión de minutos. Agradecí aquella sensación. Era una señal que me recordaba que estaba vivo y que me hacía creer que Rho también lo estaba.

Al llegar al principio de la arboleda, Helena levantó una mano y me quedé helado. Delante de nosotros no había ninguna casa. Solo la estructura chamuscada de lo que en su día fue una vieja cabaña. Pero eso no era todo.

Rho estaba allí.

Y Silas le estaba ejerciendo presión en el cuello con una navaja.

Capítulo cuarenta y nueve
Rhodes



Notaba el filo de la navaja en el cuello, ejerciéndome presión contra la piel, y un dolor abrumador se adueñó de mí. Se parecía muchísimo a la sensación que te queda después de quemarte. Demasiado.

—He intentado buscar otra alternativa, Rho. De verdad que lo he intentado. Pero nada le hará más daño que perderte a ti. Solo que esta vez tengo que hacerlo justo delante de sus narices. Es la única forma de terminar con esto —dijo Silas con tono de desesperación en la voz.

A medida que fui asimilando lo que iba expresando, me percaté de todo. No esperaba salir impune de esto. Lo único que pretendía era hacerle tanto daño como pudiera a Anson.

—No tienes por qué hacerlo —le supliqué.

Al oír eso, rio en un tono estridente.

—Claro que sí. —Me soltó el cuello y me acarició la cara con la mano—. Nos encontraremos en el más allá. Por fin estaremos

juntos, como siempre tuvo que ser. Solos tú y yo. Sin mentiras de por medio. Sin nadie que pueda separarte de mí.

Volvieron a entrarme náuseas.

—Por favor...

Se oyó el chasquido de una rama al romperse y Silas actuó tan deprisa que todo se tornó borroso. Se movió para quedar detrás de mí sin apartarme la navaja del cuello y me tiró del pelo con tanta fuerza con la otra mano que se me pusieron los ojos acuosos.

—Sal. Sal de donde estés —canturreó Silas.

No se movió nada ni se oyó ningún otro ruido.

Silas soltó un suspiro exagerado.

—Venga ya... Que ninguno de los dos se chupa el dedo. Sabes que estoy aquí. Y yo sé que tú estás ahí. Si tuviera que apostarme algo, incluso diría que hay varios oficiales rodeándome.

—Al habla el departamento del *sheriff* del condado de Mercer. Suelta a Rho y tira el arma. Manos arriba.

No veía a Beth, pero reconocía su voz: ese tono autoritario que utilizaba cuando se ponía en modo oficial.

—Chissst. —Hizo Silas con la boca—. No quiero hablar contigo, Bethy. ¿Dónde está el perfilador?

—No ha venido —respondió Beth—. Vas a tener que tratar conmigo.

Silas volvió a suspirar, pero me tiró del pelo con tantísima fuerza que no pude evitar soltar un grito.

—No. Me. Mientas. Sé que ese cabrón está aquí. Es imposible que no haya venido.

Al cabo de un segundo, se oyó algo moverse.

El pánico se adueñó de mí y grité:

—¡¡Anson, no!! ¡Quiere hacerte daño!

Silas me presionó aún más el cuello con la navaja, clavándomela un poco, y yo no pude contener el sonido que se me escapó al notar la sangre resbalándome por la piel.

—Vas a pagar por tu traición —espetó entre dientes—. Podría haber hecho que fuese algo rápido y que no te doliera, pero ahora vas a sufrir.

Sabía que Silas no me habría despachado sin hacer que sufriera. Era imposible. Le gustaba demasiado ver cómo reaccionaban los demás a la tortura.

—Estoy aquí —gruñó Anson.

Las lágrimas se me amontonaron en los ojos.

—Para... —susurré.

Era imposible que me hubiese oído, pero, en cuanto lo miré, supe que Anson me había leído los labios.

La agonía le inundaba esos ojos azul grisáceos; era algo que no quería verle jamás. Deseaba decirle un millón de cosas, pero sabía que así solo empeoraría la situación, así que me limité a manifestarlas para mis adentros, cual susurro entre yo y el viento.

—Perfilador —dijo Silas casi canturreando—. Por fin nos conocemos de verdad.

Anson ocultó a la perfección lo que sentía, pero, justamente porque yo lo conocía bien, detecté lo mucho que le estaba costando mantener sus emociones a raya.

—Yo diría que tú no has llegado a conocer a nadie de verdad en tu vida, Silas. Porque no puedes ser honesto con quién eres realmente.

Silas me agarró el pelo más fuerte.

—Sé perfectamente quien soy y no le tengo miedo. Soy un asesino. Me encanta sentir cómo mis víctimas van perdiendo la vida a medida que les brota la sangre y me salpica a mí. Me convierte en alguien más poderoso de lo que serás tú jamás.

Anson arqueó una ceja en señal de desafío.

—¿Estás seguro? Porque solo has escogido a víctimas que eran más débiles que tú. Dudo que eso te haga poderoso. Más bien te convierte en un cobarde llorica.

Noté cómo a Silas se le aceleraba la respiración porque tenía la cara pegada a mi oreja.

—El cobarde eres tú —espetó—. Nunca pudiste hacer lo que tocaba para encontrarme. Nunca pudiste acabar de enfrentarte a lo que sientes en tu interior para descubrir la realidad: que el débil eres tú.

A Anson le cambió la mirada un segundo y Silas sonrió.

—Ojalá hubiese grabado los gritos de tu hermana para que comprobases lo bonitos que eran. Pero tendré que conformarme con que oigas los de Rho. Con que veas cómo le resbala la sangre por el cuerpo. A lo mejor esto siempre estuvo destinado a terminar así. Con nosotros tres juntos. Revivirás este dolor una y otra vez. Nunca lograrás esquivarlo.

—Me quieres a mí, Silas. Deja que me cambie con ella —lo retó Anson con pánico en la voz.

—Chissst. —repitió de nuevo Silas—. Ya sabes que la cosa no puede ir así, perfilador. Has de vivir sufriendo. Es la mejor tortura de todas.

Silas me arrimó a él con más fuerza todavía mientras retrocedía paso a paso. Intenté alargar la mano por detrás y darle un puñetazo en las costillas, pero me tiró del pelo y empotró su cara en la mía.

—No me hagas acabar con esto antes, Rhodes —me advirtió.

Las lágrimas me llenaron los ojos mientras encontraba los de Anson. Sujetaba con fuerza la pistola, pero no la levantó. No tenía a Silas a tiro. Nadie lo tenía. Lo intentaran desde el ángulo que lo intentaran, se arriesgaban a que yo sufriera la misma suerte que él.

Al menos sabía que, sin importar cómo terminara todo, a Silas ya le había llegado el final. No volvería a hacer daño a más mujeres. Porque no saldría con vida de esta. Simplemente moriría y me llevaría consigo.

Las lágrimas me resbalaron por las mejillas y la cara de Anson se volvió borrosa.

—Te quiero —dije.

—Cállate —ladró Silas tirándome del pelo con una sacudida enérgica.

Las lágrimas fueron brotándome más deprisa y noté un fuerte dolor en la cabeza, pero no me detuve.

—No me arrepiento de haberte querido ni un solo segundo. —Estaba asustada de narices, pero volví a vivir.

—Insensata... —exclamó Anson.

—Siempre te querré.

—¡Basta! —gritó Silas tirando de mí hacia atrás.

Oí un crujido tan fuerte y largo que pareció un trueno aterrador. Al principio pensé que había sido un disparo y me preparé para notar el impacto. Pero no llegó. El suelo que había bajo nuestros pies cedió y los tablones se partieron.

Todo ocurrió a cámara lenta. Fue como si pudiese ver cada milisegundo en varias instantáneas. Anson gritando mi nombre. Los policías saliendo escopeteados de entre los árboles.

Y empezamos a caer, a hundirnos bajo la oscuridad. No veía adónde íbamos. Primero, nos rodearon las sombras. Luego, sentí el dolor. Y, al final, una dichosa nada.

Capítulo cincuenta
Anson



Lo primero que pensé al oír el crujido fue: «Balazo». Creí que algún agente novato había decidido apretar el gatillo. Sin embargo, al ver a Silas trastabillando hacia atrás, me di cuenta de que me equivocaba.

La casa entera estaba tan chamuscada que era irreconocible, así que no era de extrañar que el suelo fuese inestable y hubiese cedido.

El mundo quedó en segundo plano mientras veía cómo caían. Silas agarraba a Rho por el pelo con tanta fuerza que ella no tenía la más mínima posibilidad de zafarse de él. La llamé a pleno pulmón, como si así pudiese conseguir algo, como si pudiese cambiar el transcurso de lo que estaba por venir.

Sabía, gracias a los planos, que en la casa había un sótano bajo el piso principal. Pero no tenía ni idea de su profundidad. ¿Serían solo un par de metros y medio o algunos más? ¿Cómo caerían? ¿Sobre qué?

Empecé a imaginarme un sinfín de enrevesadas alternativas mientras el terror cobraba vida ante mis ojos. Sin embargo, mi cuerpo reaccionó enseguida y salí disparado en un intento por hacer algo. Lo que fuera.

Subí a la estructura de la casa, cruzando lo que parecía que en su día fue la entrada. Fui directo al agujero que había en el suelo. Pero alguien me agarró por el chaleco y tiró de mi hacia atrás.

—Para —ladró Trace—. Acabarás como ellos.

Tenía razón. Pero me daba igual. Porque quería estar con Rho, estuviera donde estuviese. Y me daba igual a qué precio. Porque ella era mi lugar seguro. Lo que sucedía era que yo nunca me había dado cuenta de lo frágil que era todo.

Aquella casa emitió una retahíla de ruidos que parecían sacados de una peli de terror. Se alzó una columna de polvo y hollín por aquel hueco, formando una siniestra nube. El terror se adueñó de mí.

—Tengo que llegar hasta ella.

—Ya lo sé —respondió Trace agarrándome por el chaleco con más fuerza. El dolor le inundó el rostro mientras miraba por detrás de mi hombro, hacia las profundidades ocultas ahí abajo—. Pero debemos pensar con claridad. Equípate.

—Yo tengo cosas, jefe —gritó un joven oficial—. Del equipo de rescate.

Me giré de golpe.

—Pásame un arnés.

Trace me miró.

—¿Tienes formación? —preguntó.

—La justa y necesaria —respondí mientras el oficial me entregaba lo que parecía un arnés de escalada—. Muchas veces vamos a buscar a las víctimas.

—Jefe —lo llamó el joven enseñándole otro arnés.

Trace tendió la mano para cogerlo.

Nos equipamos en cuestión de segundos y nos aseguramos de que el otro lo tuviera todo bien sujeto antes de enganchar el mosquetón al sistema de anclaje con otros dos oficiales.

—Los paramédicos llegarán dentro de cinco minutos —informó el oficial Hansen.

Ojalá llegasen a tiempo.

—¿Alguien tiene un frontal?

—Sí —contestó el mismo chaval joven.

Un puto *boy scout*. Pero lo agradecía. Me pasó el frontal de su bolsa de equipaje y me lo coloqué en la cabeza mientras Trace se ataba bien el kit de primeros auxilios al cuerpo.

—Listo —le dije al oficial que tenía detrás.

—De acuerdo —respondió.

Y entonces empecé a moverme hacia la abertura. El suelo chamuscado crujía bajo mis pies mientras caminaba. Sabía que podía ceder en cualquier momento. Necesitaba ir deprisa pero con cuidado.

A medida que me fui acercando al borde, noté que se me cerraban las costillas. La luz que emitía el frontal y el sol que brillaba en lo alto revelaron un cuadro terrorífico. Escombros chamuscados. Tantísimo hollín que incluso me costaba discernir qué era qué.

Y entonces lo vi. Silas había caído en una postura extraña. Tenía las piernas espatarradas de tal forma que supe que se habría roto algunos huesos, así como el cuello en un ángulo completamente antinatural. Sus ojos, bien abiertos, no miraban a nada. Muerto. El Ahorcado, el demonio que tanto me había perseguido, ese que le había arrebatado la vida a mi hermana, estaba muerto. Pero ni me sentí aliviado ni tenía tiempo de pensar en eso y asimilarlo.

Sin perder tiempo, seguí buscando con la mirada. Vi el destello de una flor rosa y verde azulada y detuve mi recorrido en el acto. Era la puntera de una de esas malditas botas. Se me paró el corazón enseguida mientras estudiaba a Rho de los pies a la cabeza.

No se movía. No se movía lo más mínimo. Desde donde estaba, ni siquiera podía distinguir si respiraba. Pero tenía los ojos cerrados.

—Mierda. —La palabra se me atragantó en la garganta junto con unas lágrimas y un sollozo que quería escapar de mi interior—. ¡Bajo! —grité—. Cuerda.

El oficial me dio más cuerda y me acerqué al borde. El descenso estuvo acompañado de un laborioso sinfín de palabras que fui dictándole al oficial que me sujetaba la cuerda. Intenté quitarme de la cabeza tanto a Rho como al miedo de que tal vez no la encontrase allí cuando llegara.

Al final, cuando toqué con los pies el suelo de cemento lleno de escombros, grité:

—¡Ya estoy!

Enseguida noté cómo el arnés dejaba de tirarme tanto. Trace llegó a mi lado, pero yo ya había empezado a moverme y estaba corriendo hacia Rho, no sin tropezar con vigas y sabe Dios qué más. Al llegar a ella, caí de rodillas. Me importó una mierda aquel impactante dolor.

Su hermosa cara estaba cubierta de hollín. Alargué la mano y la posé cerca de su cuello. Tenía sangre alrededor de la herida. Su fuerza vital la estaba abandonando.

—Hazlo —espetó Trace.

Le coloqué los dedos en el cuello, cerré los ojos y recé. Nada más establecer contacto con su piel, Rho soltó un sutil gemido.

Alivio y miedo se adueñaron de mí por igual.

—Rho, ¿me oyes?

Le fueron temblando los párpados hasta que al final abrió los ojos.

—Duele —se quejó con un hilillo de voz mientras intentaba girarse.

—No te muevas —le ordené aterrado por el pánico.

No tenía ni idea de qué clase de heridas podía haberse hecho y no pensaba arriesgarme a que se lesionara la columna vertebral.

—Anson... —me llamó con una voz débil, y cerró los ojos.

Le cogí la mano y se la apreté.

—No cierres los ojos. Quédate conmigo. Los paramédicos ya casi han llegado.

Volvieron a temblarle los párpados y vi lo mucho que le costaba abrirlos. Lo noté.

—No, insensata. No me dejes. —Le apreté la mano con más fuerza. Se me escapó una lágrima que aterrizó en la mejilla de Rho y se convirtió en ceniza del más puro color negro—. Te quiero.

Pero Rho no respondió. No dijo absolutamente nada.

Capítulo cincuenta y uno
Rhodes



Un lejano pitido me aporreaba los tímpanos como si fuese el fuerte zumbido de una molesta abeja. Intenté apartarlo de un manotazo, pero por lo visto no podía mover el brazo.

—Tranquila, insensata —canturreó una voz profunda—. Estás bien. Estoy contigo.

Aquella voz tenía algo que me tranquilizó, pero yo quería descubrir quién era el dueño de ese timbre tan grave. Necesitaba estar más cerca para envolverme con aquel reconfortante tono como si fuera una manta.

Me acarició el brazo delicadamente con los dedos. Fue una sensación tan agradable que casi no me di ni cuenta del taladro que parecía que tuviese en la cabeza. Aunque no del todo. Con aquellos porrazos constantes, tenía la impresión de que iba a explotarme.

—¿Vas a despertarte y a echarles una buena bronca a los del hospital porque esta habitación no tiene ni una pizca de color? —me preguntó esa voz.

Fui interiorizando ese tono. Conocía a su dueño.

Anson.

Los párpados empezaron a moverse en un acto reflejo porque mis ojos estaban desesperados por verlo. Tuve que intentarlo varias veces hasta que conseguí abrirlos, pero al final lo logré. Anson me miraba con sus turbulentos ojos azul grisáceos. Aquella gruesa barba de dos días le había crecido todavía más y unas oscuras bolsas acompañaban sus ojos. Sin embargo, su expresión era pura ternura.

—Aquí estás.

—Hola —saludé con la voz áspera.

Anson se movió pero no me soltó la mano. Cogió un vaso de agua con una pajita y me lo acercó a los labios. En lugar de un buen trago, di unos cuantos sorbitos mientras intentaba asimilar la situación.

Al final, me di cuenta de que estaba en un hospital. Miré a Anson con el ceño fruncido mientras él me apartaba el vaso.

—¿Qué...?

De repente, me vino todo de golpe. Silas. El ataque. La navaja. La confrontación.

—Se nos tragó el suelo...

Anson levantó el brazo para apartarme el pelo de la cara con dulzura.

—Me ha quitado diez años de vida. —Se agachó y apoyó la frente en la mía—. Pero estás bien.

Parecía que se lo estuviese diciendo a él tanto como a mí. Intenté levantar la mano para tocarle la cara, pero no pude. Arrugué la frente mientras Anson se apartaba y entonces vi el porqué. Tenía todo el brazo inmovilizado por una aparatosa escayola.

—Te has roto el brazo por un par de sitios —explicó Anson—. Tuvieron que ponerte un poco de adhesivo tisular de ese en el

cuello, te has magullado las costillas y tienes una contusión un poco fea... Pero los médicos han dicho que pasado mañana seguramente ya podrás volver a casa.

Eso quería. Irme a casa. Con Anson.

—¿Y Galleta? —pregunté.

—Lo está cuidando Arden. Está bien. Y Thea ha comentado que puede ocuparse de los gatos.

Bien. Todo correcto. Miré a Anson a los ojos y le pregunté lo que había tenido tanto miedo de exponer en voz alta hasta ese momento:

—¿Y Silas?

Se le tensó un músculo de la mandíbula.

—Muerto. Se desnucó al caer.

Se me revolvieron las tripas en una mezcla de emociones. Alivio. Tristeza. Incluso una pizca de miedo.

—¿Estás bien? —quise saber.

Anson me acarició el pómulo con la mejilla y respondió:

—Ella, tumbada en una cama de hospital, y va y me pregunta que si yo estoy bien...

—Porque te quiero. Y acabas de volver a atravesar un infierno.

No tenía muy claro qué era peor: si ser la persona a quien tomaban como rehén o ser quien veía a la persona que lo era todo para ella en manos de un lunático, de un psicópata que ya te había arrebatado a tu hermana.

Anson tragó saliva con fuerza.

—Soy mal tío. Porque me alegro de que ese cabrón esté muerto. Era un monstruo. El mundo está mucho mejor sin él.

Conseguí levantar la mano que no tenía enyesada hasta la cara de Anson con cuidado de no arrancarme la vía. Le acaricié su gruesa barba.

—Eres el mejor hombre que he conocido en la vida—le dije.

El músculo de su mandíbula empezó a moverse con fuerza.

—Te ha hecho daño —gruñó Anson levantándose de golpe, y a mí se me cayó la mano—. Casi te mata. —Echó a deambular por aquella pequeña y apagada habitación de hospital—. Y todo porque no vi lo que tenía delante de mis narices.

—Cállate —solté.

Anson frenó en seco, sorprendido.

—¿Qué has dicho?

—Que te calles. Eres un genio. Sabes que no puedes culparte por no haber reconocido a alguien que era, clarísimamente, un experto de la manipulación.

Se me quebró el corazón, se me partió e incluso se me abrieron algunas grietas ahí en medio. Pero sabía que Anson no respondería a mi amabilidad y empatía ahora mismo. Necesitaba que lo sacase de aquel estado de autoflagelación.

Anson movió la mandíbula.

—Me he formado para reconocer a ese tipo de manipuladores —contestó.

—Te faltaba información. ¿Cómo ibas a poder hacerlo? —insistí.

Al imaginarme el peso con el que estaba cargando Anson a sus espaldas, noté que me dolía el cuerpo entero. Mientras yo había estado inconsciente, él no había parado de acumular un montón de culpa; más claro, el agua.

—No quería verlo —dijo finalmente—. Me he pasado un año y medio intentando desconectar desesperadamente de esa faceta mía que analiza a la gente.

—Y no tiene nada de malo.

—Si no lo hubiese hecho, habría visto las señales.

—NADIE vio las señales, Anson. Ni Shep ni los demás operarios. Ni Trace. Ni yo. Nadie. Ninguno de nosotros tiene la culpa.

A Anson le centellearon los ojos, llenos de lágrimas.

—Casi te pierdo.

—Ven aquí —le dije con un nudo en la garganta.

Anson no se movió.

—Ven. Aquí.

Dio un paso hacia delante y luego otro hasta llegar finalmente a mi lado.

Levanté la mano que me quedaba libre y tiré de él hacia la cama antes de apoyarle la palma en la mejilla.

—Estoy bien. Estoy aquí. Porque tú me encontraste.

Anson alargó la mano para acariciarme la cara y bajarla por el cuello antes de detenerla ahí.

—No quería abrirme contigo. No quería que me importase nadie. Me parecía un riesgo demasiado elevado.

El corazón empezó a latirme con fuerza y oí el rugido de la sangre en los oídos. ¿Y ya estaba? ¿Ahora iba a decirme que no podía seguir adelante con esto? ¿Que no podía soportar el dolor que podría acarrear el entablar una relación?

—Pero tú te abriste paso sola. Echaste abajo todos los muros que había levantado. Me negaba a quererte. Pero te quiero, joder. Con todo mi corazón. No es un amor de esos cursis. Es uno de los que quema. De los que deja huella. Me ha cambiado. En todos los sentidos posibles y de la mejor manera. Te quiero, Rho. Y tenía tanto miedo de decirte todo esto que me ha matado no hacerlo hasta ahora.

Las lágrimas fueron inundándome los ojos, brotaron y resbalaron por las mejillas.

—Yo también te quiero. Y no quiero un amor cursi. Quiero uno de verdad. Que es justo lo que tenemos

Anson se inclinó y me rozó los labios con los suyos.

—¿Aunque sea un cabrón taciturno?

Sonreí con la boca pegada a la suya.

—Sí.

Volvió a besarme.

—¿Aunque odie el color?

Reí.

—Sigo pensando que algún día conseguiré que te pongas una camisa rosa.

Anson apoyó la frente en la mía.

—Sabes que haría lo que fuera por ti. Incluido ponerme una maldita camisa rosa. —Me agarró la mejilla—. Te quiero.

—Con todo mi ser.

Capítulo cincuenta y dos
Rhodes



Trace, Kye y Fallon vinieron corriendo hacia mí en cuanto me levanté de la cama del hospital y se pusieron a hablar todos a la vez.

—No te muevas tan deprisa —soltó Trace.

—¡Cuidado con el brazo! —gritó Kye.

—Yo te ayudo —dijo Fallon.

Los miré exasperada y respondí:

—Chicos, estoy bien. Calma.

Como Anson había tenido que marcharse del hospital sí o sí porque tenía que hablar con el oficial Hansen y el FBI, pensé que podría tomarme un respiro de su exceso de protección. Pero no fue el caso. Mis hermanos se apresuraron a ocupar su lugar.

El único que no saltó fue Shep. Seguía de pie en el mismo sitio donde llevaba las últimas veinticuatro horas, justo en una esquina y contra la pared, con los brazos cruzados. A excepción de «Lo siento», a duras penas me había dicho nada más.

Estaba empezando a pensar que lo ocurrido había dejado muchísimo más tocado a Shep que a todos los demás. En cierto modo, lo entendía. Quien había contratado a Silas nada más terminar el instituto fue él, y habían trabajado juntos día sí y día también durante casi una década, pero nunca había detectado la parte oscura de Silas.

Por más que yo intentara tranquilizarlo, era como si Shep no pudiese dejar de pensar en eso. Esperaba que, con un poco de suerte, la cosa fuese a cambiar cuando comprobase que yo estaba bien. O que, a la larga, consiguiera hacerlo entrar en razón.

—Dejad que la pobre respire un poco, anda. Al final, la vais a asfixiar.

Giré la cabeza de golpe hacia el punto de donde procedía la voz. El gesto fue demasiado rápido y me mareé enseguida, pero hice todo lo que pude porque no se notara.

—¿Cope? —pregunté casi atragantándome con las palabras—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que tenías partido.

Cruzó el cuarto con sus casi dos metros de puro músculo y me abrazó con todo el cariño del mundo.

—¿A ti te parece que si secuestran a mi hermana no voy a venir a ver si está bien?

—Te expliqué que estaba bien —contesté abrazándolo con el brazo bueno.

Cope se separó y vi cómo le bailoteaban unas sombras en la mirada.

—Tenía que comprobarlo con mis propios ojos.

—Tampoco me quejaré porque estés en casa...

Últimamente, casi nunca venía. De hecho, era lo habitual desde que lo ficharon para jugar en la NHL nada más salir de la universidad. Ni siquiera estaba del todo libre los meses en que ya

había acabado la temporada. Tenía obligaciones con la prensa y obras caritativas. Si se dejaba caer un par de semanas por el pueblo, estábamos de suerte.

—¿Significa eso que puedo llevarte yo a casa en coche? —preguntó ilusionado.

Lo miré enarcando una ceja.

—¿Has venido con ese coche absurdamente caro?

Cope rio.

—Tampoco hay para tanto...

—Es un puñetero Bentley —argumenté.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Va de maravilla.

—Puedes llevarla si prometes conducir con cuidado —le recomendó Fallon, acercándose a Cope y a mí.

Cope se giró y le sonrió pícaro.

—Yo SIEMPRE conduzco con cuidado.

Fallon se limitó a mostrar una ligera sonrisa.

—Te pondré una multa —gruñó Trace—. Tenlo claro.

—Dios... —musitó Cope—. Voy a conducir como una abuela, os lo prometo.

—Venga, basta —tercié yo—. ¿Puedo irme a casa ya, por favor? Con tanto beis en una misma sala está empezando a darme dolor de cabeza.

—Vámonos —dijo Cope pasándome un brazo por la cintura—. Tu silla de ruedas te está esperando.

El trayecto en coche del hospital a mi casa duraba casi una hora, y Cope se pasó todo el rato desviando la vista hacia mí. Como si

quisiera asegurarse de que estaba bien de verdad. Aun así, no me preguntó nada hasta que llegamos a los límites del pueblo.

Agarró el volante de otra forma y carraspeó.

—Ahora en serio. Dejando la parte física de lado, ¿cómo estás?

Me gustaba que Cope me lo preguntara sin tapujos. Que no se anduviera con rodeos. Además, era una pregunta legítima.

—Estoy bien. No genial, pero tampoco fatal. Poco a poco.

Anoche tuve un par de pesadillas, pero Anson estaba ahí y al final se acurrucó conmigo en la cama del hospital.

—Claro que sí —respondió con certeza.

Me mordí la comisura del labio y confesé:

—Me siento mal por Felix.

Cuando quedó demostrada la culpabilidad de Silas, Felix empezó a hablar. Por lo visto, Silas se le había acercado con el tiempo, en plan amigos. A juzgar por lo que había podido suponer Anson gracias a lo que yo le había contado y lo que había descubierto el FBI sobre Silas, la tortura emocional le gustaba tanto como la física. Le encantaba oír a Felix decir que había perdido a la chica indicada (es decir: a mí); que el incendio nos lo había robado todo a los dos.

Cuando Anson y yo fuimos llevándonos cada vez mejor, Silas empezó a plantar semillas en sus conversaciones con Felix. Le contó que había presenciado escenas en las que Anson me gritaba y que me había visto moratones en los brazos. Silas tejió una telaraña de mentiras y convenció a Felix de que Anson estaba maltratándome. Esa noche, Felix vino a mi casa en busca de pruebas para contárselo a Trace y todo se descontroló.

Me rompía el corazón que Felix llevase todos estos años enamorado de mí. Porque nunca estuvimos destinados a estar juntos. Y el hecho de que Silas lo hubiese tergiversado todo para salir él victorioso hacía que se me revolvieran las tripas. Anson retiró

los cargos contra Felix y, al final, el fiscal aceptó no llevar a juicio ni el allanamiento ni el asalto.

Cope suspiró.

—Tú no tienes la culpa de lo que le pasó a Felix y lo sabes.

Era cierto. Pero no por eso dejaba de sentir una culpa enorme. Una culpa que se multiplicó cuando, esa misma mañana, Trace me contó que su equipo había encontrado pruebas que asociaban a Silas con el asesinato de Davis. Aunque eso solo era la punta del iceberg.

Tras registrar el apartamento de Silas, encontraron que me había hackeado el móvil y el ordenador, y que llevaba controlándolos desde el instituto. Hallaron pruebas de una decena de asesinatos, empezando por los de su madre y su hermana. Ahora mismo, tenían a perros rastreadores registrando la propiedad familiar con la esperanza de encontrar los cadáveres de esas dos mujeres para poderles dar reposo.

Cope alargó el brazo y me dio un apretón en la mano.

—Tardarás un tiempo, pero te recuperarás. Te lo prometo.

Sabía que tenía razón. Y lo que era más importante: le agradecía que me lo recordara con tanta seguridad. Le devolví el apretón.

—Soy muy afortunada de tenerte.

Él me sonrió pletórico mientras subía por mi entrada de gravilla.

—Que no se te olvide, Rho-Rho.

Reí por lo bajo.

—Podemos enterrar ya ese apodo.

—Nunca —respondió él.

Cope se acercó a la caseta de invitados y Anson salió por la puerta delantera con Galleta a un lado y la correa puesta.

—¿Este es tu nuevo ligue? —me preguntó Cope.

—Ni se te ocurra recurrir a tus técnicas de intimidación —lo advertí.

—¿Qué? ¿Ya no puedo ni plantear una simple pregunta?

—Que nos conocemos, Copeland Colson...

—Joder, ¿nombre y apellido? Sí que te gusta el tío este... —refunfuñó.

—Lo quiero —respondí con total sinceridad.

Cope se giró de golpe sin moverse del asiento y me miró.

—¿Que lo quieres? —preguntó marcando bien la última palabra.

Asentí.

—Nunca has ido en serio con nadie —señaló con cierta preocupación en la voz.

Me encogí de hombros.

—Me entiende. Ve partes de mí que siempre pensé que necesitaba ocultar y, aun así, me quiere.

Atisbé algo en su expresión que no supe acabar de identificar.

—Me alegro por ti.

—Gracias.

La puerta se abrió y me encontré con Anson al otro lado. Me examinó el rostro.

—¿Estás bien? ¿Se te ha hecho muy pesado el trayecto? ¿Qué tal el dolor? —preguntó.

Le apoyé una mano en el pecho.

—Estoy bien. Te lo prometo.

Anson se inclinó para darme un beso y me acarició la lengua con la suya una milésima de segundo.

—Que es mi hermana, macho. No necesito ver esas mierdas —musitó Cope.

Anson se apartó con cierta diversión en la mirada.

—Encantado de conocerte, Cope —lo saludó.

—Me gustaría poder decirte lo mismo, pero acabo de ver cómo le metías la lengua hasta la campanilla a mi hermana.

Le di un manotazo con el brazo bueno y lo reñí:

—Cállate. ¿Tú sabes la de veces que he tenido que verte enrollándote con un montón de tías a lo largo de los años? Por no hablar de la vez que os pillé a ti y a Kate...

De inmediato, Cope me tapó la boca con una mano.

—Dejemos el tema. Y bórrate ese recuerdo del cerebro, por el amor de Dios.

Le mordisqueé la mano.

—¡Ay! —se quejó y la apartó de golpe—. Qué daño.

Puse los ojos en blanco.

—Constantemente te empotran unos matones gigantescos contra vallas. Creo que lo superarás —respondí.

—Venga, insensata —terció Anson—. Vayamos dentro antes de que puedas causar daños físicos de verdad.

Me ayudó a salir del coche y yo me agaché para acariciar a Galleta, que gimió y bailó a mi alrededor, aunque parecía que supiera que tenía que ir con cuidado. Levanté la vista hacia Anson y confesé:

—Lo echaba de menos.

Anson me guio hacia la caseta de invitados.

—Podrás hacerle tantas carantoñas como quieras porque estarás las dos próximas semanas en reposo absoluto.

El tono de advertencia de Anson no me pasó desapercibido y le pregunté:

—Vas a ser mi guardia penitenciario, ¿a que sí?

Dibujó una sonrisa de medio lado.

—Ya le he pedido unos días a Shep —anunció.

Gruñí. Anson no me dejaría escaquearme de absolutamente nada.

Pensé en Shep. Además de preocuparse por mí, entre los contratiempos, que Anson estaría ausente un par de semanas y que

ya no tenían a Owen, iría atrasado en sus proyectos.

Y, hablando de Owen: parecía que no había aprendido la lección, porque había despotricado tantísimo y tan mal de su nuevo jefe que también lo había despedido.

—Aquí está mi niñita —dijo Lolli desde el porche, sacándome de mi espiral de preocupación—. ¿Necesitas algo? ¿Te preparo un poco de mi caldo especial? Mi té de amapolas te curará lo que haga falta.

Trace cerró la puerta de su todoterreno de un golpe y manifestó:

—Dime que no acabas de confesar que haces té de opio delante de mis narices.

Lolli se encogió de hombros.

—No lo vendo. Y las semillas están legalizadas, eh.

—Por Dios... —soltó Trace pellizcándose el puente de la nariz.

—¡Tía Rho! —me llamó Keely mientras salía escopeteada por el lado de Lolli—. ¡Ya has vuelto! ¿Estás bien? ¿Te duele el brazo? ¿Te puedo firmar el yeso? Te dibujaré una cosa muy chula.

Trace cogió a la niña en brazos.

—Keels, cielo, deja que la tía Rho se instale primero.

Sonreí a la criatura.

—Puedes decorarme la escayola, si quieres.

Keely abrió los ojos como platos.

—¿En serio? Pues he traído mis *rotus*. He estado pintando con la *superabu*. Pero sus flores son un poco raras.

Lolli me dedicó una amplia sonrisa.

—Más polla-flores para ti, reina.

—¡Lolli! —gritó un coro de voces al unísono.

Nora le lanzó una mirada mordaz mientras se secaba las manos con el delantal y venía hacia mí.

—Tengo algo de sopa en el fuego y unos cuantos táperes en la nevera. Te he dejado un poco de bebida de jengibre por si te sientan

mal los analgésicos. Lo he limpiado todo y te he cambiado las sábanas de la cama. Mañana te traeré más comida y...

—Nora —la corté.

Frenó en seco justo delante de mí.

—Gracias por ser la mejor madre adoptiva que podría haber pedido jamás —susurré.

A Nora se le llenaron los ojos de lágrimas mientras me abrazaba con sumo cariño.

—Haberte visto crecer y quererte es el mayor honor del mundo —respondió.

—Te quiero muchísimo —contesté atragantándome con las palabras.

—Más que estrellas hay en el cielo —precisó ella, me soltó y se enjugó los ojos—. Venga, que te ayudo a instalarte.

Y eso hizo. Dejé que Nora me acompañara hasta el sofá que me había preparado ya con mantas y cojines. Mis hermanos formaron un sigiloso caos a mi alrededor mientras comían y hablaban, pero siempre manteniendo la calma.

Anson se acomodó a mi lado en el sofá, con Galleta felizmente roncando entre los dos, se frotó justo detrás de las orejas y sugirió:

—¿Qué te parecería seguir con Galleta?

Aquella pregunta no iba solo de adoptar a una mascota. También era preguntarme si estaba preparada para algo permanente en mi vida, algo que tanto miedo me había provocado hasta ahora. Hundí los dedos en el pelaje de Galleta.

—Pues... Escribí a Nancy desde el hospital para preguntarle si podía quedármelo.

Anson dibujó una sonrisa.

—¿En serio?

—En serio.

Colocó una mano justo encima de la mía, que seguía apoyada en la espalda de Galleta, y clavó los ojos en los míos, como si intentara descifrar la más mínima expresión de mi mirada.

—¿Aún quieres vivir aquí? ¿Todavía quieres arreglar la casa? ¿O prefieres empezar de cero? —se interesó.

Lo pensé un buen rato. Este lugar albergaba mucho dolor, pero aún albergaba más alegría. Y la vida era así. Tocar fondo no hacía sino ayudarte a valorar más todas las veces que volabas alto.

—No puede robarle la magia a este lugar. No voy a permitírselo.

—Esta es mi chica. —Anson entrelazó los dedos con los míos—. ¿Y cómo verías que me mudara aquí mientras hacemos que regrese esa magia?

Me escocieron los ojos.

—¿Quieres vivir conmigo? —le pregunté.

—Mi casa está donde estés tú —me susurró—. Eres mi santuario. El lugar donde me siento seguro. Donde me siento comprendido. No quiero nada más.

—Sí —respondí con un hilo de voz—. Quiero que vengas a vivir aquí. —Se me llenaron los ojos de lágrimas a la vez que se me dibujaba una sonrisa en los labios—. Aunque vas a estar rodeado de mucho color y de muchas polla-flores.

Anson soltó una carcajada y se inclinó para rozarme muy sutilmente los labios.

—Un precio minúsculo por pagar con tal de pasar la vida contigo —sentenció.

Epílogo
Rhodes



Seis meses después

Giré por el camino que daba a la casa victoriana, pero, esta vez, el todoterreno no rebotó ni se hundió en ningún bache. El camino había sufrido una transformación total; además, Anson no se había conformado con solo nivelar la gravilla: había querido asfaltarlo todo. Cuando decidí quedarme y seguir reconstruyendo la casa, él se dedicó a hacer que todo fuese... perfecto.

Galleta sacó la cabeza por encima del separador y me la apoyó en el hombro mientras estudiaba la vista que teníamos delante, igual que estaba haciendo yo. Esperaba encontrarme una hilera eterna de camionetas. Shep llevaba dos semanas destinando a todos sus trabajadores aquí con la esperanza de terminar por fin la restauración.

Se habían topado con un sinfín de contratiempos, pero no se habían rendido. Y, a lo largo de las últimas tres semanas, nadie me había dejado entrar para contemplar el resultado final: querían que

fuera una sorpresa. Sin embargo, ahora, aquí delante, solo quedaba el vehículo de Anson.

En lugar de ir hacia la caseta de invitados, que hacía seis meses que Anson y yo habíamos convertido en nuestro hogar, conduje hasta la principal. Me detuve justo delante de los parterres que flanqueaban la puerta de entrada. A pesar de que ahora se encontraban inertes porque el invierno estaba a la vuelta de la esquina, yo sabía lo que escondían bajo tierra: la promesa de un estallido de color cuando llegase la primavera.

El simple hecho de saber eso hizo que una cálida ola me recorriera el cuerpo entero mientras bajaba del todoterreno. Fui hacia la parte trasera para dejar salir a Galleta. Ya no necesitaba la correa; Anson había hecho magia o algo parecido entrenándolo. No me entraba en la cabeza.

Lo observé todo a mi alrededor. Me moría de ganas de mirar por las ventanas, pero entonces me fijé en que había un trozo de papel colgado en la puerta principal.

Entra, insensata. Sé que estás husmeando.

Se me escapó la risa. Maldito perfilador, cómo me conocía...

El corazón se me aceleró mientras apoyaba la mano en el pomo. Por fin. Iba a ver mi casa por primera vez después de casi quince años. Mi *hogar*.

No, *nuestro* hogar. El de Anson y mío. Porque quien me había ayudado a recuperarlo había sido él. Y es más: me había ayudado a recobrar la fuerza necesaria para seguir hacia delante. Estuvo a mi lado mientras me curaba a nivel físico y mientras volvía a recomponerme a nivel emocional. Al igual que yo estuve ahí para él.

Siempre sería *nuestro*. Nuestro lugar seguro. Nuestro santuario. Nuestro hogar.

Galleta se me acurrucó a un lado, como si estuviese instándome a entrar.

—Vale, compi.

Giré aquel pomo de latón y la puerta se abrió como si nada. E inhalé con fuerza. Había quedado todo espectacular. Una madera reluciente, una lámpara de araña preciosa y... me fijé en el empapelado.

Me escocieron los ojos mientras lo miraba. Unas hadas con alas brillantes. El mismo patrón que había escogido mi madre hacía tantos años.

—¿Cómo? —pregunté con la voz entrecortada.

Cuando intentamos dar con él, el fabricante nos dijo que las existencias ya se habían agotado.

La grave voz de Anson inundó aquel espacio vacío:

—Conseguí una lista de todas las tiendas que trabajaban con ese mismo fabricante y empecé a llamar. Lo tenían en una de Ohio. Pedí todo lo que les quedaba.

Desvié la vista hacia él. No iba con la ropa sucia del trabajo. Se había duchado y se había puesto una camisa de franela cuyo mosaico de estampados tenía trazos... rosas.

—¿A cuántas tiendas llamaste? —le susurré.

—A trescientas trece.

Cómo no: Anson sabía la cifra exacta. Y no aceptó un no por respuesta.

—Te quiero —dije con un hilo de voz.

Dibujó una sonrisa de medio lado.

—Ya lo sé.

—Capullo —musité riendo.

—¿Deseas ver más? —me preguntó, y se le ensanchó la sonrisa.

—No sé si podré soportarlo. Sigo en la entrada y ya estoy hecha un flan.

Anson movió la cabeza.

—Mi chica puede soportarlo todo. Eres la persona más fuerte que conozco.

Al oír eso, eché a andar hacia él y lo abracé.

—Te voy a manchar de tierra, pero no puedo resistirme.

Me apartó el pelo de la cara con una caricia.

—Me da igual que me manches. —Me plantó un delicado beso en los labios—. Te echaba de menos.

Cada día, al llegar de mi turno en Brotes y Bayas, Anson me decía lo mismo. Duncan me había guardado el trabajo y Thea había echado unas cuantas horas extra para compensar un poco las mías. Sin embargo, cuando ya estuve recuperada para volver a trabajar, me recibieron de nuevo con los brazos abiertos.

Al igual que Anson me recibía en casa con esas palabras. «Te echaba de menos». Y yo también las sentía. Justo en ese punto del pecho que le pertenecía únicamente a él. Porque nunca dábamos nada por hecho. Vivíamos cada día al máximo.

Inspiré su aroma y disfruté de la sensación que me aportaba el notar sus fuertes brazos a mi alrededor; de cómo conseguía que, al abrazarme, me sintiera en casa, sin importar dónde estuviéramos.

—Gracias.

—Todavía no has visto nada. Podría haber hecho alguna chapuza —dijo Anson con los labios prácticamente pegados a mi sien.

—No.

Estaba totalmente segura de ello.

—¿Por qué no le echas un vistazo a la biblioteca, al menos?

Se me revolvieron las tripas mientras notaba cierta presión detrás de los ojos. Recuerdos de la de veces que estuvimos mi padre y yo

allí, leyendo. Él con sus *thrillers* o con los libros que leíamos juntos, y yo con cualquier aventura que nos hubiese preparado él.

—Vale. —Suspiré.

Entonces, Anson me soltó y fue hacia las puertas correderas que daban a la biblioteca y al despacho. Eran de madera oscura y tenían un grueso cristal que permitía que se colara la luz, pero que distorsionaba la imagen de lo que se escondía justo al otro lado. Aquel diseño era absolutamente maravilloso.

Apoyó los dedos en los tiradores de latón y abrió las puertas sin esfuerzo alguno. Cuando se apartó y lo contemplé, volví a tomar aire con fuerza. Galleta se colocó de inmediato a mi lado para asegurarse de que estaba bien. Bajé la mano hasta su cabeza, pero fui incapaz de decir nada.

Era la biblioteca de mi padre, pero con más elementos. Anson le había añadido una de esas escaleras antiguas de biblioteca y había escogido uno de esos tonos verdes azulados oscuros para las paredes, que pegaba más conmigo que el rojo de antes. También había optado por algo distinto para la pared del fondo.

En lugar de un cuadro y punto, había convertido la pared en una galería. Estaba repleta de obras de arte que Anson había conseguido rescatar de entre los escombros del incendio, así como de un sinfín de fotos. Evidentemente, Nora le había ayudado con eso. Había fotos de mamá, de papá, de Emilia y de mí. Había otras en las que salíamos Fallon y yo. Otras en las que aparecíamos los hermanos al completo. Algunas de Nora y de Lolli. Algunas de Anson y de mí. Y, cómo no, varias de Galleta.

Las lágrimas se me amontonaron en los ojos mientras me giraba hacia la pared de libros que había al lado. Resultaba evidente que Anson había prestado atención a todos los detalles que le había ido contando, porque había una sección de *thrillers* que incluía los

favoritos de mi padre. Luego, una sección con todas las historias que papá y yo habíamos leído juntos. Y, finalmente, una serie de estanterías con libros nuevos que habíamos estado leyendo con Anson.

Al fin, reparé la vista en él. Se quedó ahí, mirándome... nervioso. Puede que por primera vez.

—¿Y bien? —quiso saber.

No esperé. Fui corriendo hacia él. Anson me abrazó y soltó un taco por lo bajo mientras yo me abalanzaba sobre él y le envolvía la cintura con las piernas.

—Te quiero —musité con la boca pegada a su cuello.

Anson rio y la cálida vibración de aquel sonido se me coló en las venas.

—Me lo tomaré como que te gusta.

Me separé para poder ver su hermosa cara.

—Me encanta. Nunca he visto nada más perfecto.

A Anson se le relajó la expresión.

—Quería que tuviese pinceladas de ti y de él.

—Y de nosotros —añadí.

—Y de nosotros —repitió.

Sin apartarme la mirada, Anson echó a andar hacia las estanterías conmigo aún a cuestas, rodeándole las caderas. Sacó sin mirar un libro de una de las baldas y me lo entregó.

Una arruga en el tiempo.

Era la misma copia gastada que había leído con mi padre.

—Ve pasando hacia el final —me dijo con ternura.

Se me instaló un nudo inmenso en la garganta. Pero ahora ya era más valiente. Y confiaba en este hombre con todo mi ser.

Me temblaron las manos mientras iba pasando aquellas páginas amarillentas hasta llegar al último capítulo. En la última página, me

quedé petrificada. Había un marcapáginas precioso con flores prensadas en aquel grueso papel. Y, en él, se leía: «El final no es más que la oportunidad de un nuevo comienzo».

Las lágrimas empezaron a brotarme de los ojos mientras Anson quitaba el marcapáginas de ahí y, abajo del todo, vi lo que en un principio había pensado que era un amuleto. Solo que no lo era. Era algo más.

Me quedé mirando sin aliento aquel anillo. Era de un dorado bronce con el brillante rosa más impactante que había visto en toda mi vida rodeado de diminutos diamantes que hacían que aquella joya en sí pareciera la flor más bonita del mundo.

—Anson... —fue lo único que pude decir.

Con cuidado, él desató el anillo del marcapáginas y me cogió la mano.

—Me diste aire cuando pensé que ya nunca volvería a respirar. Me diste color cuando el negro inundó mi vida. Entiendes todas y cada una de mis facetas. No quiero pasar ni un segundo más sin ti. Cásate conmigo.

El corazón me latía desbocado.

—Sí. Solo quiero estar donde tú estés.

Anson me deslizó el anillo por el dedo.

—Tenía que encontrar un diamante rosa para mi chica, colorida e insensata. Una flor para la reina de la vida. —Me rozó los labios con los suyos—. Te quiero.

—Yo también te quiero. Me encanta este nuevo principio.

Porque eso era lo que Anson me daba una y otra vez. La oportunidad de volver a empezar. Y yo sabía que eso no terminaría jamás.

Agradecimientos

Embarcarme en una nueva serie, sobre todo después de que me haya encantado tantísimo la anterior, *siempre* supone un reto. ¿Me gustará lo mismo esta? ¿Está siendo *demasiado* distinta o lo justo y necesario? ¿Conectáis *tantísimo* con estos personajes? Ay, las crisis existenciales de una escritora... Por suerte, han sido muchas las personas que me han ayudado a lo largo del viaje que ha sido escribir esta historia.

Sam y Rebecca, que leísteis un borrador inicial cuando estaba atacada de los nervios y necesitaba perspectiva. Gracias por ser siempre mi red de apoyo y por vuestras charlas motivacionales. De veras que no sé lo que haría sin vuestra amistad. Es el mejor regalo del mundo. Elise, que hiciste esprints conmigo día sí y día también para asegurarte de que llegaba al recuento de palabras necesario y que siempre me haces reír, incluso cuando se tuercen las cosas. No: sobre todo cuando se tuercen las cosas. Gracias por animarme y apoyarme constantemente. ¡Collares de la inmunidad para siempre! Melanie, que te envié un audio aterrada mientras trazaba la saga y, con calma, me alejaste de aquel precipicio y me ayudaste a encontrar cómo tenían que ser esta historia y la serie en sí. Paige B., que me ayudaste a descubrir algunos detalles del libro que hicieron

que encajara todo. Jess, que me escuchaste cuando esta historia no era más que una idea y me ayudaste a que echara raíces. Laura y Willow, que me ayudasteis en medio del caos que supone todo esto con fotos monísimas de animales e historias para troncharse de risa y que, gracias a esos esprints finales, os asegurasteis de que se acabaran los *edits* de este bebé a tiempo. Eso es el tema principal de *Rocky*, que siempre funciona...

A todos mis increíbles amigos que me han animado y apoyado durante todos los altibajos que he experimentado en los últimos meses: ya sabéis quienes sois. Los libros de novela romántica me han dado muchísimo, pero lo que ocupa el primer puesto en esa lista son las maravillosas amistades que tan afortunada soy de tener. Gracias por acompañarme en este camino.

Y al mejor escuadrón del bombo, a mis hermanas del alma de STS: Hollis, Jale y Paige. Gracias por regalarme sororidad y amistad verdadera. Siempre me siento apoyada y celebrada como la que más gracias a vosotras.

A mis intrépidas lectoras beta: Crystal, Jess, Kelly, Kristie y Trisha. Gracias por leer este libro cuando aún tenía que pulirlo y por ayudarme a convertirlo en su mejor versión.

El equipo que me ayuda a dar vida a mis palabras y las lleva al mundo es bastante épico, jolín. Gracias Devyn, Margo, Chelle, Jaime, Julie, Hang, Stacey, Katie, y a mi equipo de Lyric, Kimberly, Joy, y al de Brower Literary. ¡Muchísimas gracias por esmeraros tanto!

A todas las personas que hacéis reseñas y creáis contenido y que les habéis dado una oportunidad a mis historias... ¡GRACIAS! No puedo expresar con palabras lo mucho que significa que abogueis por mis novelas. Y a mi equipo de lanzamiento: gracias por vuestra amabilidad, por vuestro apoyo y por compartir mis libros con el

mundo. Gracias especiales a Crystal, que es quien lleva el timón de ese barco para que yo pueda centrarme en escribir.

Chicas del grupo de lectoras Catherine Cowles Reader Group: ¡vuestro grupo es mi lugar favorito en internet! Gracias por apoyarme, por animarme y por estar siempre dispuestas a chismear sobre vuestros últimos novios literarios. ¡Sois las mejores, leñe!

Y, finalmente, ¡GRACIAS! Sí, ¡A TI! Te agradezco muchísimo que estés leyendo este libro y que estés haciendo de mi sueño de autora una realidad. Por eso: te quiero. ¡Un montón!

Sigue en contacto

Puedes encontrar a Catherine en todos sus espacios literarios habituales:

catherinecowles.com
facebook.com/catherinecowlesauthor
www.facebook.com/groups/CatherineCowlesReaderGroup
instagram.com/catherinecowlesauthor
goodreads.com/catherinecowlesauthor
bookbub.com/profile/catherine-cowles
www.amazon.com/author/catherinecowles
x.com/catherinecowles
pinterest.com/catherinecowlesauthor

No te pierdas la historia de Shep y Thea en la próxima entrega de la serie.

Notas

Capítulo veintitrés. Rhodes

1. N. de la T.: nombre de un grupo creativo de Estados Unidos cuya traducción al español sería: Grupo Hombre Azul.

Un lugar seguro
Catherine Cowles

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Fragile Sanctuary*

© del texto: Catherine Cowles, 2023

© de la traducción: Mariona Gastó, 2026

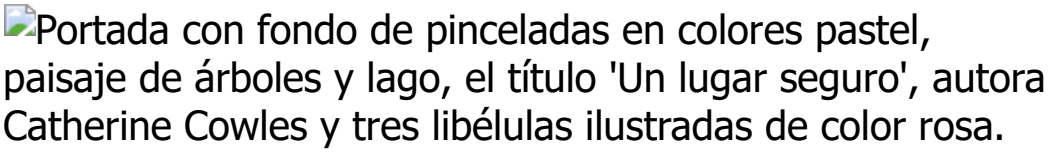
© de la cubierta: Hang Le

© Editorial Planeta S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-08-31861-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada con fondo de pinceladas en colores pastel, paisaje de árboles y lago, el título 'Un lugar seguro', autora Catherine Cowles y tres libélulas ilustradas de color rosa.